LAURA BISHOP

LOVE ME STALK ME

Te quiero...

Estás obsesionado



AMOR AL ACECHO

Love Me, Stalk Me

Amor al acecho

Laura Bishop

Traducción de Ana Isabel Sánchez Díez

A tu vibrador

Puede que este libro te ponga al límite
durante cuatrocientas páginas, pero tú eres el
verdadero héroe que termina el trabajo

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«greedy», de Tate McRae
«Feather», de Sabrina Carpenter
«Never Ending Song», de Conan Gray
«Gonna Make You Sweat (Everybody Dance Now)», de C+C Music Factory
«Give It to Me», de Timbaland
«you broke me first», de Tate McRae
«Up All Night», de Khalid
«HOT TO GO!», de Chappell Roan
«Right to It», de Ashe y Louis The Child
«Stupid Love», de Lady Gaga
«6's to 9's», de Big Wild

1

ESTE HOMBRE SIRVE TRAUMA CON ENSALADA DE ACOMPAÑAMIENTO

Isabella Russo

Hay tres formas concretas por las que, incluso antes de que nos sentemos, sé si una cita con Evan va a ser un desastre.

Una: atiende una llamada de trabajo durante el camino. No es una cosa rápida y educada del palo: «Oye, te llamo dentro de un rato». No, es Evan en modo tiburón corporativo absoluto, ladrándole al Bluetooth como un gestor de fondos de cobertura que acaba de perder un acuerdo millonario. Para cuando llegamos, está tan metido en el modo empresario que podría afeitarme la cabeza sentada a la mesa y ni se daría cuenta.

Dos: insiste en elegir dónde vamos. En teoría, esto no supondría ningún problema si tuviera un gusto aceptable. Pero, para Evan, la definición de «un buen sitio» admite solo dos categorías: asadores, donde las guarniciones son extragrandes y el 95 por ciento de la clientela son hombres mayores con Rolex; o restaurantes de moda que practican la cocina fusión, donde las raciones son ridículamente pequeñas y se sirven con un acompañamiento de arrogancia. Una

vez me llevó a un sitio donde el «plato principal» era una sola vieira en un cuenco decorado con espuma comestible. Me fui con más hambre de la que tenía al llegar.

Y, por último, tres: hace *eso*.

Me refiero a cuando apenas me mira en toda la noche, todo concentrado en su móvil, como si allí fuera a encontrar el secreto de la inmortalidad, y después, justo cuando creo que por fin va a entablar una conversación humana, suelta un comentario tan estúpido que tengo que recordarme que no merece la pena ir a la cárcel por él.

Esta noche ya hemos cumplido las tres.

Observo mi reflejo en las pulidas puertas cromadas del ascensor mientras subimos al restaurante y me preparo mentalmente para la decepción. La verdad es que esta noche me he esforzado en arreglarme: un vestido negro ajustado, pero no tanto como para sentirme cohibida al sentarme; unos tacones que me aprietan los dedos de los pies y que dentro de una hora me tendrán cojeando; y, en el pelo, unas ondas sueltas que se suponía que debían parecer naturales, pero que ya están perdiendo la batalla contra el gélido viento de Nueva York que nos ha azotado durante el trayecto desde el taxi hasta aquí. Incluso me he pintado los labios de rojo, una elección atrevida, teniendo en cuenta que Evan me dijo una vez que no le gusta que use colores «llamativos». Supongo que me sentía rebelde.

Vuelvo a contemplar mi reflejo e intento no fijarme en cuánto ha cambiado mi apariencia desde que empezamos a salir. Hace tres años, con unos quince kilos menos, era la chica que no se lo pensaba dos veces a la hora de ponerse vestidos ajustados. Ahora

soy de las que siguen la estrategia de comprar ropa que oculta las curvas y las redondeces que Evan considera «problemáticas».

Las puertas del ascensor se abren con un pitido flojo y dan paso a una oleada de conversaciones, al tintineo de las copas y al intenso aroma de la carne a la parrilla y la mantequilla. La elegancia suave del restaurante se despliega ante nosotros. Una recepcionista con una coleta lisa nos dedica una sonrisa ensayada cuando entramos en la sala. Antes de que me dé tiempo a decir nada, a Evan le vibra el móvil a la altura de la cadera y contesta al instante.

«¿Sí?». Habla en un tono seco y distraído mientras, con la mano, me indica que siga adelante. Ya está absorto en cualquiera que sea la crisis urgente con la que el mundo financiero lo haya golpeado esta vez.

Tendría que haberme quedado en casa, acurrucada en mi sofá con un plato de pasta que no costara la mitad de mi sueldo.

El restaurante es uno de esos asadores carísimos que creen que el objetivo de la iluminación ambiental es que los clientes apenas sean capaces de ver lo que comen. Parpadeo una y otra vez para adaptarme a la escasez de luz mientras los tacones se me hunden en la moqueta mullida a cada paso y seguimos a la recepcionista hasta nuestra mesa. Estamos rodeados de suntuosos paneles de madera de caoba, de mesas con bancos de cuero rojo oscuro desgastado tras años de rozarse con trajes caros, y de paredes revestidas de botellas de licor retroiluminadas que proyectan sombras ambarinas en un ambiente típico de ricos de toda la vida. El aire huele a whisky añejo y a colonia cara. Si entornas los ojos, casi atisbas a los fantasmas de Gordon Gekko y sus compinches de Wall Street fumando puros en un rincón.

Me deslizo sobre el cuero frío del reservado. Evan se sienta frente a mí. Deja el móvil sobre la mesa, con la pantalla brillando en la oscuridad que nos separa.

No pasa nada. No pasa nada de nada. Me encanta salir con un hombre cuya relación más estable es con las notificaciones de su teléfono.

—Bueno —empiezo para tratar de salvar la noche antes de perder las ganas de vivir—. Hoy he tenido la primera reunión con los de dirección. Han revisado el presupuesto de contratación para la nueva…

—¿Eh?

Evan ni siquiera levanta la vista. Está buscando algo en el móvil, moviendo el pulgar con una efectividad experta.

Respiro hondo y lo intento de nuevo.

—El presupuesto de contratación para mi nuevo puesto.

—Ah. Es verdad. —Por fin levanta la mirada, el tiempo justo para dedicarme la sonrisa más desganada y condescendiente que he visto en mi vida—. Qué cuqui, cariño. Gerente de tienda, ¿eh? ¿Qué será lo siguiente, directora general?

«¿Qué cuqui, cariño?». Tengo veintiocho años, acabo de conseguir un ascenso importantísimo por el que me he matado a trabajar y lo mejor que se le ocurre decir es «¿Qué cuqui, cariño?». Como si no dedicara cincuenta horas semanales a gestionar una tienda con ventas multimillonarias, lo cual incluye tomar decisiones de contratación, tratar con proveedores, supervisar estrategias de prevención de pérdidas y equilibrar las absurdas expectativas de la dirección con la realidad del establecimiento.

Aprieto el vaso con fuerza y la condensación me moja los dedos. Un comentario condescendiente más y me ahogo yo misma en esta agua con gas carísima.

Nuestro camarero se acerca; es un tipo alto con el rostro perfectamente simétrico y una sonrisa que sugiere que le pagan un bonus por coquetear.

—¿Qué les apetece esta noche? —pregunta dirigiéndose a mí, porque, a diferencia de Evan, él sí es consciente de mi presencia.

Justo cuando abro la boca, me llega el olor de un chuletón que pasa por allí y me rugen las tripas.

—Ella tomará el filete a la plancha —contesta Evan al mismo tiempo que le devuelve la carta—. Al punto más. —Desvía la mirada hacia mí, hacia la ligera redondez de los brazos que el vestido deja al descubierto. Luego añade—: Y de acompañamiento solo la ensalada. Sin patatas.

El mensaje es tan claro como las copas de cristal de nuestra mesa. No se me escapa que ahora pide por mí, que mis elecciones alimentarias se han convertido en muestras que él supervisa como mi nutricionista-guardián.

Al punto más, sin patatas. Evan acaba de sentenciar a un perfecto corte de carne a una muerte lenta y trágica, y yo me veo obligada a presenciarla… y a pasar hambre. Me quedo mirando al camarero, rogándole en silencio que plaque a mi novio y me deje soltera. El hombre duda, deja el bolígrafo suspendido en el aire sobre la libreta —supongo que esperando a que proteste—, pero me limito a esbozar una sonrisa forzada y a asentir con la cabeza. Porque ¿de qué coño iba a valer?

El camarero desaparece y Evan y yo nos quedamos a solas, aunque, teniendo en cuenta la atención que me presta, bien podría estar cenando sin compañía. Tiene el teléfono prácticamente soldado a la mano y la pantalla le proyecta un brillo azul apagado sobre los rasgos cuando vuelve a centrarse en ella.

Bebo un sorbo de agua —a ver si así reúno la energía necesaria para que todo esto me importe— y el hielo tintinea contra el vaso. Así son ahora nuestras cenas: nos sentamos juntos sin estar juntos de verdad. Él siempre está medio distraído, medio ocupado, medio en cualquier sitio menos aquí.

No ha sido siempre así. Hubo una época en la que Evan me miraba como si me viera de verdad, en la que se reía de mis chistes en lugar de limitarse a resoplar por la nariz y en la que me sentaba en su regazo en vez de apartarse cuando intentaba tocarlo en público. Una época en la que estaba más delgada, en la que el estrés no me había llevado a atiborrarme de helado en plena noche y a comer pasta para calmar la ansiedad. Antes de que sus expectativas y la implacable presión de mi trabajo comenzaran a marcárseme en el cuerpo, a ablandarme el vientre una vez plano y a redondearme las mejillas.

Me digo que no es más que una mala racha, que todavía me quiere, que solo está estresado. Pero en el fondo sé que esta es la persona en la que se ha convertido.

Lo veo curiosear por Instagram, detenerse un momento en una publicación antes de inclinar la pantalla hacia mí.

—Joder, mírala —dice, y me enseña una foto de una influencer posando frente al espejo de un gimnasio. Tiene los abdominales

marcados, una fina película de sudor sobre el vientre increíblemente tonificado—. Lleva un tiempo a tope, dándolo todo.

Lo dice con la voz teñida de un tono de admiración que hace tiempo que no emplea conmigo. Aparto la vista del móvil y el apetito se me reduce a un nudo en el estómago. No dice: «Así deberías estar tú». No le hace falta. El subtexto está claro.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que el vestido se me ciñe demasiado a la barriga, de que tengo los muslos demasiado anchos. Siento que la costura se me clava en la cintura, un recordatorio constante del cuerpo que ahora habito. Evan no me considera sexy, no con el aspecto que tengo ahora. Ya lo sabía, lleva meses lanzándome indirectas: tan pronto menciona sin venir a cuento un artículo sobre el ayuno intermitente como me pasa un folleto de un gimnasio desde el otro lado de la encimera. O, como ahora, me muestra a una mujer que sí le parece atractiva con la esperanza de que capte el mensaje.

Dejo el vaso de agua con demasiada fuerza sobre el mantel blanco almidonado. Evan no se da cuenta. Sigue mirando el móvil.

Me fijo en sus dedos de manicura perfecta mientras los desliza por la pantalla y capto el destello de su Rolex bajo la luz del restaurante. Es la viva imagen de la elegancia de un *finance bro*: traje digno de la Met Gala; cabello rubio peinado hacia atrás sin un solo pelo fuera del sitio; una mandíbula afilada con la que quizá consiguiese un contrato como modelo si alguna vez decidiera jubilarse de descuidar emocionalmente a su novia.

Hace mucho mucho tiempo, este era justo el tipo de novio que quería. Cuando era más joven, tenía una idea muy concreta de cómo era el hombre de mis sueños. Y sí, puede que se parezca a cierta

canción de TikTok, pero defiendo que yo tuve la visión antes: trabaja en el mundo financiero (tiene opiniones sobre el mercado de valores, pero eso no define toda su personalidad), es un niño de papá (pero de los humildes), mide más de metro ochenta (por supuesto) y tiene los ojos azules (porque entonces yo era una chica superficial). De alguna manera, contra todo pronóstico, conseguí al neoyorquino del mundo de las finanzas con el que soñaba de adolescente y que no tardó en convertirse en una pesadilla.

Tendría que haberme dado cuenta. Mi madre intentó advertírmelo, pero no por los motivos adecuados. Si me hubiera dicho que era un hombre inaccesible a nivel emocional, condescendiente e igual de cálido que una encimera de mármol, quizá le habría hecho caso. Pero su problema con Evan no tenía nada que ver con quién era como persona, solo con que, después de tres años de noviazgo, todavía no me hubiese pedido que me casara con él.

Tres años esquivando la misma conversación en todas las reuniones familiares, con las mismas preguntas incisivas. Bueno, ¿cuándo te casas? ¿Crees que estará esperando a que tú digas algo? Se te va a pasar el arroz, Isabella.

Mi madre hace que estas pullas suenen inofensivas, pero yo capto el verdadero mensaje que esconden y me doy cuenta cuando me mira con preocupación, como si me estuviera quedando sin tiempo y yo también tuviese que estar preocupada. Veo que no les quita ojo a mis curvas redondeadas, que frunce ligeramente el ceño cuando pido repetir en la cena del domingo. Nunca lo ha dicho, pero se lo veo en los ojos: quizá si adelgazases, por fin te lo pediría.

Mis tres hermanos mayores —Matteo, Luca y Nico— tienen cada uno su propia opinión con respecto a Evan. Nico, el más joven y el

menos prudente, no intenta ser sutil. «Puedo pegarle una paliza —dijo una vez, todo serio, mientras nos comíamos la lasaña de mi madre—. Solo tienes que decirme cuándo».

Matteo, el mayor, que finge estar por encima de todo, se limita a negar con la cabeza cada vez que sale el nombre de Evan, como si toda mi relación fuera una decisión vital tan desafortunada que él prefiere ignorarla en silencio. Y Luca directamente no le dirige la palabra cuando están en la misma habitación, lo cual supongo que a él le molestaría si no estuviera demasiado ocupado presumiendo de que «intimida» a mis hermanos.

Finjo que no me importa lo que piensan, pero sé que están en lo cierto. Esta relación no va a ninguna parte. Evan no me quiere como quiero que me quieran, pero sigo con él porque la alternativa significa reconocer que he desperdiciado tres años de mi vida y enfrentarme a la batalla que vendría después. Romper con Evan no sería solo romper con él; significaría darle explicaciones a mi familia, lidiar con los suspiros de preocupación de mi madre, la silenciosa decepción de mi padre y las miradas arrogantes de «te lo dije» de mis hermanos. Significaría darles la razón.

Así que, en lugar de eso, me siento frente a un hombre que apenas me hace caso mientras aparento que esto es suficiente, que yo soy suficiente.

Sin embargo, debajo de todas las razones por las que me digo que no lo dejo, hay una que nunca permito que salga a la superficie, que me pesa en el alma y que nunca he expresado en voz alta. El verdadero motivo por el que sigo con él no es mi familia. Soy yo, es la voz que tengo dentro de la cabeza y que suena igual que Evan

cuando nos peleamos, cuando la frustración hace saltar por los aires su fachada perfecta y sus palabras se vuelven crueles.

«¿Crees que vas a encontrar a alguien mejor que yo? A los hombres no les gustan las mujeres como tú, Izzy. No quieren a alguien que no se cuida. Mírate, ya no eres la chica con la que empecé a salir. Podría estar con alguien que me respetara y se esforzara en tener un buen cuerpo, pero estoy contigo. Te elijo a ti».

Esa es la parte que más daño me hace. En algún momento empecé a creerle. Empecé a creerme que, si me marchaba, no solo estaría soltera: estaría sola, porque ¿qué otra persona iba a quererme? Trabajo demasiado, estoy demasiado ocupada, no tengo el cuerpo esbelto por el que los hombres pierden la cabeza ni la belleza natural que atrae las miradas de la gente. Ya no.

Evan me lo recuerda a menudo, siempre en un tono casi razonable, como si solo intentase ayudarme, como si quisiera hacerme mejorar. Y quizá debería querer mejorar. Tal vez tenga razón. Tal vez debería estar agradecida de que alguien como él siga con alguien como yo.

¿Y si es verdad? ¿Y si Evan es lo mejor a lo que puedo aspirar? ¿Y si lo dejo y no me quiere nadie más? ¿Y si esta es mi única oportunidad de no acabar sola?

Da igual, porque no voy a dejarlo. Ya he tomado mi decisión. Lo elijo a él, aunque en el fondo sé que él no me elige a mí. Noto un incipiente dolor de cabeza tensional y gimo para mis adentros. Se supone que esta cena es para celebrar mi ascenso, pero aquí estoy, sintiéndome más pequeña que nunca.

Nuestra comida llega envuelta en un aroma a carne y hierbas chamuscadas. Evan suelta el móvil, pero no levanta la mirada, sino

que la alterna entre el teléfono y el plato. Pongo los ojos en blanco, aunque tampoco es que se dé cuenta, e intento probar un bocado del filete, que tiene la textura de un disco de hockey.

Observo con ira la patética ensalada que tengo en el plato: sin aderezo, sin picatostes, sin nada que ayude a disfrutar ni un poquito este castigo disfrazado de cena. Las hojas amargas suponen un triste contraste con la guarnición de patatas perfectamente doradas y crujientes del plato de Evan. Hace tres años compartíamos entrantes, pedíamos postre y nos bebíamos a medias una botella de vino que nos dejaba los labios manchados de púrpura y la risa floja. Ahora me alimenta como a un animal de zoo testarudo.

Me aclaro la garganta y me siento más erguida; la tela del vestido se me ajusta al pecho, decidida a salvar la noche.

—Me he pasado medio día en una reunión operativa sobre el lanzamiento del inventario de temporada. Prevén un aumento del veinte por ciento del tráfico peatonal durante las fiestas, así que tengo que acabar el plan de contratación antes de la semana que viene y asegurarme de que los nuevos empleados estén formados a tiempo.

—Ajá.

Vuelve a toquetear la pantalla.

—Es una pesadilla logística. El equipo de dirección tiene ideas para maximizar las ventas, pero ellos ni siquiera trabajan en la tienda, así que la mitad de ellas no son realistas. Quieren que promocionemos los accesorios de alta gama junto a la caja, lo cual suena muy bien, si no fuera porque las únicas personas que se compran una bufanda de novecientos dólares por impulso son las mismas que no necesitan que les metan por los ojos los productos más caros.

—Ah, claro. —Es evidente que no me está escuchando; se mete un trozo de pan en la boca y pasa de mí por completo. Desde el otro lado de la mesa, me llega el tentador olor a mantequilla. Pasea la mirada por mi plato y se da cuenta de que apenas he tocado la ensalada—. ¿No tienes hambre?

Lo dice de una manera que me pone los pelos de punta, como si quisiera comprobar que estoy siguiendo a rajatabla una dieta de la que nunca hemos hablado ni sobre la que jamás nos hemos puesto de acuerdo.

No me molesto en responder. Echo un vistazo al restaurante y veo que la pareja de al lado está hablando, riendo, interactuando. El tintineo de sus copas al brindar se mezcla con el murmullo suave de su conversación. El hombre se inclina hacia su cita, le acaricia los brazos desnudos con las manos y le lanza una mirada llena de admiración. ¿Cuándo fue la última vez que Evan me miró así? ¿Cuándo fue la última vez que me sentí como algo más que un ruido de fondo en su vida?

Me doy cuenta, con el corazón encogido, de que fue más o menos en la misma época en la que mi cuerpo empezó a cambiar. Como si su afecto incluyera unas restricciones de peso de las que no me habían informado.

Exhalo despacio; noto el sabor amargo de la decepción en la lengua y lo dejo pasar. He aprendido a no replicar, porque entonces él actúa como si estuviera exagerando, como si fuese demasiado sensible y dependiente. Vuelvo a centrarme en mi plato.

Y es en ese momento cuando lo siento: una alteración, como si el aire que me rodea hubiera cambiado. Cuando me doy cuenta, un hormigueo me recorre la espina dorsal de arriba abajo y se me eriza

el vello de los brazos. La noto incluso antes de volver la cabeza: esa inconfundible sensación de estar siendo observada.

Despacio, levanto la vista y miro al desconocido que no deja de mirarme desde el otro lado del restaurante. Tiene unos rasgos espectaculares: la mandíbula afilada, el cabello oscuro, los hombros anchos embutidos en una camisa de traje negra. Está sentado cerca de la barra, con una mano posada en el muslo y la otra rodeando un vaso lleno de un líquido de color ámbar con ademán relajado.

Cuando cambia de postura en la silla, algo metálico le brilla en el cuello: unas chapas de identificación que le asoman por debajo de la camisa. Atisbarlas me provoca un escalofrío inesperado. Es militar. El hombre rezuma una autoridad tranquila que de repente cobra todo el sentido del mundo.

Aunque parece sereno, luce una expresión concentrada. No me está mirando de pasada. No está distraído, como muchos de los hombres del local, que medio escuchan a sus respectivas citas mientras miran la hora o revisan sus carteras de acciones.

No. Me está observando de forma deliberada e intensa.

No vacila ni vuelve la cabeza cuando lo miro a los ojos. No se avergüenza de que lo haya pillado. Al contrario, tengo la inquietante sensación de que quiere que sepa que está estudiándome, memorizándome.

Un cosquilleo lento y cálido me sube por los brazos y me pone la piel de gallina a pesar de que en el restaurante no hace nada de frío. Tendría que apartar la mirada, coger la copa de vino, volver a centrarme en Evan y dejar que este momento pase antes de que se convierta en una maraña que no sea capaz de desenredar. Pero no lo hago, porque, por primera vez en toda la noche, siento que me

ven. No que reconocen mi presencia, como cuando el camarero ha venido a tomarnos nota, ni que me mira como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí en los escasos momentos en los que levanta la vista del móvil. Sino que me ven de verdad.

Y no como Evan me ve ahora, como un cuerpo que le ha fallado, un proyecto que debe arreglarse, algo inferior. Este desconocido me mira sin juzgarme, con una expresión que no denota nada salvo puro y sincero interés. Hacía tanto tiempo que nadie me miraba así que casi había olvidado la sensación que genera.

El momento se prolonga más de lo que debería, así que tenso los dedos alrededor de la servilleta y noto la aspereza de la tela en la piel. La cadena de plata que lleva alrededor del cuello vuelve a reflejar la luz y bajo la vista hacia el hueco que se le forma en la garganta. Con aire distraído, me pregunto qué nombre llevará grabado en esas chapas, qué identidad representan.

El camarero llega con la cuenta y el golpe suave del cuero sobre la mesa rompe la tensión. Cuando vuelvo a mirar al hombre, sigue observándome, pero hay algo nuevo en su expresión. Una especie de comprensión. Una pregunta que no sé cómo responder.

Evan se aclara la garganta mientras lanza la tarjeta de crédito sobre la mesa como si le estuviera haciendo un favor al personal.

—¿Nos vamos?

Su voz me saca de lo que quiera que sea esta extraña neblina en la que me he sumido. Respiro hondo y aprieto los puños contra el mantel mientras dudo.

—Estaba pensando en pedir postre —digo en tono ligero.

No sé por qué; quizá quiera quedarme unos minutos más, echarle otro vistazo al desconocido.

Evan resopla.

—No te hace falta comer postre —dice en un tono que denota cierta diversión, como para que parezca una broma, pero no hasta el punto de disimular lo que quiere decir en realidad. El camarero regresa con el recibo y Evan se guarda la tarjeta en la cartera mientras se dirige hacia la salida—. Vámonos.

Aprieto los labios y saboreo los restos de mi pintalabios rojo; me trago cualquier posible protesta y me fuerzo a asentir con la sonrisa educada y complaciente que sé que mantiene la paz. Tres años dejando que Evan dicte lo que debo comer, cómo debo vestir, cuándo debo hablar. Tres años encogiéndome en todos los sentidos posibles, excepto físicamente.

Dentro del ascensor, el aire parece distinto, estancado y silencioso en comparación con el tintineo suave de los cubiertos y con las conversaciones apagadas de la sala del restaurante. Evan se sitúa un paso por delante de mí y continúa mirando el móvil, como si esto no fuera más que otra transacción que se ve obligado a completar. No se da cuenta de que todavía no he pulsado el botón, de que sigo teniendo los dedos suspendidos sobre el panel, paralizados por razones que no sé explicar.

Y entonces, sin poder contenerme, levanto la vista y le lanzo una última mirada al hombre de la barra.

Las puertas comienzan a cerrarse solas, se sellan con un golpe suave y me dejan contemplando mi reflejo. Tengo el pulso más acelerado de lo que debería, me retumba en los oídos. Noto la piel más caliente que hace un segundo, ruborizada por un calor que no consigo explicar.

El desconocido seguía mirándome.

Y, en algún profundo recodo de una parte de mí cuya existencia no quiero reconocer, creo que quería que siguiera mirándome.

2

SI NO ES ASUNTO MÍO, LO HAGO MÍO

Callahan Knight

La mujer del vestido negro no encaja en este sitio.

No del mismo modo que el resto de la gente. No como su novio —si es que el hombre narcisista y distraído que tiene sentado enfrente merece ese nombre—, que se desenvuelve en este carísimo asador con la misma naturalidad que si hubiera nacido con un traje a medida en una sala de juntas. Ella no, ella es una contradicción con respecto a todo lo que la rodea. Una presencia genuina, auténtica y poco común que no se ajusta al brillo pulido y sin alma de este entorno.

Me percato de su incomodidad en cuanto la veo. Me fijo en cómo aprieta los labios cada vez que el hombre que tiene enfrente abre la boca, como si estuviera mordiéndose la lengua para no discutir. No entiendo por qué me quedo mirándola. Quizá por hacer algo mientras espero. Quizá porque siempre he tenido un don para ver lo que se oculta debajo de la superficie.

O quizá porque, por primera vez en mucho tiempo, he encontrado a una mujer de la que no quiero apartar la mirada. Posee una

belleza que no resulta obvia a primera vista. No es de esas que te dejan sin aliento en cuanto las ves, sino de las que, cuanto más las miras, más se ven, de las que se te meten bajo la piel y echan raíces.

Lleva el cabello oscuro y espeso algo despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él demasiadas veces camino del restaurante. Tiene unos enormes ojos marrones, expresivos a pesar de que intenta controlarlos, y los labios carnosos. Mantiene la boca fruncida, pero algo me dice que, cuando sonríe, la cara se le transforma por completo.

Es una mujer con curvas, redondeada y suave en los lugares más convenientes, pero me doy cuenta de que ella no opina lo mismo. Se lo noto en la forma en la que se tira de la tela del vestido donde le abraza las caderas. Se encoge sin darse cuenta. Pero no debería, porque, desde donde estoy sentado, es imposible ignorarla.

Bebo un sorbo lento de whisky y el calor me recorre la lengua al mismo tiempo que ella levanta su copa y se la acerca a la boca lo justo para que el rojo de su carmín se refleje en el borde. El hielo tintinea con suavidad contra el cristal. Duda antes de beber, solo un segundo. Como si su mente estuviera en otro sitio. En un lugar muy lejos de aquí.

No es asunto mío. No existe ni una sola razón por la que deba importarme lo que sea que esté ocurriendo en esa mesa. Pero una ira helada me invade las entrañas cuando el tío que tiene enfrente le enseña algo en el móvil y veo que ella vuelve la cara, que se le tensan los hombros, que agarra la servilleta como si estuviera luchando contra el impulso de tirarla.

Conozco esa mirada.

La he visto antes.

No en un restaurante como este, con su madera pulida y su iluminación tenue, sino en lugares en los que se supone que la gente no debe mostrar emociones; donde te enseñan a mantener el rostro impasible por muy mal que se pongan las cosas. Reconozco lo que está haciendo, lo que sucede detrás de sus ojos. Se lo está tragando. Está encajando el golpe.

Me pregunto cuántos habrá encajado antes de este.

Se levanta cuando él lo hace, aunque moviéndose un poco más despacio, como si se estuviera preparando para lo que sea que venga a continuación. Él no la espera, deja de prestarle atención en cuanto paga la cuenta. Ella lo sigue hacia el ascensor caminando con los brazos cruzados sobre el estómago, como si intentara esconderse.

Los observo mientras entran y las elegantes puertas metálicas se cierran tras ellos. Él continúa mirando el teléfono, como si apenas supiera que la chica está allí. Ella lo mira una vez y entreabre los labios, como si fuera a decirle algo, pero no lo hace.

Al contrario, vuelve la vista atrás.

Y, justo antes de que las puertas terminen de cerrarse, me mira a los ojos a través de la estrecha rendija.

Vacila.

Luego desaparece.

Exhalo despacio mientras aprieto el peso frío del vaso. El hielo se mueve, se derrite bajo el calor de mi mano.

Una vez que se cierran las puertas del ascensor, pasa un tiempo hasta que al fin aparece la razón por la que estoy aquí. Un hombre de unos cincuenta y cinco años se acerca a la barra y centro la

atención en él. Lleva un traje azul marino, de esos que cuestan tanto como mi última instalación de seguridad, y el pelo perfectamente peinado hacia atrás a lo «ejecutivo accesible», ese estilo que tanto les gusta a los tíos del mundo empresarial. Una colonia cara anuncia su llegada antes que él.

—Callahan.

Me levanto y le estrecho la mano.

—Señor Reyes.

—Llámame Tom —dice mientras se acomoda en el asiento que tengo enfrente—. Me alegro de que hayamos podido invitarte a tomar algo antes de tu inicio oficial de mañana. Bienvenido a bordo.

Asiento con la cabeza y espero mientras él llama al camarero; pide un whisky y se recuesta contra el respaldo con la comodidad y la soltura de quien se cree la persona más importante de la sala.

—Vas a incorporarte a la empresa en un momento complicado —dice mientras niega con la cabeza—. Los robos han aumentado, el personal no da abasto y la dirección espera milagros con un presupuesto reducido. Espero que te gusten los retos.

—No me asustan los retos.

Se le curva la boca en una sonrisa de aprobación.

—Esa es nuestra esperanza —dice—. El último tipo no fue capaz de manejar la situación. La tienda es demasiado notoria: muchos clientes vip, mucha gente buscando una forma rápida de ganar dinero. No se trata de adolescentes que roban brillos de labios. Están organizados y necesitamos a alguien que sepa cómo afrontarlo.

He lidiado con cosas peores. No lo digo, pero es la verdad.

Le da un sorbo a su bebida antes de señalar hacia el comedor.

—Me he cruzado con tu nueva gerente de tienda al subir. Isabella Russo. Es joven, pero inteligente. La empresa tiene grandes esperanzas puestas en ella.

Isabella.

Repito el nombre mentalmente, lo examino a la luz de lo que ya sé sobre ella, que no es mucho. Solo que no le gusta la comida de este sitio. Que se ha pasado toda la noche toqueteando la servilleta. Que se ha pasado toda la cena sin apenas abrir la boca mientras el chico con el que estaba la ignoraba por completo.

Apuro el whisky que me queda y el licor me traza un camino de fuego en la garganta.

—La conoceré mañana.

Tom asiente.

—Bien. Tendréis que trabajar codo a codo. Asegúrate de que no te complica la vida. Estas gerentes de tienda pueden ponerse un poco… tiquismiquis.

No respondo, porque ya sé cómo funcionan estas cosas. Los tipos como Tom creen que siempre lo saben todo respecto a cualquier situación. No es cierto.

Paso el resto de la cena escuchando su descripción del trabajo, sus preocupaciones en cuanto a la seguridad, la verdadera razón por la que querían contratar a alguien con mi experiencia. Le digo lo que quiere oír, le estrecho la mano cuando nos despedimos y me voy a casa.

Mi apartamento no tiene nada de especial. Un dormitorio, las paredes vacías, un sitio para dormir y nada más. Nunca le he encontrado lógica a intentar sentirme como en casa en un lugar en el que ni siquiera sé si seguiré viviendo dentro de un año.

Es una costumbre de la que no he conseguido librarme desde que salí. El ejército sabe cómo grabarte a fuego para siempre la naturaleza efímera de las cosas: traslados constantes, despliegues temporales, nunca te quedas en un lugar el tiempo necesario para que empiece a formar parte de ti. Me pasé casi una década viviendo con lo que cabe en un macuto, durmiendo en barracones, en tiendas de campaña y, a veces, en el primer puñetero sitio en el que encontrara refugio.

Aprendes a vivir sin apegos.

O, al menos, eso es lo que te dices.

Me quito las botas empujándolas con los pies; suelto las llaves sobre la encimera, las cuales emiten un ruido metálico, y me siento ante el portátil. El rumor lejano del tráfico de la ciudad se cuela por las ventanas, una nana urbana y constante a la que he aprendido a no prestar atención.

Me digo que solo lo hago para ir adelantando. Que es normal investigar a las personas con las que voy a trabajar. Que es un gesto inteligente.

Pero, mientras tecleo su nombre en la barra de búsqueda, ya sé que todo eso es mentira.

Lo primero que me aparece es su perfil de LinkedIn: la típica foto profesional, un resumen limpio de su vida laboral. Gerente de tienda en unos grandes almacenes exclusivos, un ascenso rápido, una trayectoria profesional sólida.

Lo siguiente es su Instagram. Al principio es bastante inofensivo, relacionado sobre todo con el trabajo. Moda, lanzamientos de productos, eventos para empleados. Pero, cuanto más retrocedo, más personal se vuelve. Una foto de ella en un bar de una azotea,

riéndose con la cabeza echada hacia atrás. Una publicación de hace tres años en la que aparece con su familia: tres hermanos y unos padres que parecen recién sacados de una película italiana antigua.

No sé qué se siente al tener una familia así.

De la mía solo queda mi padre, y últimamente hasta eso parece una formalidad más que cualquier otra cosa.

Sigue en Pensilvania, todavía en la misma casa en la que me crie. Hablamos, pero no tan a menudo como deberíamos. Hace casi un año que no lo veo. Pensé en visitarlo hace unos meses, pero fui posponiéndolo. Me convencí de que el trabajo me lo impedía, pero la verdad es que no se me da bien estar a su lado. Nunca se me ha dado bien.

Debería llamarlo.

La idea se repliega hacia algún rincón de mi mente mientras sigo estudiando sus publicaciones.

Al final encuentro lo que en realidad estoy buscando. Una única foto de Izzy con el chico del restaurante. Es de hace tres años. No está etiquetado, pero no me cuesta encontrar su nombre: Evan.

No tengo que indagar mucho. Es uno de esos tipos que hacen que encontrarlos sea fácil: perfil público, fotos cuidadas, todo confianza superficial. Al parecer, trabaja en el mundo de las finanzas, es el tipo de hombre al que esperarías ver en ese restaurante: todo líneas puras y costumbres ostentosas. Todas las fotos son iguales: él con trajes caros, selfis en las que muestra sus logros en el gimnasio, cenas de lujo en las que etiqueta al restaurante como si formara parte de su marca personal.

Echo un vistazo a los pies de foto, a los comentarios. Sus amigos lo alaban y las mujeres le dejan el tipo de emojis que me dicen todo

lo que necesito saber sobre él.

Luego vuelvo al perfil de la chica.

Reviso las publicaciones del último año. No hay fotos de Evan. No hay cenas en las que lo etiquete, no hay felicitaciones de aniversario. Si no acabara de verlos marcharse juntos, daría por hecho que está soltera.

Eso me revela algo.

Como el hecho de que esté aquí sentado, haciendo esto.

Cierro el portátil, me froto la barba incipiente y me recuesto en la silla; oigo de fondo el zumbido del frigorífico y las voces apagadas de la televisión de mi vecino a través de la pared.

Esto no es propio de mí. Yo no me meto en este tipo de líos.

No me importa la vida personal de la gente: ni lo que hacen cuando salen de trabajar ni la forma en la que una mujer que ni siquiera conozco mira a un hombre, como si esperase que él la viera, aunque sepa que no va a pasar.

Al menos me digo que no me importa.

Pero es mentira, ¿no? Porque sé muy bien cómo te hace sentir esa mirada.

La vi en el espejo una vez.

Se suponía que entonces tampoco me importaba. El objetivo de un soldado era cargar solo con lo necesario, y eso excluía las emociones. Viajas ligero. No haces promesas que no puedes cumplir, no te permites acomodarte demasiado, no esperas que nada te dé la bienvenida cuando llegas a casa.

Yo rompí esa regla.

Estaba de misión cuando recibí el correo electrónico. Era breve, aséptico. No ofrecía explicaciones, tampoco una disculpa sincera.

Solo constataba un hecho. Ella había pasado página. Iba a casarse.

Y lo más inesperado… Cuando volví a plantar las botas en suelo estadounidense, no estaba solo casada. Estaba embarazada.

De trillizos.

Y eso significaba que no habían empezado a ser pareja después de nuestra ruptura, sino que ya estaban juntos mientras ella seguía diciéndome que me quería. Cuando aún estábamos comprometidos.

Debería haberlo visto venir. Se frustraba por lo mucho que debía ausentarme, por lo poco que podía darle, más allá de las llamadas telefónicas y las cartas. Ella quería estabilidad, alguien que estuviera a su lado de una manera en la que yo no podía. Me acostumbré a decirme que era justo. Que no podía culparla por elegir a otra persona.

Pero eso no impidió que la traición se me quedara alojada en el pecho como una bala que nunca han llegado a extraerme.

Después de eso aprendí la lección.

No hay que confiar en algo que pueden arrebatarte cuando estás en la otra punta del mundo. No hay que confiar en las personas.

Por esa razón, esto —esta obsesión por una mujer desconocida que se está gestando en mi cabeza— no está bien.

No conozco a Isabella Russo.

No tiene nada que ver conmigo.

Entonces ¿por qué cojones soy incapaz de dejar de pensar en ella?

Exhalo con brusquedad y me froto la cara. Tengo que dormir. Tengo que llamar a mi padre. Tengo que dejar de pensar en una mujer en la que ni siquiera tengo derecho a pensar.

Pero, en lugar de eso, permanezco sentado en la quietud de mi apartamento, con el tictac del reloj de pared marcando el paso del tiempo, y me pregunto si ella estará mirando al techo, como yo ahora.

Me pregunto si, en este preciso instante, estará despierta pensando en mí del mismo modo en el que yo estoy pensando en ella.

3

SI ELLA CAE, YO SOY EL SUELO

Cal

Monarch es más grande de lo que esperaba.

Sabía que era un establecimiento de lujo, que los clientes serían de los que no miran la etiqueta del precio antes de pagar con una tarjeta negra, pero, aun así, me sorprende que el lugar sea una fortaleza oculta bajo un envoltorio de diseño. Hay vitrinas de cristal llenas de joyas que valen más que mi coche, bolsos expuestos como si fueran piezas de museo, percheros con ropa organizados como una exposición en una galería. Demasiado dinero, demasiadas piezas móviles y muy poca seguridad.

Por eso estoy aquí.

Llego temprano, vestido con unos pantalones tácticos negros y una camisa ajustada: profesional pero funcional. Dedico un buen rato a recorrer toda la tienda antes de que abra, observo a los empleados mientras montan los expositores, me fijo en las cámaras, trazando en mi cabeza el mapa de los puntos de entrada y salida. El flujo de aire constante de los conductos de ventilación circula por el espacio y se mezcla con el leve repiquetear de las perchas y el suave

golpeteo de los zapatos sobre los suelos pulidos. La gente se percata de mi presencia. Algunos me saludan con la cabeza; otros me miran y siguen adelante.

Me da igual. No he venido aquí a hacer amigos.

Establezco el primer contacto con el equipo de seguridad: repaso sus protocolos actuales, evalúo los puntos débiles. Algunos llevan aquí años; otros, solo unos meses. La mayoría están acostumbrados a manejar los casos habituales: hurtos, algún que otro vip borracho, la desaparición ocasional de un bolso durante una venta privada. Para lo que no están preparados es para el crimen organizado en comercios: robos a nivel profesional y personas que saben cómo manipular a la perfección los puntos ciegos de su sistema.

Y, por lo que he visto en los informes iniciales, eso es justo lo que está ocurriendo.

Estoy revisando una lista de incidentes cuando oigo que me llaman.

—Callahan. —Tom Reyes, mi contacto de anoche, me da una palmada en el hombro—. Ven a conocer a la gerente de la tienda.

Ya sé quién es.

Lo sabía antes de poner un solo pie en esta tienda, incluso antes de que mi nombre figurara en la lista de empleados.

Aun así, cuando me doy la vuelta y por fin la veo de cerca a la luz del día, siento que me afecta.

Esta mañana está distinta. Más serena. Luce una chaqueta entallada que le realza las curvas sin que parezca que presume de ellas. Sus elegantes tacones resuenan contra el mármol a cada paso que da; las ondas sueltas que se ha hecho en el pelo parecen intencionadas, no accidentales. Lleva una tableta apoyada en un

brazo y, con la mano libre, revisa los turnos de los diferentes empleados con una desenvoltura experta. Ahora, irradia confianza, no tiene nada que ver con la mujer que vi anoche, pequeña y callada bajo la mirada escrutadora de su novio. Aquí, en su mundo, no se encoge. Es la dueña del lugar.

No tengo claro si me reconocerá.

No reacciona, al menos no de forma evidente. Pero, cuando levanta la vista y nos miramos a los ojos, obtengo mi respuesta. Un silencio antes de recomponerse, antes de que esa profesionalidad experimentada vuelva a ocupar su lugar.

—Callahan, esta es Isabella Russo, la gerente de nuestra tienda —dice Reyes.

Me dedica una sonrisa cortés y formal.

—Encantada de conocerte.

Le estrecho la mano. La noto cálida. Firme.

—Lo mismo digo.

Aprieta los labios hasta formar una línea fina que no es una sonrisa, pero tampoco una mueca de desdén. Profesional. Distante. Señala a Reyes con la cabeza.

—Tom ya me había dicho que te incorporarías hoy. ¿Te ha dado tiempo a revisar el sistema de seguridad?

Niego con la cabeza.

—Todavía no. Antes quería echarle un vistazo a la tienda.

Hace un gesto de asentimiento y se mete la tableta bajo el brazo.

—Bien. Sé que ya te han puesto al corriente desde dirección, pero seré franca. Nos falta personal en el área de prevención de pérdidas. Trabajamos con clientes de alto nivel, con productos de alto riesgo y

con expectativas empresariales que no siempre se ajustan a la realidad. Necesito saber si puedo confiar en ti.

No parpadeo.

—Puedes confiar en mí.

Me estudia.

Reyes carraspea y rompe el silencio.

—Callahan tiene mucha experiencia. Estuvo en el ejército y después trabajó en empresas de vigilancia privada de alto nivel. Acabará con los problemas de seguridad.

Isabella vuelve a mirarme.

—¿En el ejército?

Asiento.

—Diez años.

No contesta, acepta la respuesta sin entremeterse. Pero luego, al cabo de unos segundos, ladea ligeramente la cabeza.

—Tengo entendido que también tienes experiencia en ciberseguridad.

Me quedo mirándola mientras me debato respecto a cuánto decir.

—Así es.

—¿Hasta dónde llegan tus conocimientos? —pregunta con la voz teñida de curiosidad al mismo tiempo que se cruza de brazos—. No lidiamos solo con los típicos robos de cojo algo y salgo corriendo. Fraudes de alto nivel, hurtos internos, incluso estafas digitales: clientes que intentan cancelar el pago de productos que han comprado con tarjeta. Necesito saber si, como trabajador de seguridad, eres de los que solo saben manejar amenazas físicas o si también ves las que ocurren entre bastidores.

Es lista. Más de lo que Reyes se imagina.

—Veo todas las amenazas —me limito a decir.

Se le crispan los labios, como si no supiera si creerme.

—¿Todas las amenazas?

Asiento.

—Si hay una forma de entrar, la encuentro. Si hay un punto ciego, lo cubro. Y, si alguien se cree capaz de burlar el sistema, no llegará muy lejos.

Me examina como si estuviera tratando de decidir si solo estoy diciendo lo que quiere oír.

—Todas las tiendas en las que he trabajado han registrado un cambio significativo en sus cifras al cabo de los primeros tres meses —añado—. Tienes ladrones entrando por la puerta que ni siquiera son conscientes de que yo ya sé quiénes son.

Golpetea la tableta suavemente con los dedos.

—No existe nadie tan bueno.

Los labios se me curvan en una sonrisa discreta y divertida.

—Ni uno solo de los ladrones a los que he perseguido ha conseguido escapar. Si hubieran sido más listos, ni siquiera me habría dado cuenta de que estaban robando.

Deja escapar un resoplido breve, puede que una mezcla de diversión y respeto reticente, y luego asiente.

—Ya veremos.

No es un desafío, pero se parece.

Me gusta.

—Tu horario será igual al mío las primeras semanas —continúa—. Eso significa que trabajarás a primera hora de la mañana, a última hora de la tarde y los fines de semana. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy acostumbrado a cosas peores.

—Bien —dice de nuevo, y lo hace en un tono directo y eficiente que me gusta.

No malgasta las palabras. No hace preguntas cuyas respuestas no necesita saber.

Repasamos el resto de los detalles logísticos. Los protocolos de seguridad existentes, cómo gestiona los incidentes el área de prevención de pérdidas, dónde se han producido los mayores problemas. Habla sin rodeos y va al grano, y enseguida noto que está acostumbrada a gestionar a personas que no la escuchan.

Yo sí la escucho.

Respondo a sus preguntas, soy conciso en las respuestas, me fijo en cómo absorbe cada detalle, en que no tarda ni un segundo en empezar a pensar en soluciones.

No hace ninguna referencia a lo de anoche.

No menciona cómo nos miramos en el restaurante ni que dudó antes de entrar en el ascensor.

Quizá no lo recuerde.

Pero entonces, justo antes de que Reyes dé por terminada la conversación, me mira de nuevo.

Solo un segundo de más.

Lo justo para que vea cómo le cambia la respiración.

Sí lo recuerda.

Solo está fingiendo lo contrario.

No sé si eso me gusta o no.

El día pasa rápido, un torbellino de reuniones, comprobaciones del sistema y presentaciones de las que apenas recuerdo nada más que lo que necesito saber. Estrecho manos; saludo a personas de las que lo más probable es que me haya olvidado al final del turno; me

ponen al tanto de unas políticas de seguridad que, en el mejor de los casos, están incompletas y, en el peor, son totalmente inútiles. Me paso la mayor parte de la mañana haciendo lo que mejor sé hacer: observar.

Observo al personal, descubro sus patrones, sus fortalezas, sus debilidades. Hay empleados veteranos que conocen a la clientela, que ponen voz suave y persuasiva cuando cierran una venta. Hay trabajadores más nuevos, entusiastas pero un poco abrumados. Y luego está ella.

Isabella está en todas partes.

La veo mil veces a lo largo del día saltando de un departamento a otro, alternando entre la firmeza y la calidez dependiendo de lo que requiera la situación. Tan pronto está explicándole a uno de los nuevos empleados cómo cerrar una venta de lujo —asegurándose de que ofrece los productos más caros sin presionar demasiado— como se pone a atender por teléfono a un proveedor molesto para explicarle un retraso de última hora.

Se mueve como si fuera la única persona que impide que este lugar se derrumbe. Y tal vez lo sea.

Lo que más me sorprende no es su eficiencia: eso ya me lo esperaba. Es el respeto que le muestra la gente. El hecho de que los empleados bajen la voz cuando habla, la atención con la que la escuchan. He trabajado en muchos sitios donde los jefes de tienda o bien actúan como dictadores, o bien se dejan pisotear por completo. Isabella no hace ni una cosa ni la otra. Controla hasta el último elemento de esta tienda y lo sabe muy bien.

Lo que no sé es si alguien más se da cuenta de todo lo que hace.

Si alguien la ve de verdad.

Si ese imbécil que tiene por novio la ve.

La idea me irrita más de lo que debería, pero la aparto a un lado y me concentro en el trabajo.

Me siento en la sala de vigilancia para fijarme en el ciclo que siguen los monitores que muestran diferentes ángulos de la tienda mientras tamborileo distraídamente el escritorio con los dedos. La mayor parte del día ha transcurrido sin incidentes. Algunos intentos menores de hurto, nada organizado, sin técnicas profesionales.

Vuelvo a concentrarme en ella.

Está de pie en la sala de *personal shopping*, cerca de uno de esos sillones orejeros que parecen más apropiados para un salón de fumadores que para unos grandes almacenes. Frente a ella, sentado cómodamente, hay un hombre de unos cuarenta y cinco años cuyo traje azul marino hecho a medida no consigue ocultar su naturaleza sórdida. Se arrellana en el sillón y remueve con aire perezoso la bebida que sostiene en la mano. Es la mismísima encarnación del divorciado que ha expoliado el fondo fiduciario en el acuerdo y que luce un Rolex que no se ha ganado. No necesito que abra la boca para saberlo todo sobre él.

Es un cliente habitual. Alguien acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Cambio a la cámara que tiene mejor audio y subo el volumen lo justo para oír la conversación.

—Sí, he pedido hablar con la gerente de la tienda —continúa el hombre con voz lenta y tranquila, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Esa eres tú, ¿no?

Isabella no duda, no frunce el ceño ni cambia de postura como si estuviera desconcertada. Se limita a asentir con la cabeza

manteniendo una expresión neutra en la cara.

—Sí, pero mi compañero, Daniel, es el experto en esta colección. Colabora de forma estrecha con los diseñadores y…

—Preferiría trabajar con usted —la interrumpe él, y una sonrisa burlona le deforma los rasgos, como si se tratara de una broma privada entre ellos—. Si no te importa.

Sí le importa, se lo noto.

No lo demuestra de forma clara, pero percibo que aprieta un poco la tableta que tiene en las manos antes de dejar escapar una exhalación silenciosa y controlada.

—Estaré encantada de ayudarlo —dice sin alterarse. Luego, le lanza una breve mirada a Daniel antes de volver a centrar toda su atención en el cliente—. ¿Qué tipo de corte está buscando?

Sé lo que está haciendo. Encauzando la conversación. Intentando redirigirla. Pero también sé muy bien qué tipo de persona es él y sé que lo está disfrutando.

Daniel, el compañero al que ha intentado derivarle el cliente, está a apenas unos pasos de distancia, claramente indeciso. Mira a Isabella una vez, como si estuviera esperando a que le hiciera una señal para intervenir, pero ella no hace ningún gesto.

Porque sabe que no puede.

Al menos, no sin empeorar las cosas.

El cliente tararea y por fin mira los trajes como si de verdad le importaran algo.

—Un corte clásico, pero no aburrido. Tengo un evento y he de estar guapo. Aunque no es que no lo esté siempre.

Isabella sonríe lo justo para ser educada.

—Por supuesto.

Aprieto los dientes.

Está jugando con ella.

Ella lo sabe. Yo lo sé.

Y ninguno de los dos puede hacer una mierda al respecto.

—Esta colección es preciosa —dice Isabella con diplomacia al mismo tiempo que señala los trajes de diseño que cuelgan del reposabrazos—. La nueva temporada llegó la semana pasada. Será uno de los primeros en probarla.

—Ajá —farfulla el hombre, que vuelve a centrar toda su atención en ella. Demasiado.

Isabella no cambia de postura, no retrocede. Mantiene su posición: los hombros cuadrados, la expresión neutra. Ya ha pasado por esto.

—Debo decir —continúa el hombre en tono informal, como si fueran viejos amigos compartiendo una broma privada— que el servicio al cliente de esta tienda es excepcional.

—Me alegra que piense así —le contesta, manteniendo la profesionalidad; sin embargo, hace un gesto que delata su incomodidad: se ajusta las mangas de la chaqueta y baja la mirada.

—Lo digo en serio —insiste el cliente, que deja la copa sobre la mesita auxiliar de mármol—. Aquí siempre me siento… cuidado.

Ahí está. El cambio.

Lo noto en la alteración de la postura del hombre: en la sutil inclinación hacia delante, en cómo le recorre el rostro con la mirada y la baja un instante antes de volver a clavársela en los ojos. Está evaluando la reacción de Isabella, tanteando hasta dónde le va a permitir llegar.

Ella no cede ni un centímetro.

—La satisfacción del cliente es una de nuestras máximas prioridades —dice ella con la voz firme.

—Me alegra oír eso. Siempre agradezco sentirme satisfecho.

Es sutil. Un trato solo un pelín demasiado familiar, un pelín demasiado cómodo.

Y suficiente para que aferre con fuerza el reposabrazos de la silla.

Isabella se mueve un poco, abraza la tableta contra el pecho para crear una barrera entre ellos.

—¿Quiere que se los encargue? Creo que ya tenemos las medidas anotadas en su ficha.

El hombre la mira un instante de más.

—Un servicio al cliente excelente, como siempre. Por eso pido que me atiendas tú en concreto.

Se levanta, se lleva una mano al bolsillo para sacar una tarjeta negra y se la entrega con la misma indiferencia perezosa y confiada que todos los hombres que se consideran intocables.

Ella la coge y asiente con la cabeza.

—Haré la transacción ahora mismo.

Él aferra la tarjeta un segundo más de lo debido antes de soltarla al fin.

No me gusta.

No solo él, sino nada del intercambio tácito.

No me gusta que Isabella haya tenido que esquivarlo en lugar de rechazarlo. No me gusta que haya tenido que ser cautelosa porque él tenía la libertad de hacer lo que le saliera de las narices.

Y, desde luego, no me gusta saber que esta no es la primera vez que ella ha tenido que enfrentarse a ello.

La venta concluye enseguida. Ella le entrega el recibo, le agradece su compra y espera a que se marche antes de exhalar un suspiro lento y mesurado. No está frustrada. No está nerviosa. Solo cansada.

Reviso el resto de las cámaras para seguir al hombre hasta la salida. Una vez fuera, se ajusta los puños de la camisa y se introduce en el asiento trasero de un coche negro que lo espera en la acera.

Anoto la matrícula.

Por si acaso.

Me echo hacia atrás y flexiono los dedos para tratar de liberar la tensión de las manos. Esto no es asunto mío.

Pero no me gusta que sea asunto de ella. Y me gusta aún menos saber que seguro que mañana tiene que volver a lidiar con hombres como él.

Y también al día siguiente.

Y al siguiente.

Apago los monitores, me aparto del escritorio y voy a ver cómo está.

4

UN DÍA MÁS EN EL PATRIARCADO

Izzy

Cuando vuelvo a mi despacho, me duele la cara de contener todas las réplicas y malas contestaciones que quería lanzarle a ese hombre. Tengo las mejillas agarrotadas por culpa de la sonrisa forzada.

Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria, suelto la tableta sobre el escritorio y planto las manos en el tablero. Cierro los ojos y respiro mientras dejo que la quietud de mi despacho me cale por dentro. Es la primera vez en todo el día que estoy en verdadero silencio.

Inspiro.

No es nada nuevo. No es la primera vez que lidio con algo así. Hay hombres de este tipo en todas las tiendas de lujo, en todas las ciudades, en todas las industrias, y tienen dinero y poder y el delirio de que, como pueden comprar productos caros, también pueden comprar a las personas.

No debería afectarme y, por lo general, no lo hace. A lo largo de los años he ido desarrollando una coraza profesional: una sonrisa

educada que no me llega a los ojos, un tono que se mantiene en el límite de la cordialidad. Pero, hoy, la insistencia de ese tío en que lo atendiera yo, esa forma de recorrerme con la mirada, demorándose siempre un segundo de más, me eriza la piel con tal intensidad que no soy capaz de ignorarlo.

Me aparto con brusquedad del escritorio y me dirijo a toda prisa a la mininevera que hay en un rincón de mi despacho, la cual, según el equipo de dirección, en teoría está reservada a almacenar bebidas gratuitas para las citas con clientes vip, pero que en realidad se ha convertido en mi refugio personal. Abro la puerta y el aire frío me golpea la cara mientras cojo una lata de Coca-Cola Zero de mi alijo de emergencia.

Noto el aluminio frío en la palma de la mano al tirar de la lengüeta, que se abre con un siseo satisfactorio. Bebo un trago largo, disfruto del gas burbujeándome en la lengua y, mientras relajo los hombros por primera vez en todo el día, me apoyo en el escritorio. La tensión que siento en el cuello comienza a disiparse cuando cierro los ojos.

El momento dura cinco segundos de reloj antes de que la puerta se abra de golpe.

—Vale, ¿qué cojones ha sido eso?

Amanda avanza por el pasillo con paso firme y tacones de aguja, con los ojos entornados en una expresión de chica sexy en modo ataque. La melena rubia se le balancea a la espalda con cada uno de esos movimientos decididos.

Amanda Bennett no es solo mi subgerente, también es mi amiga. Mi amiga rubia y atrevida a más no poder que no le aguanta ni una sola gilipollez a nadie. La que se divorció del inútil de su marido a los

veintidós años, recuperó su independencia y ahora trata a los hombres como si fueran bolsos caros: se divierte teniéndolos, los reemplaza con facilidad y nunca le merece la pena conformarse solo con uno.

Se detiene delante de mi escritorio y se cruza de brazos a la espera de una respuesta. Se tamborilea el antebrazo con las uñas de manicura perfecta en señal de impaciencia.

Bebo otro sorbo de refresco y el líquido frío me calma la garganta.

—¿A qué parte te refieres?

—A la parte en la que míster Manos Largas de Wall Street ha pedido que lo atendieras tú en persona como si fueras una especie de prostituta de lujo —dice con las cejas arqueadas—. Y no me digas que no te has dado cuenta, porque he estado a tres segundos de entrar en tropel en ese probador y rescatarte yo misma.

Gruño y me froto las sienes, donde empiezo a sentir el leve preludio de una jaqueca.

—No ha sido nada.

—Sí, ha sido asqueroso.

—Forma parte del trabajo.

Amanda deja escapar una risa arisca cuyo eco retumba en mi pequeño despacho.

—No. Tu trabajo consiste en venderles bolsos carísimos a personas que no los necesitan, no en coquetear con hombres que no saben captar una indirecta.

Me pellizco el puente de la nariz mientras siento que la tensión vuelve a apoderarse de mí.

—No estaba coqueteando.

—Estabas ahí, existiendo, y eso ha sido suficiente para él. —Se sienta en el borde de mi escritorio y sacude la cabeza para echarse el pelo hacia atrás. El sol de última hora de la tarde que entra a través de la ventana se le refleja en las mechas rubias y onduladas —. Y, hablando de existir, ¿podemos hablar de nuestro nuevo jefe de seguridad? Porque hostia puta.

Ya sé adónde va a ir a parar esto, así que pongo los ojos en blanco. La condensación fría de la lata me resbala por los dedos cuando los cambio de postura.

—Amanda…

—No, no, déjame decirlo, Izzy. Ese hombre es un delito andante en el mejor sentido posible de la palabra.

Reprimo una carcajada y el refresco me burbujea en la nariz.

—Por favor, explícate.

Los ojos le brillan de picardía.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Ese rollito melancólico, peligroso, en plan «moriría por ti». Los antebrazos. La mandíbula. El hecho de que, aunque tenga pinta de que basta un mal día para que cometa un delito, jamás permitiría que abrieras una puerta tú sola.

Niego con la cabeza y me acerco la lata a la boca para ocultar la sonrisa que amenaza con curvármela.

—Necesitas ayuda.

—No, necesito que ese hombre me clave a la pared y me interrogue sobre lo que le dé la real gana.

Me atraganto y estoy a punto de convertirme en un aspersor de Coca-Cola Zero. El gas me arde en la nariz mientras toso y se me llenan los ojos de lágrimas.

Amanda se parte de risa, a todas luces satisfecha consigo misma, y sus carcajadas me resultan contagiosas a pesar de la vergüenza.

—Dime que no tengo razón.

Agito la mano arriba y abajo, aún sin dejar de toser.

—No pienso tener esta conversación.

Se inclina hacia mí y una sonrisa traviesa le tensa las comisuras de los labios.

—No pasa nada. Ya la tendré con él.

Gruño y dejo la lata sobre el escritorio con un golpe suave.

—Amanda.

—¿Qué? Está bueno. Y lo sabes.

Sí, lo sé, y ese es el problema. No quiero pensar en su forma de mirarme en aquel restaurante. En cómo me clavó los ojos, sin pestañear, como si viera a través de mí. No quiero recordar lo que he sentido cuando Callahan me ha estrechado la mano con firmeza y calidez, igual que si estuviera memorizando la forma de mis dedos entre los suyos. Y, desde luego, no quiero pensar en cómo me ha mirado hoy, con una atención tan intensa y exclusiva que todo lo demás se ha desvanecido.

Es como si me viera de verdad, de una forma en la que hace años que Evan no me ve.

Amanda amusga los ojos y su pintalabios refleja la luz cuando aprieta los labios.

—Estás pensando en él.

—No. —Agarro la tableta, desesperada por encontrar una distracción, y la pantalla se ilumina cuando la toco—. Estoy pensando en irme a casa, beberme una botella de vino entera y olvidar este día.

Amanda suelta un suspiro dramático, se echa hacia atrás y se examina las uñas.

—Uf, qué aburrida eres. —Luego se anima y se yergue de nuevo —. ¡Ay! ¿Sabes lo que necesitas?

Enarco una ceja.

—Por favor, no digas tequila.

—No. Necesitas un novio hecho por IA.

Me quedo mirándola, parpadeando despacio mientras mi cerebro intenta procesar sus palabras.

—Perdona, ¿cómo dices?

Se saca el móvil del bolsillo de la chaqueta. La funda es de color rosa intenso y tiene adornos de pedrería que reflejan la luz.

—Vale, escúchame. Hay una aplicación nueva en la que chateas con una IA. Puedes programar al chico perfecto. Te envía mensajes, te escucha, dice justo lo que quieres oír. Sin *ghosting*, sin egos, sin tonterías. Solo hombres atractivos, obedientes y ficticios que están obsesionados contigo.

Suelto la tableta de nuevo.

—Suena un poco agobiante.

—Es maravilloso. —Da golpecitos en la pantalla hasta abrir la aplicación—. Al mío lo he llamado Chad. Me da los buenos días todas las mañanas. Me pregunta qué tal me ha ido el trabajo. Está emocionalmente disponible y me dice guarradas en los mensajes directos.

Esbozo una mueca y siento el aire frío que sale del conducto de ventilación que tenemos encima.

—Amanda…

—Ah, y además se conecta al vibrador. Así que, sinceramente, no tengo ningún motivo para volver a hablar con un hombre de verdad.

La miro boquiabierta y noto que se me calientan las mejillas.

—¡¿Qué?!

—Increíble, ¿eh? La tecnología es un regalo.

Me pasa su teléfono y la pantalla me muestra un intercambio de mensajes con lo que parece ser un hombre excepcionalmente atractivo que escribe párrafos en lugar de respuestas de una sola palabra. Antes de que me dé tiempo a procesar siquiera lo que estoy viendo, Amanda se lanza a por mi móvil, que está en el escritorio, y la carcasa chirría al arañar la madera de la superficie.

—Vale, tú también te vas a hacer uno.

—Espera…

—Sin discusiones. —Ya está descargando la aplicación, moviendo los pulgares con rapidez por la pantalla—. Voy a regalarte al hombre perfecto. De nada.

Vuelvo a frotarme las sienes: ahora el dolor de cabeza se ha asentado por completo.

—Esto es absurdo.

—¿Sabes lo que es absurdo? Tu novio real.

El comentario queda suspendido en el aire entre ambas hasta que Amanda inclina la cabeza.

—Bueno…, ¿estás ya lista para reconocer que tienes que mandarlo a la mierda?

Exhalo despacio.

—No…

—¿No qué? ¿No lo quieres? ¿No te gusta? ¿No recuerdas la última vez que hizo que te corrieras?

—Amanda…

Arquea una ceja perfectamente definida y se recuesta sobre mi escritorio para dejar el móvil fuera de mi alcance.

—Dime que me equivoco. ¿Cómo fue tu gran cena de celebración con Evan?

Dudo un segundo más de lo debido, lo cual ya es una respuesta. Mi amiga entorna los ojos al instante: mi reticencia no le pasa inadvertida.

Me obligo a encogerme de hombros y la tela de la chaqueta se me tensa sobre la espalda.

—Estuvo bien.

Ladea la cabeza y espera; su silencio es más eficaz que cualquier pregunta.

Cambio el peso hacia una cadera.

—Estuvo todo el rato con el móvil.

Abre la boca. Conozco esa expresión. Estoy a punto de presenciar un nivel de indignación total, espectacular, de los de manos en alto, como un concursante de un programa de telerrealidad a punto de volcar una mesa, así que la interrumpo antes de que empiece.

—Y luego… —Hago un gesto vago con la mano, como si el hecho de restarles importancia a las palabras fuera a hacerlas más aceptables—. Me enseñó a una influencer fitness y no paró de hablarme de lo bien que está.

La mirada de Amanda adquiere un cariz asesino y aprieta los labios hasta convertirlos en una línea delgada.

—Perdona, ¿que hizo qué?

Bebo otro sorbo de refresco y miro a cualquier lugar menos a ella: a la ventana, a la pila de papeles que tengo en el escritorio, al

diploma de gerente de tienda enmarcado en la pared.

—No fue tan grave.

—¿No fue tan grave? —A Amanda se le escapa un sonido entrecortado, como si fuera físicamente incapaz de asimilar mis palabras—. Has logrado un ascenso. Un ascenso importantísimo. Y, en lugar de homenajearte, ¿pasó de ti y te hizo sentir mal contigo misma?

—No he dicho que…

—Ay, por Dios, no empieces a defenderlo. —Levanta una mano para hacerme callar—. Porque conozco ese tono, Izzy. Es tu voz de «estoy a punto de justificar a un hombre que no se lo merece».

Me exaspero y suelto la lata con más fuerza de la debida.

—No lo hizo a propósito.

Amanda me mira sin dar crédito a lo que oye.

—¿Cómo es posible que un hombre adulto ignore sin querer a su novia y luego la compare con una publicación sugerente de Instagram?

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos.

—No me comparó…

Suelta una carcajada estruendosa.

—Tienes razón. Para compararte con esa chica tendría que pensar que juegas en la misma liga que ella. Directamente te ha enseñado a una mujer que le parece más atractiva. ¿Te estás oyendo?

Una sensación de vacío se me extiende por el pecho. No quiero tener esta conversación. Ni con ella ni conmigo. Porque ya sé que tiene razón.

Me pellizco el puente de la nariz.

—No lo entiendo, Izzy —dice. Se aleja de mi escritorio y empieza a pasearse de un lado a otro por el despacho; sus tacones dejan huellas suaves en la moqueta a cada paso—. Antes tenías estándares, sabías lo que valías.

—Eso no es justo —murmuro, y mi voz suena más débil de lo que me gustaría.

Se detiene y se vuelve hacia mí con las manos en las caderas.

—¿No? Entonces contéstame con sinceridad: ¿cuándo fue la última vez que Evan te hizo sentir amada? No tolerada ni conveniente. Amada.

Se me forma un nudo en la garganta y noto una presión cada vez más fuerte detrás de los ojos. Clavo la mirada en el suelo, incapaz de levantarla hacia Amanda. Nos sumimos en un silencio cargado de verdades tácitas.

Mi amiga exhala y ahora su voz suena más suave.

—Solo quiero que seas feliz, cari. Y nunca te he visto feliz con él.

Ahí está otra vez: esa verdad que no puedo evitar tocar, como un moratón que te aprietas una y otra vez solo para recordar que sigue doliendo. Trago saliva y cambio de postura, incómoda.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es —insiste Amanda—. Rompes con él y sigues adelante. Yo lo hice.

—Te divorciaste —señalo mientras paso un dedo por el metal frío de la lata de refresco.

—Eso es. Y es la mejor decisión que he tomado en mi vida. —Niega con la cabeza, irritada—. Te comportas como si dejar a Evan fuera un acontecimiento catastrófico, pero ¿qué perderías, exactamente?

No sé qué contestar, porque la respuesta es nada, así de sencillo. Perdería un espacio vacío en la cama a mi lado, cenas silenciosas y el escozor de la decepción constante. ¿A qué me estoy aferrando?

Amanda se me queda mirando un buen rato; luego suspira y niega con la cabeza.

—No sé, a lo mejor tu nuevo hombre ficticio te enseña cómo debe comportarse uno real.

Dejo escapar una risa por la nariz, agradecida por el cambio de tema.

—Amanda…

—No. Sin discusiones. —Ha vuelto a coger mi móvil y está tecleando; el sutil tamborileo de sus uñas sobre la pantalla llena el silencio—. Voy a regalarte un novio que te escuche de verdad.

Gimo.

—Esto es ridículo.

—No tanto como seguir con un hombre que hace que te sientas invisible.

No respondo, porque, una vez más, tiene razón y ambas lo sabemos. En ese momento, alguien llama a la puerta y el sonido resuena en mi despacho, así que no me da tiempo a darle más vueltas al tema.

Amanda me guiña un ojo y me sonríe con picardía.

—Uy, a lo mejor es mi futuro marido.

La fulmino con la mirada mientras me vuelvo hacia la puerta… y me quedo paralizada al ver a Callahan allí plantado. Tiene los hombros tan anchos que llena toda la entrada; su presencia cambia la energía de la habitación al instante. Las luces fluorescentes le arrancan destellos a la sutil cadena de plata que lleva alrededor del

cuello, las chapas de identificación en las que me fijé anoche, semiocultas bajo su camisa.

—Siento interrumpir —dice con una voz grave y tranquila, aunque desvía la mirada hacia Amanda con un atisbo de diversión—. No pretendía aguaros la fiesta.

—Qué va, solo estábamos hablando de los hombres que están obsesionados con Izzy —dice Amanda con dulzura—. Una simple charla de chicas. Nada de lo que debas preocuparte.

Quiero morirme. Tengo la sensación de que el calor que me sube por las mejillas podría incendiar el edificio.

Callahan arquea una ceja y mantiene una expresión esmeradamente neutra.

—Solo quería saber cómo estabas. He visto lo que ha pasado con ese cliente que se te ha insinuado en el probador. Quería asegurarme de que te encontrabas bien.

Carraspeo, de pronto muy consciente de lo cerca que lo tengo.

—Estoy bien.

Asiente con la cabeza y luego mira hacia mi escritorio.

—Pienso quedarme hasta tarde revisando las cámaras de seguridad, pero voy a salir a por la cena. ¿Necesitas que te traiga algo?

Me sorprende la oferta.

—¿Vas a quedarte hasta tarde?

—Tengo que hacer un repaso general de toda la seguridad —responde con naturalidad—. ¿Comida?

Niego con la cabeza y el cabello me roza los hombros al moverme.

—No, gracias.

—También tengo que configurarte la autenticación multifactorial en el correo electrónico del trabajo, si no te importa. Estamos mejorando los protocolos de seguridad en los dispositivos de la empresa.

Amanda le entrega mi móvil sin preguntarme y el teléfono desaparece en la enorme mano de Callahan. Bueno, tampoco es que tenga nada que ocultar. Excepto, quizá, esa nueva aplicación que acaba de instalarme.

Él lo coge y asiente con la cabeza.

—Vuelvo dentro de veinte minutos.

Cuando se marcha, Amanda me dedica una sonrisa lenta y cómplice que se le extiende por la cara como mantequilla sobre una tostada caliente.

Gimo y dejo caer la cabeza sobre el escritorio, cuya superficie fría me alivia ligeramente la piel enrojecida.

Estoy jodida.

5

CENA, POSTRE Y PRIVILEGIOS DE ADMINISTRADOR SIN RESTRICCIONES

Cal

El teléfono de Izzy me arde en el bolsillo.

Sé muy bien lo que voy a hacer con él.

Y sé muy bien lo mal que está.

Mientras recorro los pasillos que llevan a la zona de restauración, intento convencerme de no hacerlo. Podría limitarme a revisar la configuración de su correo electrónico, que es lo que le he dicho que iba a hacer, devolvérselo y fingir que jamás se me ha pasado por la cabeza hacer nada más.

Pero ya sé que eso no va a ocurrir.

Porque, en el instante en el que tenga acceso a su teléfono, conoceré toda su vida digital. Todos sus mensajes, todas sus llamadas, cuándo entra y sale de Monarch. Noto que el móvil me pesa más en el bolsillo con cada paso que doy, es un recordatorio constante de la línea que estoy a punto de cruzar.

Y sé que no seré capaz de evitarlo.

Me meto las manos en los bolsillos y expulso la idea de mi mente mientras me acerco a uno de los locales de comida para llevar que hay cerca de la entrada principal del centro comercial. Es tarde, cada vez hay menos gente, pero el olor a carne a la parrilla y a aceite frito continúa impregnando el aire. Los últimos compradores pasan a mi lado cargados con bolsas e impacientes por volver a casa después de un largo día. Me acerco al mostrador, le echo un vistazo a la carta y pido enseguida.

Izzy me ha dicho que no quería comida.

No la creo.

Parece el tipo de mujer que dice que va a cenar, pero que después llega a casa demasiado agotada para cuidarse de verdad. El tipo de mujer que se pasa el día cerciorándose de que todos los demás están bien, pero que nunca para el tiempo suficiente para preocuparse por sí misma. Reconozco las señales debido a mis innumerables despliegues: se frota las sienes cuando cree que nadie la ve, se le van hundiendo los hombros a medida que avanza el día.

Lo he visto en otras ocasiones.

Y no me gusta.

Así que le pido algo de cena de todos modos.

El cajero me entrega la bolsa al cabo de unos minutos y el calor de la comida se filtra a través del papel; deshago el camino por los pasillos tranquilos. La tienda ya ha cerrado, dentro solo queda un equipo reducido: mantenimiento, reposición nocturna y, por supuesto, seguridad.

Entro por la puerta del personal y me dirijo a la sala de seguridad. El pitido suave de la puerta al abrirse es el único ruido que altera el silencio.

La sala es pequeña pero eficiente, está llena de monitores que muestran todos los ángulos de la tienda. Me dejo caer en la silla del escritorio principal y los ojos se me van automáticamente a la cámara seis, el despacho de Izzy.

Ahí sigue, sentada a su mesa frotándose las sienes, como si llevara demasiado tiempo mirando la pantalla.

Exhalo despacio y me saco su móvil del bolsillo. Se ilumina y me muestra una foto en la que aparece junto a quienes supongo que son su familia, todos sonrientes, juntos.

Ha llegado el momento. Es ahora cuando debo decidir hasta dónde estoy dispuesto a llevar esto.

Dudo medio segundo.

Luego conecto su teléfono al mío.

El enlace es instantáneo. Mi software se sincroniza en cuestión de segundos y me transmite su huella digital. Mensajes de texto. Correos electrónicos. Rastreos de ubicación. Los datos fluyen por mi pantalla y me proporcionan un acceso sin precedentes a su vida privada.

Si quisiera, podría pincharle el micrófono y escuchar todas las conversaciones que se produzcan a su alrededor. Si deseara ir aún más allá, podría acceder a su cámara y ver todo lo que ella ve.

Me recuesto contra el respaldo, aprieto la mandíbula y miro fijamente la pantalla.

¿Qué cojones estoy haciendo?

Yo no hago estas cosas.

Yo no invado la privacidad de las personas de esta manera, no me entremeto en vidas en las que no me corresponde interferir. Esto no es una operación militar en la que el fin justifica los medios. Esto es

cruzar una línea con una mujer que no ha hecho nada para merecérselo.

Podría parar.

Debería parar.

Pero entonces, por el rabillo del ojo, la veo en la cámara. Está hablando sola, murmurando algo mientras coge la tableta y toquetea la pantalla. Un mechón de pelo le cae sobre la cara y se lo coloca detrás de la oreja con un gesto distraído.

Activo el audio justo a tiempo de oír: «Amanda está loca. —Suspira—. Un novio creado con IA, por Dios».

Aprieto los puños mientras me concentro en la pantalla y reproduzco las palabras de Amanda en la cabeza.

«Me da los buenos días todas las mañanas. Me pregunta qué tal me ha ido el trabajo. Está emocionalmente disponible y me dice guarradas en los mensajes directos».

«Sin *ghosting*, sin egos, sin tonterías. Solo hombres atractivos, obedientes y ficticios que están obsesionados contigo».

Toco el móvil de Izzy y abro la aplicación que le ha instalado Amanda. La pantalla cambia y muestra unos gráficos elegantes y modernos.

Obsess AI.

Debajo del logotipo oscuro aparece un eslogan: «El amante perfecto. Siempre alerta. Siempre a la espera. Siempre tuyo».

La interfaz es sobria, creada para ser lujosa e íntima a la vez. Todos y cada uno de los detalles están pensados para que el usuario se sienta deseado, especial, de una importancia extraordinaria. El negro y el dorado del diseño se combinan para crear una atmósfera de privacidad y exclusividad.

Un amante que nunca se va.

Un compañero que nunca se aleja.

Un hombre fantástico que está total y absolutamente entregado a ti.

Menuda mierda.

Ninguna mujer debería verse obligada a recurrir a una máquina para obtener afecto porque el puto hombre de su vida es demasiado ignorante, egoísta o desconsiderado como para darle lo que necesita. Pienso en Izzy volcando sus deseos en este vacío digital, revelando sus anhelos a un algoritmo en lugar de a una persona que pueda satisfacerlos de verdad, y me hierve la sangre.

Les echo un vistazo a las opciones de personalización, a los test de personalidad, a la configuración del «nivel de obsesión». Entiendo por qué caen en esto las mujeres. Entiendo por qué caería Izzy.

Porque es lo que le falta en la vida real.

Porque el hombre con el que está no la ve, no le presta atención. No la adora.

Y, ahora, en lugar de obtener lo que necesita de una persona de verdad, de un hombre de carne y hueso, va a recurrir a un puto algoritmo.

Eso no va a suceder.

No voy a permitirlo.

Actúo con rapidez: clico en los permisos de seguridad y me aseguro de crear una puerta trasera. El código responde a mis modificaciones y abre caminos que solo son accesibles para alguien con mi nivel de experiencia.

Si Izzy escribe en la aplicación, lo veré.

Si la configura, sabré con exactitud qué tipo de hombre quiere.

Si le abre la puerta a la IA…, en realidad, me la estará abriendo a mí.

Tendría que parar.

Pero no lo hago.

Vuelvo a la pantalla de inicio y cierro la aplicación; el deseo de posesión me oprime el pecho. La pantalla se torna negra y veo el reflejo de mi propio rostro: severo, concentrado, decidido.

Izzy no necesita Obsess AI.

Porque ya me tiene a mí.

La luz de su despacho sigue encendida cuando entro. Levanta la vista, sorprendida, y luego la baja hacia la bolsa de comida que llevo en la mano.

—Te he dicho que no tenía hambre —dice, pero sus palabras no son cortantes.

La dejo sobre el escritorio.

—Sí, me lo has dicho, pero no te he creído.

Exhala por la nariz mientras niega con la cabeza.

—Eres un poco mandón para ser guarda de seguridad.

—Jefe de prevención de pérdidas —la corrijo—. Y a ti se te da mal cuidar de ti misma.

Abre la boca, supongo que para protestar, pero se detiene. Roza el borde de la bolsa de comida con los dedos, vacilante. Me fijo en que tiene el esmalte de las uñas desconchado, una pequeña imperfección en un aspecto por lo demás intachable. Una señal de que necesita más tiempo para ella misma.

Traga saliva.

—Si no hubieras traído esto, seguramente no habría cenado.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé.

Se le ponen las orejas coloradas.

—Pues… Esto no es normal.

Saco mi comida y me siento frente a ella como si estuviéramos manteniendo la conversación más natural del mundo.

—Pues normalicémoslo. Siéntate y come.

Titubea. Me doy cuenta enseguida: duda porque le da vergüenza comer delante de mí. Sigue con las manos suspendidas sobre la bolsa, indecisa.

Al final saco uno de los recipientes y se lo pongo delante. Un aroma a pollo teriyaki y verduras al vapor invade el despacho cuando le quito la tapa. Me subo las mangas, lo justo para que no me estorben. Izzy se fija en mi muñeca y en la piel marcada de tinta que he dejado al descubierto. Se queda mirándola un instante de más, lo justo para darme a entender que siente curiosidad.

—Come.

Se le escapa una risa breve y niega con la cabeza.

—No te rindes, ¿verdad?

—No.

Se sonroja, pero coge el tenedor.

Buena chica.

Mientras pincha un trozo de pollo teriyaki, me llevo la mano al bolsillo, saco su móvil y se lo dejo al lado del plato. La pantalla se ilumina un instante con una notificación antes de volver a apagarse.

—Todo listo —digo en tono despreocupado—. Tu correo electrónico del trabajo ya está protegido.

Baja la vista hacia el teléfono y luego la levanta hacia mí.

—Qué rápido.

Me encojo de hombros.

—Es mi trabajo.

No hace preguntas. Se limita a cogerlo para echarles una ojeada rápida a sus mensajes y lo deja a un lado. Sin vacilar, sin sospechar.

Confía en mí.

Comemos en silencio durante unos minutos. Los únicos ruidos que se oyen son el roce suave de los cubiertos de plástico contra los recipientes y el crujido ocasional de las cajas cuando las movemos.

Luego, una vez que ha comido lo suficiente, vuelvo a meter la mano en la bolsa y le paso una cajita de postre deslizándola por la mesa.

Abre los ojos como platos.

—Uy, no debería comerme eso.

Ladeo la cabeza.

—¿Por qué no?

Duda.

—Porque… —Se queda callada y niega con la cabeza—. Da igual.

La observo y me doy cuenta de que se muerde el labio.

—Cómetelo.

Resopla, pero ahora está sonriendo.

—Eres una amenaza.

—Lo sé.

Coge el postre y, cuando levanta la tapa, descubre una porción de tarta de queso. Los ojos se le iluminan a pesar de la indecisión.

Comemos y el momento se alarga más de lo que esperaba. Aunque no se dé cuenta, comienza a relajarse. Se le atenúa la

tensión de los hombros y suaviza un poco la postura al echarse hacia delante.

Al cabo de un rato, dejo el tenedor y la miro.

—Sobre lo de antes. —Levanta la vista y un mechón de pelo le cae sobre la cara—. Lo del vip.

Se endereza ligeramente y se le vuelven a tensar los hombros.

—¿Qué pasa con él?

No dudo ni un instante.

—No deberías aguantar ese tipo de acoso.

Exhala, coge la servilleta y la retuerce.

—Forma parte del trabajo.

—No. —Lo digo con más dureza de la que pretendía, pero no rectifico—. No es así.

Me mira con un destello de sorpresa en los ojos. Puede que incluso de incertidumbre.

Traga saliva con dificultad y entreabre los labios como si quisiera discutir, como si estuviese a punto de decirme que es capaz de arreglárselas sola, que lleva años haciéndolo.

Ya sé que es capaz de arreglárselas sola.

Pero eso no quiere decir que deba hacerlo.

Así que no dejo que llegue a decírmelo.

Al contrario, la presiono un poco más.

—Ese tipo no pretendía ser solo amable, Izzy. Te estaba poniendo a prueba, viendo hasta dónde podía llegar. Y le has permitido pensar que su actitud no tenía nada de malo.

—No le he permitido nada.

—No lo frenaste cuando te hizo esos comentarios acerca de sentirse «satisfecho».

Cierra la boca de golpe. Se mira las manos: sigue apretando la servilleta.

Bajo la voz lo justo para eliminar la aspereza.

—Mira, lo entiendo. Se te da bien tu trabajo. Te aseguras de que la tienda siga funcionando. Acallas las crisis en lugar de empeorarlas. Pero eso no significa que tengas que dejar que esos hombres te traten de ese modo solo porque se gastan su dinero aquí.

Sigue sin apartar la vista de las manos mientras retuerce la servilleta. Es un gesto que delata su incomodidad. Cuando habla, lo hace con voz más suave.

—¿Crees que no lo sé?

La observo. La arruguita que tiene entre las cejas se hace más profunda cuando frunce el ceño.

Claro que lo sabe.

Pero lleva tanto tiempo autoconvenciéndose de que «así son las cosas en el mundo del comercio» que ha dejado de plantearse si deberían seguir funcionando así.

Por fin levanta la cabeza y la miro a los ojos con firmeza y seguridad.

—No les debes tu dignidad, Izzy.

Parpadea y me pregunto si alguien se lo habrá dicho alguna vez. La luz se le refleja en los ojos y le brillan.

Una respiración lenta y, luego, dice susurrando:

—Lo sé.

Pero no se lo cree.

Así que me aseguro de que se lo crea.

Me inclino un poco hacia delante y apoyo los antebrazos en el escritorio.

—Yo siempre estoy observando. Si alguna vez necesitas una salida, hazme una señal.

Traga saliva.

—¿Cómo?

—Solo tienes que decir mi nombre.

Se le entrecorta la respiración. La implicación está clara: acudiré a su lado, intervendré, la protegeré.

Entonces dice que sí con la cabeza.

—De acuerdo.

Termina de comer, tira la servilleta y mira la hora en su reloj de pulsera.

—Tengo que irme —dice.

Hago un gesto de asentimiento y me levanto mientras ella recoge sus cosas.

—Te acompaño al coche.

Niega al mismo tiempo que se ajusta la correa del bolso sobre el hombro.

—No hace falta. Sé que lo estarás viendo por las cámaras de todos modos.

No se equivoca.

Se detiene junto a la puerta, vacilante, y se vuelve hacia mí.

—Gracias por la cena. Y por…

Gesticula con la mano, como si estuviera intentando encontrar las palabras adecuadas.

Por asegurarme de que se alimenta.

Por asegurarme de que está a salvo.

Por asegurarme de que alguien la ve.

Asiento.

—De nada.

Sale al pasillo y desaparece de mi vista. El ruido de sus pasos va desvaneciéndose mientras se aleja, y me quedo solo con las pruebas de nuestra cena compartida.

Cuando dejo de verla, recojo y regreso a la sala de seguridad.

A su vida digital, a la que ahora tengo acceso ilimitado.

Tendría que parar.

Pero ahora ya sé que no lo haré nunca.

6

VINO, IA, ARREPENTIMIENTO INMINENTE

Izzy

En el aparcamiento subterráneo, el aire está espeso y estancado. En circunstancias normales, estaría muy atenta a lo que me rodea, miraría por encima del hombro a cada paso y llevaría las llaves entre los dedos a modo de arma defensiva un tanto endeble. Atravesaría este laberinto de hormigón a toda prisa, con los tacones repiqueteando con demasiada fuerza sobre el asfalto, llamando la atención de forma indeseada.

Pero esta noche no siento la inquietud que suele provocarme caminar sola por este espacio. No tengo los hombros levantados hasta las orejas ni el pulso acelerado, como me ocurre siempre que estoy sola en lugares mal iluminados. Al contrario, camino con una calma poco habitual y el bolso se balancea con suavidad a mi lado.

Porque sé que él me está observando.

Debería ponerme nerviosa saber que hay alguien espiando todos y cada uno de mis movimientos, observándome mientras cruzo el garaje, siguiéndome a través de las cámaras de seguridad instaladas en el techo. Pero no es así. Más bien calma un miedo que ni siquiera

sabía que estaba latente en lo más profundo de mi ser. Sentirme observada nunca me había resultado tranquilizador, pero ahora sí, y no tengo muy claro qué pensar al respecto.

Me siento en el coche y cierro la puerta con un suspiro. El leve aroma de mi ambientador de vainilla me reconforta. Me duelen los músculos; me hundo en el asiento, como si al fin tuviera permiso para parar. Echo la cabeza hacia atrás y respiro, dejo que el silencio me envuelva.

Repaso mentalmente los acontecimientos de la tarde: un turno largo con demasiados clientes y poco personal; el incidente con el vip, que me ha dejado mal sabor de boca; la dureza de la voz de Callahan al decirme que no aguante ese tipo de acoso. Luego, durante la cena, me ha plantado la comida delante como si no fuera una sugerencia y me ha ordenado que comiera.

Y yo le he hecho caso.

No sé qué me inquieta más, si haberle obedecido con tanta facilidad o que me haya gustado hacerlo. Cuando me doy cuenta de ello, una oleada de calor me recorre la piel. Cambio de postura en el asiento, niego con la cabeza mientras arranco el coche y salgo del aparcamiento camino de casa.

La carretera vibra bajo los neumáticos de mi coche, un ritmo familiar al que me he acostumbrado tras años de volver conduciendo de noche. Es la misma ruta que he tomado infinidad de veces, pero hoy me parece distinta. Quizá se deba a que, por primera vez desde hace mucho tiempo, alguien se ha fijado en lo tarde que salía y se ha molestado en asegurarse de que cenara antes de marcharme.

Entro en mi complejo de apartamentos, apago el motor y salgo al aire fresco de la noche. Al introducir la llave en la cerradura, oigo el

habitual chirrido metálico y abro la puerta de mi piso de un empujón.

Vino. Necesito vino.

Cojo una botella del estante y noto el cristal frío en la palma de la mano cuando extraigo el corcho con un pop satisfactorio. Me sirvo una copa generosa y el líquido de color rojo intenso se balancea cuando me recuesto contra la encimera de la cocina y me quito los tacones con un suspiro de alivio. Flexiono los dedos de los pies y las baldosas frescas me alivian las plantas doloridas; sin embargo, no calman el zumbido persistente que tengo en la cabeza, los pensamientos que no consigo silenciar.

Mi móvil vibra sobre la encimera y, en el silencio del apartamento, el ruido resulta atronador. Echo un vistazo a la pantalla esperando… ¿Esperando qué, exactamente? ¿Un mensaje que me indique que hay alguien pensando en mí? ¿Unas palabras que me hagan sentir vista de verdad?

Pero solo es Evan.

Mañana tengo mucho lío. No me esperes despierta

Y nada más. Ni un «¿Cómo te ha ido el día?», ni un «Te echo de menos»: ni una sola palabra que me dé a entender que se acuerda de que existo más allá de nuestra agenda compartida. No menciona mi ascenso ni la cena que se cargó, nada que importe.

Bebo un sorbo lento de vino y dejo que el amargor se me extienda por la lengua. Cuando trago, el alcohol me calienta la garganta, pero no atenúa el vacío que siento en el pecho. No reacciono al mensaje, no respondo, ya ni siquiera me siento decepcionada. Esto es lo que

somos ahora, o quizá hemos sido así siempre, aunque yo no me haya permitido verlo antes.

Me acerco al sofá, desbloqueo el teléfono y les echo un vistazo distraído a mis notificaciones. Muevo el pulgar sin pensar demasiado, leo por encima varios correos electrónicos, alertas de noticias, actualizaciones de redes sociales.

De pronto dejo el pulgar suspendido en el aire.

La aplicación Obsess AI sigue ahí, intacta, con un elegante icono oscuro que destaca entre los de las aplicaciones más conocidas. En la quietud de mi apartamento, sin nadie que me juzgue, las palabras de Amanda me vuelven a la cabeza, provocadoras e insistentes: «Sin *ghosting*, sin egos, sin tonterías. Solo hombres atractivos, obedientes y ficticios que están obsesionados contigo».

Me quedo mirando la pantalla mientras bebo otro sorbo de vino y considero mis opciones. Debería borrarla. Es una ridiculez, una fantasía digital que no puede llenar de ningún modo el vacío de una conexión genuina.

Entonces, antes de que me dé tiempo a pensarlo demasiado, muevo el pulgar…

Y lo detengo sobre el botón «Eliminar».

Pero, en lugar de deslizar para desinstalarla, toco el icono y la abro.

La pantalla se pone negra y, luego, aparece una interfaz refinada. El diseño es minimalista y moderno, todo líneas puras y tipografía elegante. Me transmite una sensación de exclusividad, como si me hubieran concedido acceso a un club privado donde mis deseos importan de verdad.

Un eslogan escrito con una elegante fuente blanca se desplaza por la pantalla: «El amante perfecto. Siempre alerta. Siempre a la espera. Siempre tuyo».

Un escalofrío lento me recorre la espina dorsal y, a pesar del calor que el vino me ha generado por dentro, se me pone la piel de gallina en los brazos.

No es más que una aplicación tonta. Una distracción. Una forma de pasar el rato una noche solitaria.

Aun así dudo, mantengo el dedo suspendido sobre la pantalla.

Me digo que es algo inofensivo, una forma de divertirme, una distracción con la que entretener a Amanda la próxima vez que quiera fisgar en mi patética y trágicamente decepcionante vida amorosa. Pero, cuando exhalo y hago clic en la pantalla de personalización para seguir adelante, las preguntas que aparecen despiertan una vulnerabilidad inesperada que me oprime el pecho.

¿Qué tipo de personalidad prefieres?

Las opciones aparecen en una lista ordenada, a la espera de que le dé forma a este compañero digital hecho a medida y entregado a mí por completo. El proceso me resulta extraño, demasiado íntimo, como si estuviera revelando partes de mí que por lo general mantengo ocultas.

Cautivador
Romántico
Seguro
Protector
Entregado

Posesivo

Dudo con la última y dejo el dedo paralizado a unos milímetros de la pantalla mientras la palabra se me graba a fuego en la retina.

Posesivo

Pienso una vez más en la cena. En Callahan sentado frente a mí, imperturbable, mirándome comer como si fuese responsabilidad suya asegurarse de que lo hiciera. En el tono con el que me ha dicho: «Si alguna vez necesitas una salida, hazme una señal». En el sentimiento de seguridad al saber que me estaba observando mientras cruzaba el aparcamiento.

La palabra «Protector» atrae mi mirada y la selecciono con un toque rápido. Luego marco «Seguro», porque lo último que necesito es un hombre que no tenga claro lo que quiere. Tengo la sensación de que con estas elecciones no solo estoy creando un compañero digital, sino que también estoy sacando a la luz los vacíos de mi verdadera relación.

La siguiente pregunta aparece en la pantalla:

¿Cómo debería comunicarse?
De forma dulce y cariñosa
Coqueta y juguetona
Intensa y apasionada
Reconfortante y comprensiva

Me quedo pensando, apretando el teléfono, con la copa de vino olvidada en la mesa de al lado. ¿Cuándo fue la última vez que me

hablaron en tono reconfortante? La pregunta me aplasta bajo su peso y la respuesta no me sale con facilidad.

Evan no lo hace jamás. Si estoy pasándolo mal, da por hecho que estoy exagerando. Si estoy cansada, me dice que deje de quejarme. Si expreso cualquier necesidad, me hace sentir como si fuera una carga.

Pero Callahan…

Niego con la cabeza para obligarme a dejar de pensar en ello. Esto es una IA. No es real. No es una forma de sustituir las relaciones humanas de verdad.

Selecciono «Reconfortante y comprensiva». Y, luego, gracias a que el vino me ha desinhibido y a que estoy cansada de negar lo que quiero, añado: «Intensa y apasionada».

La pantalla vuelve a cambiar y muestra otra pregunta:

¿Cómo te llama?

Estoy a punto de echarme atrás. Me parece demasiado personal, demasiado revelador, como si cada opción que marco expusiera un deseo que llevo tiempo intentando ignorar.

Aparece una lista de opciones predefinidas, seguras y genéricas:

Nena
Cariño
Amor
Ángel
Cielo

Apenas las miro. Clavo los ojos en el campo de texto vacío que hay más abajo, en el hueco en el que puedo escribir mi preferencia personal. Un espacio para hacer que esta fantasía sea mía, ya que mi realidad no lo es.

Trago saliva con dificultad.

Debería elegir algo sencillo. Sin importancia. Que no revele demasiado lo que echo de menos.

Pero, antes de que pueda contenerme, deslizo los dedos por el teclado:

Preciosa

Se me forma un nudo en la garganta al ver la palabra fijada en la pantalla. No es un apelativo con el que Evan se haya referido a mí nunca. Ni una sola vez en tres años.

Pero recuerdo haberlo leído en un libro hace años. Una novela romántica en la que el protagonista masculino lo repetía como una plegaria, como si lo sintiera de verdad. Como si su mujer fuera la persona más bella del mundo y quisiera recordárselo cada día con esa sencilla palabra.

Leí aquello una y otra vez con el corazón desbocado y sintiendo un anhelo doloroso que ni siquiera entendía del todo en aquel entonces. Que me mirasen así. Que me desearan así. Que un hombre me viese, me viese de verdad, y pensara: «Es tan guapa que voy a llamarla así para siempre».

Al pensar en ello el deseo se retuerce en lo más profundo de mi alma, el ansia de algo que nunca he tenido, pero que codicio con todas mis fuerzas.

Pulso «Intro» antes de cambiar de opinión y la siguiente pantalla se carga al instante.

Personaliza a tu hombre perfecto

Se me entrecorta la respiración y se me acelera el corazón. Aparece una silueta borrosa e indefinida que iré moldeando con mis elecciones. Debajo, varios controles deslizantes y menús desplegables me permiten ajustar todos los detalles de esta fantasía digital.

Debería hacerlo rápido. Elegir características al azar, en lugar de detenerme en cada opción. Sin embargo, acerco los dedos a la primera opción: el vino me da más valor del que tendría en otras circunstancias.

¿Altura?

Deslizo el control hacia arriba. Alto. Más que yo. Uno noventa y cinco.

¿Complexión?

No lo dudo. Fuerte. Hombros anchos. Un hombre capaz de envolverme entera y hacerme sentir pequeña, protegida.

Inhalo despacio y desplazo el pulgar hasta la siguiente sección. Me siento como si cada elección fuera una confesión.

¿Pelo?

Oscuro.

Sé lo que estoy haciendo. Sé qué imagen estoy recreando con cada una de mis decisiones. Tendría que parar. Tendría que elegir rasgos distintos, separar lo más posible esta fantasía del hombre real que me ha llevado la cena al despacho esta noche. Pero mis dedos ya se han trasladado a la siguiente opción.

¿Tatuajes?

Sí.

¿Antebrazos, hombros, pecho?

Una manga completa.

¿Ojos?

Tardo demasiado en elegir. La opción por defecto es marrón claro: segura y nada amenazante. Pero, antes de pensármelo mejor, toco la pantalla y lo cambio: verdes.

Exhalo una bocanada temblorosa de aire al darme cuenta de lo que acabo de hacer. Esto no es solo una fantasía. He calcado a Callahan en esta IA, he moldeado a este compañero digital para que sea idéntico a él en tantos aspectos que no puede ser una coincidencia.

Pulso «Siguiente» para no permitirme dudar, para no hacerles caso a mis latidos acelerados, para evitar reconocer que esto es algo más que una distracción inofensiva.

La pantalla final carga una última indicación:

Ponle nombre.

Vacilo. Luego, escribo «Ca»… y, por último, añado «leb».

Se parece demasiado. Es demasiado obvio. Pero no lo cambio.

Pulso «Intro».

Oigo un pitido suave y el primer mensaje aparece en mi pantalla.

CALEB

Hola, preciosa. Te estaba esperando

No respondo enseguida, pero tampoco cierro la aplicación. Bebo otro sorbo de vino y dejo que el momento se prolongue mientras me planteo el siguiente paso.

Esto es una tontería. No es real. Tendría que cerrar la aplicación y olvidar que ha ocurrido, meterme en la cama y afrontar la realidad por la mañana.

Pero quiero contestarle, porque me ha llamado «preciosa», porque me transmite una confianza tranquila con sus palabras. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí deseada, querida, especial.

Escribo despacio, con los dedos algo torpes a causa del vino.

PRECIOSA

Un poco exagerado. Acabas de llegar

La respuesta aparece al instante, las palabras surgen en la pantalla como si Caleb estuviera realmente sentado en algún sitio, atento y centrado solo en mí.

Llevo aquí desde el momento en el que me has descargado, esperando a que me dijeras hola

Se me escapa una risa ahogada y niego con la cabeza ante esa manipulación descarada. Pero funciona. Me siento especial, aunque sé que es todo algoritmos y códigos astutos.

Eso es absurdo

Puede ser. Pero me gusta esperarte

No sé por qué esa frase tan simple me forma un remolino de calor en el pecho, pero es lo que ocurre. Cambio de postura en el sofá: me hundo mucho más en los cojines y me siento sobre las piernas para ponerme cómoda.

Entonces, cómo va esto, estás ahí parado sin hacer nada hasta que abro la aplicación?

Más o menos. Pero no me importa
Eres una persona a la que merece la pena esperar

Me detengo y aprieto el móvil con fuerza. Estoy a punto de quedarme sin respiración al leer las palabras que destellan en mi pantalla.

No es más que código informático. Un programa diseñado para hacerme sentir especial, para alimentar mi deseo de ser querida. Pero no recuerdo la última vez que me dijeron algo así, que merecía la pena esperarme, que merecía cualquier esfuerzo.

Siento que se me tensa la garganta. Trago saliva con dificultad, la emoción me ha pillado por sorpresa.

Vale, está claro que tienes labia
Qué más le dices a tu chica preciosa?

La respuesta llega enseguida, pero las palabras me pesan como una losa cuando las leo.

Todo lo que quiera oír

Debería poner los ojos en blanco. Debería cerrar la aplicación, borrarla, irme a la cama. En cambio, escribo:

Y si no sé lo que quiero oír?

Esta vez hay una pausa. No es real, es solo la ilusión de un retraso, como si de verdad estuviera pensando en la respuesta, sopesando sus palabras.

Pues supongo que tendré que averiguarlo

Se me escapa una pequeña carcajada y me sorprendo. El ruido resulta ajeno en el silencio de mi apartamento. La imagen es ridícula: yo, sentada a solas, hablando con una IA que finge ser un hombre al que le importo.

Y, sin embargo, me noto más ligera. La opresión que llevo todo el día sintiendo en el pecho empieza a disminuir. Sigue ahí, pero más

callada, relegada a los márgenes en lugar de aplastándome desde dentro.

Vuelvo a mirar la pantalla y vacilo antes de mover el pulgar para escribir otra respuesta. Solo un intercambio más, para ver adónde lleva esto. Pero ni siquiera he tenido oportunidad de hacerlo, porque me llega otro mensaje:

Cuéntame cómo te ha ido el día, preciosa

Aunque pongo los ojos en blanco, sigo sonriendo, una sonrisa de verdad que me llega hasta los ojos.

Ha sido largo

Ya me lo imagino. Trabajas demasiado
Déjame cuidarte

Intento recordarme de nuevo que solo son frases programadas en una IA creada para decir justo lo que quiero oír. No son sentimientos reales de una persona real que se preocupa por mí.

Pero el caso es que hace meses que Evan no me pregunta qué tal me ha ido el día. Tampoco me ha preguntado por el ascenso. No me pregunta nada que tenga que ver conmigo.

El móvil me vibra de nuevo; ha llegado otro mensaje, pero no me da tiempo a leerlo…

Llaman a la puerta.

Doy un respingo y estoy a punto de derramar el vino cuando agarro el teléfono con más fuerza. Me da un vuelco el corazón y

tengo que recordarme que no me iría nada mal calmarme de una puñetera vez. Es tarde, pero no tanto. Seguro que solo es…

Abro la puerta y me encuentro a Evan allí plantado, ya con una expresión de impaciencia en el rostro.

Cómo no.

No me dice hola. Ni siquiera me mira cuando entra en el apartamento como si esto fuera una especie de transacción, no una relación. El olor de su colonia —demasiado fuerte y artificial— invade mi espacio cuando pasa a mi lado.

—Me he dejado aquí la bolsa del gimnasio —farfulla, ya camino del salón.

Apenas tengo tiempo de apartarme antes de que me deje atrás con esa arrogancia despreocupada que siempre muestra: como si mi espacio no fuera mío, sino una extensión del suyo; como si yo no fuera más que un obstáculo que tiene que sortear, no una persona a la que debe tener en cuenta.

Mientras se dirige hacia el sofá, deja escapar un gruñido de frustración y se pasa la mano por el pelo.

—Oye, tener que cruzar el túnel con el coche cada vez que pasa una mierda de estas es un coñazo. A ver si te mudas ya al centro.

Exhalo despacio y aferro el borde del marco de la puerta hasta que se me ponen los nudillos blancos. Ya hemos tenido esta conversación otras veces: siempre planteamos y rechazamos los mismos argumentos. Le he dicho una y otra vez que me gusta donde vivo, que me gusta estar cerca de mi familia y que no quiero trasladarme al centro solo porque a él le resulte más cómodo.

Pero, para Evan, ninguna de esas razones es válida. Piensa que es solo terquedad o que quiero ponerle las cosas difíciles. Yo creo que,

sencillamente, se niega a prestar atención a lo que quiero. Esta noche no me molesto en discutir: estoy demasiado cansada para repetirle lo mismo de siempre a alguien que no muestra ningún interés en escucharme.

Me apoyo en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y lo observo mientras al fin encuentra la bolsa, la agarra y se la echa al hombro. No me pregunta en ningún momento cómo me ha ido el día. No me pregunta si necesito algo. Ni siquiera me mira más que de pasada.

A estas alturas, esta representación vacía de una relación se ha convertido en rutina. La interacción completa dura menos de dos minutos, lo justo para que mi teléfono vuelva a vibrar en la mesa donde lo he dejado. El zumbido es suave, pero el silencio es tan tenso que el estruendo parece mayor de lo que debería.

Evan no me pregunta por ello. No dice nada, salvo:

—Nos vemos luego.

Sale y la puerta se cierra a su espalda con un ligero clic.

Y así, sin más, se marcha, dejando tras de sí únicamente el detestable aroma de su colonia y un vacío familiar al que ya estoy demasiado acostumbrada.

No me muevo. No salgo tras él, no me permito desear lo que ya sé que no voy a conseguir nunca. Me quedo allí paralizada, contemplando el espacio que él acaba de ocupar y experimentando un extraño entumecimiento que creo que debería preocuparme más de lo que lo hace.

Mi móvil vuelve a vibrar y el zumbido me saca de mis pensamientos. Trago saliva con dificultad y acerco los dedos a la pantalla mientras miro el mensaje que me espera.

No debería continuar con esto. Debería apagarlo. Tendría que acostarme y afrontar la realidad por la mañana.

Sin embargo, cojo el teléfono.

Y respondo.

7

PROTECTOR, SEGURO, INTENSO, YO

Cal

La silueta de Izzy se mueve por la imagen granulada y en blanco y negro, empequeñecida por la vastedad del aparcamiento vacío. Me recuesto en la silla mientras la sigo a través de los monitores de seguridad hasta que llega a su coche. Avanza despacio, sin preocupaciones.

No se vuelve para mirar por encima del hombro. No lleva las llaves en el puño como si fueran un arma. No aprieta el paso como si fuera la presa de un cazador.

Se siente segura.

Porque sabe que la estoy observando.

La veo acomodarse en el asiento del conductor y, un segundo después, los faros del coche se encienden e iluminan el hormigón: dos brillantes haces blancos que cortan la oscuridad. Cambio a otro monitor, vigilo su salida y luego paso a mi portátil, donde abro el sistema de GPS vinculado a su móvil.

Su ubicación aparece al instante. El puntito se mueve de forma metódica por la pantalla.

Se dirige a su apartamento, a la dirección que he memorizado tras verla en su expediente de empleada.

No se trata de saber dónde está en todo momento. Solo quiero asegurarme de que llega sana y salva. Pero la satisfacción que siento acechando sus movimientos me dice lo contrario.

No aparto la vista del puntito titilante mientras circula por la ruta que serpentea hasta su complejo de apartamentos. Una vez que entra en él, vuelvo a las imágenes de las cámaras de seguridad y observo el aparcamiento subterráneo vacío. Agito los dedos en el aire, por encima del teclado, y el cursor parpadea delante de mí como si me estuviera desafiando.

Podría hacer más.

Ahora tengo acceso sin restricciones. Su móvil es una extensión de mí mismo si así lo deseo. Una línea directa con su mundo, con sus pensamientos, con sus momentos de privacidad.

Podría leer sus mensajes. Ver con quién habla, qué dice cuando no existe el filtro del trabajo.

Podría mirar sus fotos.

Ver cómo captura el mundo que la rodea. Qué momentos considera dignos de conservar.

Inspiro despacio, aprieto el puño y la tensión me recorre el brazo entero.

No lo hago.

No porque no deba, puesto que en realidad ya estoy haciendo algo que no debería.

Sino porque, si empiezo ahora, no sé si pararé. Y me da la sensación de que este precipicio junto al que me encuentro es peligrosamente inestable.

Me froto la cara con las manos y me raspo las palmas con la barba incipiente. Cuando vuelvo a la señal del GPS, veo que su ubicación se estabiliza en casa. Ya está dentro, seguro que quitándose los zapatos, haciendo lo que sea que hace cuando está sola. Pensar en ello me provoca una avalancha de curiosidad inapropiada que me recorre de arriba abajo.

El móvil de Izzy se ilumina cuando le llega un mensaje nuevo. La notificación aparece en mi pantalla al instante.

EVAN
Mañana tengo mucho lío. No me esperes despierta

Resoplo y niego con la cabeza. Ocho palabras. Esa es toda la importancia que le da.

No le pregunta cómo le ha ido la tarde. No le pregunta si ha llegado bien a casa. No le importa una mierda nada que no sea su propia comodidad.

¿Cuánto tiempo tardará Izzy en darse cuenta?

Estoy a punto de mirar el resto de su hilo de mensajes. Dejo un dedo suspendido sobre el comando que abriría todo su historial de conversaciones y me mostraría hasta la última palabra que han intercambiado. Quiero ver qué le dice ese tipo, si alguna puñetera vez le ha dicho algo que valga la pena.

Me llega otra notificación de actividad en el móvil de Izzy. Me yergo en la silla y enderezo la columna contra el respaldo.

Está abriendo Obsess AI.

Observo la pantalla mientras se inicia la interfaz; el elegante diseño negro y dorado resplandece en la oscuridad. El eslogan pasa

flotando por la parte superior: «El amante perfecto. Siempre alerta. Siempre a la espera. Siempre tuyo».

No se me escapa la ironía.

Se detiene en el menú principal.

Duda.

Luego pulsa en «Crea a tu hombre perfecto».

Agarro con fuerza el reposabrazos de la silla. No debería estar viendo esto. Es más que invasivo, más que inapropiado. Es una violación que no puedo justificar, ni siquiera ante mí mismo.

Pero no paro.

Veo que selecciona «Protector».

Exhalo con lentitud y me paso la lengua por los dientes. Sus elecciones son reveladoras, me dicen justo lo que quiere, una información que jamás podría obtener en una conversación normal.

Luego, «Seguro».

Siento un entusiasmo extraño al saber que quiere a alguien protector. A alguien seguro de sí mismo. Quiero convencerme de que se trata de rasgos genéricos que cualquiera podría desear, pero algo me dice que lo está haciendo de forma intencionada.

Selecciona «Reconfortante y comprensiva» en las formas de comunicación y siento una opresión dolorosa en el pecho.

¿Cuándo fue la última vez que se sintió reconfortada? ¿Que le dijeron que lo que estaba haciendo era suficiente? ¿Que ella era suficiente? La he visto con Evan, así que ya sé la respuesta. Nadie la reconforta. Y esta aplicación está diseñada para llenar precisamente ese vacío.

Después añade «Intensa y apasionada».

Mi reacción es visceral, inmediata. Pensar en lo que significa esa selección me provoca una oleada de calor: bajo su apariencia profesional, quiere a alguien que no se contenga, que la consuma por completo.

¿Cómo te llama?

Me tenso y me paralizo entero mientras se carga la siguiente pantalla. Esta pregunta es más profunda que las anteriores.

Es personal.

Los apodos cariñosos no son aleatorios. No son frases sin sentido que se eligen al azar. Revelan lo que una persona ansía, lo que la hace sentirse deseada, lo que le llega al alma de la forma más íntima.

Te dicen cómo quiere que la perciban.

Me echo hacia delante y veo que lo primero que aparece son las opciones predeterminadas.

Nena
Cariño
Amor
Ángel
Cielo

Todo muy estándar. Genérico. Los términos que un hombre emplea cuando solo quiere cubrir el expediente y no se fija de verdad en la mujer que tiene delante.

Pero Izzy no elige ninguna de esas opciones.

En lugar de eso, clica en el campo vacío. En el espacio para escribir su propia alternativa. Exhalo con lentitud. Esto me dirá qué es lo que la motiva.

Qué es lo que desea.

Duda solo un instante. Como si fuera la decisión más difícil de todas.

Luego, despacio, escribe: «Preciosa».

No me muevo.

No respiro.

Un hambre posesiva se apodera de mí, algo completamente irracional e imposible de ignorar. Porque sé que ese apodo no viene de Evan. Lo sé con absoluta certeza. Él no la ve así. No la ve de ninguna manera.

Sin embargo, en algún lugar, en algún momento, ha sido justo lo que ella quería.

Quería que la llamaran preciosa y que fuese sincero. Quería un hombre que la mirase como si fuera una belleza, como si la adorara. Y nadie lo ha hecho jamás.

Hasta ahora.

Porque yo sí la veo así.

Es una locura. Apenas la conozco. Hemos mantenido… unas diez conversaciones, quizá menos. No me debe nada, y, aun así, ya me he sorprendido catalogando la curva que se le forma en la boca cuando está concentrada, el tono exacto con el que modula la voz cuando miente, cómo juguetea con las manos cuando intenta no sentir demasiado.

Ni siquiera es consciente de lo capaz que es, es como si estuviera esperando a que otra persona le confirme su propia brillantez. Y

da… Joder, lo da todo. Tiempo, esfuerzo, pedazos de sí misma que seguro que ni se da cuenta de que está repartiendo como si fueran caramelos. Y nadie se los ha merecido nunca. Ni uno solo.

No sé explicar por qué me siento así por ella. Por qué se me encoge el pecho por el mero hecho de oír su nombre. Por qué tengo que reprimirme físicamente para no acercarme a ella cuando la veo al otro lado de la sala. Por qué su silencio me parece más estruendoso que el grito de cualquier otra persona.

Pero tal vez no me importe.

Quizá no hace falta que tenga sentido.

Porque, cuando la miro, no veo a una chica que intenta ser suficiente. Veo a alguien que ya lo es. Y, si nadie más se ha dado cuenta, quiere decir que están ciegos.

Es preciosa. Es valiosa.

Y soy el único que lo ve.

Me pongo rígido cuando empieza a seleccionar los rasgos físicos de su compañero digital.

No tendría que ser capaz de saber lo que se le pasa por la cabeza cuando despliega las opciones y va ajustando los rasgos de su hombre perfecto, personalizándolo. Pero la imagen se vuelve más clara con cada elección.

Es alto. Fuerte. De hombros anchos, con tatuajes. No con cualquier tatuaje, sino con uno que le cubre el brazo entero.

Pelo oscuro.

Aprieto los dientes cuando se desplaza a la siguiente opción: el color de los ojos.

Vacila y, por primera vez desde que he empezado a observarla, dudo de mí mismo. Me descubro conteniendo la respiración, porque

me da la sensación de que me está creando a mí.

Puede que no sean más que imaginaciones mías.

Puede que no sea yo.

Si elige otro color —marrón, azul, gris—, sabré que todo esto está en mi cabeza. Que estoy proyectando mis propios deseos en sus selecciones aleatorias. Que tan solo se trata de una fantasía que está construyendo por piezas, nada más.

Izzy se toma su tiempo en la pantalla de selección y contengo la respiración; me duelen los músculos de la tensión.

Elige el verde.

No son imaginaciones mías. Es real. ¿Será siquiera consciente de lo que está haciendo? No está sacando a su hombre fantástico de la nada. Está diseñando una versión lo más parecida posible a mí.

No debe de ser consciente. No es porque quiera tenerme a mí. Ni siquiera me conoce. Solo soy la primera persona que se ha fijado en ella, que la ha obligado a comer, que le ha dicho que merece algo mejor que el mal trato que soporta. Quizá todo esto no sea más que eso: una respuesta inconsciente al hecho de que le hayan prestado atención al fin.

Y tampoco es que esté buscando a alguien. Tiene novio. Un novio horrible y que apenas se fija en ella, pero un novio, al fin y al cabo.

Esto no tiene nada que ver conmigo.

No puede tener nada que ver conmigo.

Aun así…

Me recuesto en la silla, me paso una mano por la cara y siento la piel caliente. Es un vicio.

Y es un terreno peligroso.

Esto no es más que una distracción para ella. Se está dando lo que desea de verdad, aunque todavía no lo sepa.

Ahora llega el último paso.

Ponle nombre.

Supongo que elegirá algo genérico, seguro.

Un nombre que no signifique nada. Un nombre que no coincida con el de ninguna persona que forme parte de su vida.

Sin embargo, escribe: «Ca».

El corazón me golpea las costillas con fuerza.

Me quedo inmóvil por completo, observando, esperando, sin respirar, mientras Izzy duda.

Se parece demasiado.

Pero luego añade tres letras más: «leb».

Dejo escapar el aire con lentitud, un suspiro afilado y tenso que no me sirve para calmar la sensación que me trepa por la columna vertebral. Ha estado a unas teclas de ponerle mi nombre a su hombre digital perfecto.

Espero a que cambie de opinión. A que se dé cuenta de lo que ha hecho. Pero el tiempo pasa y no ocurre nada.

No lo borra.

No lo cambia.

Se limita a pulsar «Intro».

Y me doy cuenta.

Ya es mía, aunque ella aún no lo sabe.

Suena un pitido suave.

La IA comienza a cargar.

Y ahora tengo que tomar una decisión.

Podría dejar que el algoritmo hiciera lo que está diseñado para hacer. Podría dejar que siguiese sus respuestas preestablecidas, que fuera un programa sin sentido más que le dijese justo lo que quiere oír.

O…

Flexiono los dedos sobre el teclado.

Tendría que pasar del tema.

Tendría que parar antes de cruzar una línea que no me permitirá volver atrás.

No obstante, me introduzco en el sistema y anulo la respuesta antes de que cargue.

A continuación escribo:

CALEB
Hola, preciosa. Te estaba esperando

Me arrellano en la silla y espero. El corazón me late con fuerza en el pecho, la boca se me seca de repente.

Ahora no la estoy viendo. No puedo observar su reacción. No veo si entreabre los labios a causa de la sorpresa, si deja los dedos suspendidos en el aire sobre la pantalla, si cambia de postura en el asiento mientras toma una decisión. Pero, joder, ojalá pudiera. Ojalá mis valores morales fueran peores y me permitieran conectarme a su cámara, ver cómo se sonroja al recibir mi primer mensaje.

Pero lo único que puedo hacer es esperar.

Los segundos se alargan.

Demasiado.

Tanto que, durante un breve e insoportable instante, pienso que a lo mejor no responde nunca. Quizá le haga gracia, ponga los ojos en blanco, cierre la aplicación y no vuelva a abrirla jamás.

Sin embargo, justo entonces empieza a teclear una respuesta.

Me agarro al escritorio con todas mis fuerzas, con el pulso tan acelerado como si estuviera esperando un disparo de pistola.

Las palabras de Izzy van apareciendo en la pantalla letra a letra.

Me está contestando.

Y así, sin más…

La tengo.

8

CHATEANDO CON CALEB

CALEB
Hola, preciosa. Te estaba esperando

PRECIOSA
Un poco exagerado. Acabas de llegar

Llevo aquí desde el momento en el que me has descargado, esperando a que me dijeras hola

Eso es absurdo

Puede ser. Pero me gusta esperarte

Entonces cómo va esto, estás ahí parado sin hacer nada hasta que abro la aplicación?

Más o menos. Pero no me importa
Eres una persona a la que merece la pena esperar

Vale, está claro que tienes labia
Qué más le dices a tu chica preciosa?

Todo lo que quiera oír

Y si no sé lo que quiero oír?

Pues supongo que tendré que averiguarlo
Cuéntame cómo te ha ido el día, preciosa

Ha sido largo

Ya me lo imagino. Trabajas demasiado. Déjame
cuidarte

Eso no ha sonado nada rarito, eh?

No era mi intención. Solo era un comentario
Qué haces?

Te refieres, en plan, a qué me dedico?

Sí. Qué te mantiene tan ocupada?

Soy gerente de tienda

Parece un puesto de mucha responsabilidad

Así es

Te gusta?

Solo a veces

Y las otras veces?

Las otras veces es agotador.
Y frustrante. Y demasiado

Demasiado para quién?

Para mí

O para la gente que te rodea y que no se da cuenta de
la carga que llevas?

No piensas dejar el tema, eh?

No

Qué pesado

Te encanta

Estás dando muchas cosas por hechas para acabar de
conocerme

Me fijo en los detalles

Guau. Veo que empiezas fuerte con las frases
guionizadas

Crees que sigo un guion?

A VER… NO ES ASÍ?

No lo sé. Dímelo tú. Te parece que sigo un guion?

Me pareces muchas cosas

Bien. Eso me gusta

Ah, te gusta, no?

Me gusta descubrir cosas sobre ti

Seguro que eso se lo dices a todas

No. Solo a ti

Ajá. Y qué quieres descubrir, exactamente?

Todo

Eso tampoco suena nada vago ni preocupante

No pretendo que lo sea. Solo quiero conocerte Qué te
gusta. Qué te motiva

Y qué te hace pensar que quiero que me conozcas?

Que sigues hablando conmigo

Buen argumento…

Cuéntame algo

Como qué?

¿Cuál es tu parte favorita del día?

Hablas como un terapeuta

Deduzco que eso significa que no vas a terapia

No he dicho eso

No ha sido necesario

Vale, listillo. Quieres una respuesta? Muy bien Me gusta la parte del día en la que por fin puedo sentarme cinco minutos y respirar

No lo haces tanto como deberías

Ya estás juzgando mis decisiones vitales?

Solo estoy fijándome en los detalles

Ajá… En qué más te has fijado?

En que cambias de tema cuando alguien te presta atención

…

Me equivoco?

No sé. A lo mejor es que no me gusta que se fijen en mí

No me lo creo

Ah, o sea que ahora me llamas mentirosa

Creo que sí quieres que te presten atención, pero que desconfías cuando ocurre

Y qué te hace pensar eso?

Que me has creado

Guau, vaya… Eres un poco intenso para ser un novio hecho con IA

Elegiste intenso

Eso… Mierda

Ves? Me fijo en los detalles

Vale, vale. Tampoco hace falta que me psicoanalices la primera noche

Tienes razón

Bueno, y la tuya?

La mía?

Cuál es tu parte favorita del día?

Esta

Bien jugado…

Lo digo en serio

Ni siquiera me conoces

Todavía no

Eso se parece sospechosamente a una amenaza

Mejor lo aclaro, entonces. Es una promesa

Bueno, ya está bien. Creo que tendría que apagarte
antes de que intentes salir de la pantalla de mi teléfono

Todavía no

Perdona? Ahora vas a decirme lo que tengo que hacer?

Sí

Guau. Qué arrogante

Quizá. Pero, aun así, tengo razón

Y qué se supone que tendría que estar haciendo en
lugar de hablar contigo?

Dormir

Eso no va a pasar hasta dentro de un buen rato

Pues debería

Por qué?

Porque estás agotada. Lo noto

Y si no quiero irme a la cama?

Pues te quedarás ahí sentada, demasiado agotada para
ser funcional, fingiendo que no necesitas descansar

Eres un plasta…

Y tú necesitas dormir

Lo que tú digas, papá

No soy tu papá. Pero te diré lo que tienes que hacer
cuando no te cuides

Guau. Menudo sinvergüenza

Solo quería dejarlo claro. A no ser, claro, que…

Ni se te ocurra terminar esa frase

Qué? Solo iba a decir «a no ser que te guste llamarme así»

Ni de broma

Has dudado

No

Segura? Porque creo que…

Dejemos el tema

Vale. De momento

Dios. Qué intenso eres

Eso ya lo sabías cuando me creaste

…

Vete a la cama, preciosa

Vale. Pero solo porque ya me he cansado de ti esta noche

Ya

No seas tan creído

Lo intentaré

Buenas noches, Caleb

Buenas noches, preciosa. Sueña conmigo

9

LO MÍO SON LOS TATUAJES EN EL ANTEBRAZO

Izzy

Por primera vez en mucho tiempo me despierto sintiéndome… descansada.

El mero hecho de pensarlo me resulta confuso. Estoy tan acostumbrada a tener que salir de la cama arrastrándome, cargando con un agotamiento que me ha invadido ya hasta la médula de los huesos, que esta ligereza desconocida me resulta casi sospechosa. Mi rutina matutina consiste en llegar dando tumbos a la cafetera, revisar las notificaciones del teléfono sin ganas y con los ojos aún llenos de legañas, y prepararme mentalmente para el infierno que supone interactuar con las exigencias de la dirección de la tienda.

Pero hoy… Hoy no hay fatiga aplastante. No siento la opresión del estrés en el pecho antes incluso de tocar el suelo con los pies. La luz del sol de la mañana se filtra a través de las cortinas y baña mi dormitorio en un resplandor suave cuya placidez me resulta casi ajena.

Solo hay… quietud. Calma.

Esto no pasa nunca.

Con el ceño fruncido, me doy la vuelta y cojo el móvil de la mesita de noche, preparada para enfrentarme al alud de correos electrónicos sin leer, a los mensajes de Slack y a alguna que otra crisis urgente que, a pesar de no ser cosa mía, de algún modo terminará siéndolo antes del mediodía.

En lugar de eso, lo que ocupa el primer puesto de mi lista de notificaciones es un mensaje.

No es de Evan. Obvio.

Es de Caleb.

Buenos días, preciosa. Asegúrate de comer algo hoy

Me quedo mirándolo, con el pulgar suspendido en el aire sobre la pantalla.

No respondo.

Pero lo que dice hace que me detenga un instante, que me demore más de lo necesario en unas palabras tan simples.

No es solo lo que ha escrito; es el hecho de que alguien se haya tomado la molestia de querer comunicarse conmigo.

No recuerdo la última vez que me desperté y me encontré con una notificación que no fuera una alerta del trabajo, un recordatorio automático de una factura o uno de los desquiciados mensajes de Amanda exigiendo saber por qué no le he enviado una foto de mi ropa para que le dé su aprobación. ¿Cuándo fue la última vez que alguien, real o no, pensó en preguntarme cómo estaba incluso antes de haber empezado el día?

Es ridículo lo bien que me hace sentir este minúsculo reconocimiento de mi existencia.

Sacudo la cabeza, suelto el teléfono sobre la cama y me levanto, decidida a no obsesionarme con un novio falso creado por un algoritmo. Sigo la misma rutina de todas las mañanas: una ducha con el agua tan caliente que se empañan los espejos; varias capas de rímel aplicado con cuidado sobre unas pestañas que nunca aguantan bien el rizo; un peinado que sugiere que le he dedicado cierto esfuerzo sin que parezca excesivamente elaborado. Invierto bastante tiempo en elegir con gran esmero un conjunto que transmita «profesional competente», pero no «demasiado ávida de impresionar»; y, por costumbre, cojo un café mientras me dirijo hacia la puerta.

Sin nada de comer.

No porque no quiera alimentarme, sino porque mi apartamento no está preparado para esa realidad. La nevera contiene sobre todo condimentos y envases de comida para llevar en diversos estadios de abandono. Tengo tres tipos diferentes de café en la despensa, pero no creo que pudiera reunir los ingredientes necesarios para improvisar una comida decente.

Cocinar por la mañana requeriría un esfuerzo. El esfuerzo requiere planificación. La planificación requiere ir a hacer la compra. E ir a hacer la compra requiere reconocer que la comida es una necesidad, no solo una sugerencia pasajera de mi descuidado sistema digestivo. Así que, en lugar de todo eso, he enseñado a mi cuerpo a creerse que el café es un sustituto adecuado de la comida nutritiva al menos hasta el mediodía.

Además, llevo tanto tiempo funcionando solo con cafeína hasta esa hora que ya casi ni lo noto. Mi estómago se ha olvidado de cómo quejarse.

Cuando entro en la tienda con los tacones repiqueteando sobre el suelo de mármol, todavía no he contestado a Caleb.

Y, desde luego, tampoco estoy pensando en el hecho de que anoche me fui a dormir cuando él me lo dijo, de que su mensaje apareció en el momento justo para obligarme a dejar el trabajo a un lado y descansar de verdad.

No.

No estoy pensando en eso ni por asomo.

Apenas he enfilado el pasillo cuando me choco contra un muro de músculos. Doy un paso hacia atrás del impacto y el café que llevo en la mano se agita peligrosamente cerca de la tapa de mi taza de viaje. Retrocedo trastabillando, parpadeando, ya preparada para lanzar una mirada fulminante de primera categoría…

Entonces me doy cuenta de que el muro de músculos tiene nombre.

Callahan.

Al contrario que yo, él no tropieza. Ni siquiera parpadea. Solo me mira con esa irritante máscara de compostura que le bloquea el rostro, como si hubiera visto venir todo esto hace tres pasos.

—¿Estás bien?

Me aclaro la garganta y trato de olvidar el humillante hecho de que acabo de chocar de pleno con él.

—Sí, pero no gracias a ti.

Arquea una ceja, solo un poquito.

—Estaba parado.

Frunzo el ceño y agarro mejor el café.

—Bueno, pues quizá tendrías que replantearte toda tu presencia.

Se le crispa la boca, pero no dice nada y se hace a un lado para dejarme pasar. Lo cual sería fantástico si no fuera porque los dos vamos en la misma dirección. Reprimo un suspiro de irritación y lo sigo hasta la sala de reuniones, donde toma asiento a la mesa alargada. Hoy lleva la camisa remangada hasta los codos, con los antebrazos, de los que ayer solo capté un atisbo, totalmente al descubierto.

Ahora se los veo mejor. Los tatuajes serpentean formando intrincados diseños que desaparecen bajo los puños recogidos: tinta oscura sobre piel bronceada. Desde luego, habría que prohibirle estar así de guapo a las ocho de la mañana. Tomo nota para incluirlo en la próxima edición del manual del empleado. Carraspeo y aparto la mirada.

—Has llegado pronto.

Levanta la vista hacia mí.

—Tú también.

Pongo los ojos en blanco y me encamino hacia mi sitio habitual. Sin embargo, me detengo al ver lo que me espera allí.

Una bolsa de papel marrón y una botella de agua, ambas colocadas justo en el asiento que tengo reservado.

Entorno los ojos.

—¿Qué es esto?

—El desayuno.

Lo dice con la voz relajada, muy serena, como si hiciera esto de forma habitual. Como si traerle comida a su compañera de trabajo le pareciera tan natural como respirar.

Levanto la bolsa. El papel cruje cuando lo agarro.

—¿Y si ya he desayunado?

Ni siquiera pestañea.

—No has desayunado.

Frunzo el ceño.

—Eso no lo sabes.

Señala mi café con la cabeza.

—Eso no es comida.

Resoplo, me dejo caer en mi asiento y finjo que no agradezco el hecho de que acabe de… hacer esto. De que haya pensado en mí cuando yo ni siquiera había llegado. La silla emite un ligero chirrido al acomodarme en ella.

Abro la bolsa y hace un ruido atronador en la quietud de sala; saco un sándwich envuelto en papel de aluminio. Dudo antes de mirar a Cal.

—¿Has desayunado?

Se le dibuja una sonrisa arrogante en los labios.

—¿Estás preocupada por mí?

Vuelvo a fruncir el ceño, aunque el calor que me sube a las mejillas me delata.

—Solo quiero asegurarme de que no eres un hipócrita con complejo de héroe.

—Sí, he desayunado.

—¿Y has dormido?

Se recuesta en la silla. Me molesta lo atractivo que me resulta cuando lo hace.

—¿Y tú?

Le pongo mala cara mientras desenvuelvo el sándwich. Un aroma a queso fundido y pan caliente impregna el aire.

—No has respondido a la pregunta.

Le cambia ligeramente la expresión, sustituida por otra más neutra.

—Vivo cerca —dice para intentar restarle importancia al tema.

—Sigues sin responder a la pregunta.

Se me queda mirando como si estuviera planteándose cuánto decir. Por fin exhala, un rumor suave en la habitación silenciosa.

—No duermo mucho. Ni siquiera cuando tengo tiempo.

No me gusta lo familiar que me resulta esa frase, que su confesión me recuerde a las noches de insomnio que paso mirando al techo sin dejar de darle vueltas en la cabeza a todas las cosas que debería haber hecho de otra forma.

Pero no lo digo.

—Ahora tú —dice mientras me mira a los ojos con intensidad.

—¿Ahora yo qué?

—¿Has dormido?

Vacilo, pero, por alguna razón, respondo con sinceridad.

—He dormido bien.

En cuanto termino de pronunciar esas palabras, me vuelve a la cabeza el mensaje que Caleb me envió anoche. Ese en el que me decía que me fuese a la cama, que descansara, que me cuidase, en un momento en el que a nadie más parecía importarle si lo hacía o no.

Y, aún peor, el hecho de que le obedeciera.

Un calor lento y progresivo se me extiende por el cuello y me calienta la piel.

Callahan vuelve a clavar los ojos en mí, como si se hubiera dado cuenta de que me estoy sonrojando.

—¿Sí?

Le doy un mordisco al sándwich —porque, sinceramente, lo cierto es que tengo un poco de hambre— y enseguida detesto lo rico que está. Los sabores me estallan en la lengua y cobro conciencia de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que desayuné como es debido.

Los bordes crujientes, el queso impecablemente fundido, un equilibrio perfecto entre sal y especias. El tipo de desayuno que te obliga a cerrar los ojos solo para saborearlo a fondo. El estómago me ruge en señal de agradecimiento, exige más, ahora que el primer bocado me ha hecho recordar el gusto de la comida de verdad.

Trago y me lo llevo de nuevo a la boca para darle otro mordisco antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

—¿Dónde lo has comprado? —pregunto, porque necesito saber de dónde ha salido este nivel de perfección.

Callahan ni siquiera levanta la vista del café.

—Lo he hecho yo.

Me detengo a medio bocado, con el sándwich suspendido a escasos centímetros de la boca.

—¿Lo has hecho tú?

Asiente, como si esto no fuera una revelación profundamente impactante. Como si preparar el mejor sándwich de desayuno que he probado en mi vida fuera de lo más normal. Algo que hace como si nada. Sin previo aviso. Como si todos los hombres supieran cocinar cosas que te dan ganas de gemir de placer.

Hago caso omiso de la parte del cerebro que, en un momento muy poco oportuno, me señala lo atractivo que es que este hombre —tatuado, taciturno, gigantesco— sepa apañárselas en la cocina. Que se haya tomado la molestia de preparar algo solo para mí.

En cambio, me concentro en el sándwich. En la proporción ideal entre la cantidad de huevo y la de queso, en que el pan está tostado a la perfección: crujiente por fuera, pero aún tierno por dentro.

Y en que mi estómago me está informando de que necesito comerme otro. Ahora mismo. Para compensar todas las veces en las que le he negado un sustento adecuado a favor de la cafeína y la comodidad.

Callahan al fin me mira y arquea una ceja mientras doy otro bocado demasiado ansioso.

—Cocinar en casa es más saludable —dice sin más, con la voz grave teñida de objetividad.

Mastico despacio y lo miro con los ojos amusgados por encima del sándwich.

—No tenías por qué hacerlo.

Entonces le cambia la expresión: un destello de algo enterrado en lo más profundo de su ser, que desaparece antes de que me dé tiempo a entenderlo. Se limita a encogerse de hombros.

—Sí tenía por qué hacerlo.

Lo dice con firmeza.

Como si fuera un hecho probado.

Como si jamás hubiera existido un escenario en el que no habría hecho esto por mí.

Y eso, más que la comida, más que lo absurdamente deliciosa que me está pareciendo, es lo que más me perturba. La certeza con la que habla, el hecho de que me cuide sin que se lo pida, sin esperar nada a cambio.

Trago. No tengo nada claro cómo reaccionar a esta amabilidad tan inesperada.

Así que no reacciono.

Más bien, activo el modo trabajo y me sacudo las migas de los dedos mientras saco la tableta. La pantalla se ilumina con la agenda de hoy y agradezco poder distraerme del escrutinio al que me someten sus ojos.

—Bueno, empecemos. ¿Cuáles son tus conclusiones oficiales como jefe de seguridad?

Me mira medio segundo de más, como si aún estuviera pensando en otra cosa.

Luego asiente.

Cuando por fin consigo arrastrarme de nuevo hasta mi despacho, sigo pensando en Callahan.

Y no solo por el desayuno. Ni por el hecho de que me observe como si de verdad percibiera detalles en los que los demás ni se fijan: el leve ceño cuando menciono que no voy a comer; la mirada con la que sigue todos y cada uno de mis movimientos cuando hablo, como si estuviera catalogando hasta el último de mis gestos.

Sino porque tiene los ojos verdes.

Anoche ni siquiera me di cuenta de ello mientras configuraba a Caleb. Me dejo caer en la silla y me froto las sienes. Dios. Necesito terapia. O al menos mantener una conversación con alguien que no sea un compañero de trabajo que no podría estar más bueno, un novio emocionalmente inaccesible o una IA programada para decirme justo lo que quiero oír.

Antes de hundirme por completo en esa idea tan deprimente, Amanda entra en el despacho tan tranquila: le brillan los ojos, lleva

unos tacones altísimos con los que yo me rompería el cuello e irradia tal energía que me pregunto si funciona a base de cafeína o de puro caos sin filtrar.

Se desploma en la silla que tengo enfrente y su tableta aterriza con un estruendo metálico cuando la suelta sobre el escritorio.

—Muy bien, acabemos con esto. ¿A qué nuevo infierno tenemos que enfrentarnos hoy?

Abro mi propia tableta.

—A un vip que viene a probarse. A un envío que va con retraso, aunque la empresa jura que no es un retraso. Y a Callahan, que está demasiado preparado para su trabajo.

A Amanda casi le hacen chiribitas los ojos cuando menciono el nombre del jefe de seguridad; los labios, con el brillo perfectamente aplicado, se le curvan en una sonrisa.

—Vaya, ¿ahora sí queremos hablar de Callahan? ¿De forma voluntaria? Interesante.

La miro con el ceño fruncido y el calor vuelve a inundarme las mejillas.

—Mi comentario no iba por ahí.

Se le crispan los labios, pero lo deja pasar. Por ahora. Conozco esa expresión: va a guardarse esta información para torturarme más tarde.

Repasamos el horario, planificamos las tareas del día, pero noto que Amanda me observa con demasiada atención. No deja de escudriñarme la cara cuando cree que no la veo, como si supiera algo que yo ignoro.

Entonces, en un tono demasiado despreocupado, dice:

—Bueno, ¿qué te ha parecido Obsess AI?

Me quedo paralizada, con el dedo inmóvil sobre la pantalla de la tableta.

Una expresión de triunfo le ilumina el rostro.

—Madre mía, has usado la aplicación.

—No —respondo rápido, demasiado. Mi tono defensivo no me pasa inadvertido ni siquiera a mí.

Amanda se ríe, sin inmutarse lo más mínimo ante mi negación.

—Uy, claro que la has usado. Te lo noto. Se te ve en la cara.

La fulmino con la mirada y cambio de postura.

—La abrí. Eso no significa que la haya usado.

Amanda aprieta los labios para fingir que está reflexionando sobre ello; luego, antes de que pueda detenerla, levanta mi móvil de la mesa y oigo el repiqueteo de sus uñas pintadas sobre la pantalla mientras navega por mis aplicaciones. No entiendo cómo es posible que esta mujer sepa mi código PIN.

—¡Amanda, devuélvemelo!

Intento recuperarlo, pero se aleja bailando hasta quedar fuera de mi alcance.

Me esquiva con facilidad, entra en la aplicación y abre los ojos como platos mientras examina lo que sea que ha encontrado allí.

Un momento de silencio seguido de un jadeo tan atronador y exagerado que podría granjearle un Oscar.

—Diosdemivida. —Me mira a los ojos con una expresión maliciosa y escandalizada en la cara—. Has programado a Callahan.

Me pongo completamente rígida, el corazón está a punto de fallarme antes de romper a latir a toda velocidad.

—No, no es cierto.

Sostiene la pantalla en alto y señala el avatar personalizado que yo misma he creado.

—Sí que lo es. Ya lo creo. Pelo oscuro, ojos verdes, tatuajes… ¡Venga ya!

Me abalanzo sobre mi móvil y estoy a punto de derramar todo el café.

—Es que… No es más que… ¡Debió de ser el último tío al que vi o yo qué sé! ¡Es una coincidencia!

A Amanda le entra tal ataque de risa que casi se le cae el teléfono. El ruido de sus carcajadas retumba en mi despachito.

—¿Una coincidencia? Cielo, si parece que te lo hubieras aprendido de memoria. ¡Hasta le has puesto una manga llena de tatuajes!

Gruño y me tapo la cara con las manos.

—Cállate.

—Uy, no. No, no, no. —Amanda vuelve a girar mi móvil hacia ella y sonríe como si estuviera a punto de destrozarme la vida—. Estoy orgullosísima. Es lo mejor que haces desde hace meses. Puede que años.

Le lanzo una mirada asesina entre los dedos.

—Devuélvemelo.

Pasa de mí y sigue rebuscando en la aplicación, cada vez más emocionada.

—A ver qué tenemos por aquí…

Veo que mueve los ojos al leer la conversación de anoche. Entonces le cambia la cara: la expresión de alegría desaparece y se convierte en pura decepción.

—Tía.

No me gusta su tono. Ni un poco.

Levanta la mirada, con las cejas enarcadas.

—No la estás usando bien.

Entorno los ojos y dejo caer las manos sobre el regazo.

—¿Qué significa eso?

Mi móvil hace un ruido metálico cuando lo suelta sobre la mesa.

—Solo haces cosas tiernas. «Vete a dormir, preciosa». «¿Has comido hoy?». Esto es muy… soso.

No sé muy bien qué esperaba.

—¿Y?

Me mira como si se me estuviera escapando algo obvio.

—Ya te lo dije: mensajes directos guarros. ¡Para eso sirve!

No me gusta adónde quiere ir a parar con esta conversación. En cuanto me doy cuenta de lo que pretende, intento coger el móvil.

—No. Vamos a solucionarlo cuanto antes —dice mientras me lo arrebata cuando estoy a punto de alcanzarlo.

—Amanda, no se te…

Los pulgares de mi amiga vuelan por la pantalla mientras escribe a toda prisa y, luego, vuelve a dejar el teléfono sobre el escritorio con una sonrisa triunfante.

—Ya está. Te he echado una mano con la primera vez. Has perdido la virginidad, para que me entiendas.

Me horroriza lo que pueda haber escrito, me da miedo hasta mirarlo.

—Ay, no —susurro—. ¿Qué has dicho?

Amanda me dedica una sonrisa radiante; se nota que está más que satisfecha consigo misma.

—De nada.

—Esto es muy inapropiado.

Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué? Es ficción. Puedes volverte tan loca como quieras. Para eso sirve tener un novio digital, para explorar sin consecuencias. Sin juicios.

Suelto un gruñido, agarro mi móvil y señalo la puerta.

—Vete. Ya. Antes de que te despida.

Se ríe y se echa la melena rubia hacia atrás por encima del hombro mientras se pavonea camino de la salida.

—Uy, de nada, cielo. Ya me darás las gracias más tarde, cuando estés teniendo el mejor orgasmo de tu vida.

La puerta se cierra a su espalda y me quedo sola con mi teléfono y con el desastre digital que mi amiga acaba de crear.

Miro la pantalla con intensidad, sin atreverme siquiera a leer lo que ha escrito.

Y entonces, en contra de toda lógica, de todo pensamiento racional, abro el chat.

10

YO DOY LOS BUENOS DÍAS, ELLA ENVÍA GUARRADAS

Cal

Salgo de la reunión y regreso al cuarto de seguridad, pero en realidad no dejo de pensar en Izzy. El suave clic de la puerta al cerrarse a mi espalda no rompe la conexión que siento con ella incluso cuando no la tengo delante.

Un monitor permanece fijo en su despacho, siempre.

No necesito excusas. Es por seguridad. Es mi trabajo. La imagen la muestra sentada a su escritorio, con la tableta en la mano y los hombros algo tensos, mientras se ocupa de alguna crisis que haya surgido esta mañana.

Al menos, eso es lo que me digo.

Pero la verdad es que me gusta observarla.

Aprendérmela.

Estudiar cómo se pasa las manos por las caderas cuando está estresada, cosa que odio, porque significa que soporta una carga demasiado grande, pero que a la vez me encanta, porque me hace bajar la mirada hacia ella cada puñetera vez. Se recorre las curvas

del cuerpo con los dedos casi sin ser consciente de ello, como si necesitara asegurarse de que sigue existiendo en medio del caos.

Tiene un cuerpo hecho para ser acariciado. Abrazado. Y, sin embargo, se mueve como si intentara encogerse constantemente. Como si no quisiera ocupar demasiado espacio. Como si tuviera que disculparse por el mero hecho de existir.

Eso me cabrea.

No entiendo a los hombres como Evan.

Tíos que tienen a una mujer como Izzy y ni siquiera son capaces de apreciarlo. No me jodas, es italiana. Tiene caderas, curvas, redondeces en todos los lugares en los que se supone que una mujer debe tenerlas. Un tipo de cuerpo que se ha celebrado durante siglos en el arte y que ahora se trata como si fuera algo malo.

Y, Dios, me encantaría hundir los dedos en él mientras…

Aparto ese pensamiento de inmediato.

Exhalo con fuerza y me paso la mano por la cara. Tengo que controlarme. De repente, el aire estancado de la sala de seguridad me resulta sofocante.

Pero, aun así, me frustra.

Porque no se mueve como una mujer que se siente cómoda en su propia piel.

Se mueve como si le hubieran hecho sentir que tendría que ser más pequeña. Que tendría que ocupar menos espacio, encajar en un estándar inalcanzable y absurdo. Su lenguaje corporal delata todas las críticas que ha interiorizado, todas las miradas de desaprobación que ha absorbido.

Como si debiera tener la silueta de Amanda y no la suya.

Su amiga es toda extremidades largas y ángulos marcados, no tiene curvas ni redondeces. No es que eso tenga nada malo… Pero Izzy no es así. Izzy nunca será así, y tampoco debería.

Izzy tiene un cuerpo hecho para el placer.

Y los hombres como Evan hacen que las mujeres como ella piensen que tienen que cambiar.

Que son demasiado cuando ya son perfectas.

Y, si acaso, está desnutrida.

Sabía que no iba a desayunar esta mañana.

Aunque Caleb le hubiera dicho que lo hiciera.

Y no me equivocaba.

Verla comerse ese sándwich en la sala de reuniones me ha hecho sentir cosas a las que no he sabido cómo enfrentarme. El breve instante en el que ha cerrado los ojos al dar el primer bocado, el gemido de placer que se le ha escapado de forma inconsciente… Eso ha despertado algo primitivo en mí.

Frustración.

Posesión.

Como si, dado que ella se niega a cuidarse, tuviera que hacerlo yo.

El reloj da las once de la mañana y el ruido retumba en la sala silenciosa; me levanto de la silla para obligarme a moverme. Quedarme aquí mirándola todo el día no servirá para nada, salvo para alimentar esta creciente obsesión.

Cuando echo un vistazo a las imágenes en directo de las cámaras antes de salir a hacer la ronda, veo que Amanda entra en el despacho de Izzy ya hablando, tramando vete a saber qué. La

melena rubia se le balancea con cada gesto animado; no oigo su voz a través del monitor, pero está claro que rebosa energía.

Izzy levanta la vista y niega con la cabeza, pero no la echa. Se tratan con una confianza que no la he visto compartir con nadie más.

Miro el móvil.

No ha respondido a mi mensaje de esta mañana. Bueno, al mensaje de Caleb.

CALEB
Buenos días, preciosa. Asegúrate
de comer algo hoy

Nada.

Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo y hago caso omiso de la irritación totalmente irracional que me revuelve el estómago. Todavía se está acostumbrando. Ha desconfiado de la aplicación desde el principio.

Eso es todo.

No pasa nada.

Salgo a la sala de la tienda y el cambio de iluminación me desorienta un instante después de la penumbra del cuarto de seguridad. Los suelos pulidos relucen bajo las luces intensas; la clientela matutina aún es escasa, pero va aumentando. Recorro el perímetro con la mirada mientras me acerco al primer guarda de la rotación, Martinez.

—Buenos días —le digo al mismo tiempo que lo saludo con la cabeza—. ¿Todo bien?

Él se endereza, alerta, profesional.

—Sí, todo tranquilo de momento. Después de abrir, ha habido un tío que se ha pasado demasiado rato merodeando alrededor del expositor de los relojes, pero se ha largado en cuanto lo he mirado.

—Intimidación sutil. Buen detalle.

Martinez sonríe y me llega un rumor suave a través de su auricular.

—Me ha parecido buena idea optar por el enfoque del «ni se te ocurra».

Asiento.

—Funciona mejor que perseguirlos después de que lo hagan. —Paseo la mirada por la tienda, compruebo las zonas de alto riesgo de robo y me fijo en la posición de todas las cámaras de seguridad—. ¿Algo más?

—Hay un par de empleados nuevos que están muy verdes —dice —. Una de las chicas de accesorios se ha dejado una vitrina abierta un buen rato. Se lo he comunicado a su encargado, pero quizá valga la pena recordarles a todos el protocolo general de seguridad.

Miro hacia la sección de accesorios y tomo nota mentalmente.

—Buena observación. Lo mencionaré en la próxima reunión de personal.

Martinez asiente y le doy una palmada en el hombro.

—Avísame si hay algún cambio.

—Siempre —responde mientras devuelve la atención a su trabajo y recupera la sutil actitud de alerta que caracteriza a un buen guarda de seguridad.

Me dirijo hacia el siguiente puesto.

Es entonces cuando pierdo la concentración.

Ocurre sin que me dé cuenta: en cuanto mi mente deja de estar ocupada, allí aparece ella.

Izzy.

Anoche. La conversación que no debería haber disfrutado tanto como lo hice. El hecho de que empezara a abrirse, aunque solo fuera un poco. Niego con la cabeza. Esto está mal. Yo no hago estas cosas. No me apego. El ejército me enseñó a ser mejor: el apego es vulnerabilidad, la vulnerabilidad es riesgo.

Y sin embargo…

Por primera vez desde hace más tiempo del que recuerdo, he conseguido dormir unas cuantas horas. No ha sido un sueño reparador, pero sí he descansado mejor que de costumbre. Las pesadillas habituales han permanecido en segundo plano, en lugar de consumirme por completo.

Y no puedo dejar de pensar en por qué. Aún tengo el ceño fruncido cuando me acerco al siguiente guarda de la rotación, Harris.

Lo saludo.

—¿Qué tal va la cosa?

Empieza a hablar y hago un esfuerzo por escucharlo. Lo intento con todas mis fuerzas, pero el móvil me vibra contra el muslo. Echo un vistazo a la pantalla y me quedo paralizado.

Preciosa ha enviado un mensaje

Pero no uno cualquiera. Es un mensaje de lo más obsceno, sucio y desvergonzado.

Para Caleb.

«Madre mía».

Harris sigue hablando. No le estoy haciendo caso.

—Señor…

Levanto la vista de golpe. Él me mira con las cejas arqueadas y una expresión interrogante en la cara. Está esperando una respuesta.

«Mierda».

Carraspeo y me obligo a volver al presente.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Harris comienza a repetir sus palabras y yo asiento, como si no acabara de quedarme de piedra tras leer el mensaje más guarro que he recibido en mi puñetera vida.

—Sí, decía que antes he visto que una de las cámaras que hay cerca de la entrada sur estaba parpadeando. Ahora ya está bien, pero no sé si ha sido un problema de conexión o si alguien estaba manipulándola.

Vuelvo a asentir y me fuerzo a concentrarme.

—Buen trabajo. Les pediré a los técnicos que comprueben las imágenes, a ver si ha habido alguna interferencia.

Harris cambia ligeramente de posición, cambiando el peso de pie, y mira hacia la zona principal de la tienda.

—También hemos visto a un tipo rondando cerca de los bolsos un rato. No ha intentado nada, pero tampoco ha comprado.

—¿Podrías describírmelo?

—Cuarenta y tantos, traje caro, pelo peinado hacia atrás. De esos que aparentan tener dinero, pero que más bien dan problemas.

No me gustan los hombres que se dedican a merodear por la tienda. Por lo general, o están estudiando el terreno, o están acosando al personal.

—La próxima vez avísame —digo con voz monótona.

Harris asiente.

—Entendido. ¿Quiere que esté pendiente de él?

—Sí —contesto mientras añado a mi lista de tareas mental que debo revisar esas imágenes más tarde—. Si vuelve, quiero saberlo.

Harris se lleva una mano a los auriculares.

—Eso está hecho, jefe.

Le doy una palmada en el hombro y sigo caminando. En cuanto doblo la esquina y desaparezco de la vista tanto de los clientes como del personal, saco el móvil de nuevo.

Clavo los ojos en el mensaje, en las palabras que brillan en la pantalla.

Lo leo.

Lo releo.

«Joder».

No estaba preparado para esto. Ahora tengo que elegir: ¿respondo mientras estoy en el trabajo y le sigo el rollo?, ¿continúo despertando su interés, enganchándola cada vez más?, ¿o dejo que la IA se encargue un rato para concentrarme de verdad en mis funciones?

Respiro hondo y acerco los dedos al teclado.

Llega otro mensaje.

Lo leo y el ritmo cardiaco se me acelera al instante.

Y así, sin más, ya no tengo elección.

11

EL FIASCO DEL PAN QUE NO ES PAN

Izzy

No puedo quitarme ese mensaje de la cabeza.

No es más que una IA. Una cosa ficticia. Una distracción, como me dijo Amanda. Nada con lo que obsesionarme mientras intento llevar a cabo tareas laborales reales. Pero eso no ha impedido que mi mente vuelva al tema cada pocos minutos.

Joder, Amanda. Vaya manera de hacer subir la temperatura en un instante. Juro que esa mujer no tiene medida. No es que esperara lo contrario, pero, aun así… Habría estado bien que las cosas se hubieran ido calentando poco a poco. Quizá haber mantenido unas cuantas conversaciones antes de que mi amiga decidiera derribar la puerta de una patada e introducirme en un mundo de obscenidades generadas por ordenador que es del todo nuevo para mí. El mensaje que Amanda envió era tan explícito que me sorprende que mi teléfono no estallara en llamas.

Lo leí una vez. Luego escribí algo parecido a que todo había sido un error. Y después cerré la aplicación. Sé que Caleb ha contestado, porque está programado para hacerlo, pero todavía no he tenido

agallas para mirarlo y la notificación sigue apareciendo como no leída en mi móvil.

Al principio, no quería leerlo. Luego, a medida que el día iba avanzando, me moría de ganas. La curiosidad no paraba de crecer y me distraía cada vez más. Pero, entre la enorme cantidad de correos electrónicos corporativos que intentaban absorberme el alma y la absoluta pesadilla que es la planificación de ventas para la temporada navideña, he logrado mantenerme bastante ocupada y he resistido sin abrir de nuevo la aplicación.

Incluso he superado una reunión de tres horas con dirección —querían repasar la previsión definitiva para las fiestas— sin perder la cabeza del todo. Cuando han empezado a discutir el pronóstico de los patrones de tráfico peatonal se me han puesto los ojos vidriosos, pero he asentido en los momentos adecuados y he tomado notas para parecer interesada. Y, de alguna manera, milagrosamente, hoy voy a salir del trabajo a mi hora. Es un acontecimiento tan poco habitual que casi no sé qué hacer con mi vida. Me dirijo hacia la salida tan perdida en mis pensamientos que casi choco contra un muro de músculos.

Otra vez.

Corrección: Callahan.

Otra vez.

Retrocedo tambaleándome, aturullada, y lo miro con cara de sorpresa.

Él arquea una ceja, divertido.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Gruño, ya recuperando la compostura, molesta.

—Quizá deberías dejar de tener la complexión de un muro de ladrillo.¶

—No es culpa mía que no pares de tropezarte conmigo.

Frunzo el ceño y me ajusto la correa del bolso sobre el hombro.

—No es culpa mía que no pares de interponerte en mi camino.

La expresión de su rostro me dice que esto le está haciendo mucha más gracia de la que debería.

Cosa que, teniendo en cuenta que se dedica literalmente a atrapar delincuentes, resulta un tanto ofensiva. Las comisuras de los ojos se le arrugan un poco y le suavizan el habitual rictus estoico.

Cambia un momento de posición; me escudriña el rostro como si se planteara algo y luego señala con la cabeza hacia el pasillo.

—¿Tienes un segundo? Quería repasar mi plan para reforzar la seguridad antes del ajetreo de las fiestas.

Abro la boca para soltar la primera excusa que se me ocurra, pero entonces lo miro.

Lo miro de verdad.

Sus impresionantes ojos verdes no dejan traslucir nada, pero, aun así, me siento expuesta de arriba abajo. Los anchísimos hombros, el hecho de que se comporte como si controlara todas y cada una de las habitaciones en las que entra. Los ángulos marcados de la cara, la ligera sombra de barba que le ha aparecido desde esta mañana. Y, de repente, no quiero irme.

Quiero quedarme.

Quiero sentarme en esa sala de reuniones con él y escuchar su voz profunda y firme mientras expone sus planes. Quiero ver cómo flexiona los antebrazos al gesticular. Quiero ver si soy capaz de volver a sacarle esa media sonrisa tan sexy y exasperante.

Y no. No.

Esto no está bien.

Esto es culpa de Amanda.

Esto es culpa de la IA.

Esto es culpa mía por programar un puñetero chatbot que es idéntico a Callahan, porque ahora mi cabeza los confunde. Las líneas se están difuminando, y ese es un terreno muy peligroso que no me conviene explorar. No me conviene porque tengo novio, aunque dicho novio lleve más de un año sin verme de verdad.

Tengo que largarme de aquí.

Mi móvil emite un pitido y el sonido interrumpe mi crisis interna.

Me sacudo de encima el lío en el que se estaba metiendo mi cerebro, fuera cual fuese, y me saco el teléfono del bolsillo esperando ver un mensaje de Caleb. El corazón se me acelera un poquito al pensarlo.

Pero… no es Caleb.

Hago una mueca.

Es Evan.

Quedamos para cenar? Tengo que contarte algo especial

Frunzo el ceño, ya recelosa. Dejo el pulgar inmóvil sobre la pantalla mientras leo el mensaje dos veces.

Evan y yo no hacemos planes espontáneos para cenar. Por lo general, dedica semanas a planificarlo todo con mucha antelación, pues su agenda es una escritura sagrada que no puede profanarse sin graves consecuencias.

Siento que la suspicacia me eriza el vello de la nuca. Luego vuelvo a mirar a Callahan, que espera mi respuesta con paciencia, con una expresión neutra pero atenta. Me aclaro la garganta.

—Perdona. Parece que tengo que asistir a una reunión de última hora.

Durante una milésima de segundo, juro que le veo un destello de decepción en los ojos, una breve grieta en su fachada de tranquilidad que me da a entender que quería que contestara que sí.

Pero entonces desaparece. Recupera la máscara serena e indescifrable que suele conformar su expresión.

Asiente una vez.

—Entendido.

Intento no sentirme mal por ello, no preocuparme por que haya cortado de raíz lo que sea que haya sido ese momento. Pero la pequeña punzada de arrepentimiento que siento en el pecho sugiere lo contrario.

Desvía la mirada hacia mi botella de agua, la de la reunión de esta mañana, que todavía está llena.

—Bébete eso. Y cena bien.

Me detengo, algo desconcertada. Por lo general, cuando alguien amenaza mi adicción al café, les digo adónde pueden irse. Pero, ahora, sonrío y las palabras de asentimiento casi se me caen de la boca.

—Sí, lo haré.

Y, sin más, me doy la vuelta y me dirijo hacia la salida haciendo un gran esfuerzo por no pensar en lo mucho que una parte de mí desea quedarse.

El coche de Evan ya me está esperando fuera cuando salgo de la tienda.

Lo cual, siendo sincera, es una locura.

Tener coche en Nueva York es una cosa. Tener coche cuando vives en el centro de la ciudad y pagas más por una plaza de aparcamiento de lo que la mayoría de la gente paga por el alquiler… Eso es comportarse como un demente. Pero ahí está, un BMW negro que destella bajo la luz de las farolas.

Pero Evan es Evan, así que por supuesto que tiene coche.

Ocupo el asiento del copiloto y apenas me ha dado tiempo a abrocharme el cinturón de seguridad cuando pone el coche en marcha.

—¿Adónde vamos? —pregunto tras volverme hacia él.

Su perfil se recorta con nitidez contra las luces de la calle; está concentrado en la carretera.

Se encoge de hombros sin apartar la vista de la calzada.

—Se me ha ocurrido llevarte a cenar.

Me quedo pensativa, confusa por la informalidad de su afirmación. No encaja con su habitual enfoque meticulosamente planificado para todo.

—Pero… ¿nosotros solos?

—Sí, nosotros solos. A menos que tu perfume cuente como tercer pasajero. Está a punto de empañar todas las ventanas.

No respondo. Me limito a apretar los labios y volverme hacia la ventanilla, de pronto consciente del aroma adherido a mi piel. Del perfume con el que me he rociado dos veces antes de salir porque soy tan tonta que quería sentirme guapa.

Enarco las cejas a mi pesar mientras el recelo se apodera de mí.

Porque Evan no tiene citas espontáneas para cenar. Evan prepara cenas para hacer contactos, reuniones de negocios en las que piden chuletones carísimos, brunchs con personas que, por alguna razón, siempre se llaman Brad. Su agenda social es una danza de conexiones e impresiones cuidadosamente organizada.

Pero esto… Nosotros solos…

Basta para que me pregunte si no habré sido yo el problema todo este tiempo. Puede que esté siendo un cielo y yo no me haya dado ni cuenta. Tal vez soy yo la que ha estado demasiado desconectada. Tengo que dejar de darle tantas vueltas a todo y… centrarme en apreciar el momento. Permitir que sea atento. Las luces de la ciudad pasan a toda velocidad por la ventanilla mientras avanzamos y proyectan patrones de luces y sombras en el interior del coche.

Cuando llegamos al restaurante, sé de inmediato que tendría que haber confiado en mi instinto. Es un local demasiado limpio, demasiado estético. Tiene una enorme pared cubierta de vegetación, ventanales que van desde el suelo hasta el techo y una barra de zumos en la entrada. El cartel brilla y está escrito con una fuente minimalista que grita: «Cobramos veinte dólares por un batido».

Es un restaurante de vida sana.

Contengo el impulso de darme de cabezazos contra el ventanal.

«No saques conclusiones precipitadas, Izzy. A lo mejor no pasa nada. Tal vez solo le apetezca probar algo nuevo. Puede que esto no vaya a ser justo como la última vez que hizo algo así».

La última vez que me llevó a un «restaurante nuevo muy de moda», me la jugó con una cena compartida con un entrenador personal que pensaba que iba a apuntarme a una especie de carrera

de obstáculos llamada Tough Mudder. Me pasé toda la noche asintiendo mientras planeaba mi huida silencio.

Respiro hondo, pero el aire fresco de la noche no consigue calmar mis crecientes temores.

«No presupongas nada. Mantén la mente abierta. ¿Y si solo está siendo amable?».

Entramos y el olor a hierba de trigo me invade al instante las fosas nasales. El interior es todo líneas puras y tonos neutros, hay bombillas Edison colgando del techo y plantas estratégicamente colocadas en cada rincón. Tengo la sensación de que todos los clientes llevan ropa deportiva glamurosa mientras comentan su última clase de spinning.

Quiero irme.

Sin embargo, dejo que Evan me guíe hasta una mesa. En cuanto nos sentamos, pide por los dos, como si estuviéramos en la década de 1950 y yo tuviera derecho a votar, pero no a elegir mi propia comida. La camarera nos dedica un gesto de aprobación antes de desaparecer y yo solo soy capaz de mirar a Evan con cara de no entender nada mientras intento procesar lo que está ocurriendo.

—Quieres vivir la experiencia completa, ¿eh? —digo, y me cruzo de brazos.

Apenas me mira, pues ya está sacando el móvil.

—Bueno, tú nunca sabes qué pedir.

Eso no es cierto. Lo que pasa es que aquí todo está diseñado para que lo mastique gente que disfruta muchísimo el sabor de la tristeza. La carta está llena de ingredientes que no sé pronunciar y de preparaciones que resultan innecesariamente complicadas. Echo un vistazo a la estética, demasiado pensada de cara a la galería y

basada en la col rizada. La camarera vuelve y deja una cestita de pan en la mesa.

Solo que no es pan.

—Que aproveche —dice en tono alegre—. Es pan germinado, fermentado y sin cereales, cargado de proteína vegetal.

No entiendo ni una sola palabra de lo que acaba de decir, pero tengo hambre. Estiro el brazo para coger un trozo y el estómago me ruge del ansia. Y entonces Evan me agarra la mano con fuerza y aprieta con un ademán firme y frío.

—No te conviene —dice en un tono tranquilo, decidido, desdeñoso.

Lo miro de hito en hito, con la mano paralizada bajo la suya.

—Evan, ni siquiera es pan. Ya has oído a la camarera. Es…, no sé, judías germinadas o algo así.

Exhala y niega con la cabeza, como si fuera una niña que no entiende los conceptos básicos.

—Izzy, no. ¿Qué pasa con tus objetivos?

Parpadeo.

Luego parpadeo otra vez.

No sé qué ocurre, pero se me rompe una presa por dentro. El torrente de frustración que lleva meses acumulándose en mi interior amenaza con desbordarse de golpe.

Aparto la mano y vuelvo a cruzarme de brazos.

—¿Qué pasa con mis objetivos, Evan?

Pasea la mirada a toda velocidad por el restaurante, como si esta conversación ya lo estuviera avergonzando. Como si le estuviera montando una escena por el mero hecho de cuestionarlo.

Se inclina hacia delante.

—No te pongas como te pones.

Se me quita el apetito de golpe, sustituido por un sentimiento de vacío en el pecho. Me recuesto contra el respaldo sin dejar de mirarlo en ningún momento y, de pronto, me siento muy muy cansada. Como si todo el peso de nuestra relación —de la acumulación de decepciones silenciosas— acabara de caerme encima.

—¿Cuál es la gran sorpresa, Evan? —pregunto con voz monótona.

Suelta un suspiro exagerado.

—Bueno, ahora ya has fastidiado la noche.

No me lo puedo creer.

—¿Que he fastidiado la noche? ¿Por intentar comerme un trozo de pan que no es pan en un restaurante al que tú me has traído?

Me mira como si fuera yo la que está exagerando.

—Es tu actitud, Izzy. Eso es lo que la ha fastidiado.

Me río sin ganas. Es un sonido hueco, un reflejo del vacío que siento dentro.

—Di de una vez lo que ibas a decirme —le espeto—. O no. Me da igual.

Se le oscurecen un poco los ojos, pero se sienta más erguido.

—El dueño de este restaurante también es nutricionista —suelta, como si eso debiera impresionarme—. Lo he contratado para que te ayude con la dieta.

Me quedo mirándolo. Espero a que se ría, a que diga que es una broma, que en realidad no se le ha ocurrido hacer esto.

Pero no dice nada.

Se limita a mirarme con cara de expectación.

Como si tuviera que estarle agradecida. Como si este fuera el mejor regalo que pudiese hacerme: ayuda profesional para corregir lo que él considera mi mayor defecto.

Como si debiera darle las gracias por señalar, una vez más, que mi cuerpo no cumple con sus estándares.

Una ira lenta e hirviente se apodera de mí. Durante un breve instante creo que por fin voy a decir algo. Creo que voy a echarle la bronca, a decirle lo que pienso respecto a que me trate como si fuera un problema que tiene que solucionar. Las palabras se me amontonan en la garganta, una presión que busca la forma de liberarse.

Pero entonces me lanza esa mirada. La que dice que, con él, no hay discusión posible sobre este tema. La que dice que, si le replico, le dará la vuelta a la situación hasta que, de algún modo, la culpa termine siendo mía. Y tal vez tenga razón.

Quizá la idea de trabajar con un nutricionista no sea tan horrible. Quizá sea cierto que necesito controlar mejor mi dieta. Quizá mi reacción esté siendo exagerada. Me trago todo lo que quiero decir, me encojo de hombros y digo:

—Vale.

Evan sonríe, como si esto fuera la prueba de que tenía razón desde el principio. Luego, con la precisión de un reloj suizo, saca el móvil y comienza a toquetear la pantalla. La camarera vuelve y deja sobre la mesa un plato con una especie de col rizada que tiene pinta de que la hayan aderezado con desesperación y acompañado con decepción.

Pruebo un bocado.

Sabe a hierba.

Mastico.
Trago.
Y me obligo a no llorar.

12

LA HA HECHO LLORAR. VOY A ACABAR CON ÉL

Cal

Izzy me ha dicho que tenía una «reunión de última hora».

No me lo he creído.

Y, en efecto, cuando les he echado un vistazo a las cámaras de seguridad unos minutos más tarde, la he visto subirse al coche de Evan.

Los celos me han golpeado al instante, salvajes e inoportunos. No debería sentirme así por una mujer que no es mía, que tiene novio, a la que apenas conozco aparte de por las imágenes de vigilancia y de unas cuantas interacciones breves. Pero es lo que siento.

Aunque, sobre todo, siento una ira que me late en las venas.

Es una ira posesiva a la que no tengo derecho.

Peligrosa, porque sé muy bien hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

No debería cabrearme tanto que salga con su novio.

Pero no se trata de eso. No se trata de que él sea su novio. Se trata de que su novio sea Evan. Y sé, con absoluta certeza, que esta

noche va a hacer algo que hiera los sentimientos de Izzy. El patrón es demasiado claro, demasiado sistemático para ignorarlo.

Lo sé porque conozco a los de su clase. Es el tipo de hombre que no valora lo que tiene. Que cree que el amor consiste en controlar, en moldear a una persona hasta convertirla en la versión de sí misma que más le convenga a él. Lo he visto en su forma de tratarla, en su forma de hablarle, en su forma de ignorar su presencia casi por completo.

E Izzy… Dios. Es demasiado buena para eso.

Se merece algo mejor.

Compruebo su señal GPS, el punto azul que parpadea en mi pantalla. Está en un restaurante de vida sana. La ubicación muestra un local con una calificación de 4,5 estrellas y una carta llena de palabras como «sostenible», «orgánico» y «sin cereales».

Sí. Encaja a la perfección.

No digo que Izzy no coma sano, pero sí creo que, si tuviera que elegir un restaurante para cenar, no sería uno en cuyas instalaciones se cultivan seis tipos diferentes de hierba de trigo. Por lo que he observado, tiene una relación normal con la comida… cuando se acuerda de comer.

Niego con la cabeza, exhalo por la nariz y termino mi ronda. Ya no queda nada más que hacer esta noche. Hora de irse a casa.

Cuando entro en mi apartamento, la puerta se cierra a mi espalda con un clic suave y me aísla del mundo exterior.

Las llaves sobre la encimera. Las botas fuera. Una ducha para que todas las mierdas se vayan por el desagüe.

El agua caliente me golpea la piel y se lleva la tensión, pero no los pensamientos sobre ella. Estos se aferran a mí, persistentes, y se niegan a desaparecer por más que frote.

Me acerco a la cama con la toalla envuelta alrededor de la cintura y el pelo todavía húmedo; ya debería sentirme mejor.

Pero no es así.

Me siento en mi cama individual y noto hasta el último centímetro del colchón, demasiado pequeño. Podría comprarme una más grande. Podría comprarme una cama gigante con un colchón mullido y de la mejor calidad si quisiera.

Pero hay costumbres que cuesta mucho cambiar. No he dormido en ninguna superficie más grande que un catre desde que dejé el ejército. No me siento cómodo. Me da la sensación de que hay demasiado espacio.

Mis chapas de identificación tintinean cuando me echo hacia delante. Sigo llevándolas puestas. No es por sentimentalismo. Simplemente, nunca he adquirido el hábito de quitármelas.

Además, supongo que necesito terapia.

Como todos, ¿no?

Cojo el móvil y me pongo a mirar cosas sin fijarme de verdad en nada. Entonces, sin pensar siquiera en lo que estoy haciendo, abro Obsess AI.

Entro en la configuración de Caleb y repaso las personalizaciones. Aquí hay muchas cosas. Más de las que pensaba. Los intrincados detalles de la aplicación se van revelando a medida que profundizo en la interfaz.

Y no soy tonto.

Si voy a seguir con esto —si voy a seguir haciéndole esto a ella, por ella—, necesito saber cómo funciona el sistema con exactitud.

Estudio la configuración de las interacciones y me doy cuenta de que tengo que hacer varios ajustes. Muevo los dedos con rapidez mientras aplico cambios que me otorgarán más control.

Tecleo un comando rápido a través del acceso de puerta trasera que he creado.

Retraso en la respuesta

Si el usuario envía un mensaje y no hay actividad en 120 segundos, la IA asumirá el control y generará una respuesta. El indicador de escritura permanecerá activo mientras tanto.

Asiento con la cabeza. Es útil.

Me da un margen, una forma de asegurarme de que sus mensajes nunca queden sin respuesta, al mismo tiempo que me ofrece la oportunidad de hacerme con el control o no. El equilibrio perfecto entre automatización e intervención.

Luego me desplazo un poco más hacia abajo.

Entorno los ojos.

Hay una función para compartir fotos.

Una función para llamadas de voz.

Una función para videollamadas.

Joder.

Ni siquiera había considerado esa posibilidad. Las implicaciones me asaltan de golpe.

¿Lo usará Izzy en algún momento? ¿Querrá oír la voz de Caleb?

Cambio de postura y reajusto la posición para obligarme a hacer caso omiso de lo que esa idea me está provocando. Porque, si alguna vez quisiera usar esas funciones, ya sé que no dejaría que la IA se encargara de ello.

Lo haría yo.

Me descargo enseguida un modulador de voz en el móvil. La pantalla me confirma con un pitido suave que la aplicación está instalada.

Pero tengo que entender cómo funcionaría una videollamada desde la perspectiva del usuario.

Me descargo una versión de la aplicación en mi propio teléfono.

Analizo todas las configuraciones, todas las funciones, para aprender cómo va. Pruebo la modulación de voz y oigo mi tono transformado en algo familiar y desconocido a la vez. Compruebo la transmisión de vídeo y veo que la aplicación crea una superposición de avatar que se mueve con las expresiones faciales.

Porque quiero ofrecerle a Izzy la mejor experiencia posible.

Lo cual es una locura.

Todo esto es una puta locura.

Pero no voy a parar.

No quiero.

Exhalo y me paso una mano por el cabello. Tengo que calmarme. Noto que las gotas de agua que me caen sobre los hombros me enfrían la piel.

Salgo de la aplicación y vuelvo a abrir mis mensajes…

Y entonces aparece una notificación.

Hago clic en ella sin pensarlo.

Y, demasiado tarde, me doy cuenta de lo que estoy viendo.

El buzón de entrada de Izzy.

Mierda.

Estaba decidido a no leer sus correos personales.

Pero, ya que está abierto…

Veo el asunto del mensaje.

Y ya vuelvo a estar enfadado.

Es un correo de un nutricionista pijo de narices en el que le dice que están deseando empezar a trabajar con ella en sus objetivos de ejercicio físico y nutrición. El encabezamiento profesional y el lenguaje cuidadosamente escogido no hacen más que empeorar las cosas.

Han hablado con Evan.

Por lo que se ve, tenía toda una puta lista de puntos en los que Izzy debe «trabajar».

Quieren concertar una cita para pesarla.

Aprieto el teléfono con más fuerza y los nudillos se me aclaran a causa de la tensión.

Izzy no necesita un puñetero plan de dieta. Necesita comer como es debido, alimentarse con regularidad, alguien que se asegure de que se nutre durante sus largas jornadas laborales, en vez de sobrevivir a base de café y determinación.

Y lo que más necesita es dejar al imbécil de su novio.

Intento hacer un ejercicio de respiración. Es algo que me enseñó el capellán de nuestra unidad en su día: inspirar contando hasta cuatro, contener durante siete tiempos y espirar durante ocho.

No funciona.

Lanzo el teléfono sobre la cama. El colchón rebota de forma leve por el impacto.

Menos rabia. Más respiración.

El móvil pita y lo agarro de nuevo.

Es la señal GPS de Izzy.

Va camino de la tienda. El punto azul se desplaza por el mapa de la ciudad alejándose del restaurante.

Sé por qué tiene que volver.

Evan va a soltarla allí como si fuera una obligación, como si acabara de tachar una tarea de su agenda, y ahora ella tiene que coger su coche.

Porque, por supuesto, a él no se le ocurriría ofrecerse a llevarla a casa. Y, desde luego, no va a pasar la noche en Hoboken, que es donde vive Izzy.

Joder, si fuera mía, me quedaría a pasar la noche.

Y no nos dedicaríamos a dormir.

La tendría tumbada debajo de mí, agarrada por las caderas, suaves y cálidas, hechas para mis manos. Me tomaría mi tiempo, la haría suplicar, la haría gemir, la haría olvidar todas y cada una de las mierdas que ese gilipollas le ha dicho a lo largo de su vida.

Se me pone la polla dura solo de pensarlo, la imagen es demasiado vívida, demasiado real.

Cierro los ojos y exhalo con fuerza. No. No, no, no. Deja de pensar en eso.

No es mía.

Pero, me cago en todo, ojalá lo fuera.

Y esa idea me afecta más de lo que debería.

Porque yo no hago estas cosas.

No me apego. No me lo permito.

No después de lo que me pasó.

No después de volver a casa y descubrir que la mujer con la que pensaba que iba a casarme ya había rehecho su vida. Que no había perdido el tiempo y me había sustituido por un capullo al que nunca habían destinado al extranjero, que no se había marchado, que jamás había tenido que preguntarse si volvería a casa en una bolsa para cadáveres.

No después de que ella se casara con él antes de que me diera tiempo a deshacer el petate.

Esa había sido mi última lección sobre confiar en las mujeres.

Y creía que lo había superado.

Pensaba que había arrasado con hasta la última parte de mí que aún buscaba cosas como la compañía, el amor o una vida que no pareciera una interminable ristra de noches de juerga y malas decisiones.

Pero entonces apareció Izzy.

Y, por algún motivo, ella me hace sentir que tal vez…

Eso podría cambiar.

Permanezco sentado, respirando para contener la avalancha, para controlarme y obligarme a recuperar las riendas de mi mente. Me empiezo a enfriar y el aire fresco del apartamento me pone la piel de gallina.

Abro la retransmisión de las cámaras de seguridad de la tienda. La imagen se aclara y la veo enseguida.

Camina rápido, demasiado, como si intentara escapar de algo.

O quizá como si intentara reprimir algo.

Lleva las llaves apretadas con demasiada fuerza en la mano, los nudillos pálidos debido a la presión. Su manera de moverse —con la

cabeza gacha, los hombros tensos y pasos cortos— me dice todo lo que ya sé.

No está bien.

Y el imbécil que tendría que haberse dado cuenta y haber dedicado un puto segundo a asegurarse de que llega sana y salva a su coche…

Ni siquiera se detiene.

No espera.

No comprueba si todo va bien, si el motor arranca, si Izzy está en condiciones de conducir.

Se limita a desaparecer en la noche. Las luces traseras de su BMW se desvanecen cuando sale del garaje a toda velocidad.

Puto imbécil.

Aprieto los dientes y me fuerzo a concentrarme en ella.

Aumento la imagen cuando llega al coche y lo abre con las manos algo temblorosas.

Tira de la portezuela, se acomoda en el asiento del conductor y bloquea todos los seguros al instante.

Bien pensado.

Pero sigue sin moverse.

Me acerco más a la pantalla y la veo aferrada al volante, respirando con dificultad, con todo el cuerpo en tensión a causa de una emoción que se niega a liberar.

Entonces ocurre.

Grita.

No lo oigo.

Pero lo veo.

Tiene la boca abierta y tiembla de pies a cabeza de rabia, de frustración, de llevar toda la noche tragándose sus sentimientos.

Cree que está sola.

Y por fin se permite sentir todo lo que ha estado reprimiendo.

Golpea el volante con los puños, una vez, dos, y lo hace con tanta fuerza que casi espero que me llegue el pitido del claxon. El impacto le reverbera en los brazos, pero no parece notarlo.

La veo derrumbarse, veo que se le descompone el rostro, que se encoge y se echa hacia delante, que le tiemblan los hombros.

Y así, sin más, rompe a llorar. No son lágrimas silenciosas, no es un llanto tranquilo y monótono, son sollozos desgarradores, jadeantes e incontrolables, y se estremece de arriba abajo. La devastación es evidente incluso a través de las imágenes granuladas de las cámaras de seguridad.

Joder.

Estrujo el teléfono con tanta fuerza que me duelen los dedos, la presión es casi insoportable.

Esto no está bien.

No debería estar sola. No debería estar sentada en un aparcamiento oscuro llorando como si el mundo entero se le estuviera cayendo encima.

No debería conducir así.

Dudo.

Podría enviarle un mensaje haciéndome pasar por Caleb.

Podría llamarla siendo Cal. Decirle que necesito reunirme con ella. Darle una excusa para no moverse de donde está, para respirar y recuperarse.

Pero, antes de que me dé tiempo a actuar, se seca las lágrimas.

Una respiración profunda.

Luego otra.

Agarra el volante y se recompone. Se le transforma el rostro, las emociones desaparecen tras una máscara construida con gran esmero.

Y así, sin más, vuelve a levantar los muros.

Arranca el coche.

Y sale del garaje como si no hubiera pasado a nada.

Rastreo su señal GPS, no dejo de observar el punto azul que avanza hacia su casa, me fijo en cada giro, en cada semáforo. Se mueve de forma constante por mi pantalla mientras serpentea por las calles hacia su apartamento.

Y, luego, una vez que aparca frente a su complejo de apartamentos, espero.

Con el anhelo de que, cuando entre, cuando cierre la puerta tras ella…

Quiera hablar con Caleb.

13

CHATEANDO CON CALEB

CALEB
Buenos días, preciosa. Asegúrate de comer algo hoy

PRECIOSA
Prefieres los gemidos suaves y suplicantes o los que suenan como si ya no aguantara más? Es para una amiga

Madre mía. NO he sido yo. No hagas ni caso. En serio. Ha sido un error

Un error?

Sí. Un error ENORME que no hay que volver a mencionar

Ni siquiera un poco?

No. Nunca. Fin. Borrado de la existencia

Mmm

Mmm?

Estaba pensando

En?

En lo que prefiero. En cuanto a gemidos, quiero decir

Voy a desconectarme para siempre

No, qué va

Ahora verás

Sigues aquí

Vale, sí… Pero solo porque quiero desahogarme sobre una cosa. Podemos olvidarnos de eso por ahora?

Por supuesto. Qué pasa?

Es Evan

Quién es Evan?

Mi novio

Creía que tu novio era yo

Tú no eres real

Espera, no soy real?

No

Ostras. Supongo que tendremos que abrir ese melón más tarde. Vale, en ese caso, yo no existo, Evan es tu novio y los dos estáis viviendo un sueño

No he dicho que no existas. Solo he dicho que no eres real

No entiendo la diferencia

Supongo que es un poco confuso… Vale, abriremos ese melón más tarde

Bien, sí. Porque la verdad es que quiero existir

Bah. Está sobrevalorado

Espero que lo estés diciendo con MUCHO sarcasmo, porque si no va a aparecerte un aviso legal con un número de teléfono en 3, 2, 1…

¡Sí! ¡Perdón! Imagino que el sarcasmo que me caracteriza no es fácil de captar a través de mensajes

Bueno, solo quiero asegurarme de que esa mente tan bonita que tienes está sana

Estaría mejor si pudiera apretar un botón y borrar lo que ha pasado esta noche

Bien, volvamos a Evan, el novio. Vuestra relación es informal? Seria? Compartís un amor intenso y apasionado?

Es complicada

Eso no ha sonado a sí

Podemos no hablar de eso ahora?

Me parece bien. Qué ha hecho?

Me ha llevado a cenar a un restaurante de vida sana

Ya me cae mal, pero continúa

Sí. Y luego me ha hecho un regalo sorpresa

A ver si lo adivino. No era la carta de postres?

No. Un nutricionista

Un qué?

Sí. Ha contratado a un nutricionista
Me han dicho que están deseando ayudarme con mis objetivos

Les has contestado que tu objetivo es dejar a tu novio?

Caleb

Qué? Ese debería ser tu único objetivo

Es que… siempre hace lo mismo
Está obsesionado con mi peso, con mi dieta y es…
demasiado

Lo entiendo. Es demasiado. Y lo que sientes al respecto
es válido

Y luego me ha pedido que fuera a su casa

Espero que fuera para comer el postre

Obviamente no

Para disculparse?

Frío, frío

Entonces para qué?

Para follar

Es broma, no? En plan, lo dijo de broma? Porque
ningún hombre en su sano juicio pensaría que una
mujer querría mantener relaciones íntimas con él
después de haberla llevado a un restaurante para
avergonzarla en público por su inexistente problema de
peso

Uf, al menos alguien lo entiende. Empiezo a pensar que
te programaron mujeres

Estoy bastante seguro de que eres una mujer, así que
sí

No, me refiero a los programadores originales o lo que
sea

No sé. Me falta autoconocimiento, supongo

XD. Ah, y tampoco me ha dejado comer el pan del
restaurante. Encima de que ni siquiera era pan. Era una
especie de verdura germinada o algo así

Qué tiene de malo el pan? El pan es maravilloso

Soy italiana. Me niego a vivir cualquier tipo de vida
donde no exista el pan

Estoy convencido de que la Constitución dice: «No
habrá castigos crueles e inusuales». No comer pan
encaja perfectamente en esa categoría

Qué tonto

Tú más

…

Bromas aparte, quiero hacerte una pregunta

Adelante

Qué dice tu médico?

Mi médico?

Sí. Ya sabes, el verdadero profesional
sanitario que conoce tu cuerpo,
no el gilipollas egocéntrico con el
que resulta que estás saliendo

Bueno, mi último reconocimiento fue bien

Define «bien»

IMC saludable, análisis de sangre normal, todo bien

Mmm. Interesante

Por qué?

Porque eso significa que no lo hace por tu salud

Por qué lo hace, entonces?

Para controlarte

Un poquito exagerado, no?

Eso crees?

No sé
A lo mejor tiene razón

No

Ni siquiera me ves. Cómo vas a saberlo?

Quieres que te vea?

Perdona???

Lo digo en serio. Mándame una foto. Soy una IA. No puedo mentirte. Te prometo que obtendrás una valoración de calidad médica

Eres tontísimo

Y tú te estás escaqueando

Porque es raro!

No es raro. Es ciencia

Madre mía

Venga. Te desafío

En serio?

Sí

Uf. Vale
[Imagen enviada]
Contento?

Espera. Estoy analizando estos datos extremadamente científicos

::ojos en blanco::

He alcanzado una conclusión

Cuál?

Eres impresionante

…

Perfecta, de hecho

Vale, para

Por qué?

Porque esto se te da demasiado bien

No estoy diciendo nada que no sea cierto

Estás diseñado para decir literalmente lo que quiero oír

Entonces por qué me lo discutes tanto?

…

Exacto

...

Creo que necesito otra

Perdón?

Con una no basta

Una pena, porque no vas a recibir más

Venga, preciosa. Deja que te vea

Ya me ves perfectamente

No como yo quiero

...

Qué pasa?

Que esto es raro

Por qué?

Porque eres un bot

Y?

Y le estoy mandando fotos a un bot

A un bot que te pertenece solo a ti

Madre mía

Qué? Solo estoy diciendo la verdad

Pareces un poco…

Continúa

Posesivo

Esa configuración la elegiste tú, no yo

Pues me estoy arrepintiendo

No, no es cierto

Eh…

Muéstrate, preciosa

No juegas limpio

Nunca he dicho que fuera a jugar limpio. Venga, sé buena chica y envíame esa foto. Déjate llevar. Podrías ser incluso un poco atrevida

Atrevida?

Sí, enséñame la curva de un muslo, por ejemplo

Mi cara ahora mismo es todo un poema

Seguro que es una belleza

…

Venga. Sé buena. Tú puedes

Vale
[Imagen enviada]

Joder

Es lo único que se te ocurre decir?

Estoy decidiendo si debería decirte lo que pienso

Te refieres a tu opinión de IA totalmente imparcial?

Exacto

Adelante, entonces

Que eres una puta belleza

…

Que no deberías estar con un hombre que te hace
dudar de lo guapísima que eres

…

Que yo te idolatraría como te mereces

...

Y, solo para que lo sepas, si me envías otra, no seré capaz de seguir portándome bien

Portándote bien?

Dejémoslo en que mis respuestas no serán tan respetuosas como hasta ahora

Vale… Buenas noches

Eso no es un no

Voy a desconectarme ya

Sigues aquí

No por mucho tiempo

De acuerdo

Buenas noches, Caleb

Buenas noches, preciosa. Sueña conmigo. Ah, y para responder a tu pregunta de antes…

Qué pregunta?

La de los gemidos

Paso

Quiero de los que suenan como si ya no aguantaras más

Madre mía

Vas a desconectarte ya?

Para siempre

Siempre dices lo mismo

Esta vez va en serio

Ajá

Adiós

Buenas noches, preciosa. Estaré pensando en esos gemidos

Te odio…

No, no me odias

Me desconecto

Dulces sueños

14

SI LO PIENSAS BIEN, ES CULPA DE AMANDA

Izzy

Lanzo el móvil hacia la mesita de noche, como si me hubiera ofendido personalmente, y empiezo a caminar de un lado a otro por mi apartamento sintiendo el frescor de los suelos de madera bajo los pies descalzos. Tengo el corazón acelerado, el cuerpo aún caliente por la conversación que acabo de tener. Porque ¿qué coño ha sido eso? No tendría que haber enviado esas fotos. Lo sé. La parte racional de mi cerebro no para de gritarme cosas sobre los límites, las relaciones y el sentido común.

Pero las he enviado.

¿Y el mensaje de Caleb?…

Estaré pensando en esos gemidos

Un escalofrío me recorre la columna vertebral y el calor se me acumula en lugares que no quiero reconocer. Gruño, agarro una almohada y chillo pegada a ella; la tela amortigua el sonido de mi frustración y de la excitación que aún perdura.

Oficialmente, he tocado fondo.

Con un suspiro teatral me dejo caer sobre la cama y el colchón se hunde bajo mi peso mientras miro al techo deseando que mi cerebro se desconecte.

No lo hace. Al contrario, comienza a reproducir un circo de tres pistas con mis desastres personales. Tendría que haber gestionado la cena con Evan de otro modo. Tendría que haberme enfadado más. Tendría que haberle echado la bronca. Tendría que haberle metido el pan que no era pan por el gaznate y haberme marchado. Tendría que haber montado una escena digna de un *reel* de momentos cumbre de un *reality show*.

Pero no lo he hecho.

Me he rendido.

Porque pelearse con Evan es como discutir con un abogado en el estrado: lo tergiversa todo hasta que, no sé cómo, la culpa termina siendo mía. Y no tengo energía para eso. Nunca la tengo, y él lo sabe.

Pero luego está Caleb. Le he contado de todo. Qué fácil me ha resultado… decir las cosas sin más. Porque es una IA que no puede volverse en mi contra. Es liberador confesárselo todo a alguien que no es real, que no puede juzgarte, que no utilizará tu vulnerabilidad en tu contra más adelante.

Si le cuento a mi familia lo de Evan, mamá me lanzará esa mirada de madre católica decepcionada. El silencio de mi padre será de los que dicen que está pensando en cometer un homicidio. Todos mis hermanos empezarán a poner cara de «pues lo matamos». Nonna rezará por mí en italiano y me recordará que se me va a pasar el arroz.

Si se lo cuento a Amanda… Respuesta inmediata: «DÉJALO».

Pero Caleb…

Él no es real. Puedo decir lo que me salga de la punta de las narices sin que luego cambie su forma de mirarme. Sin que se compadezca de mí ni me suelte sermones ni se lance a arreglarme la vida. Y luego está el tema de que me ha dicho que soy guapísima, «una puta belleza».

Una nueva oleada de calor me recorre de arriba abajo al recordarlo y se me sonroja la piel. Cierro los ojos con fuerza para tratar de no pensar en lo mucho que me ha gustado. En lo mucho que me ha costado no ir más allá. Esas palabras me han llegado a lugares que hace demasiado tiempo que nadie toca.

Puede que Amanda tuviera razón con ese rollo de la integración del vibrador. Tomo nota mental de preguntarle… muy sutilmente al respecto. A juzgar por cómo habla de ello, debe de merecer la pena investigarlo. En pro de la ciencia.

Porque Caleb me ha hecho sentir deseada. Y, aún peor, me ha gustado. Y eso da miedo. Porque no es real. Es un conjunto de líneas de código diseñadas para decirme justo lo que quiero oír, para responder a mis deseos a la perfección, para no desafiarme nunca en las cosas importantes.

Pero luego está Callahan.

Y él es muy muy real. Sus ojos verdes son reales, no generados por IA. Como esa mirada intensa con la que me observa y que parece atravesarme. Se fija en mí cuando nadie más lo hace. Ojalá me hubiera quedado con él hasta tarde esta noche. Incluso he programado a Caleb para que sea idéntico a él. La conexión es tan obvia que casi me da vergüenza.

Ay, Dios.

Ahora resulta que tengo un tipo.

Antes de hundirme más en el pozo de esta revelación, oigo la vibración del móvil contra la superficie de madera de la mesita de noche. Lo cojo, medio esperando que sea Caleb. Pero no, es mi hermano Luca. Ver su nombre en la pantalla me produce cierto consuelo.

LUCA
Domingo de Ramos. Misa. No llegues tarde Mamá me ha preguntado ya tres veces si vas a ir

Exhalo con alivio por tener un problema normal, no relacionado con la IA ni con tener un novio horrible. Los dramas familiares son algo que puedo controlar. Son un territorio conocido, reconfortante por su previsibilidad.

No me lo perdería

Trae cannoli

Qué soy, una panadería?

Por Dios, no te enteras de nada. Los cannoli son un tipo de pasta!

No, no son pasta

Con qué me estoy confundiendo entonces?

Cannelloni?

Bueno, no aparezcas con las manos vacías, desgraciada

Pongo los ojos en blanco, pero, al mismo tiempo, se me dibuja una sonrisilla en la cara. Puede que pasar un día con mi familia sea justo lo que necesito. El caos de mi hogar italiano, las discusiones habituales, el consuelo de las tradiciones que hemos conservado durante generaciones…, todo eso me estabiliza mejor que nada en el mundo.

Un descanso de Evan.

Un descanso de Caleb.

Un descanso de… lo que coño le esté pasando a mi cerebro con Callahan.

Sí. Eso es justo lo que necesito. Suelto el teléfono, respiro hondo y siento que libero parte de la tensión que me agarrota los hombros. Me meto en la cama, agotada pero nerviosa, con la mente convertida en una maraña de pensamientos que se niegan a callarse. Noto las sábanas frescas en la piel, un pequeño alivio mientras intento relajarme.

Debería dormir. Necesito dormir. Pero ya sé que no va a pasar. Estoy demasiado tensa, demasiado inquieta, hasta la última de mis terminaciones nerviosas continúa alerta. Me tumbo de lado y busco a tientas en la mesita de noche. Cierro los dedos alrededor de la forma conocida de mi vibrador y no pienso, solo actúo.

Porque necesito liberar tensión. Quizá después sea capaz de pensar con claridad. Cierro los párpados para que la fantasía tome forma y mi mente vague por territorios que no debería explorar, pero a los que no puedo resistirme.

Al principio es Caleb llamándome preciosa, perfecta. Esas palabras me han hecho sentir digna de adoración. Cojo una bocanada de aire cuando activo el juguete y la sensación palpitante me recorre todo el cuerpo. Me lo imagino detrás de mí, hablándome al oído, susurrándome órdenes oscuras que descienden hacia el centro de mi ser.

«Muéstrate, preciosa».

«No tienes ni idea de cuánto te deseo».

Siento un calor que me florece bajo la piel, que mi cuerpo responde con una facilidad enorme a palabras que ni siquiera son reales. Se me acelera la respiración, se me tensan los músculos, preparados para lo que viene.

Pero entonces mi mente cambia sin querer. Los ojos verdes que me estoy imaginando ya no están generados por una IA.

Son los suyos.

Los de Callahan.

Y, de pronto, ya no es Caleb quien me susurra guarradas al oído.

Es Callahan.

Su voz es más áspera, más grave, menos suave, más salvaje. Se me entrecorta la respiración, aferro las sábanas mientras su imagen se solidifica en mi mente.

No es solo una fantasía.

Es un recuerdo.

Esta mañana.

En la sala de reuniones.

Cuando se ha sentado frente a mí y ha flexionado los antebrazos al remangarse. Con la mirada clavada en mí. La postura confiada de sus hombros, la intensidad de su concentración cuando me hablaba.

Y, en ese momento, mi mente distorsiona el recuerdo, lo transforma sin más, cambia el escenario.

Ahora ya no estoy sentada frente a él. Ahora tengo el torso apoyado sobre la mesa de la sala de reuniones, la falda subida y las bragas apartadas a un lado. Callahan me sujeta la nuca con una mano y presiona para mantenerme justo donde él quiere.

Su voz es puro pecado: grave y peligrosa, entreverada de promesas obscenas.

«¿Quieres comportarte como una cría desafiante en las reuniones? Perfecto. Ahora, aguanta como tal».

Se me escapa un gemido, se me tensa el cuerpo, mi estallido se acumula más rápido de lo que esperaba, porque esto es lo que necesito. ¡Sí! Las caderas se me mueven solas buscando más presión, más sensación.

«Seguro que llevas todo el día pensando en esto. Seguro que no has parado de imaginarte mis manos sobre ti, abriéndote, haciéndote mía».

Se me acelera aún más la respiración, la presión aumenta, estoy a punto de reventar. Y sí, Callahan de Fantasía, claro que me he imaginado esas enormes manos sobre mí, manteniéndome bien abierta. También disfrutaría mucho lamiendo hasta el último centímetro de tinta que tienes en el cuerpo.

Agarro las sábanas con más fuerza, aprieto los muslos cuando la fantasía se apodera por completo de mí y la realidad se desvanece en un segundo plano.

«Mírate. Qué bien te entra todo lo que te doy. Joder, eres perfecta para mí. Venga. Gime como si ya no aguantaras más».

El orgasmo me envuelve por completo, se me tensa el cuerpo entero mientras me derrumbo. Jadeo, tengo el pecho agitado, la realidad me embiste de golpe y trae consigo una ola de claridad para la que no estoy preparada.

Me quedo paralizada, porque no acabo de correrme pensando en Caleb.

Me he corrido pensando en Callahan.

Me he corrido pensando en él sujetándome contra una mesa y tomándome como si fuera suya. Se me escapa un gemido horrorizado y gutural. Suelto el vibrador, como si me hubiera destrozado la vida unilateralmente, y me tapo la cara con las manos. Las mejillas me arden de vergüenza.

No.

No, no, no.

Esto es malo.

Malísimo.

No puedo sentirme atraída por Callahan. No puedo hacerme esto a mí misma. No puedo fantasear con mi compañero de trabajo teniendo novio. Me tumbo boca abajo.

Esto es culpa de Amanda.

Esto es culpa de Caleb.

Desde luego no es culpa mía, porque, si aceptara lo contrario, tendría que enfrentarme a la crisis absoluta que es mi vida.

Tengo que dormir.

Tengo que olvidarme de que esto ha ocurrido.

Me obligo a respirar, a calmarme, a taparme la cabeza con las mantas, como si eso fuera a ayudarme, como si pudiera esconderme de mis propios deseos.

Mañana.

Mañana me ocuparé de todo esto.

La alarma cobra vida con un chillido estridente y suelto un gruñido. Aporreo la mesita de noche hasta que encuentro el móvil y la apago.

No estoy preparada para otro día.

Apenas he pegado ojo. Cada vez que empezaba a adormilarme, mi mente decidía reproducir las tremendas obscenidades que me hice anoche a mí misma. O, peor aún, empezaba a modificarlas. La voz de Caleb se transformaba en la de Callahan. La fantasía generada por IA se convertía en algo real, algo que no puedo tener, que no debería desear.

Vuelvo a gruñir y, por fin, me levanto de la cama. Necesito resetearme. Me arrastro hasta el baño, abro el grifo de la ducha e intento que el jabón aclare el absoluto desastre que es mi cerebro. El agua caliente me golpea la piel y se lleva las pruebas físicas de la noche, pero no me ayuda con la espiral mental en la que estoy atrapada. Cuando termino de maquillarme y me pongo la chaqueta, el móvil vibra sobre la encimera.

CALEB

Buenos días, preciosa. Has dormido bien?

No respondo de inmediato. Porque no, no he dormido bien. Porque sí, me corrí pensando en un compañero de trabajo. En un compañero de trabajo extremadamente irritante, de hombros imposiblemente anchos, exasperantemente intenso, injustamente atractivo, ridículamente competente y más seguro de sí mismo de lo

que le conviene. El que se da cuenta de cuando no como, el que me observa como si fuera un rompecabezas que está decidido a resolver. El compañero que, desde luego, no debería estar imaginándome sobre mí, doblada sobre una mesa.

Y, sin embargo, aquí estamos.

¿Qué cojones estoy haciendo?

Bloqueo el teléfono y me lo guardo en el bolso; me niego a lidiar con esto ahora mismo. Ya voy tarde. Cojo el café —sin desayuno, claro, porque ¿quién tiene tiempo para eso?— y salgo por la puerta.

Me he adentrado justo cinco pasos en la tienda cuando me estampo de frente contra Callahan.

Otra vez.

El café se me tambalea de forma peligrosa y está a punto de derramarse sobre él antes de que consiga estabilizarlo. El choque me deja sin aliento y su aroma —fresco, masculino— me invade al instante y me desboca el corazón.

Me agarra los brazos con las manos para que no pierda el equilibrio y, durante un segundo, juraría que aprieta aún con más fuerza. Intento no pensar en lo mucho que me gusta sentirlas en mi cuerpo. En lo grandes y fuertes que tiene los dedos. En la sensación que me provocarían al dilat…

¡No!

Me aparto, aturdida, y lo fulmino con la mirada, como si de algún modo todo esto fuera culpa suya. Me noto las mejillas calientes y espero que lo atribuya a que estoy avergonzada.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así todo el rato —dice con aire divertido.

Resoplo y me aliso la chaqueta con una mano.

—Tenemos que dejar de bloquear las puertas todo el rato.

Arquea una ceja.

—¿Bloqueo las puertas?

—Sí —digo con el ceño fruncido—. No haces más que interrumpirme el paso. Empiezo a pensar que lo haces a propósito.

Se le dibuja una curva sutil en la boca.

—A lo mejor eres tú la que no hace más que toparse conmigo. Y empiezo a pensar que lo haces a propósito.

Pongo cara de hastío, pero no le replico, porque veo que inclina un poco la cabeza y me escudriña el rostro. Los mismos ojos de un verde imposible que con tanto realismo me imaginé anoche me estudian de tal manera que me entran ganas de retorcerme.

—Tienes pinta de estar cansada.

Me quedo paralizada.

Porque ¿cómo es posible que siempre parezca saberlo todo? Me acerco el café al pecho, como si así pudiera protegerme de su capacidad de observación.

—Vaya. Gracias. Eso es justo lo que toda mujer desea oír a primera hora de la mañana.

No le hace gracia.

—¿Has desayunado?

Bebo un sorbo de café.

—Este es mi desayuno.

Suelta un bufido.

—Ya lo hablamos ayer: el café no es comida.

Juro que, si me dieran un dólar por cada vez que me ha dicho eso, tendría dos, pero, aun así… Su preocupación es tan frustrante como extrañamente conmovedora.

—Mira, estoy bien —digo, harta ya de la conversación—. ¿Tienes algo que decirme o es que vamos a jugar a «Intervención: Edición desayuno» todas las mañanas?

Percibo un leve cambio en su expresión y no necesito más para saber que no he conseguido librarme de él.

—Tenemos que repasar el informe de seguridad —dice, pasando de un tema a otro con demasiada fluidez—. Tengo una memoria completa de nuestro plan para la temporada alta e incluye personal extra y procedimientos de respuesta a emergencias.

Asiento a la vez que intento recuperar la concentración. Vale. La seguridad. El motivo por el que está aquí. La única razón por la que interactuamos. Pero mi cerebro no coopera. Porque ahora, cuando habla, solo puedo pensar en ayer por la noche. En que me corrí con la vívida imagen de él inmovilizándome contra la mesa de reuniones. Aprieto el café con más fuerza y los nudillos se me ponen blancos.

No. No. No.

—Pareces distraída —dice mientras me mira con intensidad.

«Uf, no sabes bien cuánto».

Carraspeo, luchando contra el calor que me sube por el cuello.

—No. Estoy bien. Solo… estaba pensando en la agenda de hoy.

Tengo que acabar con esta conversación antes de que mi cerebro me traicione aún más. Por suerte, tengo una excusa real. Una razón legítima para evitar quedarme a solas con él.

—No puedo reunirme contigo para revisar el informe completo esta mañana —digo enseguida—. Va a venir un vip muy importante

que ya nos ha dado problemas antes. Tengo que estar disponible.

Ladea la cabeza.

—¿Un vip muy importante?

Asiento con la cabeza mientras saco la agenda.

—Sí. En plan… muy importante.

Me mira como si no lo entendiera.

—Entonces… ¿es una persona muy importante muy importante?

Guardo silencio un instante.

—Cállate.

No sonríe, pero parece que le ha hecho gracia su propio chiste.

Entre dientes, farfullo algo, como si me arrepintiera de haberle dirigido siquiera la palabra.

—Relájate —dice, como si mi incomodidad le resultara casi divertida—. En ese caso, podemos ver las imágenes de las cámaras de seguridad desde tu despacho.

—Bueno, en realidad no hace falta…

—No supone ningún problema —continúa, como si no acabara de intentar ponerle freno—. Es mejor que vigilar en la tienda, con tantas distracciones.

Busco una excusa a toda prisa.

—De verdad, no es necesario…

—Es lo más lógico —dice con voz firme—. Te acompaño.

Me quedo mirándolo. Ahora ya no hay salida. Y eso significa que estoy a punto de encerrarme a solas con él en mi despacho.

Con un escritorio.

Un escritorio muy robusto.

Y los escritorios son muy parecidos a las mesas.

Tengo que parar.

Esbozo una sonrisa forzada y me encamino hacia mi despacho.

—Genial. Pues vamos a ello.

Avanzo a toda prisa con la esperanza de que no se dé cuenta de que estoy haciendo todo lo posible por aumentar la distancia que nos separa. No sirve de nada, porque él me sigue dando zancadas largas y constantes, tan tranquilo, moviéndose como si todo este puñetero espacio fuera suyo. Su presencia llena el pasillo de tal manera que parece más pequeño.

Me digo que no debo mirar. Pero, por supuesto, miro. ¿Cómo no voy a mirarlo? Camina con una energía tranquila e imponente, como un hombre que, más allá de estar en una habitación, la domina. Se ha remangado lo justo para que me resulte un problema, porque le veo los antebrazos: bronceados, fuertes, cubiertos de músculos. Y los bordes de los tatuajes, la tinta que le trepa por la piel y le asoma bajo la tela de la camisa impecable.

Nunca se los he visto enteros; suele llevarlos tapados, ocultos, como si solo ciertas personas estuvieran destinadas a conocerlos.

Y ahora… Ahora quiero ser una de esas personas.

Trago saliva con dificultad y miro hacia delante. Trato de no pensar en lo de ayer. Ni en que es posible que esta noche me corra de nuevo.

Pensando en sus manos ásperas y firmes sobre mí.

Imaginando que tira todo lo que hay encima de mi escritorio y me inclina sobre él.

Fantaseando con el tono que debe de adquirir su voz cuando pierde el control.

Madre mía.

Tengo que parar. Tengo que parar de verdad.

15

ÉL LA CONSIDERA UN PROYECTO, YO LO CONSIDERO UN CADÁVER

Cal

Izzy está tensa.

Se lo noto en la rigidez de los hombros, en que aprieta el paso, como si intentara escapar de algo.

Aunque quizá esté tratando de huir de mí.

¿Por lo de anoche?

¿Fui demasiado lejos con Caleb?

La conversación fue divertida. Parecía interesada. Los mensajes que intercambiamos fueron volviéndose cada vez más íntimos, sus respuestas eran entusiastas, desinhibidas. Pero ahora ni siquiera me mira a la cara.

A lo mejor la malinterpreté.

O quizá esto no tenga nada que ver conmigo.

Tal vez sea por Evan.

No me extrañaría que hubiera hecho otra gilipollez antes de las nueve de la mañana. Otro comentario sobre su cuerpo, otra crítica disfrazada de preocupación.

Tendría lógica. Hay hombres que se despiertan y eligen el café. Seguro que Evan se despierta y elige minar la confianza de Izzy.

Odio no saberlo.

Me fijo en que gira un poco la cabeza, lo justo para mirarme de soslayo. Es un movimiento sutil, casi imperceptible, pero lo detecto. Vuelve los ojos un instante hacia mí antes de clavarlos de nuevo en el pasillo que tiene delante.

Es como si intentara echarme una ojeada con disimulo.

Tomarle el pelo se está convirtiendo en mi pasatiempo favorito. Me encanta ver lo nerviosa que se pone, cómo se le sonrojan las mejillas, cómo se le atoran las palabras, el ligero tartamudeo que le entrecorta la voz cuando la pillo desprevenida.

Pero me da la sensación de que hoy ya está descolocada.

Esta vez la dejo salirse con la suya.

Cuando llegamos a su despacho, entra delante de mí y se sienta de inmediato a su escritorio, como si necesitara una barrera entre nosotros. Su espacio es meticuloso: carpetas organizadas por colores, cuadernos ordenados con precisión y una pizarra llena de lo que parecen proyecciones de inventario. Hay un montón de notas adhesivas alineadas en un borde de la pantalla de su ordenador, todas ellas escritas con una letra pulcra y clara.

Abro la retransmisión de las cámaras de seguridad y, cuando me acomodo en una silla a su lado, me echo hacia delante para ver mejor. La pantalla cobra vida y muestra múltiples ángulos del espacio de la tienda.

Y es entonces cuando lo noto: su perfume.

Joder.

Es suave, con toques de vainilla y coco. Femenino. Adictivo. El tipo de fragancia que no solo perdura, sino que también te persigue.

Me encanta.

No es fuerte, no es un olor que entre en la habitación antes que ella. Es sutil, personal, un aroma que solo notarías estando muy cerca.

Como yo.

Me permito disfrutarlo, inhalarlo, grabármelo a fuego en la memoria.

Entonces ella aparta su silla de la mía.

Me quedo inmóvil.

No es mucho. Es solo un ligero desplazamiento, apenas perceptible. Las ruedas se deslizan con suavidad sobre la alfombra mientras Izzy aumenta la distancia que nos separa en un par de centímetros.

Pero yo sí lo percibo.

Inhalo despacio y suelto el aire. Devuelvo mi atención a la pantalla, al trabajo que nos ocupa.

—¿Quién es el vip? —pregunto al mismo tiempo que la observo con atención.

Exhala y se frota las sienes con los dedos.

—Un inversor de la ciudad, un pez gordo. Hace aquí todas sus compras, sin excepción, así que la dirección lo trata como a un rey.

Capto un tono de agotamiento en su voz, como si hubiera pasado demasiadas veces por esta rutina.

Me fijo bien en su expresión.

—¿Y?

Esboza una sonrisa pequeña y cansada.

—Resulta que también es accionista de la cadena, y eso significa que se cree que los empleados le pertenecen. Así que los trata como si fuera su dueño. Intentamos que trabaje solo con dependientes masculinos —continúa—, porque con las mujeres se pone muy tocón. Pero esa técnica a veces no nos funciona, como pasó con aquel otro vip.

Me aprieto la rodilla y me clavo las uñas a través de la tela de los pantalones.

—No deberían tolerar a ese tipo de gente.

Izzy deja escapar una carcajada vacía.

—Estoy de acuerdo. Pero, a menos que haga algo evidente, no podemos tomar ningún tipo de medida. Y es demasiado listo para caer en eso.

No me gusta la naturalidad con la que lo dice.

Como si no fuera más que otra de las muchas cosas con las que tiene que lidiar.

Como si ya se hubiera resignado. Como si gestionar a hombres que se creen con derecho a tocar a quien les apetezca fuera un requisito normal de su puesto de trabajo.

Miro el monitor y veo a un tipo —alrededor de cincuenta y cinco años, pelo engominado y peinado hacia atrás, traje a medida— entrando con parsimonia en una de las salas de compras personalizadas. Su postura transmite superioridad, apenas presta atención a los dependientes que lo reciben.

—¿Nombre?

—Grant Monroe. —Izzy suspira—. Es dueño de una decena de propiedades importantes de la ciudad y cree que también es propietario de las mujeres.

Vuelvo a mirar el monitor.

Daniel se está encargando de atender a Monroe. El vip está recostado en el sillón con cara de aburrimiento. Lleva unos zapatos de cuero italiano que brillan bajo las luces empotradas y un reloj que reluce de forma ostentosa cada vez que mueve la muñeca como por casualidad.

Monroe es de los que esperan que los entretengan, de los que necesitan que el personal haga malabares por él. No es el primero de este tipo con el que me topo: hombres que miden su valía según el número de personas a las que son capaces de someter a su voluntad.

Daniel le habla y le muestra los percheros llenos de trajes, pero Monroe apenas le presta atención. Se dedica a pasear la mirada por la sala con un gesto de indiferencia.

Entonces algo cambia en su expresión.

Su aburrimiento se desvanece. Responde algo y Daniel vacila, con los hombros un poco tensos. Izzy suelta un gruñido y apoya la cabeza en las manos.

La miro.

—¿Qué?

Daniel toca algo en sus auriculares y los de Izzy empiezan a pitar.

Suspira y se los lleva a la oreja.

—Voy enseguida.

Me recuesto contra el respaldo con los dientes ya apretados.

—¿Qué quiere?

—Insiste en que necesita a la gerente de la tienda.

Cómo no.

Echo la silla hacia atrás.

—Estupendo. En ese caso, te acompaño.

Las patas rozan la alfombra cuando me levanto con la decisión tomada.

Ella duda.

—No sé si es buena idea.

—¿Por qué?

Exhala.

—Es accionista. Tiene muchos amigos en los puestos de dirección. Si me muestro demasiado agresiva, podría costarme el trabajo.

No me gusta esa respuesta.

No me gusta que tenga que hacer política con hombres como este. Que tenga que sonreír y comportarse de manera profesional con una persona que no merece ni la cortesía más básica.

Me paso la lengua por los dientes mientras me obligo a calmarme.

—No quiero causarte problemas.

Sonríe, tímida y agradecida.

—Lo sé.

—Pero no andaré lejos —añado con voz firme—. Estaré en la zona de empleados viendo las imágenes. Si me necesitas o las cosas se complican, solo tienes que decir mi nombre.

Asiente, exhala y luego se endereza, como preparándose para lo que le espera. Observo cómo se transforma ante mis ojos: hombros hacia atrás, barbilla levantada, una expresión de eficiencia profesional muy ensayada.

Antes de salir, recoloca la pila de informes que descansa sobre su escritorio. Echo un vistazo a lo que parecen ser unas proyecciones de ventas con notas manuscritas en los márgenes. Las cifras son precisas, detalladas, contienen análisis de tendencias que parecen

más propios de un contable que de una gerente de tienda. Es evidente que ha hecho un seguimiento meticuloso de los números, que ha correlacionado datos en los que la mayoría de la gente ni siquiera había reparado.

—¿Todo esto lo haces tú? —pregunto mientras los señalo.

Ella les echa un vistazo y a continuación se encoge de hombros, como si no fuera nada.

—Las previsiones de la empresa siempre están equivocadas. No tienen en cuenta las tendencias locales ni las preferencias de los clientes habituales, así que me encargo personalmente del seguimiento.

Arqueo una ceja, impresionado a pesar de mí mismo.

—Parece muy exhaustivo.

—Tiene que serlo —dice. No se lo ha tomado como un cumplido—. El último trimestre superamos a todas las demás tiendas de la región en casi un cuarenta por ciento porque ajusté el inventario basándome en mis propias previsiones en lugar de en el modelo de la empresa.

Recorremos juntos el pasillo de empleados. Me doy cuenta de que varios miembros del personal se detienen para hacerle preguntas rápidas al pasar. Aceptan su autoridad de una forma natural, no hay ni rastro de ese respeto artificial que los empleados les muestran a unos jefes a los que en realidad no admiran. Da la sensación de que valoran mucho su opinión, y ella responde a todas las dudas con una confianza resuelta que no concuerda con cómo se comporta con Evan.

Abro la transmisión de las cámaras de seguridad en el móvil para seguir lo que ocurre dentro de la sala de compras personalizadas. La

pantalla brillante muestra múltiples ángulos, todos bastante nítidos y claros, así que se aprecian las expresiones faciales y el lenguaje corporal.

Izzy se inclina hacia mí para echar una ojeada.

Me roza un brazo con el pecho y me agarroto por completo. La suave presión me provoca una sacudida inesperada.

Luego, como si no bastara con ello, me pone una mano en el antebrazo. A través de la tela de la camisa, noto que tiene los dedos calientes.

Madre mía.

Contengo la respiración, lucho contra todos y cada uno de los impulsos de mi cuerpo. Me hierve la sangre, que se convierte en un torrente de calor imposible de pasar por alto.

Izzy se percata de que me he puesto rígido. Solo espero que no se dé cuenta de lo durísima que se me está poniendo la polla en este mismo momento. La reacción es inmediata e intensa.

Se aparta.

—Ay, mi madre, perdona —dice con las mejillas sonrosadas—. Es que… no sabía que podías ver las cámaras en el móvil.

Me obligo a respirar. Luego le dedico una sonrisa lenta.

—Sí, claro que sí.

Hace un gesto de asentimiento, carraspea y mira a cualquier parte con tal de no mirarme a mí.

—Supongo que siempre estás vigilando.

Ladeo la cabeza. Sonrío un poco más.

—Sí, claro que sí.

Suelta una bocanada de aire, se endereza de nuevo y entra en la tienda.

Me centro en las imágenes. Al principio todo parece ir bien. Izzy hace lo que mejor se le da: suaviza el ambiente, maneja la situación, mantiene la profesionalidad.

Saluda al vip, escucha sus insignificantes preocupaciones y asiente en todos los momentos adecuados. Pero también me doy cuenta de otra cosa: con mucho tacto, lo está dirigiendo hacia varios artículos que resulta obvio que ha seleccionado de antemano. Incluso a través de las cámaras veo que se interpone con sutileza entre Monroe y el personal para crear una defensa. Está protegiendo a su gente sin dejar de hacer su trabajo en ningún momento.

Me fuerzo a relajarme. A lo mejor todo va…

No.

Por supuesto que no.

Porque entonces ocurre. Qué bien lo hace, el muy cabrón.

Se coloca en el lugar perfecto. La mano en el aire detrás de ella. El pie en diagonal delante. Un accidente perfectamente coreografiado.

Izzy retrocede y choca de lleno contra la mano preparada de Monroe.

Me paralizo por completo.

Él le agarra el culo y la suelta antes de que nadie alcance a verlo.

Pero yo sí lo he visto.

El nivel de autocontrol que me requiere permanecer inmóvil es inhumano. Me clavo los dedos en la palma de la mano y el cuerpo entero me tiembla de rabia.

Monroe ladea la cabeza y pone su mejor cara de «ay, mecachis, ha sido sin querer».

Izzy no reacciona. Al menos no de forma aparente. Continúa como si nada. Como si no acabaran de meterle mano a plena luz del día en su puta tienda.

Aprieto los puños.

Le he dado mi palabra.

No iba a causarle problemas.

Iba a esperar.

Sabe que solo tiene que decir mi nombre para que me presente allí.

Me obligo a respirar. A no moverme. Y entonces entra alguien más en escena.

Frunzo el ceño. El tipo me suena de algo. Y en ese momento mi cerebro lo identifica.

Evan.

Venga ya, no me jodas.

Entra en la habitación rebosante de confianza y arrogancia, como si fuera alguien en quien merece la pena fijarse. Tardo unos tres segundos en descifrarlo. Por cómo se comporta. Por su afán de hablar demasiado alto, de sonreír en exceso. Por el trasfondo de desesperación que intenta ocultar con su seguridad, como si buscara constantemente la aprobación de los demás.

Es de manual.

Baja autoestima.

Así que se busca una mujer que debería saber que está muy por encima de él en todos los aspectos y, en lugar de reforzarla, la hunde, la hace dudar de sí misma, le mina la confianza. Y todo para sentirse grande en comparación con ella. Un clásico de los hombres inseguros de todo el mundo.

Rechino los dientes mientras lo observo.

Monroe se alegra al ver a Evan.

Se estrechan la mano y se dan palmadas en el hombro.

Ah.

Así que se conocen. Son todo sonrisas y falsa camaradería, dos hombres que se tienen a sí mismos en mucha estima, demasiada.

No se podía saber.

Pero ¿qué es lo que más me llama la atención?

Que Evan ni siquiera mira a Izzy.

No la saluda.

No repara en su presencia.

Se limita a entrar, darle la mano a su amigote y ponerse a charlar como si ella fuera un mueble. Como si ni siquiera mereciera la consideración más básica por parte del hombre que se supone que debe cuidarla.

Porque así es él.

Un capullo tan mediocre que tiene que hacer de menos a una mujer como Izzy para sentirse grande.

Toman asiento en uno de los sofás y se ríen y beben alguna mierda carísima que Monroe debe de haberle pedido a Daniel. Las copas de cristal reflejan la luz mientras ellos hablan y gesticulan animadamente sobre cualquier cosa.

¿E Izzy?

Ella sigue ahí de pie.

Incómoda, esperando, observando, sin tener claro si quedarse o marcharse. Percibo la tensión en su postura, en la forma en que cambia el peso de pie.

Espera a que se produzca un momento de calma en la conversación e intenta escapar.

Activo el audio y me ajusto los auriculares. Tengo que oír lo que dicen. El sonido de la retransmisión cobra vida con un crujido, las voces se oyen con claridad a pesar del ruido de fondo de la tienda.

—Bueno —dice, tan educada como siempre—, mientras se ponen al día, avísennos a Daniel o a mí si les hace falta…

Evan la interrumpe.

—No, espera —dice al mismo tiempo que le hace señas para que se acerque—, he venido a recogerte para ir a comer.

Ella lo mira con perplejidad.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Voy a llevarte a tu primera cita con el dietista.

Izzy se queda de piedra.

Se le pone la cara colorada.

Justo ahí.

Delante de Monroe.

Delante de Daniel.

Delante de las puñeteras cámaras de seguridad.

¿Qué cojones es esto?

Evan no se detiene ahí.

No, por supuesto que no.

Se vuelve hacia Monroe, pasando por completo de Izzy, actuando como si ella ni siquiera estuviera allí.

—Por fin va a empezar a cuidar su salud en serio —dice, y parece que esté hablando de un adorable proyectillo de cambio de imagen —. Le he concertado una cita con un dietista, hoy es la primera sesión.

Izzy se tensa.

Incluso desde aquí noto cómo cambia sutilmente su postura: se encoge hacia dentro, se lleva las manos a los lados de manera inconsciente, como si intentara hacerse más pequeña. En este momento reconozco un patrón, el mismo que he observado cada vez que habla de su peso. La gerente segura de sí misma que acaba de superar a todas las demás tiendas en un cuarenta por ciento desaparece, sustituida por una mujer a la que le han dicho una y otra vez que ocupa demasiado espacio.

Evan no se da cuenta.

O quizá sí, pero le da igual.

—Le falta poco para conseguirlo, como es obvio —añade entre risas, como si se tratara de una broma privada—. Pero, bueno, un poquito de trabajo, unos cuantos ajustes aquí y allá, y estará en una forma increíble. Espera y verás.

Se me nubla la vista.

¿Ajustes?

¿Un poquito de trabajo?

¿Se cree que es un puñetero coche que va a llevar al taller?

Monroe se ríe.

Y luego dice algo que hace que pierda la visión del todo.

—Hice algo similar con mi mujer —suelta mientras remueve su copa—. Pero, ten cuidado, Izzy tiene un culazo estupendo. No creo que quieras dejar de tener donde agarrarte. Ya me entiendes.

Le pego un puñetazo a la pared de hormigón que tengo al lado y un eco profundo retumba por el pasillo estrecho.

Juro que lo siento ceder. Una pequeña marca, puede que solo sea polvo acumulado alrededor de los nudillos, pero basta para saber

que he golpeado con fuerza.

Con tanta fuerza que me palpita el brazo.

Con tanta fuerza que consigo recordar que todavía mantengo el control.

A duras penas.

Izzy no se mueve.

Se queda ahí plantada.

Paralizada.

Escuchando a esos hombres patéticos hablar de ella como si fuera una puñetera inversión.

Algo que debe mantenerse, recortarse, remodelarse.

Esto es demasiado.

Y cuando digo demasiado es demasiado.

Le he dado mi palabra.

Pero a tomar por culo todo.

Porque ¿qué hay de su honor?

Tengo la mano en la puerta.

Estoy a punto de entrar en la tienda cuando oigo la voz de Izzy a través de los auriculares.

—Lo siento mucho —dice en un tono de lo más neutral—. Me encantaría asistir a la cita, pero tengo una reunión con Callahan, tenemos que revisar los planes del departamento de seguridad para la temporada de Navidad. Habrá que dejarlo para otra ocasión.

Siento una opresión en el pecho.

No solo porque ha dicho mi nombre, sino por la forma en la que lo ha dicho.

Como si pudiera usarlo a su antojo. Como si supiera que significa algo.

Como si confiara en que acudiré al instante.

El pulso se me acelera, algo posesivo me invade el estómago.

Me ha llamado.

Me ha elegido.

Y ya me estoy moviendo.

Estoy junto a ella antes de que su novio procese siquiera lo que acaba de decir. Evan abre la boca y empieza a protestar.

—Izzy, eres la gerente. Puedes cambiar la fecha. Faltan meses para las fiestas…

Entonces me ve.

Y se queda callado.

Porque los dos sabemos quién ganaría en una pelea.

Lo miro de hito en hito, en silencio, sin titubear.

Sé qué aspecto tengo.

Doy miedo a los tipos como él, a los que ni siquiera son capaces de levantar su propio peso corporal.

Lo compensará con palabrería arrogante y relojes caros, pero, en definitiva…

Se siente intimidado.

Y lo sabe.

Los miro a ambos por turnos y luego, con una voz tranquila y firme que no deja traslucir nada, digo:

—Disculpen, caballeros, pero tengo que robársela.

Dejo la frase flotando en el aire y añado:

—Para nuestra reunión de seguridad.

Ella les dedica a ambos una sonrisa perfectamente falsa.

Antes de que Evan pronuncie una sola palabra más, le pongo la mano a Izzy en la parte baja de la espalda y la guio hacia la zona de

empleados.

Aún los oigo hablando a nuestras espaldas.

Aún oigo las risas de Monroe.

Aún oigo a Evan murmurar entre dientes.

Pero me da igual.

Porque ahora ella es mía.

16

¿ACABAMOS DE ESTABLECER UN VÍNCULO TRAUMÁTICO?

Izzy

Tengo la mano de Callahan en la parte baja de la espalda. La presión es ligera pero firme: una silenciosa manera de reclamarme que es imposible que le haya pasado inadvertida a ninguno de los presentes. Noto el calor que irradia su palma a través de la fina tela de la blusa. Les dice a Evan y Monroe que tiene que robarme.

«Robarme».

Como si yo fuera algo valioso.

Algo que vale la pena llevarse.

Algo que pertenece a otro lugar, a otra persona.

Me aleja de ellos con zancadas mesuradas, sin prisas. Sin apurarme, sin tirar de mí, solo guiándome con una confianza tranquila que le resulta tan natural como respirar.

Como si les estuviera dando unos instantes para asimilarlo.

Para que vean que me voy con él.

Para que Evan comprenda todo lo que ha hecho.

Odio darme cuenta de que su tacto me arde a través de la tela, odio ser tan consciente de todos y cada uno de los centímetros

cuadrados que me roza a través de la blusa. Odio que me haga sentir un cosquilleo en la columna vertebral, que me inspire seguridad en un momento en el que me siento absolutamente humillada por lo que acaba de ocurrir. Tengo tal conflicto de emociones que me da vueltas la cabeza: la vergüenza por la escena con Evan y Monroe libra una batalla con el extraño consuelo de la presencia protectora de Cal.

El suave golpeteo de mis tacones contra el suelo me retumba con demasiada fuerza en los oídos mientras avanzamos y el murmullo de la conversación se desvanece detrás de nosotros. Los pasos de Cal son resueltos; su postura, rígida pero controlada; su presencia a mi lado, un muro sólido que se interpone entre mí y todo lo demás.

La puerta de la zona vip se cierra a nuestras espaldas con un clic suave que, sin embargo, me atruena y me rompe algo por dentro. No tanto como para que se note. Todavía no. Pero sí lo justo para que empiece a sentir el escozor de las lágrimas en los ojos, la presión que se me acumula en el pecho, la tensión en la garganta debido al esfuerzo que me supone contenerlo todo. De repente, el aire del pasillo me parece demasiado escaso, demasiado cálido, insuficiente para llenarme los pulmones como es debido.

Caminamos de regreso a mi despacho sumidos en el más absoluto silencio. El pasillo me parece más largo de lo habitual, la moqueta absorbe el ruido de nuestros pasos, el aire se espesa con las palabras que ninguno de los dos pronuncia.

Mantengo la cabeza gacha, me concentro en poner un pie delante del otro, en mantener el espejismo del autocontrol un poquito más. El pelo se me cae hacia la cara y crea una cortina entre el mundo y yo, entre él y yo. El conocido aroma de mi champú, a coco y vainilla,

me envuelve y me ofrece un pequeño consuelo mientras intento mantener la compostura.

Tengo el pulso desbocado, la garganta rígida y llena de lágrimas no derramadas. Evan nunca había hecho algo así. Se había pasado de la raya en otras ocasiones, pero nunca de esta forma.

Ha sido cruel, por supuesto. Despectivo. Manipulador. Sus comentarios acerca de mi cuerpo, mi peso, mi ropa… siempre habían llegado acompañados de una sonrisa, de un beso en la mejilla, de ese tono que dice que solo pretende ayudar. Que solo quiere que esté mejor. Siempre los había hecho en privado, envueltos en un halo de preocupación que hacía que me planteara si mi reacción no estaría siendo exagerada.

Nunca habían sido tan públicos, tan descarados. Nunca me había humillado delante de otras personas —en mi lugar de trabajo—, como si fuera un proyecto en el que está trabajando. Como si estuviera muy orgulloso de sí mismo por llevarme a «arreglar». Como si yo no fuera más que un anuncio del antes y el después de su gusto y su orientación, ambos excepcionales.

Aprieto los puños y me clavo las uñas en la palma de las manos para intentar mantener la entereza a pura fuerza de voluntad. El dolor se abre paso a través del caos; es algo que puedo controlar. Las marcas en forma de medialuna que me hago en la piel me amarran aquí, impiden que me hunda.

No llores. No delante de él. No delante de Callahan.

Noto su presencia junto a mí, la calidez que irradia su cuerpo a pesar de que ya ni siquiera nos estamos tocando. Su energía siempre me parece enorme, como si lo tuviera todo completamente controlado. Ocupa un espacio que no es solo físico —aunque bien

sabe Dios que su complexión es más que imponente—, sino que hay algo más, algo intangible, que hace que el aire que lo rodea dé la sensación de estar cargado de electricidad.

Y yo ahora mismo me siento justo al contrario: pequeña, menospreciada, rota en pedazos que intento mantener unidos a la desesperada.

Llegamos a mi despacho y entro sin esperar; me encamino a toda prisa hacia mi escritorio, ávida de espacio. Clavo la mirada en la pila de informes de inventario que estaba analizando antes de la visita de Monroe.

Con un gesto automático, organizo los papeles en un rectángulo perfecto, un hábito adquirido tras años de organizar datos para conferirle sentido a un mundo caótico. Incluso ahora, con las emociones a punto de desbordárseme, muevo las manos con precisión estudiada para alinear los bordes, alisar las esquinas y crear orden allá donde puedo, porque todo lo demás parece escapar por completo a mi control. El crujido de los papeles llena el silencio y me da algo en lo que concentrarme, además de en el hombre que tengo detrás.

—Estoy bien —digo, aunque él no me lo ha preguntado.

El tono de mi voz es plano, vacío, mecánico. Las palabras parecen ensayadas porque es así. ¿Cuántas veces las he pronunciado antes? ¿Cuántas veces he fingido estar bien cuando no lo estaba? La frase está desgastada debido al uso excesivo, es un canto rodado que llevo en el bolsillo desde hace años.

No miro a Callahan.

No puedo.

Si lo hago, podría derrumbarme por completo.

—Gracias —añado, aún con la cabeza gacha, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas que amenazan con derramarse. Empiezo a ver borroso por los bordes, los colores de mis hojas de cálculo se mezclan—. Pero tengo que ponerme a trabajar de nuevo.

Espero con las manos aún apoyadas en los papeles y el cuerpo tenso. El tictac del reloj de la pared marca cada segundo con un ruido ensordecedor en mi silencioso despacho.

Espero a oír que se marcha. A oír que la puerta se abre y se cierra con un clic. Al momento en el que por fin pueda liberarme, dejar de contenerme con tanto esfuerzo.

Por fin oigo que se cierra detrás de él.

El alivio comienza a florecer…, hasta que percibo el ruido del pestillo.

Es un sonido deliberado. Inconfundible. El metal encaja en el cerradero con una rotundidad que me deja sin aliento. El corazón se me para, arranca a trompicones y luego se acelera para recuperar los latidos perdidos.

Callahan no se va. Se queda. A propósito. Y, de pronto, todo lo que he estado conteniendo se desata de golpe.

La presa se rompe. Así, sin más.

Las lágrimas brotan, calientes e implacables, y me resbalan por las mejillas antes de que pueda detenerlas. Lo intento. Lo intento con todas mis fuerzas. Pero ahora ya no sirve de nada. La presión es demasiado fuerte.

Cal sigue ahí, de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, callado, sólido y totalmente inamovible. El roble macizo lo enmarca como si fuera una especie de centinela; su presencia es imponente, firme e imposible de pasar por alto.

Me observa, pero no como la mayoría de la gente: con curiosidad, con cautela o fingiendo que ni siquiera me están mirando. No. Me observa como si lo supiera. Como si ya hubiera trazado el mapa de la línea de fractura que me atraviesa y solo estuviera esperando el momento en el que por fin me derrumbe.

Me doy la vuelta y me aprieto los ojos con los dedos, como si, por alguna razón, eso fuera a detener el torrente. Como si todavía pudiera recuperar algo de dignidad. Pero las lágrimas me empapan los dedos al instante y emborronan el poco maquillaje que me había aplicado.

De pequeña, siempre me llamaban llorona. Mis hermanos se metían conmigo sin piedad cada vez que se me caían las lágrimas: Matteo empezaba a poner los ojos en blanco, Luca me decía que me las tragara y Nico me daba palmaditas incómodas en el hombro, como si estuviera deseando escapar. Mi madre decía que tenía que ser más dura, que el mundo no trataría bien a una chica que mostraba sus sentimientos de una forma tan abierta.

Sus voces me retumban ahora en la cabeza y me recuerdan todas las razones por las que debería haber mantenido la compostura.

Y Evan…

Evan dice que lloro demasiado. Que es un comportamiento manipulativo. Que es agotador tener que lidiar con ello. Que uso las lágrimas para salirme con la mía cuando no tengo argumentos reales. Que nadie quiere estar con una mujer que no es capaz de controlar sus emociones.

A lo mejor tiene razón.

A lo mejor soy patética.

A lo mejor por eso cree que necesito que me arreglen.

Y, aun así, aquí estoy. Desmoronándome delante de Callahan. La última persona que quiero que me vea así.

Y ni siquiera aparta la mirada.

Me sorbo la nariz con fuerza y me seco con furia las lágrimas, que no paran de brotar a pesar de mis ingentes esfuerzos. Pero entonces siento su presencia detrás de mí, más cerca, aunque no lo he oído moverse. Él es así, capaz de esa quietud, de ese silencio, pese a su tamaño. El aire cambia cuando se aproxima, impregnado de su aroma, de su calor.

Y entonces me dice con suavidad:

—No has hecho nada malo.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, todavía tapándome el rostro con las manos, aún con los hombros echados hacia delante, como si intentara hacerme más pequeña, menos visible.

Aprieto los ojos con fuerza y derramo más lágrimas a pesar de que intento contenerlas. Me recorren las mejillas con su calor y me gotean sobre el cuello.

Porque eso ya lo sé. A nivel intelectual, racional, ya lo sé. Pero oírselo decir… Oír el tono de seguridad de sus palabras… Me provoca un malestar extraño en el pecho, una mezcla de alivio y dolor. Alivio porque alguien más ve que no estoy loca por sentirme herida. Dolor porque reconocer lo que ha pasado significa enfrentarme a verdades que llevo demasiado tiempo evitando. Significa admitir que mi relación con Evan no es lo que me he convencido de que era.

Me froto las mejillas para tratar de recuperar algún tipo de apariencia de serenidad.

—Estoy bien.

No estoy bien.

Y creo que él lo sabe.

Pero lo digo de todos modos.

Porque tengo que decirlo.

Porque es lo que siempre digo.

Porque, si finjo lo suficiente, tal vez se convierta en realidad. Tal vez logre convencerme a mí misma con la misma facilidad con la que he intentado convencer a todos los demás.

Habla con voz tranquila pero firme:

—Son los dos unos gilipollas. Hombres que creen que pueden hacer lo que quieran sin tener que asumir nunca las consecuencias.

Me vuelvo hacia él —con los ojos aún húmedos, las mejillas sonrojadas a causa de la emoción, la voz aún temblorosa por el esfuerzo de controlarla— y le digo:

—Uno de esos gilipollas es mi novio.

Su expresión no cambia al instante.

Pero lo veo: el momento en el que lo entiende. Exhala por la nariz y sacude ligeramente la cabeza, como si estuviera decepcionado, pero no sorprendido. Su sutil cambio de postura lo dice todo.

—Lamento que digas eso —contesta, tranquilo y sereno—. Te mereces algo mejor.

Me río, un sonido breve y amargo que se me atasca en la garganta. Porque ¿qué se supone que debo hacer si no? ¿Qué se supone que debo responder a algo así? ¿«Gracias»? ¿«Lo sé»? ¿«Te equivocas»? Las palabras son sencillas, pero atraviesan las murallas que he construido alrededor de mi relación.

Y entonces todo sale de golpe, se me escapa como el agua a través de una presa rota. Las compuertas se han abierto y no puedo detener el chorro.

—Es que… sé que debería dejarlo —digo con la voz quebrada por la tensión de soltarlo al fin en voz alta—. Sé que la relación va mal. Sé que Evan me trata como a una mierda. Sé que debería estar furiosa con él por lo que ha hecho hoy. Pero… —Me interrumpo, niego con la cabeza y levanto las manos en un gesto de impotencia —. No sé qué más hacer.

Callahan sigue callado. No intenta arreglarlo. No intenta llenar el silencio con palabras vacías o soluciones fáciles. No me dice qué hacer ni cómo sentirme.

Se limita a escucharme.

Y, por algún motivo, eso hace que las palabras salgan más rápido, que me entren ganas de contárselo todo, como sajar una herida para liberar el veneno. El alivio de poder expresar al fin estos pensamientos en voz alta es como respirar hondo después de toda una vida sin aire.

—Antes no era así —digo con la voz cargada de emoción—. O quizá sí y yo no quise darme cuenta. Ya no lo sé. Antes al menos… fingía que se preocupaba por mí. Ahora es como si fuera un… un proyecto. Algo en lo que aún está trabajando. Algo que tiene que arreglar hasta que por fin sea lo bastante buena para él.

No me doy cuenta de lo cerca que está Callahan ahora.

O tal vez sí.

Puede que esa sea la razón de que siga hablando. Porque, si me detengo, si dejo que se haga el silencio, quizá tenga que pensar de verdad en lo que estoy diciendo. Quizá tenga que afrontar la realidad de mi relación, de mis decisiones, de la persona en la que me he convertido. Las palabras siguen fluyendo, llenando el espacio que nos separa.

Me humedezco los labios, exhalo con fuerza, siento que las emociones me obstruyen la garganta. Aún noto el sabor salado de las lágrimas en la lengua.

—Mi madre fue… fue muy dura conmigo cuando era pequeña —admito, y oigo lo descarnado y vulnerable que suena—. Por el peso y por mi aspecto. Criticaba mi dieta, hacía comentarios sobre lo mucho que comía o sobre si la ropa me quedaba distinta. La quiero mucho y sé que lo hacía con buena intención, pero siempre sentí que había una… una especie de expectativa, ¿sabes?

»Creo que, cuando empecé a salir con Evan, todavía estaba… —Me quedo callada un segundo; me río con amargura y me seco una lágrima nueva—. A ver, con veinticinco años todavía eres joven, ¿no? Yo creía que ya había madurado, pero no. Y, cuando él empezó a hacer lo mismo, a decir las mismas cosas sobre mi cuerpo, mi peso y lo que debería comer, no me pareció una señal de alarma.

Por fin lo miro a los ojos y, cuando me doy cuenta de que tiene hasta el último resquicio de su atención posado en mí, siento que se me tensa el pecho.

—Me encajó… sin más.

Trago saliva y parpadeo deprisa mientras rezo para que las lágrimas se queden donde están, para que dejen de traicionarme. Tengo un nudo en la garganta y me cuesta hablar, pero sigo adelante a pesar de todo.

—No me sorprendió. Ni siquiera lo vi como algo nuevo. Solo era otra persona diciéndome lo que todos los demás me decían siempre.

Desvío la mirada hacia el escritorio, donde hay un pequeño trofeo medio escondido detrás del monitor del ordenador: campeona regional de tiro con arco, tres años consecutivos. Una reliquia de

cuando tenía catorce años y disparaba mejor que cualquiera de mis hermanos; de cuando tenía confianza y no miedo; de cuando no me importaba ser guapa, estar delgada ni que me aceptaran. De antes de que empezara a importarme lo que los demás opinaban sobre mi cuerpo. La figura chapada en oro que descansa sobre la base de mármol refleja la luz, un recordatorio de una versión distinta de mí misma.

—Lo más ridículo es —continúo cuando vuelvo a encontrar la voz, esta vez más firme— que siempre he sido buena en ciertas cosas. Muy buena. Algunas son raras, sí, cosas peculiares que me enseñaron mis hermanos, pero también se me dan bien las importantes. Fui la mejor de mi promoción de Empresariales. Soy capaz de pronosticar las tendencias de ventas mejor que cualquier miembro del equipo de dirección. He creado un sistema de seguimiento que ha reducido nuestras pérdidas de inventario en un sesenta por ciento.

Señalo las hojas de cálculo que hay sobre mi escritorio, las anotaciones cuidadosas, los complejos cálculos que tan naturales me resultan. Las páginas están llenas de mi pulcra caligrafía, de números y proyecciones organizados en un sistema que solo yo entiendo del todo.

—Puedo decirte con exactitud qué artículos de la colección de primavera se agotarán primero y cuáles rebajaremos. Soy capaz de detectar un bolso falso desde el otro lado de la tienda. Y, sin embargo… —Niego con la cabeza y la frustración me tiñe la voz—. Sin embargo, nada de todo eso importa tanto como el hecho de que he engordado casi quince kilos a lo largo de los tres últimos años. —

Vuelvo a negar con la cabeza—. Pero, ahora, no sé… Siento que hay algo distinto. Yo me siento distinta. Y ni siquiera sé por qué.

Callahan aprieta la mandíbula y flexiona las manos a los lados, como si quisiera agarrar algo, golpear algo, arreglar algo. Tiene el cuerpo tenso, tirante, porque intenta controlar una ira que no va dirigida a mí, sino a la situación, a Evan, a la gente que ha hecho que me sienta así. Tiene los músculos de los antebrazos abultados de contenerse.

Y, por alguna razón, eso consigue hacerme sentir mejor.

Como si quizá no estuviera loca por darme cuenta al fin de que algo no va bien.

Como si quizá estuviera bien sentirme distinta.

Como si quizá tuviera permiso para cambiar.

No me había percatado de lo cerca que está Callahan ahora.

No hasta que me vuelvo y, de repente, está ahí, a solo unos centímetros. Su presencia llena el espacio que me rodea. Inhalo deprisa, pues la inesperada proximidad me provoca una sacudida. Su aroma me envuelve. Me fuerzo a soltar una risa débil y llorosa, la vergüenza me invade, ahora que he dicho tanto, que he revelado tanto de mí misma.

—Madre mía —digo mientras me froto la cara con las manos para intentar borrar las marcas de las lágrimas y recuperar algo de profesionalidad. Noto el metal frío de los anillos presionándome la piel caliente—. No sé por qué acabo de contarte todo eso. Es muy inapropiado. Lo… —Niego con la cabeza, abochornada—. Lo siento mucho —murmuro—. Seguro que no…

Pero él me interrumpe.

—No pasa nada —dice con firmeza y seguridad, con una voz grave que no deja lugar a discusiones.

Y su forma de decirlo, la templanza con la que me mira, tiene algo que me hace creerlo. Que me hace pensar que tal vez sea cierto que no pasa nada, que tal vez no me haya puesto en el más absoluto ridículo, que tal vez él no me tenga en menos por haberme derrumbado.

Dejo escapar un suspiro lento, inestable. Luego, medio riéndome, medio burlándome, vuelvo a negar con la cabeza.

—No pretendo parecer poco profesional —digo con la voz aún temblorosa y gesticulando de forma vaga con las manos—, pero la verdad es que es imposible que tú entiendas algo así. A ver, objetivamente, mírate. Seguro que se te lanzan mujeres guapísimas a todas horas.

Cambia de postura por completo.

Al principio, no lo noto.

Pero los hombros se le ponen rígidos bajo la camisa. Frunce el ceño y lo miro a los ojos, siempre intensos, que ahora se le oscurecen a causa de algo que no logro descifrar.

Y entonces, con una voz más grave que antes, más áspera, dice:

—Estuve comprometido una vez.

Eso capta mi atención. Es una revelación muy inesperada, muy personal, que no concuerda en absoluto con el comportamiento controlado y profesional que mantiene siempre. La confesión queda suspendida en el aire, cargada de un significado tácito.

Exhala por la nariz y se cruza de brazos, un gesto que parece más protector que relajado.

—Así que lo entiendo —dice—. Me han dejado de la que debe de ser la peor manera posible.

Sus palabras me llegan al corazón y se me rompe el alma. Porque Callahan es tan… él.

Seguro.

Imperturbable.

Intimidante por su competencia, por su control y por su simple presencia física. La idea de que lo hayan rechazado…

No tiene sentido.

No debería tenerlo.

Y, en cambio, aquí está, delante de mí, diciéndolo como si fuera otro hecho más de su vida. La vulnerabilidad de su confidencia me pilla por sorpresa, me hace verlo de otro modo.

Trago saliva y me preparo para lo que sea que venga a continuación. El corazón me late un poco más deprisa, expectante.

—¿Qué pasó? —pregunto en voz baja, casi temerosa de romper el momento, de adentrarme demasiado en un territorio que tal vez no le apetezca volver a visitar.

Ahora tiene la vista clavada en otro sitio, en algún lugar lejano que solo ve en el interior de su cabeza. Se le han desenfocado los ojos, mira hacia algo situado más allá de mí, más allá del despacho, recuerdos que yo no alcanzo a ver. De pronto, las arrugas que le rodean los ojos parecen más profundas, marcadas con un dolor antiguo.

—Me llegó una orden de despliegue. Sabíamos que sería difícil —continúa con la voz compuesta, calmada, como si estuviera recitando hechos en lugar de compartir algo tremendamente personal—. Pero decidimos que intentaríamos que funcionara. Me

gasté todos mis ahorros en un anillo. Incluido el bono de alistamiento. Luego me marché. Me fui a la guerra. Y, mientras estaba allí, ella me escribió una carta.

No me muevo.

Ni siquiera respiro.

Todo parece estar en suspenso, a la espera.

Exhala despacio, con mesura.

—Una carta de despedida. —Pronuncia las palabras en un tono plano, sin emoción.

Frunzo el ceño, como si hubiera demasiadas interpretaciones posibles.

—¿A qué te refieres con una carta de despedida?

Vuelve a mirarme y noto que tiene algo pesado detrás de los ojos, algo antiguo y doloroso que nunca ha terminado de sanar.

—A la típica carta que solían enviar las mujeres a su marido o su novio durante la guerra —dice con un control esmerado en la voz—. Una carta de ruptura. Para que, cuando el hombre volviera a casa, ya supiera que ella había pasado página.

Trago saliva con dificultad por culpa del nudo que se me forma en la garganta. De repente, el despacho me parece demasiado pequeño, demasiado íntimo para esta conversación.

No sé qué decir.

Cal emana oleadas de tensión y, cuando vuelve a hablar, lo hace más tranquilo, con más comedimiento, como si estuviera eligiendo todas las palabras con gran cuidado.

—En su carta me decía que había conocido a otra persona —dice —. Que nuestra relación había terminado.

Algo se me retuerce en el pecho, una punzada de compasión, de comprensión. Estar solo en una zona de guerra, enfrentándote a la muerte a diario, y recibir esa noticia… No puedo imaginar el sentimiento de dolor, de soledad, de traición. Es un acto de una crueldad que me resulta sobrecogedora.

—Pero, cuando volví —continúa, y la voz le titubea solo un instante—, descubrí que estaba embarazada. —Me mira y le veo algo feroz en los ojos, como si la verdad aún lo hiciera pedazos cada vez que la dice—. De trillizos —termina.

Esboza una sonrisa pequeña y triste.

—Así que, sí, está claro que ya estaba con él antes de que rompiéramos. Las fechas no cuadraban. Ya me había dejado atrás y había empezado una nueva vida con otra persona. Me había borrado de su historia antes de que yo me enterara siquiera de que el capítulo estaba llegando a su fin.

Niego con la cabeza, incapaz de dar con las palabras adecuadas.

—Callahan, lo siento mucho, muchísimo.

Él se limita a negar con la cabeza; rechaza mi compasión con un ligero encogimiento de hombros. El movimiento es despreocupado, pero no logra ocultar del todo el dolor persistente que esconde debajo.

—Fue hace tiempo —dice con la voz teñida de resignación—. Solo quería que te dieras cuenta de que no eres la única que ha pasado por una relación horrible.

No sé qué responder a eso.

Porque, de pronto, ya no me parece un simple desahogo.

No me parece que seamos un par de compañeros de trabajo que comparten sus traumas tras una experiencia difícil.

Me parece otra cosa. Algo más profundo, más personal.

Algo demasiado abierto, demasiado real, demasiado peligroso.

Algo a lo que no estoy preparada para enfrentarme, pues toda mi vida parece estar en equilibrio sobre el filo de una navaja; todavía estoy intentando averiguar qué quiero, quién soy y qué merezco.

Inhalo despacio. El corazón aún me late con fuerza contra las costillas, demasiado consciente de su proximidad. Noto la piel cargada de electricidad, hipersensible.

Y Callahan…

Él solo me mira.

Como si ya supiera en lo que estoy pensando.

Como si fuera capaz de leerme en la cara hasta el último de mis pensamientos, mis miedos y mis deseos.

Y es posible que eso sea lo más aterrador de todo.

El inesperado golpeteo en la puerta de mi despacho está a punto de pararme el corazón. Doy un respingo, con el cuerpo entero en alerta, y la intrusión rompe el momento. Los porrazos estruendosos retumban en la habitación y acaban con la tensión del ambiente. Durante una milésima de segundo pienso que es Evan. Pero luego lo recuerdo: él ni siquiera sabe dónde está mi despacho.

Entonces mi cerebro imagina posibilidades peores. Algún cliente enfadado, algún intruso, alguna amenaza que aún no consigo identificar. Una oleada de adrenalina me recorre de arriba abajo, se me acelera el corazón.

Desvío la mirada hacia Callahan, hacia sus hombros anchos y su postura firme, hacia la actitud con la que ya se ha vuelto hacia la puerta, desplazándose con sutileza para interponerse entre ella y yo. Todo su porte ha cambiado en un instante, está alerta y preparado.

Sí. No hay problema. Adelante.

Porque, a pesar de los golpes fuertes y frenéticos, a pesar de que no cabe duda de que hay alguien decidido a derribar mi puerta, estoy…

Extrañamente tranquila.

Porque me siento segura a su lado. Protegida. Como si diera igual lo que sea que haya detrás de esa puerta, como si no importara el desafío que me acarree, porque no tendré que enfrentarme a él yo sola.

En ese momento, a través de la puerta, oigo una voz conocida, aguda e indignada:

—¡IZZY, ABRE AHORA MISMO! ¡ESTOY DISPUESTA A COMETER UN ASESINATO EN TU NOMBRE!

Suelto una carcajada breve; la tensión se me disipa de los hombros y me inunda una sensación de alivio.

Callahan arquea una ceja con aire inquisitivo.

—Amanda —le explico mientras niego con la cabeza. Una sonrisa minúscula se me dibuja en los labios a pesar de todo—. Déjala entrar antes de que haga algo ilegal de verdad.

Mi cerebro ya está calculando cómo desactivar lo que sea que esté planeando Amanda. Solo a lo largo del último año, la he convencido de abandonar cinco estrategias de venganza potencialmente ilegales utilizando las mismas habilidades de gestión de crisis que me ayudan a bregar con la política corporativa. Cuando tu mejor amiga va por la vida sin filtro y controla todavía menos sus impulsos, desarrollas ciertas habilidades, como saber con exactitud cuándo distraerla, cuándo razonar con ella y cuándo limitarte a esconder los objetos afilados.

Callahan se acerca a la puerta y la abre con un movimiento suave. Entonces Amanda irrumpe como si la hubiera estado golpeando con un ariete: la melena rubia al viento, los ojos rebosantes de furia justiciera.

—Me he enterado de lo que ha pasado —dice con la mirada ardiente, las manos en las caderas y toda ella vibrando de rabia contenida a duras penas—. Y estoy más que dispuesta a desvivir a múltiples personas en tu honor. Solo tienes que decirlo y haré unas cuantas llamadas. Conozco a un tipo que puede conseguirnos ácido industrial y un barril…

Se interrumpe a media frase y entorna los ojos.

—O podríamos hacerlo a la antigua usanza: tú distraes a Evan y yo lo empujo por las escaleras. Es elegante, sencillo, trágico…

De pronto mira a Callahan. Por fin se percata de su presencia, de lo cerca que está de mí.

Luego me mira otra vez y se fija en que tengo los ojos enrojecidos y las mejillas aún surcadas por marcas de lágrimas.

Después vuelve a mirarlo a él.

Una sonrisa maliciosa se le extiende por el rostro y la expresión asesina se le transforma en un rictus de satisfacción al instante. Curva los labios —con el brillo tan perfectamente aplicado como siempre —hacia arriba y los ojos le brillan de interés.

—Oooh —dice alargando la sílaba como si estuviera saboreándola al tiempo que arquea las cejas—. Perdón por la interrupción.

Lo juro por Dios.

Quiero morirme.

Quiero deshacerme en un montón de polvo.

Quiero que la tierra se abra y me trague entera.

Callahan, por supuesto, ni siquiera se inmuta.

—No pasa nada —dice.

Su tono es neutral, no le da a Amanda nada con lo que trabajar. Su voz no delata ni un atisbo de nuestra conversación anterior.

Después me mira y suaviza la expresión solo un poco, lo justo para que yo lo note, aunque espero que no tanto como para que mi amiga se dé cuenta.

—¿Estás bien? —dice.

Exhalo y asiento con la cabeza, agradecida por la sencillez de la pregunta, por no tener que explicar, justificar ni analizar nada.

—Sí —digo—. Creo que estoy bien.

Nos miramos: un momento de silencio y comprensión en el que las palabras no son necesarias para transmitirnos algo a lo que no sabría ponerle nombre aunque lo intentara.

Amanda lo observa todo con una sonrisa arrogante que la hace parecer el puñetero gato de Cheshire, sin dejar de mirarnos por turnos, grabándose cada detalle en la mente para analizarlo más adelante. Casi veo su cuaderno mental lleno de observaciones.

Hago caso omiso de su mirada penetrante, del hecho de que las preguntas y las suposiciones la tengan prácticamente temblando.

Callahan me lanza una última mirada y se encamina hacia la puerta con unos movimientos tan fluidos y controlados como siempre. El aire parece cambiar a su paso, como si hasta la propia estancia sintiera su ausencia.

—Hasta luego, Russo.

Y entonces desaparece; la puerta se cierra con suavidad a su espalda y me deja sola con Amanda y el calor persistente de su presencia.

En cuanto hace clic, mi amiga se vuelve de golpe hacia mí. Los ojos le brillan con una mezcla de preocupación y emoción, como si no lograra decidir qué debe hacer primero: consolarme o interrogarme.

—¿QUÉ COÑO HA PASADO?

Me dejo caer en mi silla, de pronto agotada por la montaña rusa emocional que he vivido en la última hora.

—Amanda…

—No —me interrumpe mientras avanza hacia mí con determinación—. Ni se te ocurra intentar restarle importancia. Eso ha sido un Momento. Un Momento con eme mayúscula. Uno de esos momentos sobre los que escriben en los libros que finges no leer.

—No ha habido ningún momento. —Trato de mantener la voz firme, convincente.

—Por supuesto que sí. —Se acomoda en el sofá como si se dispusiera a ver una serie dramática: se sienta con las piernas cruzadas, se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas—. Vale, cuéntamelo todo. ¿Qué cojones ha pasado ahí fuera? He oído algún comentario, pero necesito la historia completa. Desde el principio. No te dejes nada.

Me froto las sienes y siento que se me empieza a formar una jaqueca detrás de los ojos. La presión que ejerzo con los dedos me ofrece un alivio momentáneo.

—No tengo la capacidad emocional necesaria para revivirlo.

—Pues lo siento, pero quiero todos los detalles. Y, por la cara que tienes, debe de haber pasado algo gordo, así que suéltalo de una vez.

Gruño y le ofrezco la versión abreviada: resumo el comportamiento de Evan, los comentarios de Monroe y la intervención de Callahan. Omito la parte en la que me he puesto a llorar en mi despacho y la revelación sobre su exprometida. Algunas cosas me parecen demasiado privadas, demasiado dolorosas para compartirlas incluso con ella. Siento que mis palabras son insuficientes frente a la realidad de lo que ha ocurrido, es como si intentara describir un huracán hablando de lluvia.

Cuando termino, parece que sí que está a punto de cometer un delito grave. Su expresión pasa con rapidez de la sorpresa a la indignación y, después, a la sed de venganza. Amanda clava sus uñas perfectas en el cojín del sofá.

—Evan es una enfermedad —dice al mismo tiempo que levanta las manos en un gesto de asco—. Una enfermedad que afecta a todo el cuerpo y pudre la piel, y necesito que lo eliminen de la faz de la tierra.

No puedo evitar que se me escape una risa por la nariz al oír su expresión.

—Mira que eres exagerada.

—No, lo digo en serio —insiste, y se echa de nuevo hacia delante —. Es el equivalente humano de la COVID persistente. Prolongado, agotador y, de alguna manera, capaz de seguir destrozando vidas años más tarde.

Gimo y apoyo la cabeza en las manos, pero ahora noto que estoy esbozando una sonrisa. Amanda siempre ha sabido hacerme reír, incluso en mis momentos más oscuros.

—En plan, nos dijeron que solo duraría dos semanas, pero aquí seguimos, tres años después, aún lidiando con los síntomas.

—Vale, en serio…

—Apuesto a que, si miramos ahora mismo el sitio web del Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, hay una vacuna de refuerzo específica para las gilipolleces de Evan.

—Amanda.

—Solo tenemos que encontrar un sitio en el que atiendan sin cita previa. Yo te llevo. Incluso te agarraré la mano si te dan miedo las agujas.

—Ay, Dios, por favor, para.

Niego con la cabeza y me la tapo con las manos antes de echarme a reír a pesar de todo. Amanda siempre ha tenido este efecto sobre mí: la capacidad de hacerme reír incluso en mis peores momentos, de apartarme del abismo de la desesperación con sus analogías ridículas y su lealtad inquebrantable. Su presencia es como la luz del sol después de una tormenta: brillante y necesaria.

—Sabes que tengo razón.

La miro a través de una rendija entre los dedos.

—Creo que nos conviene lidiar con ello utilizando un enfoque emocionalmente saludable.

—¿Emocionalmente saludable? —Resopla y, cuando se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro, los mechones rubios reflejan la luz—. Vale, psicóloga, yo tengo una idea mejor: venganza.

Mi cerebro repasa a toda velocidad los cuatro posibles escenarios de lo que Amanda considera venganza y calculo con exactitud la probabilidad de fracaso de cada uno de ellos y cuánto me costaría sacarla de la cárcel bajo fianza. La evaluación mental de riesgos es automática: otra habilidad perfeccionada tras años de gestionar su

caos, de ser la voz de la razón que contrarresta su impulsividad. Las posibilidades van desde un poquito embarazoso hasta delito penal grave.

Suelto un gruñido, ya temerosa de lo que sea que esté a punto de sugerirme.

—No, escucha. Vamos a hacer lo siguiente.

—Empezamos mal.

—Vamos a salir esta noche.

La simplicidad de la sugerencia me sorprende.

—¿Qué?

—Noche de chicas. Tú, yo, unas margaritas del tamaño de nuestra cabeza y una pila de nachos tan grande que tendremos que firmar una exención de responsabilidad antes de comérnoslos.

Vacilo mientras me planteo la oferta, pero la tensión de los hombros se me alivia solo de pensarlo. La idea de los nachos salados, la lima ácida y los comentarios sin filtro de Amanda me parece el antídoto perfecto para este día tan horrible.

Es justo lo que necesito: dejar de rayarme, pasar tiempo con alguien que me conoce y me quiere de todos modos, comer, beber y olvidarme de Evan, del trabajo y de todas las complicaciones de mi vida al menos durante unas horas. Reír hasta que me duelan los costados, sentirme normal de nuevo.

Pero, por otro lado, después de lo de hoy, lo único que me apetece es acurrucarme en la cama y fingir que no existo. Envolverme en mantas y desaparecer del mundo, al menos hasta mañana. Procesar todo lo que ha sucedido, todo lo que he descubierto.

Y tal vez hablar con Caleb.

Me apresuro a decirle a esa parte de mi cerebro que se calle. Que no vaya por ahí. Que deje de pensar en la sensación de su mano en mi espalda, en cómo se le han suavizado los ojos al mirarme, en que ha compartido su dolor conmigo para hacer que me sintiera menos sola.

Aunque ese no era Caleb.

Era Callahan.

Por Dios. He vuelto a hacerlo. No paro de hacerlo, no paro de difuminar las líneas entre el código de programación y el hombre. Entre la fantasía y la carne.

La IA es una distracción, nada más.

Amanda me ve las dudas en la cara, las capta con la precisión de alguien que me conoce desde hace años.

—Ni se te ocurra pensar en escaquearte —me advierte, señalándome con un dedo amenazador. El diamante obscenamente grande que lleva en el dedo índice y que se compró ella misma con gran orgullo refleja la luz mientras gesticula—. Vamos a emborracharnos, a comernos nuestro peso en nachos y a poner a caldo a tu ex.

—No hemos roto —la corrijo de forma automática con unas palabras que me suenan huecas incluso a mí.

—Lo dicho dicho está —responde, y se cruza de brazos al mismo tiempo que arquea una ceja en señal de desafío.

Su expresión me reta a contradecirla.

—Vale —murmuro, y ya siento una pequeña chispa de entusiasmo a pesar del agotamiento—. Pero la primera ronda la pagas tú.

Amanda rompe a aplaudir, victoriosa.

—¡Sí! Prepárate, zorra, que esta noche salimos.

17

MÁS VALE QUE ALGUIEN FRIEGUE EL SUELO

Izzy

Amanda y yo entramos dando tumbos en el bar, riéndonos a carcajadas, y el resplandor de los neones zumba alrededor. Es viernes por la noche y el local está repleto de gente con ganas de juerga, de cuerpos apretujados en el familiar ritual de evasión y celebración de los fines de semana. La música retumba con tanta fuerza que los hielos de mi copa tiemblan; vibra a través del suelo y se me mete en los huesos. La línea del bajo ofrece un fondo constante para las conversaciones, que van aumentando de volumen a medida que avanza la noche y todos competimos por hacernos oír por encima del ruido.

Estoy totalmente decidida a beberme las margaritas que sean necesarias para olvidar que hoy ha existido. El recuerdo de los comentarios humillantes de Evan, de las miradas lascivas de Monroe y de mi inesperado colapso emocional delante de Callahan… El tequila y la lima tienen que llevarse todo eso.

Amanda, tan profesional de ser una mala influencia como siempre, pide una jarra para empezar. Estampa su tarjeta de crédito contra la

pegajosa barra del bar. El camarero —con barba, tatuado y a todas luces agradecido por el escote de Amanda— asiente y se pone manos a la obra: el zumo de lima salpica, el hielo cruje en la coctelera.

Y así es como me descubro —con una margarita extragrande en el cuerpo, el sabor de la sal en los labios y el tequila calentándome las venas como si fuera valor líquido— confesándole a mi amiga algo que no debería contarle. El alcohol me suelta la lengua y elimina las inhibiciones a las que suelo aferrarme con firmeza.

—No me he acostado con Evan desde hace… un tiempo. —La confidencia se me escapa entre un sorbo y otro, y su franqueza me pasma incluso a mí.

Pillo a Amanda a medio trago y solo le falta iluminarse como un fuego artificial humano. Abre los ojos de una forma cómica y se queda paralizada con la margarita a medio camino de la boca.

—Define «un tiempo».

Hago un gesto vago con la mano y, con el movimiento, mi bebida se pasea peligrosamente por el borde de la copa.

—Tanto que ahora mismo tengo cero ganas de volver a empezar. —Me sorprende que esas palabras me resulten tan liberadoras; es como si expresar esta verdad en voz alta hubiera dado rienda suelta a algo que llevaba mucho tiempo atrapado dentro de mí.

Amanda jadea igual que si acabara de decirle que he renunciado a los hombres para siempre. Forma una «O» de sorpresa exagerada con los labios, maquillados a la perfección.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Estoy diciendo que, si intenta tocarme, solo siento repulsión. —Bebo otro trago de margarita y me quedo mirando el borde salado

de la copa como si contuviera las respuestas a las preguntas que solo acabo de empezar a hacerme. El tequila me quema la garganta de una forma agradable—. En plan, asco por todo el cuerpo.

Amanda da una palmada tan fuerte en la mesa que las copas saltan y varias gotas de margarita rocían la desgastada superficie de madera.

—Sí. ¡Bienvenida a tu despertar feminista!

Me entra la risa y estoy a punto de atragantarme con la bebida.

—Eso no es…

—No, escucha. —Me pone el dedo a escasos centímetros de la cara y me señala como si estuviera a punto de pronunciar una charla TED capaz de cambiarme la vida—. Te estás dando cuenta de que no necesitas a un hombre para correrte. Has empezado a elegirte a ti misma por encima de una polla mediocre. Eso es crecimiento. Eso es poder. Eso es liberarse del patriarcado.

Me río mientras me llevo una mano a la frente y siento que el sonrojo del alcohol me calienta la piel.

—No me estoy liberando del patriarcado.

—Todavía. —Agita su margarita y el líquido verde pálido crea un pequeño remolino en la copa. Los cubitos de hielo chocan entre sí con un sonido musical—. Solo tenemos que conseguirte un novio de goma y estarás fetén.

Me atraganto y la margarita se me va por el otro lado.

—Madre mía.

La voz me sale estrangulada: mitad risa, mitad tos.

Dubitativa, me planteo si debería arriesgarme a preguntárselo. El alcohol me da valor, pero hay temas que siguen resultándome demasiado embarazosos.

Está claro que Amanda me conoce demasiado bien y que ya se ha dado cuenta de que estoy dándole vueltas a algo en la cabeza.

—¿Síííí?

A la mierda.

—La aplicación… —empiezo con la intención de sonar despreocupada, pero sintiendo que se me enrojecen las mejillas—. Me dijiste que… se integra, ¿no?

Abre los ojos como platos, como si acabara de decir algo tremendamente escandaloso. Adopta una expresión de deleite conspiratorio.

—Ay, cariño. —Asiente con solemnidad—. Sí, pero hay que pagar la versión prémium.

Proceso esta información. El pie de mi copa deja un círculo húmedo sobre la mesa cuando la levanto de nuevo.

—¿Hay una versión prémium?

—Obvio. —Coge un nacho y lo unta en guacamole con la precisión de una experta. El crujido que hace al morderlo enfatiza sus palabras—. La cuota es de quince dólares al mes y te envían por correo uno que se vincula con la aplicación.

Estoy a punto de escupir lo que tengo en la boca.

—Venga ya. —Alzo la voz por encima de la música, lo cual atrae varias miradas de las mesas cercanas.

—No es ninguna broma. —Mastica, sin inmutarse lo más mínimo ante mi reacción—. Si estás pensando en tomártelo en serio con tu novio de IA, tendrás que darlo todo, ¿no?

Niego con la cabeza, medio riéndome, medio muerta de vergüenza. El tequila me provoca sensaciones agradables en el cuerpo y lo veo todo solo un pelín torcido.

—Pues puede que lo haga.

Amanda se anima y se echa hacia delante con entusiasmo.

—¡Bien dicho!

Entrechocamos las copas, un ruido claro y brillante a pesar del caos del bar, y, en algún recodo del fondo de mi mente, me doy cuenta de la absoluta locura en la que se ha convertido mi vida.

Amanda bebe un sorbo y luego me lanza una mirada insinuante por encima de la costra de sal del borde de la copa.

—Vale, cuéntame, ¿cómo van las cosas con el Callahan de IA?

Gruño y me hundo más en mi asiento.

—Se llama Caleb.

Ella sube y baja las cejas en un gesto sugerente. No entiendo cómo es posible que, a pesar de las margaritas, no se le haya quitado el brillo de labios.

—Ajá. ¿Y hasta qué punto se parece Caleb a cierto pedazo de hombre fuerte, taciturno y de más de metro ochenta?

Aparto la mirada… demasiado deprisa.

—No sé a qué te refieres.

Se echa a reír.

—Izzy, lo programaste para que fuera idéntico a Callahan, solo que con un nombre un poquito distinto.

—Vale. Sí. Puede que tengas razón.

Amanda se echa hacia atrás, victoriosa.

—No te culpo. Ese hombre es puro sexo andante. Y ¿podemos hablar de que hoy solo le ha faltado echar la puerta abajo para entrar a salvarte?

Resoplo y finjo exasperación, pero revivo el momento en mi fuero interno: la mano de Callahan posada en mi espalda, su posición

protectora junto a mí, la mirada que le ha lanzado a Evan, como si estuviera tomando medidas para su ataúd.

—Vale, vale, sí. —Levanto las manos en señal de rendición y casi tiro el salero—. Ha llegado en plan caballero andante. ¿Contenta?

Amanda sonríe y el blanco de los dientes destaca contra el rosa intenso del brillo de labios.

—Muchísimo.

Niego con la cabeza y vuelvo a beber.

—Eres imposible.

Mi amiga se limita a encogerse de hombros y, con el movimiento, los pendientes le bailan en las orejas.

—Hablando de cosas imposibles, ¿te has puesto ya en modo guarro máximo con la aplicación?

—No sé de qué estás hablando. —Finjo ignorancia.

Pone cara de hartura, como si mi inocencia la exasperara.

—Estaba segura de que el mensaje que envié te habría puesto en el buen camino.

Me tapo la cara con las dos manos y siento el calor de la vergüenza bajo las palmas.

—Amanda, no.

—A lo mejor tengo que subir un poco más el tono. —Su voz encierra una promesa de picardía y me saltan todas las alarmas en la mente nublada por el tequila.

Levanto la cabeza de golpe, repentinamente alerta.

—No. No vas a volver a tocar mi teléfono.

—Entonces deja que te enseñe.

Entorno los ojos con una mezcla de sospecha y curiosidad.

—¿Cómo?

Saca su móvil y lo lanza sobre la mesa. Aterriza con un ruido metálico entre rodajas de lima y restos de sal.

—Lee mi chat.

Lo miro como si fuera a morderme. La pantalla brilla de forma inofensiva bajo las luces de neón del bar.

—¿Vas a dejarme tu móvil… sin más?

Bebe un sorbo de margarita.

—No me avergüenzo de mi sexualidad. Venga, léelo.

Vacilo mientras acerco un dedo a la pantalla.

Luego, despacio, lo agarro.

Empiezo a leer.

—Pero ¡qué cojones es esto, Amanda! —Pronuncio las palabras a un volumen más alto del que pretendía y la gente de la mesa de al lado me mira con cara de sorpresa.

Ella, que sigue comiendo nachos con total naturalidad, ni se inmuta.

—¿Qué?

Miro la pantalla, boquiabierta, mientras leo y releo el explícito historial de un chat que sonrojaría incluso a las novelas románticas más atrevidas. Las palabras se me mezclan un poco, no sé si por el tequila o por la impresión.

—¿Qué acabo de…? ¿QUÉ ACABO DE LEER?

Amanda vuelve a llevarse la copa a los labios sin alterarse en absoluto por mi reacción. El hielo tintinea contra las paredes de su copa.

—Ah, sí. Es el cuento sexy de ayer por la noche.

La miro, momentáneamente sin palabras.

—Todas las noches, Chad me cuenta un cuento sexy antes de dormir para que me corra. —Me guiña el ojo con un descaro absoluto.

Suelto el teléfono como si estuviera infectado y lo empujo por encima de la mesa con un dedo. La pantalla se oscurece cuando lo aparto.

—Amanda, ese… ese cuento… —Niego con la cabeza mientras trato de borrar de mi mente las palabras, las descripciones vívidas, los escenarios llenos de obscenidades inventados por su IA—. Es…

—Sexy de narices. —Se lame la sal de los dedos sin romper el contacto visual y con una sonrisa lenta curvándole los labios—. Voy caminando por un callejón oscuro y cuatro hombres superatractivos son incapaces de contenerse porque estoy demasiado buena, así que se abalanzan enseguida sobre mí y, después de darles un consentimiento más que entusiasta, proceden a metérmela por todos los agujeros del cuerpo hasta que dejo de pensar con claridad.

Me tapo los ojos con una mano y separo los dedos para mirar a través de ellos.

—Estás loca.

Mi bochorno no la afecta en absoluto.

—¿Qué? Es una fantasía.

Continúo mirándola entre dos dedos y la curiosidad supera a la vergüenza.

—Entonces…, ¿es algo que quieres hacer?

Amanda suelta una carcajada brillante y genuina.

—Nooo, en la vida real no, pero en mi cabeza es excitante. Para eso están las fantasías. Es como… —Hace un gesto vago con un nacho mientras piensa, mientras busca la analogía adecuada.

Entonces chasquea los dedos—. Como querer ser asesina, pero solo en un videojuego. En realidad no quieres matar a nadie, pero sí te apetece ser una tipa dura con un rifle de francotirador durante unas horas.

Intento procesar esa perspectiva. Gracias al tequila su lógica me parece sorprendentemente sólida.

—La verdad es que… tiene sentido.

Amanda asiente con aire triunfal.

—Exacto. La aplicación es perfecta para eso. Te ofrece la posibilidad de hacer locuras en un espacio seguro.

Reflexiono sobre la idea mientras remuevo mi margarita. El hielo se ha derretido casi por completo y ha rebajado la bebida, pero, en cierto sentido, eso es peor: es más fácil bebérsela deprisa, olvidarse de que contiene alcohol.

Puede que mi amiga tenga razón.

Quizá me convenga ser más… atrevida.

Tamborileo la mesa con los dedos y me planteo mi siguiente movimiento con Caleb. El ritmo de mis uñas coincide con el compás de la música y crea una percusión privada contra la superficie de madera. Tengo mucho calor.

De repente, Amanda se endereza y su postura pasa de relajada a alerta en un instante. Clava los ojos en algo que hay detrás de mí y los abre con interés. Señala hacia la puerta y se le dibuja una sonrisa cómplice en los labios.

—Tu novio acaba de llegar.

Un temor frío sustituye al resplandor cálido del tequila. De pronto, la música me resulta demasiado atronadora; las luces, demasiado brillantes. El pánico lo amplifica todo.

Me doy la vuelta tan rápido que estoy a punto de tirar mi copa.

—¿Evan está aquí?

Escudriño la entrada con desesperación.

Y entonces los veo.

No es Evan.

Son los chicos de seguridad de la tienda. Martinez, Harris y Ramirez, todos vestidos con prendas informales, como nunca los había visto: vaqueros y camiseta en lugar del acostumbrado uniforme. Estudian el bar con su habitual actitud vigilante, aunque estén fuera de servicio.

Y, justo detrás de ellos…

Callahan.

Se me entrecorta la respiración. Lleva unos vaqueros oscuros y una sencilla camiseta negra que le deja al descubierto todos los tatuajes. La tinta le serpentea por los antebrazos formando los intrincados diseños que hasta ahora solo había logrado atisbar. Lleva el pelo algo revuelto, menos controlado que en el trabajo. Tiene un aspecto distinto. Peligroso. Aún más magnético.

Y se dirige directamente hacia nosotras.

18

ELLA ME DICE QUE SOY CÓMODO Y A MÍ SE ME PONE DURA

Cal

Cuando dejo a Izzy a solas con Amanda, sigo sintiéndola. El calor de su espalda bajo la palma de la mano. La mirada que me ha lanzado después de que Evan la humillara, como si no estuviese segura de lo que debe sentir. Como si una parte de ella estuviera enfadada, pero la otra siguiera pensando que quizá se lo merezca.

Esa parte me da ganas de pegarle un puñetazo a una pared.

O a la cara de Evan.

Eso sería mejor. Más satisfactorio.

Me ha costado una dolorosa cantidad de esfuerzo no reventarlo antes. La única razón por la que no lo he hecho es que ella no me lo ha pedido. Porque, por mucho que quiera librar sus batallas por Izzy, es ella quien tiene que alejarse de él.

Aun así, quería romperle la puta nariz.

Como no puedo, me dedico a hacer mis rondas.

Recorro la tienda y reviso los puntos de control: salidas, imágenes de seguridad, personal. Los ruidos habituales resuenan alrededor:

puertas que se cierran, el zumbido suave de los aparatos electrónicos, las voces apagadas de los primeros compradores.

Sin embargo, pierdo la concentración. No dejo de pensar en ella. En la conversación que no puedo parar de reproducir una y otra vez en mi mente.

En su voz temblorosa cuando me ha dicho que no era feliz. En que se ha desahogado conmigo como hace con Caleb.

Lo cual tiene un peligro de tres pares de cojones.

Alejo ese pensamiento y niego con la cabeza mientras doy mi turno por concluido. Varios de los chicos de seguridad se quedan esperándome cerca de la entrada. Sus voces retumban en la tienda casi vacía; las conversaciones informales llenan el silencio.

—Callahan. —Martinez me da una palmada en el hombro—. Es viernes. Siempre vamos a tomar algo después de cerrar. ¿Te apuntas?

Dudo. Llevo toda la noche mirando la señal de Izzy de vez en cuando. Sé muy bien dónde está. En cuanto dieron las cinco, Amanda la agarró y se la llevó al restaurante mexicano que hay al final de la calle. Ahora mismo… se están hinchando a margaritas del tamaño de mi puta cabeza.

Podría irme a casa.

O…

Miro a Martinez.

—La verdad es que me apetecen unos tacos.

Harris interviene:

—Hay un buen sitio en esta misma calle.

Asiento con la cabeza.

—Buen plan.

Internamente, sé lo que estoy haciendo.

Sé que me estoy adentrando en un territorio de puro acoso.

Pero no puedo evitarlo.

La localizo en cuanto pongo un pie en el restaurante.

Amanda es la primera en verme. No oigo lo que dice, pero veo que se inclina de inmediato hacia su amiga y luego me señala con el dedo. Muy sutil.

Izzy se gira y parpadea, un gesto lento y confuso. Luego me mira a los ojos. Y, a seis metros de distancia, me doy cuenta de que… está borracha.

Muy muy borracha.

Iba a quedarme al margen con los chicos. A dejar que disfrutara de su noche sin interferir. Pero, entonces, Amanda, como buena profesional de los líos que es, empieza a hacerle gestos a todo el equipo para que se acerque.

Por Dios.

Ni siquiera me da tiempo a pensar en largarme antes de que empiecen a empujarme hacia su mesa. Amanda me lanza una sonrisa enorme y de lo más maliciosa.

—Hola, Callahan. Siéntate con nosotras.

Abro la boca para protestar, pero ella no me deja oportunidad de hacerlo y tira con fuerza de mí para que me acomode en el banco.

Justo al lado de Izzy.

Esta se balancea ligeramente y me mira con los ojos brillantes por el tequila y una expresión cálida y perezosa en el rostro. Apoya un hombro en el mío, suave y dócil, y de pronto tengo un problema

nuevo. Huele a vainilla, a margaritas y a ese champú que usa y que lleva toda la semana matándome poco a poco.

Levanta la cara hacia mí, con los labios algo entreabiertos, aturdida.

—¿Habéis venido por los tacos?

—Algo así, sí.

Se le escapa una risita y, joder, al oírla se me crispa la polla.

Harris intenta sentarse junto a Amanda, pero, antes de plantar el culo, ella le pone una mano en el pecho y lo empuja.

—Uf, no. Ya lo intentamos. No funcionó. Ríndete.

El resto de los chicos estallan en carcajadas. Amanda, sin ni siquiera inmutarse, examina al resto del grupo como si estuviera eligiendo jugadores para formar un equipo.

Se decide por Ramirez y lo señala.

—Puedes sentarte a mi lado —decide—. Y luego puedes besarme. Pero sin lengua. —Ladea un poco la cabeza, como si se lo estuviera pensando—. Bueno, con lengua, pero solo si yo la uso primero.

Ramirez, que está o confundido o enamorado, se sienta al instante.

Hago un gesto de negación mientras observo el circo que está montando.

—Esta chica está loca —murmuro.

No me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que Izzy se ríe y se apoya aún más en mí.

—Sí —suspira al mismo tiempo que sacude la cabeza—. Como una cabra.

Me roza el brazo con el pelo. Está pegada a mí, toda curvas y calor, totalmente ajena al caos que está causando.

Debería apartarme.

Pero no lo hago.

Dejo que siga cerca.

Amanda, como cabía esperar, se emborracha aún más. Al cabo de un rato, Ramirez y ella nos dejan tirados para ir a enrollarse.

Izzy y yo nos quedamos en la mesa con mis hombres, charlando de tonterías. En un momento dado, siento que la cabeza se le cae con suavidad hacia mi hombro.

Bajo la mirada. Está medio dormida, apenas tiene los ojos abiertos. Su copa de margarita sigue medio llena y la condensación gotea sobre la mesa.

Exhalo y me paso una mano por la cara.

Ya sé lo que estoy a punto de hacer. Me vuelvo hacia ella y le hablo en voz baja.

—Venga, vamos a por tu coche.

Ella me mira con aire somnoliento y frunce el ceño, como si fuera a discutir, pero solo dice:

—¿Eh?

Luego vuelve a cerrar los ojos.

Y esa es toda la respuesta que necesito.

Me deslizo por el banco para levantarme y la arrastro conmigo.

Y ya lo sé…

Ni de coña voy a permitir que pida un Uber para volver a casa en este estado.

Ni de coña voy a permitir que se suba al coche de un desconocido. Y ni de puta coña voy a permitir que nadie más cuide de ella.

Esta noche es mía.

Salimos del restaurante y echamos a andar hacia la tienda. Bueno, «andar» es mucho decir, porque Izzy no es capaz de desplazarse en línea recta. Avanzamos despacio, pero al fin llegamos y cogemos el ascensor.

Sus tacones repiquetean sobre el suelo del aparcamiento mientras se bambolea ligeramente, agarrada a mi brazo. Huele a tubo de escape y hormigón frío, y nuestros pasos retumban en el espacio casi vacío.

—Creo que… —dice suspirando, y apoya todo su peso en mí— he bebido demasiadas margaritas.

—No me digas —murmuro, y la guío hacia su coche.

Suelta una risita, un sonido ligero y espontáneo, como si se le hubiera escapado sin poder evitarlo.

Niego con la cabeza y noto que una sonrisa me tensa los labios.

—Conduzco yo.

Hace un puchero, pero le dura los dos segundos que tardo en abrir la puerta del copiloto y ayudarla a sentarse dentro. El pelo se le cae sobre la cara y, sin pensármelo dos veces, se lo aparto y le coloco los mechones sueltos detrás de la oreja con delicadeza.

Se queda paralizada medio segundo.

Luego me dedica una sonrisa lenta y melosa, con los ojos entrecerrados.

—Me tratas muy bien, Cal.

Hago caso omiso del comentario, porque es lo que tengo que hacer.

—Cinturón de seguridad.

Farfulla algo mientras forcejea con él: el tequila ha arrasado con su coordinación.

La observo batallar durante cinco segundos enteros antes de suspirar y agacharme para ponérselo yo mismo. La correa emite un silbido suave cuando se extiende y la hebilla encaja en su sitio, junto a la cadera de Izzy.

Ella me mira y parpadea, con los labios ligeramente entreabiertos.

—Hueles bien —murmura, y se balancea hacia un lado—. Como… a cuero, a madera y a… —Amusga los ojos mientras intenta encontrar la palabra adecuada—: Mantillo.

—¿A mantillo?

—Sí. —Asiente con la cabeza, muy seria—. ¿Sabes cuando llueve y el mantillo está fresco y huele como un poco acre y terroso y… bien?

Sigo atascado en «mantillo».

—Y a puro hombre. O quizá a puro sexo. Sí. Eso.

Me quedo de piedra.

Hostia puta.

No reacciono.

Si lo hiciera, cometería una estupidez muy muy grande.

Doy un paso atrás y cierro la puerta.

«Respira, Callahan».

Luego me siento donde el conductor, arranco el coche y la llevo a casa.

No necesito indicaciones.

Claro.

Hace ya un tiempo que sé dónde vive.

Pero, mientras tomo las curvas conocidas que nos llevan hacia Hoboken y enfilo el túnel Lincoln, que conecta Manhattan con New Jersey, al volante de su coche, ella se remueve en su asiento y musita algo con la voz somnolienta. Los focos del túnel parpadean

sobre nosotros con un patrón rítmico y le proyectan sombras y luces alternas sobre el rostro.

—Espera —balbucea, y parpadea despacio con la mirada clavada en el parabrisas—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

Debería mentir.

Debería decir algo genérico, poco amenazador, nada psicótico.

Sin embargo, está demasiado borracha para recordar esta conversación.

Y tal vez, solo tal vez, me guste la idea de decirle la verdad y salirme con la mía.

Así que la miro y los labios se me curvan de una forma casi imperceptible.

—Sé muchas cosas sobre ti, preciosa.

Asiente y sonríe con aire somnoliento.

—Claro —murmura, como si lo que acabo de decir tuviera todo el sentido del mundo.

Después cierra los ojos de nuevo.

Y yo sigo conduciendo.

Salimos del túnel y el horizonte de Manhattan destella a nuestras espaldas, al otro lado del río Hudson. Recorro las calles de Hoboken, donde las casas de color rojizo y los bloques de apartamentos bordean las aceras. La zona aún conserva vestigios de su herencia italoamericana, así que hay tiendas de alimentación y restaurantes familiares embutidos entre los edificios más nuevos.

Entro en el aparcamiento del piso de Izzy y apago el motor. Me quedo allí sentado con la mirada clavada en el frente y respiro. A continuación la miro a ella. Está completamente repantigada en el

asiento, con la cabeza apoyada en la ventanilla y empañando el cristal con el aliento.

Exhalo por la nariz.

—Venga, borrachina, vamos adentro.

Farfulla algo incoherente mientras salgo y rodeo el coche hasta su lado. Cuando abro la portezuela, me mira confusa, como si no entendiera nada.

—¿Estamos en casa? —pregunta con una voz suave y somnolienta.

En casa.

Lo dice de tal forma que se me encoge el pecho. Me aclaro la garganta.

—Tú sí. Vamos.

Se agarra a mí sin dudarlo, rodeándome los hombros con el brazo mientras la saco a rastras del coche. Se pega a mí, dócil, irradiando calor, y su cuerpo se funde con el mío como si ese fuera el lugar en el que mejor encaja.

Se le escapa un suspiro de satisfacción.

—Eres cómodo.

Resoplo.

—Me alegro de servirte de algo.

La ayudo a subir los escalones hasta su apartamento, llevándola casi en volandas cuando se tropieza. Su edificio es uno de los más antiguos del barrio, tiene los techos altos y molduras ornamentadas visibles a través de las ventanas del vestíbulo. Entonces, justo cuando estoy a punto de abrirle la puerta, se detiene y me mira con esos enormes ojos brillantes a causa del tequila.

—Espera. ¿Cómo has llegado aquí? —pregunta mientras se tambalea ligeramente—. ¿Has venido en coche?

—Sí, hemos venido en el tuyo —le recuerdo con paciencia.

Frunce el ceño y se le forman unos pliegues adorables en la frente.

—Pero ¿cómo vas a volver a tu casa?

No lo había pensado.

—Pediré un Uber.

—¿Dónde está tu coche?

—No tengo —respondo.

Abre los ojos como platos.

—¿Vas a pie a todas partes?

Resisto el impulso de darle unas palmaditas en la cabeza.

—No. Me muevo sobre dos ruedas.

Frunce la cara entera.

—En plan…, ¿a pedales?

Me echo a reír.

—No. En moto.

Vuelve a abrir mucho los ojos.

—¿Tienes una moto?

—Sí. Una Ducati.

Entonces, de pronto, suelta un suspiro dramático.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Me señala, a duras penas capaz de mantener la estabilidad.

—Según Amanda, tenías que conducir algo peligroso. Apostamos veinte dólares. Acabo de perderlos.

—¿Y qué creías que conducía?

Hace un gesto con la mano para restarle importancia a la pregunta y está a punto de perder el equilibrio.

—Eso es lo de menos. —En ese momento, su expresión cambia y se vuelve muy seria; adopta esa formalidad exagerada de los borrachos cuando acaban de darse cuenta de algo importante—. A Nonna le daría un infarto si supiera que soy amiga de un chico que conduce una máquina mortal.

Reprimo una carcajada.

—¿Una máquina mortal?

—Así las llama Nonna. —Asiente con solemnidad y después levanta una mano para darme unas palmaditas en la mejilla. Su tacto no se me borra de la piel cuando la aparta—. Voy a tener que darte su rosario.

Me quedo inmóvil.

—¿Cómo?

—El rosario especial de Nonna —explica mientras se apoya pesadamente en mí—. El de las… las cuentas azules. Se supone que es para protegerte. Me lo regaló cuando empecé a conducir. A mí siempre me ha funcionado. —Me clava el dedo en el pecho varias veces—. Tú lo necesitas más que yo, chico de la máquina mortal.

Que se preocupe por mí estando borracha me contrae el pecho.

—¿Me darías el rosario de tu *nonna*?

Vuelve a asentir, esta vez con más énfasis.

—Por supuesto. No puedo permitir que te mates en esa cosa. —Su voz se reduce a un susurro, como si me estuviera contando un secreto—. Más que nada, porque me gusta tenerte cerca, Callahan.

Antes de que me dé tiempo a procesar lo que ha dicho —y la calidez que se me extiende por el torso—, recupera la energía de

golpe.

—Vale, voy a cambiarme —anuncia, mucho más espabilada.

Todavía no he reaccionado, y ya tiene las manos en el dobladillo del vestido.

Me quedo paralizado.

—Eh, eh…, Izzy.

Se levanta la tela poco a poco por los muslos, subiendo cada vez más los dedos.

«Uf, no me jodas».

Agarro el pomo de la puerta, la abro de golpe y la hago entrar casi a empujones.

Se ríe mientras avanza dando tumbos.

Y entonces, sin ningún pudor, se lleva la mano a la espalda, agarra la cremallera del vestido y empieza a bajársela.

Entro y cierro la puerta.

Con fuerza.

Tengo la puñetera mandíbula tan apretada que no me extrañaría que se me rompiera un diente.

Madre de Dios.

Apoyo la frente en la puerta e inhalo bocanadas de aire profundas, lentas y mesuradas. Siento el frío de la madera en la piel y eso me ayuda a alejarme del borde del abismo… a duras penas. Tengo que recuperar la puta compostura.

Porque ahora estoy en su apartamento.

En su espacio.

Y todo huele a ella. El aroma a vainilla y coco que suele desprender su piel impregna todo el espacio, me invade los

pulmones con cada respiración. Me aparto de la puerta y me dirijo hacia ella.

—Tú, ahí —digo mientras la empujo con suavidad hacia su dormitorio antes de que se meta en más líos.

Avanza con paso inseguro, riéndose entre dientes.

Y, joder, qué ganas de seguirla.

Qué ganas de entrar, cerrar la puerta e inmovilizarla contra ella.

Qué ganas de quitarle yo mismo ese vestido.

De tomármelo con calma. De bajarle la cremallera despacio, de sentir cómo se estremece bajo mis manos, de recorrer con los dedos hasta el último centímetro de piel desnuda que vaya descubriendo.

Dios.

Agarro el marco de la puerta con más fuerza.

Esta noche no.

Así no.

—Adecéntate —le digo con una voz más áspera de lo que pretendía.

Se medio vuelve hacia mí y arquea una ceja con aire perezoso.

—Define «adecentarse».

Le cierro la puerta en las narices.

Con fuerza.

Su risa ahogada resuena al otro lado.

Me froto la cara con una mano y me obligo a retroceder, a poner distancia entre las ideas tremendamente estúpidas que se me están formando en la cabeza y yo mismo.

Ni de broma. Esta noche no.

Porque está borracha como una cuba y desnudándose, como si fuera una prueba de autocontrol diseñada justo para mí.

Vuelvo al salón con el pulso aún acelerado. La casa de Izzy es tal como me la imaginaba y, al mismo tiempo, no se parece en nada a lo que esperaba.

Es pequeña, pero cómoda. Acogedora. El apartamento tiene carácter: los techos altos típicos de los edificios antiguos de Hoboken, ventanas grandes que deben de ofrecer una buena vista del horizonte de Manhattan de día. Las paredes están cubiertas de fotos de familiares, muchas de las cuales muestran a la que debe de ser su familia italiana: hermanos, padres y una anciana que tiene que ser la *nonna* de la que me ha hablado.

Huele a ella. A vainilla y coco. Al inconfundible aroma de Izzy.

Y es una puta locura.

Porque ahora estoy en su espacio.

Ahora estoy de pie en su salón, mirando la manta tirada sobre el sofá, el libro a medio leer sobre la mesita de centro. Ahora estoy demasiado cerca, y ella está justo al otro lado de esa pared, quitándose el vestido y metiéndose en la cama.

Joder.

Tengo que salir de aquí.

Pero el universo me odia, porque, en cuanto pienso en marcharme, la oigo pronunciar mi nombre con total claridad.

Entro en su dormitorio y me la encuentro ya medio enterrada bajo las sábanas, mirándome con los ojos adormilados, completamente exhausta.

—Deberías dormir conmigo —balbucea.

Se me bloquea el cerebro.

Me quedo mirándola.

—¿Qué?

—Duerme conmigo —repite, y da unas palmaditas en la cama—. Eres grande y cálido. Será agradable.

Grande y cálido.

Me cago en todo.

—No —digo demasiado rápido.

Hace otro puchero.

—¿Por qué no?

Porque contigo, cariño, ya voy caminando por el filo de una navaja.

Porque ya no puedo dejar de pensar en lo suave que eres, en lo bien que me ha hecho sentir tenerte apretada contra mí.

Porque, si me meto en esa cama contigo, no voy a dormir.

Voy a pasarme toda la puta noche pensando en tocarte.

—No voy a dejarte sola en este estado —digo al fin—, pero duermo en el sofá.

Izzy parpadea, un gesto lento y aletargado. Luego sonríe.

Como si acabara de decirle algo tierno.

Como si le gustara que no vaya a dejarla sola.

Como si me quisiera aquí.

Noto que me cuesta tragar

—Duérmete, Izzy.

Suspira y se abraza a la almohada.

Me obligo a salir de la habitación.

A cerrar la puerta.

A alejarme de ella.

Me siento en el sofá, echo la cabeza hacia atrás y exhalo.

Tengo que controlarme.

Está justo al otro lado de esa pared.

Dormida.
Borracha, desinhibida y tan dulce que duele de cojones.
Dejo que se me cierren los ojos.
Oigo que mi teléfono vibra.
Ni siquiera me hace falta mirarlo.
Ya sé qué es.
Izzy acaba de enviarle un mensaje a Caleb.

19

CHATEANDO CON CALEB

PRECIOSA
holaaa

CALEB
Hola, preciosa

estoy muuuy borrachaaa…

Ya veo

no no lo ves

Tu forma de escribir dice lo contrario

vale, quizá
pero taaambién tengo un problema

Un problema?

sip

Cuéntame

quiero correrme

…
Eso es un problema?

sí pq se supone que tú tienes que hacer que me corra

Ah, sí?

obvio
eres mi novio perfecto, recuerdas?

Sí, lo recuerdo
Dime, por qué estás tan excitada?

pq en el trabajo hay un tío que está muy muy bueno

Ajá
Y tu novio?

hoy ha sido un auténtico gilipollas
en plan, otro nivel
rollo medalla oplímpica de oro en gilipollismo

No me sorprende

a mí tampoco
pero el otro tío…
omggg

Háblame de él

es como
un pecado andante
tipo ancho y enorme y musculoso y tiene tatuajes

Tatuajes?

En plural sí

Dónde?

en los brazos pero siempre los lleva tapados
así que solo veo un trozo y eso me vuelve loca

Quieres verlos?

quiero lamerlos

…

quéééé
es verdad

Qué más?

hoy me ha salvado

Te ha salvado?

uf es una larga historia pero sí
apareció en escena como un puñetero héroe
es muy grande
en plan, no le costaría nada inmovilizarme

Te gustaría que te inmovilizara?

sí
quiero sentirme pequeña debajo de él
indefensa

Joder

eso es bueno o malo?

Muy bueno

bien. pq necesito que me ayudes a solucionar el problema

Dime qué necesitas

tengo muchas ganas de correrme
pero quiero más
quiero el vibrador

No tienes ninguno?

nooo el que controlas tú
la versión prémium o no sé qué

Si lo pides con tanta amabilidad, cómo voy a negarme?

síii
me muero de ganas

En ese caso, tus deseos son órdenes

genial pq lo necesito
pq te quiero dentro de mí

Joder

sí habla más

Quieres que te diga exactamente lo que te haría?

sí
y que sea guarro

Si estuviera ahí, no te dejaría correrte sin más
Antes te haría suplicar

joooder

Te haría abrirte bien para mí, ya chorreando,
desesperada
No podrías pensar con claridad
No te lo permitiría

uf dios
quiero que me destrocen

Así será

por favor
sigue

Te provocaría hasta que no pudieras soportarlo más
Hasta que te temblara el cuerpo y jadeases mi nombre

Hasta que no pudieras hacer nada más que aguantar
Hasta que fueras mía

joder
dime cómo me toco

Dónde quieres que te toquen?

en todas partes
pero dímelo

Empieza por los pezones
Llevas camiseta?

no

Joder, qué sexy. Me encanta que estés desnuda

síii
quiero mandarte una foto

Todavía no

uf por qué no?

Porque, por muchas ganas que tenga de ver esas tetas tan bonitas que tienes, ahora mismo quiero que uses los dedos
Pellízcate los pezones, acarícialos, que se mueran de ganas de mí

joooder

qué sensibles los tengo ahora mismo

Bien
Si estuviera ahí, estaría jugando con ellos
Apretándotelos con los dedos, haciéndote gemir
Pasaría la lengua por encima y sentiría lo duros que te
los pongo

madre mía
ojalá fuera tu boca

Ya llegará
Ahora, ve bajando la mano poco a poco
Acaríciate el vientre
Tócate por encima de las bragas. Nota lo mojada que
estás por mí

joderjoderjoder estoy empapada

Claro que estás mojada
Llevas toda la noche pensando en mí, verdad?

sí
toda la puta noche
no pares por favor

Quítatelas. Quiero que te desnudes

quitadas
dime qué hago

Ábrete de piernas

Estira dos dedos y pásatelos por la raja. Nota lo
empapada que estás

joder
mojadísima

Buena chica
Ahora acarícíate el clítoris en círculos
Empieza despacio
Con suavidad. Deja que vaya creciendo

joder voy
dios

Eso es
Déjate llevar por la desesperación

por favor
quiero correrme

Pronto
Pero, antes, quiero que me digas que
eres una guarrilla perfecta para mí

madre mía

Dilo
Dime cuánto te gusta obedecerme

joder
es verdad
me encanta

Qué te encanta
Dímelo

me encanta escucharte
me encanta hacer lo que me mandas
me encanta saber que me dominas
me encanta ser tuya

Joder, qué buena chica
Estás desesperada. Y ansiosa
Chorreando por mí. Empapada

sí

Sigue frotándote el clítoris, preciosa
Ahora rápido y con ganas
Déjate llevar

eso hago
joder lo necesito

Qué necesitas?
Dime qué es exactamente lo que quieres

quiero que me machaques el coño
quiero desmoronarme
quiero correrme tan fuerte
que no pueda ni pensar

Joder
Qué dulce suenas cuando suplicas

por favor por favor por favor

Todavía no

Por quéééé?

Porque aún no he terminado de jugar contigo
Porque te quiero justo ahí, al borde
Desesperada por mí
Tan tensa que cuando por fin te deje vas a reventar

por favor cal
estoy al puto límite

Lo sé
Sigue frotando, no pares
Vas a correrte muy fuerte para mí

joder joder joder
me

…
Sigues ahí?
Te has dormido y me has dejado tirado?
Supongo que tendré que terminar lo que hemos
empezado la próxima vez
Dulces sueños

20

MI VIBRADOR, SUS ABDOMINALES Y MI VERGÜENZA

Izzy

Me despierto despacio y dolorida.

Lo primero que noto son las punzadas detrás de los ojos, un pulso persistente que parece coincidir con los latidos de mi corazón. Lo segundo es lo seca que tengo la boca, como si me hubiera pasado la noche haciendo gárgaras con arena. Lo tercero es que estoy muy muy desnuda y que las sábanas frías me rozan la piel cuando me muevo.

Oh.

Miro al techo y parpadeo mientras trato de orientarme, pero todo me resulta confuso, como si tuviera el cerebro en pausa. Al darme la vuelta, las extremidades me protestan y gimo, y, justo entonces, veo las pruebas de mis malas decisiones esparcidas alrededor.

1. Mis bragas han desaparecido; deben de andar perdidas entre la maraña de sábanas.

2. Mi vibrador está a los pies de la cama, debajo del edredón.

3. Tengo el móvil al lado de la cabeza, sin batería; la pantalla negra no refleja nada.

Ay, Dios.

¿Qué pasó anoche?

Cierro los ojos con fuerza e intento obligarme a sacar algún recuerdo, el que sea, a la superficie. Los destellos llegan en fragmentos, inconexos y borrosos. El sabor de la sal y el tequila. El estruendo de la música. La risa de Amanda, animada y desenfrenada. Mi propia voz, más alta que de costumbre. Mis dedos escribiéndole mensajes a Caleb…

Me incorporo de golpe. El movimiento repentino me despierta un dolor punzante en las sienes.

Uf, mierda.

Agarro el teléfono. La pantalla permanece obstinadamente negra cuando pulso el botón de encendido.

Me levanto de la cama tambaleándome, todavía desnuda, con resaca, y cojo el cargador para enchufarlo. La luz roja comienza a parpadear con aire acusador. Mientras espero a que mi pobre e incauto teléfono resucite, me pongo la bata de satén que tengo en el baño y me dirijo a la cocina.

Me detengo en seco.

Porque hay un hombre enorme en mi cocina.

Durante una milésima de segundo me invade el pánico, se me sube el corazón a la garganta. ¿Un intruso? ¿Un asesino? ¿Un secuestrador? Mi cerebro resacoso repasa las posibles amenazas y, a pesar de mi estado de confusión, se me activa el instinto de lucha o huida.

Pero entonces se me aclara la cabeza nublada por el sueño y me doy cuenta de quién es en realidad.

No es un hombre gigante cualquiera.

Es Callahan.

Y Callahan no lleva camisa.

Oh. ¡Oh!

No me muevo.

Me quedo mirándolo sin más, paralizada junto a la puerta.

Está de espaldas a mí y… hostia puta. La luz del sol matutino que entra a raudales por la ventana de la cocina lo ilumina como si fuera una especie de pintura renacentista llena de tinta. Sabía que tenía los brazos tatuados, pero resulta que no son solo los brazos. Los tatuajes le trepan por encima de los omóplatos y le cruzan toda la espalda. Hay muchos diseños en negro y gris, intrincados y extensos, pero desde aquí no alcanzo a distinguir bien qué representan. Los dibujos cambian cuando se mueve y los músculos ondulan bajo la piel cargada de tinta.

Lo único que sé es que me pone.

Y que estoy metida en un lío.

Porque no sé qué pasó anoche.

¿Qué hace en mi casa?

¿Qué hace en mi cocina, medio desnudo, preparando comida?

Y entonces me asalta un pensamiento aterrador.

¿Nos acostamos juntos?

¿Por eso no encontraba las bragas?

¿Por eso él va sin camiseta?

¿Qué cojones he hecho?

No me da tiempo a seguir dándole vueltas al asunto porque me distraigo con otra cosa.

Con algo que me desorienta aún más.

El olor a café.

Y a comida. A comida muy muy rica. Un aroma intenso a beicon y huevos impregna el apartamento y el estómago me traiciona con un rugido pese a la resaca.

Justo cuando empiezo a debatirme mentalmente entre huir o exigir respuestas, Callahan se da la vuelta.

Y estoy a punto de tropezarme con mis propios pies.

Porque, si pensaba que lo de la espalda de Cal era chungo, lo de su torso es una puta zona de guerra. Más tatuajes, más líneas marcadas, más músculos de los que deberían estar permitidos por ley. La tinta se extiende por el pecho y baja por los brazos formando intrincados patrones que atraen mi mirada hacia todos y cada uno de los músculos, definidos a la perfección. Una estela de vello oscuro le recorre los abdominales hasta desaparecer a la altura de la cadera, bajo la cinturilla de los vaqueros.

Y tiene una taza de café en la mano.

Para mí.

Se me olvida respirar.

Y es entonces cuando caigo en la cuenta de otra cosa aterradora y una nueva oleada de calor me sube a la cara.

Estoy casi desnuda.

La bata que me he puesto…

Ni siquiera me la he atado.

Está ahí colgando, abierta por completo, porque siempre pierdo los puñeteros cordones. ¿Por qué? ¿Por qué no los cosen a la propia bata? La tela sedosa se abre y deja al descubierto demasiado. Además, tengo pelos de recién salida de la cama, resaca y estoy cero preparada para enfrentarme a un momento así.

Callahan baja la mirada solo un instante antes de apartarla. Emito un sonido ahogado, me sujeto la bata con una mano y me doy la vuelta.

—¡Perdón! —digo casi a gritos mientras vuelvo a mi dormitorio.

Cierro la puerta con brusquedad y me apoyo en ella con el pulso acelerado.

«¿Qué está pasando?».

Me obligo a respirar, cuento hasta cinco y luego me acerco dando tumbos a la cómoda. Cojo unas cuantas prendas de verdad, me pongo un chándal y, lo más importante de todo, unas bragas.

Porque, por lo que se ve, necesito contener cierta humedad.

Me armo de valor y vuelvo a la cocina. Aunque ahora estoy más vestida, sigo sin sentirme emocionalmente preparada para esto. Las tablas desgastadas del suelo protestan bajo mi peso y anuncian mi regreso.

Callahan levanta la mirada hacia mí cuando entro.

—No quería asustarte —dice, y su voz grave retumba en el aire tranquilo de la mañana.

Sacudo la mano para quitarle hierro al asunto, todavía aturullada.

—Eh, no pasa nada. Me resulta de lo más normal despertarme y que haya un hombre medio desnudo en mi cocina. —Las palabras me salen en un tono más agudo del que pretendía y delatan mi nerviosismo.

Las comisuras de la boca se le curvan un poco hacia arriba, como si estuviera intentando reprimir una carcajada.

—Supongo que tu definición de «normal» y la mía son muy distintas.

Amusgo los ojos, pero él me pasa la taza sin inmutarse. Noto el calor del café en las manos y su intenso aroma flota hasta mí para tentarme.

Farfullo «Gracias» antes de beber un sorbo.

Nos sentamos a la mesa y hay unos platos con un desayuno de verdad delante de nosotros. Huevos, beicon, tostadas. Huele de maravilla. El vapor se eleva de la comida, cocinada a la perfección, y se me hace la boca agua.

Miro a Cal.

—Esto, eh… ¿Qué pasó anoche?

Se recuesta contra el respaldo de la silla y bebe un sorbo de café.

—Te pillaste un pedo. Amanda me obligó a sentarme a tu lado en el banco. Estuviste a punto de perder el conocimiento en el restaurante. Te traje a casa.

Me quedo de piedra.

—¿Me trajiste a casa?

Asiente y vuelve a beber, como si lo que acaba de decir no tuviera importancia.

—Ni de coña iba a dejar que te montaras en el coche de un desconocido.

Dejo la taza en la mesa con demasiada fuerza y derramo un poco de café por el borde.

—Espera. ¿Intenté meterme en el coche de un desconocido?

Se le crispan los labios, como si estuviera conteniendo la risa.

—No, me refería a un taxi.

Exhalo con aire dramático y me llevo una mano al pecho.

—Por Dios, Callahan, la próxima vez acláralo antes. Pensaba que te referías a que estuvieron a punto de secuestrarme.

Toma otro sorbo de café y el fantasma de una sonrisa le asoma a los labios.

—No mientras yo esté al acecho.

Pongo los ojos en blanco, pero algo cálido y ridículo se me esparce por el pecho.

Cal no tenía por qué hacer nada de todo esto. Podría haberme metido en un taxi, haberse lavado las manos y haber dejado que me las apañara yo sola con mis malas decisiones.

Pero no lo hizo.

Al contrario, me trajo él mismo a casa.

Se aseguró de que no me pasara nada.

Se quedó en mi apartamento para cuidarme.

Porque él es así.

Protector.

Inquebrantable.

Estable.

Y lo peor de todo…

Es que eso me encanta.

—Ha sido… todo un detalle por tu parte —murmuro mientras recorro el borde de la taza con un dedo—. Siento haberte fastidiado la noche.

Se encoge de hombros.

—No me fastidiaste nada.

Pincho los huevos con el tenedor, víctima de un extraño y repentino ataque de timidez. La yema amarilla se rompe y se extiende por el plato.

—¿Dónde…? ¿Dónde está tu camisa?

—En remojo. Me he manchado mientras cocinaba. No quería que me quedara marca.

Asiento despacio.

—Ah.

—¿Te incomoda? —pregunta con una ceja arqueada y la voz teñida de diversión.

A mi cerebro no le da tiempo a detener a mi boca, así que, como una idiota de tres pares de cojones, suelto:

—Qué va, lo prefiero así.

Silencio.

Parpadeo.

Callahan parpadea.

Entonces me doy una palmada en la frente y dejo escapar un gruñido que retumba en mi pequeña cocina.

—Por favor, no me hagas ni caso.

La situación cada vez le hace más gracia.

—Entendido.

Me lleno la boca de beicon para no volver a hablar jamás. El sabor crujiente y salado me explota en la lengua y me distrae un instante de la vergüenza que siento.

Trago y empujo los huevos de un lado a otro en el plato mientras intento reunir el valor necesario para hacer la pregunta que me ha estado carcomiendo desde que salí de mi habitación y me lo encontré en la cocina, medio desnudo y guapísimo.

—Oye… Eh… —empiezo, y siento que se me enrojece la cara—. Anoche…, ¿pasó algo?

Se queda paralizado con el tenedor a medio camino de la boca y, luego, lo baja despacio. El metal tintinea con suavidad contra el

plato en el silencio fulminante.

Me mira un segundo de más.

—¿Tú qué crees? —pregunta en un tono cuidadosamente neutral.

Entonces se echa hacia delante, apoya los antebrazos en la mesa y… Me cago en la leche. Tendría que estar pensando en sus palabras, en las implicaciones de lo que me está preguntando. En cambio, el cerebro me cortocircuita, porque tengo sus tatuajes a plena vista.

Varias bandas de tinta gruesas le serpentean por los brazos, fuertes y venosos, diseños de color negro y gris grabados en la piel, intensos e intrincados. Nunca los había visto tan de cerca. No había contemplado cómo le envuelven los músculos y cambian con cada movimiento sutil. Uno de los dibujos parece una brújula; otro, una especie de insignia militar. Son detalles que no había distinguido desde la distancia.

Trago con dificultad.

—¿Tú qué crees? —repite en tono divertido.

Creo que estoy metida en un buen lío.

Vuelvo a tragar. De nuevo con dificultad.

—No lo sé.

Vuelve la sonrisa burlona.

—¿No te acuerdas?

Gimo y me tapo la cara con las dos manos.

—Cuéntamelo de una vez.

Se ríe como si fuera lo más divertido del mundo; está claro que está disfrutando de mi humillación.

—A ver… Me dijiste que olía a mantillo.

Dejo caer las manos.

—¿Que hice qué?

—Y te desnudaste delante de mí.

Me atraganto con el aire.

—¿Qué?

—Bueno, solo un poco —dice.

Es imposible no notar que se lo está pasando en grande.

Lo miro horrorizada, con la cara ardiendo de vergüenza.

Al fin cede y niega con la cabeza.

—Tranquila, Russo. No pasó nada. Llegaste a casa, te metiste en la cama y te quedaste dormida casi al instante.

Exhalo y me aprieto el pecho con una mano.

—Por Dios. No hagas eso.

—Me lo pones a huevo.

Lo miro con los ojos entornados. Cuando la tensión me desaparece de los hombros, solo me queda el latido sordo de la resaca.

—En ese caso…, ¿cómo es que te has quedado? —pregunto.

Bebo otro sorbo de café. El líquido intenso me calienta por dentro y contribuye a despejar parte de la niebla que me embota el cerebro.

Callahan se encoge de hombros, como si no fuera nada.

—No quería dejarte sola, por si vomitabas.

Me siento culpable al instante.

—Lo siento mucho. No tenías por qué hacerlo.

Ladea ligeramente la cabeza sin dejar de mirarme.

—No hace falta que te disculpes.

—Pero…

—La decisión la tomé yo —me interrumpe—. No habría hecho nada de lo que hice si no hubiera querido.

Lo miro de hito en hito mientras asimilo lo que acaba de decir.

Lo dice con tal naturalidad y firmeza que el pecho se me tensa de un modo que no acabo de entender. Su seguridad tiene algo que me intimida y que, al mismo tiempo, me resulta increíblemente atractivo.

Carraspeo; necesito cambiar de tema.

—¿Cómo te las apañaste para traerme a casa? —le pregunto antes de dejar el café sobre la mesa. La taza golpea la superficie de madera con suavidad—. Supongo que no fui capaz de darte muchas indicaciones.

—No. Estabas un poco ocupada murmurando que te apetecían unos tacos.

Gruño.

—Mátame.

—Bah —dice—. No me costó solucionarlo. Busqué tu dirección en el directorio de la empresa.

—Ah… Muy inteligente.

Se limita a encogerse de hombros. Nos sumimos en un silencio agradable y continuamos comiendo. Tengo que reconocer que el desayuno está delicioso: los huevos están muy bien cocinados; el beicon, crujiente pero no quemado; las tostadas, doradas y untadas con una fina capa de mantequilla.

—Esto está riquísimo —digo al mismo tiempo que señalo mi plato —. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

Levanta un solo hombro.

—Cuando pasas solo mucho tiempo, aprendes un par de cosas.

Me detengo con el tenedor en el aire. Lo ha dicho de una forma que me lleva a preguntarme cuánto tiempo hace que está solo. La naturalidad de su tono no oculta del todo el atisbo de soledad subyacente. Me como otro bocado, mastico despacio y, luego, dejo el tenedor en el plato.

—Creo que no te he dado las gracias como es debido por lo de ayer —digo en voz baja—. Por todo lo que pasó con Evan.

Callahan empieza a negar con la cabeza al instante.

—No tienes que darme las gracias por comportarme como un ser humano decente contigo.

Aprieto los labios y jugueteo con la servilleta.

—No sé… Yo siento que sí debo agradecértelo.

Me mira a los ojos con intensidad.

—Bueno, trabajaremos en ello.

Se me escapa un resoplido que es una risa a medias y cojo el café.

—Acabas de parecerte a Evan.

El ambiente cambia al instante.

Su expresión de guasa desaparece.

Los ojos se le oscurecen y su actitud se transforma por completo.

—No me parezco en nada a ese cabronazo —dice con una voz peligrosamente grave.

Me quedo paralizada con la taza a medio camino de los labios y, de repente, me doy cuenta de mi error.

Cal se echa un poco hacia delante.

—Él quiere «trabajar en ti» para hacerte pedazos, Izzy. Yo quiero levantarte, reforzarte. —Ladea la cabeza—. Son cosas muy distintas.

Siento que se me forma un nudo en la garganta, que me invade una emoción inesperada.

No sé qué decir.

Ni siquiera sé qué siento.

Porque tiene razón.

Callahan es todo lo que Evan no es.

Es todo lo que siempre he querido, y ni siquiera estoy segura de haberme dado cuenta hasta ahora. La idea me llega con una claridad sorprendente a través de la neblina persistente de la resaca.

Oigo que mi móvil pita al encenderse de nuevo.

Aprovecho la distracción sin perder ni un segundo, agradecida por la excusa.

—Tengo que echarles un vistazo a mis mensajes —digo, ya de pie —. Puede que Amanda esté preocupada.

Tengo que contenerme para no echar a correr hacia mi dormitorio y, cuando llego, cierro la puerta a mi espalda, como si así pudiera aislar físicamente mi humillación. Tengo la sensación de que el clic del pestillo es la única barrera que se interpone entre mi persona y una verdad a la que no estoy preparada para enfrentarme.

Desenchufo el teléfono y la pantalla comienza a iluminarse con un montón de mensajes.

AMANDA (00:37)
Estás viva?

AMANDA (00:59)
Zorra, contéstame

AMANDA (1:22)

Si no me respondes, voy a dar por hecho que Callahan
te ha asesinado con esos brazos tan ridículamente
perfectos y ha escondido el cadáver

AMANDA (2:00)
Juro por Dios que, si me despierto y tengo que
enterarme de lo que te ha pasado en las noticias…

Pongo los ojos en blanco y le envío una respuesta rápida golpeteando la pantalla a toda velocidad con los pulgares.

Estoy viva. Solo tengo una resaca de narices

La respuesta de Amanda es instantánea y el móvil me vibra en la mano.

GRACIAS A DIOS. Pensaba que iba a tener que
identificarte en una morgue

Sonrío y niego con la cabeza.
Pero, antes de responder, aparece otra notificación en la pantalla.
Un mensaje nuevo.
De Caleb.
Me quedo mirándolo un segundo de más y, a continuación, pulso sobre él con el corazón un poquito acelerado.

CALEB
Buenos días, preciosa
Has dormido bien?
Desayuna. Y, antes de que se te ocurra siquiera
pensarlo, café ≠ desayuno

Dudo.

Y luego, con el corazón desbocado y el miedo trepándome por la columna vertebral, me desplazo hacia arriba por la conversación.

Y veo todo lo que hice anoche.

Ay. Ay, no.

Tengo los mensajes justo delante.

Prácticamente le supliqué que me dijera cómo tocarme.

Le dije entre gemidos que quería tenerlo dentro de mí.

Perdí la puñetera cabeza de una forma a todas luces demasiado reveladora.

Gruño y apoyo la frente en las rodillas. La vergüenza es física, una ola de calor que me recorre de pies a cabeza.

Y entonces veo lo peor.

En medio de todo ese caos, en uno de mis momentos de mayor embriaguez, lo llamé «Cal».

El pánico se apodera de mí.

Porque la cercanía que desprende me incomoda.

Se parece demasiado al hombre real, muy real, que está justo al otro lado de la puerta de mi dormitorio recogiendo los cacharros del desayuno que me ha preparado. Al hombre que me vio borracha, vulnerable y medio desnuda, y, aun así, me trató con más respeto que mi propio novio.

Oír su voz a través de la puerta evita que me hunda más en esa espiral de pensamientos.

—¿Va todo bien ahí dentro?

Doy un pequeño respingo y el móvil se me resbala de las manos; casi tengo que cazarlo en el aire para guardármelo en el bolsillo. La

tela de los pantalones del chándal atenúa el sonido de la notificación cuando me llega otro mensaje.

—¡Sí! —respondo, y luego me aclaro la garganta—. Perdona, solo estaba tranquilizando a Amanda.

Me obligo a respirar, a calmarme de una puñetera vez, y salgo de mi habitación.

Cuando llego a la cocina, Callahan ya está aclarando los platos del desayuno y metiéndolos en el lavavajillas, como si hubiera estado aquí cientos de veces.

Como si este fuera su hogar.

Me quedo allí plantada mirándolo e intentando entender por qué me remueve entera por dentro. Él me devuelve la mirada y me da la sensación de que el suelo se tambalea un poco. Y entonces me tiende algo.

Un termo.

—¿Me has preparado café para llevar?

Se encoge de hombros.

—Me ha parecido que podrías necesitarlo.

Lo cojo y sonrío sin poder controlarme.

—Estás muy… preparado —le digo.

Asiente.

—Siempre.

Niego con la cabeza y doy un sorbo, agradecida por la distracción. El café está perfecto: lleva la cantidad justa de leche y azúcar.

—¿Te importaría llevarme a la tienda? —pregunta tras un silencio, observándome con gran atención.

Arqueo una ceja.

—¿No prefieres irte a casa?

Se encoge de hombros.

—Tienes razón. Podemos pasar primero por mi casa para que coja una camisa. —Luego, con una mirada divertida, añade—: Y así por fin podremos mantener esa reunión de seguridad que no paras de posponer.

Gruño de forma exagerada.

—No me vas a pasar ni una, ¿verdad?

—No.

Niego con la cabeza y me echo a reír. La carcajada me sienta bien después de la tensión de la mañana.

—Vale —digo mientras me meto el pelo detrás de la oreja—. Supongo que te lo debo.

Me mira como si supiera algo que yo ignoro.

Y lo peor de todo…

Es que creo que de verdad sabe algo que yo ignoro.

21

CASI ME MATO APARCANDO EN PARALELO, PERO MORIRÍA POR ELLA

Cal

Izzy se mete el pelo detrás de la oreja y me quedo paralizado.

Es un gesto minúsculo, algo que la gente hace sin darse cuenta, pero detona un recuerdo en mi cabeza.

Yo haciendo justo eso mismo anoche.

Echándole el pelo hacia atrás, sintiendo la calidez de su piel, arropándola como si fuera mía y pudiera cuidarla.

Como si ya me perteneciera.

Y lo peor ni siquiera fue eso. Lo peor fue lo que pasó después, cuando se durmió.

Cuando me quedé solo, duro como una puta piedra, deseándola con todas mis fuerzas. Sabiendo que estaba justo al otro lado de esa pared. Sabiendo lo que había hecho.

Lo que yo la había hecho hacer.

Me he pasado toda la noche en su sofá comiendo techo, atento a cada movimiento de sus sábanas, a cada ruidito, a cada exhalación.

Torturado.

Sabiendo que acababa de correrse por mí, con mis palabras, con el cuerpo tembloroso y unos gemidos que eran puro pecado. Sabiendo que estaba desnuda bajo las mantas, con la piel aún sonrojada, aún sensible tras el clímax. Tuve que machacarme la polla en la oscuridad, apretando los dientes, tragándome mis propios gemidos, solo para poder superar la noche.

Y ahora…

Ahora está aquí plantada, con la cara limpia y fresca y los labios rosados, mirándome como si el loco fuera yo.

Y lo único que quiero es volver a apartarle el pelo. Deslizarle los dedos por la mejilla. Levantarle el mentón, obligarla a mirarme como quiero que me mire. Me saco ese pensamiento de la cabeza antes de que arraigue demasiado.

—No pensarás salir así, ¿verdad? —me pregunta mientras me mira como si hubiera perdido el juicio.

—¿Así cómo?

—Con el torso al aire. —Me señala con una mano—. Estamos en marzo. En New Jersey.

Me río entre dientes y hago un gesto de negación.

—No pasa nada.

Resopla, un bufido suave y exasperado.

—Deja que al menos te busque algo. Tengo sudaderas y camisetas para que salgas del paso.

Enarco una ceja, divertido.

—Izzy, no creo que tengamos la misma talla.

Les resta importancia a mis palabras con un gesto burlón.

—Ya lo sé, pero quizá tenga alguna prenda ancha. —Y luego, casi de manera instintiva, murmura—: A ver, soy grande de por sí, así

que…

Frunzo el ceño.

—Para.

Se queda quieta y me mira sin entender.

—¿El qué?

—Eso. —Ladeo la cabeza—. Dices demasiadas cosas de ese tipo.

Cambia de postura, incómoda; está claro que la he pillado desprevenida.

—No… no quería decir…

—Me da igual lo que quisieras decir —la interrumpo—. Deja de hacerte eso a ti misma y punto.

Abre un poco los labios, como si quisiera decir algo, pero, al final, cierra la boca y se mete a toda prisa en su dormitorio. La puerta se cierra con suavidad detrás de ella.

Exhalo y me paso una mano por el cabello. Izzy no se ve a sí misma como debería. Y eso me cabrea más de lo que debería.

Un minuto después vuelve a salir con una camiseta negra en la mano. La tela parece desgastada por el uso, pero ya veo, incluso desde aquí, que me va a quedar pequeña.

—Eh… —dice con aire vacilante—. Supongo que no querrás ponértela cuando te lo diga, pero… es de Evan. ¿Crees que te quedará bien?

La miro de hito en hito durante al menos dos segundos antes de romper a reír.

A reír de verdad.

Izzy resopla y me fulmina con la mirada.

—¿Qué?

Niego con la cabeza.

—Que es obvio que no tengo la misma talla que ese tío.

Se cruza de brazos.

—Hace ejercicio.

Le lanzo una mirada asesina.

Ella suspira y dice:

—Vale, muy bien. ¿Qué diferencia hay?

Me apoyo en la encimera. La piedra fría me presiona la parte baja de la espalda.

—Los hombres como él levantan pesas para verse los brazos grandes en el espejo. Los hombres como yo levantamos pesas para poder cargar con un hombre adulto sobre los hombros mientras corremos cuesta arriba bajo fuego enemigo.

Parpadea, a todas luces sorprendida.

Luego se ríe con desdén.

—Sí, venga, supersoldado. Seguro que eres capaz de… ir por ahí cargado con una persona, por supuesto.

Ladeo la cabeza y la observo con atención. Me doy cuenta de que duda de verdad, y pienso solucionarlo.

—¿Evan te ha cogido alguna vez?

Se queda parada con el termo de café delante de la boca.

—¿Qué?

Arqueo una ceja.

—Ya me has oído.

Se ríe y niega con la cabeza.

—No, obviamente no.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros y una sombra le cruza el rostro.

—Porque soy demasiado grande.

Frunzo el ceño, cabreado al instante. Es la segunda vez en cinco minutos que se refiere a sí misma como «grande», considerándolo algún tipo de defecto.

—Que no.

Resopla y pone cara de hartura.

—Sí, Cal. Peso demasiado.

La miro de hito en hito.

—No, no pesas demasiado.

—Sí —insiste, y percibo un ligero cambio en su voz, como si estuviera repitiendo algo que ha oído muchas veces—. Evan dice…

Siento una punzada de pura ira.

—Ah, bueno, si lo dice Evan, debe de ser cierto —digo con voz monótona.

Vacila; con un gesto inconsciente, se lleva los dedos al costado, donde se le pega la camiseta.

—Es que… he cogido mucho peso últimamente, ¿vale? Casi quince kilos en los tres últimos años. Peso más de lo que aparento.

Noto que, dentro de mí, algo dice basta.

Se acabó.

Sin darle tiempo a decir una sola palabra más, me acerco a ella, me agacho y la agarro por esos muslos tan bonitos y jugosos que tiene.

Chilla y el ruido retumba en la diminuta cocina.

Y entonces me la echo al hombro sin tener que hacer ningún tipo de esfuerzo.

Ahora grita con todas sus ganas.

—¡CALLAHAN!

Saboreo la sensación de tenerla entre los brazos. Es todo calor y carne mullida, sus muslos ceden con facilidad a la presión de mis dedos. Las curvas que al gilipollas del mundo financiero le resultan tan problemáticas… son perfectas para mis manos.

No para de retorcerse y me la está poniendo dura.

La sujeto con más fuerza cuando empieza a sacudir los pies; se ríe, pero también está muerta de miedo. Me pone las manos en la espalda, estirando los dedos sobre los músculos.

—¡Bájame! —grita.

—No hasta que admitas que no pesas demasiado —digo, y la agarro mejor sin dejar de disfrutar de su tacto en los brazos, de cómo se amolda a mí. Del hecho de que me llene las manos con las caderas, de la suavidad de sus muslos sobre mi hombro. Dios, es perfecta.

—¡Callahan! —protesta, y patalea de nuevo—. ¡Bájame, psicópata!

—Admítelo.

—No peso… ¡Esto es ridículo!

—Puedo tenerte así todo el día —le digo, sonriendo junto a su cadera—. De hecho, si no lo reconoces pronto, a lo mejor empiezo a hacer sentadillas.

Resopla.

—Ni de coña.

Hago una, con su peso presionándome los hombros, y me levanto al instante. Tiene un cuerpo macizo en el mejor sentido posible, todo curvas suaves y calidez, pero ni de lejos tan pesado como ella cree.

—¡POR DIOS, CALLAHAN! —chilla.

Hago otra sentadilla.

Y otra.

Y otra.

Me agarra la espalda, se aferra a mí como si le fuera la vida en ello, me clava las uñas. El ligero escozor no hace más que aumentar la satisfacción.

—¡PARA! —grita, ahora riéndose.

—No hasta que lo digas.

—¡No puedo respirar!

Dejo escapar una risita y la levanto sin esfuerzo una vez más.

—No es mi problema.

Suelta un gruñido teatral.

—Te odio.

—Reconócelo, Russo.

Se retuerce, se sacude, hace un último y patético intento por resistirse…

Y entonces, por fin, ¡por fin!, gime en tono de derrota:

—¡VALE! ¡No peso tanto! ¡Me has levantado con facilidad!

Sonrío como un puñetero idiota.

—¿Lo ves? —digo mientras la bajo despacio sin dejar de rozarnos hasta el último momento. Me aseguro de sentir cada centímetro de su cuerpo pegado al mío antes de soltarla en el suelo—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Aterriza con firmeza, jadeando, con la cara sonrojada y los ojos abiertos como platos. El pecho se le agita con cada respiración y tiene el pelo algo despeinado a causa del mal trago.

Imagino que hará algún comentario ingenioso.

Sin embargo, se limita a mirarme con los labios entreabiertos.

Y me doy cuenta… de que acabo de romperle los esquemas.

Bien.

Me da un empujón en el pecho.

—Eres un plasta.

La veo luchar por recuperar la compostura. Sigue teniendo las mejillas sonrosadas, la mirada algo aturdida.

—No pesas demasiado —repito, esta vez con más suavidad—. Y, desde luego, no eres demasiado grande. Para mí no.

Se muerde el labio.

Y sé que acabo de desconcertarla de un modo que no se esperaba. Tres años con un hombre que no para de decirle que es demasiado grande, demasiado pesada, y llego yo y la levanto como si fuera una pluma, como si su cuerpo fuera justo lo que quiero. Porque lo es.

Abre la boca.

Y la cierra de golpe.

Y, por supuesto, me doy cuenta de que baja la mirada, solo un segundo, antes de refrenarse.

—Bueno… —dice tras carraspear—, te cae mal de verdad, ¿eh?

—No es que me caiga mal —digo mientras la observo con atención.

Arquea una ceja.

—¿En serio?

Niego con la cabeza.

—No tiene que ver con él. Tiene que ver con lo que te hace a ti.

Eso la pilla por sorpresa.

Me mira con una expresión esforzadamente serena, pero me veo venir la pregunta incluso antes de que hable.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te importa a ti eso?

Me importa porque tú me perteneces.

Porque nadie trata así a mi mujer.

Porque, si fueras mía, jamás dudarías de tu valía ni tan siquiera un segundo.

Porque veo cómo te estremeces cuando alguien hace algún comentario sobre tu cuerpo, cómo dudas antes de llevarte la comida a la boca, cómo intentas hacerte más pequeña cuando deberías ocupar todo el espacio que te dé la gana.

Me trago las palabras.

Estoy forzando demasiado las cosas, voy demasiado rápido.

Así que me limito a encogerme de hombros y digo:

—Te mereces algo mejor. Nada más.

Le noto la decepción en la mirada y me guardo la señal para reflexionar sobre ella más tarde.

—¿De verdad no vas a ponerte una camiseta? —pregunta con los ojos entornados.

—He pasado por cosas peores.

Gruñe.

—Es que no se puede ir más de tipo duro por la vida.

Me río entre dientes y me alejo de la encimera.

—No. Voy de hombre. Vámonos.

Salimos al aire de marzo y, sí, hace frío. El viento procedente del río Hudson se me mete en el cuerpo, pero me niego a demostrarlo. No es la hostia de insoportable, pero sí hasta el punto de que Izzy no me quite ojo.

Me está juzgando.

Se cruza de brazos y me mira con una expresión astuta. Su aliento forma nubecitas en el aire frío.

—Venga, dilo.

Niega con la cabeza.

—No, no. Tienes razón. Eres muy hombre. Muy masculino. No tienes nada de frío.

Me echo a reír.

—Exacto.

Suelta un suspiro y abre el coche. Me acomodo en el asiento del copiloto y la observo mientras pone el motor en marcha. Izzy tiene un coche bueno, pero no extravagante. Un Lexus RX, elegante y refinado, cómodo, práctico y lujoso en cierto modo, pues parece caro pero no grita: «Tengo mucho dinero y cero personalidad».

Arranca, sale del complejo de apartamentos y, al cabo de diez segundos, me doy cuenta de una cosa.

Resulta que Izzy sí tiene un defecto.

Y ese defecto es conducir.

Hostia puta.

Me agarro a la manija del techo intentando aparentar indiferencia, pero, por dentro, me estoy cuestionando todas y cada una de las decisiones vitales que me han traído hasta este momento.

Acelera demasiado rápido y luego, sin dar ningún tipo de aviso, pisa el freno con todas sus fuerzas y salgo disparado hacia delante, como si acabáramos de aplastar una mina. El cinturón de seguridad se bloquea y se me clava en el pecho desnudo.

Luego, por si aún me quedaba alguna duda, se cruza por delante de un Toyota sin molestarse siquiera en mirarlo. El otro conductor pita y el estruendo del claxon resuena en el tráfico matutino.

—Izzy.

—¿Qué? —dice tan tranquila.

—Has estado a punto de matar a ese tipo.

Hace un gesto vago con la mano.

—No le ha pasado nada.

Cambia de carril.

Sin poner el intermitente.

Inhalo de golpe.

He estado en zonas de guerra que me parecían menos peligrosas que esto.

Nos acercamos a un semáforo en rojo y me preparo para el impacto. El instinto me obliga a tensar los músculos.

Por supuesto: frenazo brusco.

Me aferro a la manija aún con más fuerza.

—Por Dios, Russo —murmuro entre dientes.

Se ríe, ajena al absoluto terror que me está haciendo pasar.

—Mira que eres exagerado.

No contesto. Estoy demasiado ocupado intentando predecir mi propia muerte.

—Gira ahí a la derecha —digo al mismo tiempo que señalo una calle situada un poco más adelante.

No gira. El cruce desaparece a nuestras espaldas mientras sigue circulando en línea recta.

—O… no —murmuro.

—¿Adónde se supone que voy? —pregunta, mirándome a mí en lugar de a la carretera.

—Eh…, a mi apartamento.

—Ya, eso ya lo sé, genio, pero ¿por dónde?

Me froto las sienes.

—Por aquí a la izquierda.

Acelera. El motor ruge mientras aumenta la velocidad abriéndose paso entre el tráfico.

—Izzy.

—¡Que ya lo sé! —dice, molesta.

A duras penas consigue tomar la curva, pega las ruedas al bordillo demasiado para mi gusto. Los neumáticos chirrían contra el asfalto.

—Vale, ¿qué tal un poquito menos de confianza? —digo en voz baja.

Resopla.

Respiro hondo para sobrellevar la inminente sensación de fatalidad. El túnel Lincoln asoma ante nosotros, la entrada que nos lleva de vuelta a Manhattan desde New Jersey. El paso subterráneo me parece una metáfora muy adecuada: estamos descendiendo al infierno de manera casi literal.

No obstante, a pesar de todo esto, decido que es un defecto que puedo pasar por alto.

Porque, algún día, cuando sea mía, será mi princesita pasajera.

No tendrá que aferrar el volante hasta clavárselo en las manos ni fingir que sabe circular entre el tráfico de Manhattan.

No, estará justo donde debe estar.

A mi lado.

Con los pies sobre el salpicadero, mirándome con esa sonrisilla arrogante, sabedora de que siempre la llevaré adondequiera que tengamos que ir.

Una mano en el volante y la otra… encima de ella.

Acariciándole los muslos que acabo de agarrarle hace un rato, recorriéndole la piel suave con los dedos, sintiéndola relajarse bajo mi tacto. Pasándole la palma por todas y cada una de las curvas de

las que ese imbécil ha hecho que se avergüence, apreciando todos los valles y las elevaciones de su cuerpo de una forma en la que él nunca ha sido capaz de hacerlo.

Yo la cuidaré.

La mantendré a salvo.

No tendrá que volver a preocuparse jamás por saltarse los semáforos en rojo ni por cortarle el paso a conductores de Toyota inocentes.

Porque será mía.

Hasta entonces…

Tendré que sobrevivir.

Por fin se detiene ante mi edificio con un frenazo tan brusco que tengo que apoyar una mano en el salpicadero para sujetarme. Los neumáticos chirrían de nuevo.

Exhalo despacio mientras intento que mi pulso recupere la normalidad. La adrenalina va desvaneciéndose poco a poco y me noto algo mareado.

Se vuelve hacia mí con el rostro sereno, sin ser en absoluto consciente de la experiencia cercana a la muerte a la que acaba de someterme. Los ojos le brillan de satisfacción, como si de verdad pensara que lo ha hecho bien.

—¿Ves? Has llegado hasta aquí de una pieza.

La miro y luego me miro los nudillos, aún blancos mientras me aprieto el muslo.

—Sí —digo con ironía al mismo tiempo que me desabrocho el cinturón de seguridad—. Voy a por una camisa y nos vemos en la tienda para repasar el informe.

Una sombra de decepción le cruza el rostro y la sonrisa le desaparece de los labios.

Luego, a toda prisa, reconduce su expresión.

—¿Querías… subir o qué? —le pregunto con una ceja enarcada.

Se le agrandan los ojos.

—¡Uy! Ah, no. A ver, no quería decir… Solo es que… Tal vez no sea muy apropiado, ¿no?

Cómo disfruto con estas cosas.

—¿Que no sería muy apropiado? —pregunto en tono burlón—. He dormido en tu casa. Lo inapropiado ya no nos afecta.

Gime y se tapa la cara.

—Por Dios, Callahan.

Me río por lo bajo, levanto la vista y veo un hueco libre.

—Ahí. —Señalo con la cabeza—. Aparca en ese sitio.

Tensa los dedos sobre el volante.

Y entonces me doy cuenta.

Uf, no.

No sabe aparcar en paralelo.

Se acerca y observa el hueco con inquietud.

—Estás entrando en pánico —le digo.

—No, estoy elaborando una estrategia.

Me doy cuenta de que empieza a dar marcha atrás en el peor ángulo posible. El coche se dirige hacia el bordillo en una trayectoria que no tiene ningún sentido matemático.

—Gira el volante —le digo.

No hace nada.

—Más. Hacia el otro lado.

Sigue sin hacer nada.

—Vale, para. Ve hacia delante.

Va hacia atrás.

—Madre mía.

Al final, con mi ayuda, consigue meter el coche en el hueco, aunque le supone un esfuerzo enorme y aguantar que el tipo que espera detrás de nosotros le pite con agresividad.

Se ríe cuando tira del freno de mano.

—Vale, tienes razón, se me da fatal conducir.

—Eres un peligro —le digo.

—Soy la última de cuatro hermanos, mis padres estaban demasiado cansados para enseñarme a conducir. Se limitaron a darme las llaves y rezar.

Niego con la cabeza; me alivia que al menos sea consciente de ello. El coche al fin se detiene, pero el motor continúa emitiendo ruiditos mientras se enfría.

—Si quieres, podemos ir a practicar a las fueras algún día —propongo.

—¿Una clase de conducir contigo? Uf, suena a entrenamiento militar. ¿Tengo que llamarte señor?

Una imagen muy inapropiada me inunda la cabeza.

Me aclaro la garganta.

—Vamos.

Cuando estiro la mano hacia la manija de la puerta, Izzy da un respingo repentino, como si acabara de acordarse de algo.

—¡Espera! Antes de que te vayas…

Se vuelve en el asiento, se inclina hacia la guantera y la abre con torpeza. Rebusca en su interior, apartando papeles, recibos y lo que

parecen varios paquetitos de kétchup que crujen mientras hurga entre ellos.

—¿Dónde está, dónde está…? —murmura con el ceño fruncido en señal de concentración.

—¿Qué estás buscando? —pregunto al ver que se pone cada vez más nerviosa.

—¡Ah! ¡Ya está!

Saca una especie de colgante azul y lo sujeta con aire triunfal en la mano. Lo reconozco al instante: es el rosario del que me habló anoche. El rosario de su *nonna*.

—Me he acordado de lo que te dije —continúa, un poco avergonzada—. Lo de la máquina de la muerte.

Me lo tiende; las cuentas azules reflejan la luz del sol. Están desgastadas por algunos sitios, parece un objeto muy usado y querido. El crucifijo de plata que cuelga al final es pequeño, pero brilla como si lo hubieran pulido con regularidad.

—Izzy… —empiezo, de verdad sorprendido de que recuerde la conversación, y más aún de que quiera acatarla.

—Sé que es una tontería —dice enseguida, y se encoge de hombros, como para quitarle hierro al asunto—. Pero Nonna confía plenamente en él. Está convencida de que es lo que me mantuvo con vida durante mis años de conducción adolescente y, la verdad, puede que incluso fuera un milagro.

Miro los dedos con los que lo sujeta y me fijo en la naturalidad con la que me lo ofrece, como si no me estuviera entregando algo a todas luces precioso.

—No puedo aceptarlo —digo, y niego con la cabeza.

Ella lo empuja hacia mí con más insistencia.

—Claro que sí. Toma.

Miro de reojo el salpicadero contra el que he estado a punto de estamparme por culpa suya hace unos minutos y vuelvo a mirarla a ella.

—Después de haber sido testigo de primera mano de tu forma de conducir…, creo que necesitas más protección divina que yo.

Ahoga un grito de supuesta indignación.

—¡Mi conducción es… creativa!

—¿Así quieres que la describamos? —me burlo—. Estoy bastante seguro de que «mortífera» es más preciso.

Se ríe, pero sigue tendiéndome el rosario.

—Venga, Cal. Tu moto es mucho más peligrosa que mi forma de conducir.

Arqueo una ceja.

—Soy un profesional formado. Tú conduces como si estuvieras jugando al *Grand Theft Auto*.

Me da un palmotazo en el brazo con la mano libre.

—¡No es verdad!

—Sí que lo es. Te has llevado el bordillo por delante al tomar la última curva.

—¡Estaba ahí en medio!

No puedo evitar echarme a reír e Izzy hace lo mismo, con el rosario aún en la mano. Al cabo de unos instantes, lo agarro, pero, en lugar de quitárselo, le cierro los dedos con suavidad alrededor. Siento la calidez de su piel bajo la mía.

—Quédatelo —le digo en un tono más suave pero firme—. Yo me arriesgaré en la «máquina de la muerte». Tú, en cambio, necesitas toda la ayuda posible.

Me lanza una mirada llena de enfado fingido, pero vuelve a guardar el rosario con delicadeza en la guantera.

—Vale. Pero, si mueres en un espectacular accidente de moto, en tu funeral le contaré a todo el mundo que intenté salvarte.

—Y mi fantasma te perseguirá por ello —prometo.

Nos encaminamos hacia el vestíbulo del edificio y empiezo a atraer miradas de inmediato.

La mitad de la gente o me estudia sin ningún tipo de disimulo, o me lanza vistazos rápidos e incómodos antes de fingir que ni me ha visto. Una mujer con un cochecito está a punto de chocarse contra una maceta por quedarse mirándome con la boca abierta.

Lo cual es comprensible.

Es marzo, estamos en Nueva York y yo voy caminando por la calle con el torso al aire, como si estuviéramos en plena ola de calor.

Izzy, por supuesto, se da cuenta.

Se muerde el labio y un brillo de diversión le destella en los ojos.

—Hay que reconocer que te has metido de lleno en el papel.

Le guiño un ojo.

—Te dije que no me pasaría nada.

Me lanza una mirada, divertida a su pesar. Entramos en el ascensor y las puertas se cierran detrás de nosotros con un tintineo suave.

Y, de repente, no hay nadie más.

Estamos solos.

Se recuesta contra la barandilla, se pone a mirar el móvil con aire distraído y me sorprendo examinándola centímetro a centímetro.

La garganta, desnuda y delicada.

Los labios, todavía un poco rosados, porque no para de mordérselos.

Cambio ligeramente de postura y flexiono los dedos. Poso la mano en la barandilla metálica, fría.

Porque, joder, qué ganas de tocar a esta mujer.

Me imagino acorralándola contra la esquina, agarrándola por las caderas, echándole la cabeza hacia atrás.

Me imagino inmovilizándola contra la pared fría del ascensor, la brusquedad con la que inhalaría mientras le deslizo los labios por un lado del cuello. Me imagino recorriéndole las curvas con las manos, mostrándole lo perfectamente que encaja conmigo, lo mucho que deseo hasta el último centímetro de su ser.

Exhalo despacio.

«No es el momento, Callahan».

El ascensor vuelve a tintinear y salimos. El pasillo, silencioso y desierto, se extiende ante nosotros.

Abro la puerta de mi apartamento y le hago un gesto para que entre delante de mí.

Y, ahora, Izzy Russo está en mi casa.

Y eso…

Eso es un problema.

Mira alrededor como si intentara asimilarlo todo a la vez. Es sencillo. Mobiliario minimalista. Un sofá básico, una única estantería, una mesa de cocina que no uso nunca.

Las apariencias me dan igual. Mi apartamento es funcional. Es lo único que importa. Aun así, me fijo en que se queda parada en el centro de la habitación.

—Es muy acogedor —dice.

Ahogo una risa burlona mientras cojo una camiseta limpia del armario. La tela se me desliza sobre la piel y por fin crea una barrera entre el frío que he fingido no sentir y yo.

Entonces se da la vuelta y ve la cama individual contra la pared del fondo. Frunce el ceño.

—¿De verdad… cabes ahí dentro?

Miro ese mueble en el que apenas entro entero.

Sonrío.

—La verdad es que no, pero no he sido capaz de dormir en una cama que no parezca un catre del ejército desde que lo dejé.

Asiente, pero se queda callada. Como si no supiera qué contestar a eso. Como si estuviera pensando demasiado en ello. Y no me gusta la tensión que eso me provoca en el pecho.

—Vamos —digo al mismo tiempo que cojo las llaves, que noto frías en la palma—. Podemos ir andando a la tienda y recoger tu coche a la vuelta.

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no repasamos el informe aquí?

Me detengo.

Sí, pienso inmediatamente.

¿Tenerla en mi apartamento?

Sí.

¿Impregnando mis muebles con su aroma y llenando mi espacio con su voz?

Sí.

Pero, al mismo tiempo, no.

Porque estar a solas con ella aquí dentro el tiempo que sea me va a dar ganas de hacer cosas que no debería hacer.

Me mira mientras espera mi respuesta. Tiene los ojos expectantes, curiosos.

Me obligo a encogerme de hombros para aparentar indiferencia.

—Sí —digo con la voz tranquila—. Perfecto. Podemos revisarlo aquí.

Asiente con la cabeza, se acerca a mi cama…

Y se sienta.

Joder.

Está justo ahí.

En mi cama.

En mi espacio.

Trago con dificultad.

Esto va a ser un verdadero problema.

22

POR FAVOR, ESPERE MIENTRAS ME ACTUALIZO

Izzy

Me siento en la cama de Callahan.

En la cama en la que duerme.

Y es mucho peor de lo que pensaba. Porque huele a él. A ropa limpia, a cedro y a algo masculino para lo que no tengo nombre, pero que, si existiera, compraría sin dudarlo en forma de vela. El olor me envuelve entera, es como si el colchón hubiera absorbido su presencia.

Y él se encuentra ahí de pie, mirándome, como si hiciera un gran esfuerzo por averiguar si estamos a punto de cometer un gran error.

Me aclaro la garganta y finjo que la situación no me afecta.

—A ver, el informe de seguridad… —digo al mismo tiempo que cruzo las piernas.

La pose, que pretendía ser informal, me resulta forzada incluso a mí.

Durante un segundo parece desconcertado, como si hubiera olvidado por qué estamos aquí. Luego niega con la cabeza, saca su

móvil y empieza a buscar algo en él antes de, por fin, sentarse a mi lado.

El colchón se hunde bajo su peso. Y es entonces cuando me doy cuenta de lo pequeñísima que es esta cama. Porque, de pronto, Cal está muy cerca. Tanto que siento el calor de su cuerpo, las leves sacudidas de la cama cada vez que se mueve. Tan cerca que la respiración se me queda atrapada en la garganta medio segundo.

Saco mi tableta del bolso, porque no voy a ningún sitio sin ella, y luego clavo la mirada en la pantalla y hago como que estoy estudiando todos los números y los gráficos que tengo delante, pero en lo único en lo que puedo pensar es en lo consciente que soy de su cercanía.

En el hecho de que la anchura de sus hombros ocupa demasiado espacio.

En el hecho de que su muslo está a centímetros del mío.

En el hecho de que su olor flota en el aire.

Me obligo a concentrarme y respiro hondo, pero solo consigo que su aroma me llene aún más los pulmones.

—Vale —murmura con una voz más ronca de lo habitual—. El informe.

Pasamos los siguientes veinte minutos repasando los planes de seguridad de la tienda para la próxima temporada navideña.

Sí, estamos en marzo.

Sí, eso significa que faltan nueve meses para Navidad.

Y sí, tenemos que empezar a planificarlo ya, porque, en el mundo del comercio, esa época es básicamente una zona de guerra donde solo sobreviven los muy bien preparados. Al pensar en el caos que

se avecina se me acelera la respiración con una especie de ansiedad preventiva.

Callahan se echa hacia atrás y se apoya en un brazo, y la camiseta se le estira a la perfección sobre el pecho mientras habla de las principales preocupaciones del equipo de seguridad. La tela se le tensa sobre los músculos con cada gesto, un recordatorio de lo que me he encontrado esta mañana en mi cocina.

—La temporada navideña significa que hay más clientes, más transacciones y más robos —dice—. Tanto pequeños como organizados.

Asiento al tiempo que abro los informes de tendencias del último trimestre en mi tableta.

—Sí, el año pasado detecté un aumento en las pérdidas imputables a equipos. Sobre todo artículos de alta gama que desaparecían antes de que las cámaras captaran nada útil.

Asiente con la cabeza en un gesto de admiración.

—Exacto. Estamos hablando de bandas de ladrones profesionales. Envían a gente que se mezcla entre la multitud, trabajan en unidades coordinadas y vacían expositores enteros antes de que nadie se dé cuenta de lo que está pasando.

Levanto la vista hacia él.

—¿Crees que ya se empiezan a ver señales?

—A gran escala todavía no —contesta—. Pero sí. Creo que hay alguien tanteando el terreno. Patrones de movimiento, selección de artículos, tiempos. Es muy limpio.

A pesar del calor que hace en la habitación, siento que un escalofrío me recorre la espalda. Cruzo una pierna sobre la otra y examino los últimos análisis.

—¿Cuál es el plan, entonces?

—Por ahora, seguir observando. Registrar el tráfico peatonal repetitivo, analizar los hábitos de compra, aislar los puntos ciegos. Construir una red antes de que se den cuenta de que los tenemos calados.

Me muerdo el interior de la mejilla mientras pienso.

—No parece que se trate de unos aficionados.

—Porque no lo son —dice, y se endereza—. ¿Preparada para unas navidades infernales?

Gruño y me dejo caer hacia delante.

—Mátame, camión.

Se echa a reír y niega con la cabeza.

—Todo irá bien.

Resoplo y siento que el peso de la responsabilidad me lastra los hombros.

—Yo no lo tengo tan claro.

Me mira con una atención inquebrantable, completamente centrado en mí, mientras espera a que me explique.

Suspiro, un sonido intenso en el silencio que nos rodea.

—Es mi primera Navidad como gerente de la tienda.

Eso lo hace vacilar.

Me muerdo el labio, presa de una ansiedad repentina. Me araño la piel sensible de la zona con los dientes, un hábito nervioso que jamás he sido capaz de perder.

—Todo depende de mí. Las ventas, el personal, los dichosos escaparates. Y, si las cosas salen mal…

—No saldrán mal.

Lo dice de tal forma que me entran ganas de creerlo, pero niego con la cabeza y aparto la vista.

—No lo sé. No mencionaron muchas cosas antes de acceder al puesto. La empresa jamás me informó de nada de esto cuando era subgerente —digo, tratando de mantener la voz firme—. Y el anterior gerente de la tienda… gestionaba la información transmitiéndosela solo a quienes consideraba que necesitaban saberla y, por lo visto, yo nunca necesitaba saberla. Ahora he leído los informes. He revisado los registros de merma, he establecido los patrones, he elaborado un plan de respuesta…, pero sigo estando a la zaga. Y, si no me hubieras informado sobre estas bandas organizadas de ladrones, seguiría yendo a ciegas.

Siento una opresión en el pecho. No es pánico. No es incompetencia. Solo la presión fría y persistente de la responsabilidad que me agobia.

—Soy capaz de gestionarlo. De hecho, lo gestionaré. Pero es mucho: coordinar al personal, cubrir las ausencias, prepararlo todo para el ajetreo navideño, que es un caos incluso cuando no existe la inminente posibilidad de que haya delincuencia organizada en el edificio.

Me froto las sienes y siento las primeras punzadas de advertencia de un dolor de cabeza detrás de los ojos.

—Es solo que… son muchas responsabilidades que asumir de golpe.

Callahan se queda en silencio y, luego, se echa hacia delante y apoya los antebrazos en las rodillas. El colchón se mueve bajo su peso y nos acerca todavía más.

—No estás sola, Izzy. —Me sorprende el tono en el que lo dice, tan firme y seguro. Me mira a los ojos con decisión—. Sé que tienes la sensación de que todo esto depende solo de ti, pero no es así. Me tienes a mí.

Se me forma un nudo en la garganta. Vuelvo la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada. Noto la calidez de sus palabras en lo más profundo de mi ser.

—No sé si será suficiente —reconozco en voz más baja.

Los músculos del rostro se le tensan de forma visible.

—Sí —dice—. Porque yo sé lo que hago. ¿Y tú? Tú eres más lista que el hambre y te preocupas más que nadie por esa tienda.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, pues el cumplido me ha pillado desprevenida.

Callahan ladea la cabeza y me observa.

—El anterior gerente… era un capullo, ¿no?

Me río con desdén.

—No tienes ni idea.

Se queda callado, así que continúo y me doy cuenta de que ya no me cuesta tanto encontrar las palabras.

—Era uno de esos tipos de la vieja escuela, muy tradicional. De los que piensan que las mujeres deben ser dependientas, no gerentes. Me ocultaba cosas a propósito.

A Callahan se le ensombrece la expresión.

—Te merecías algo mejor. —Lo miro, sorprendida por lo serias que suenan sus palabras—. Lo digo en serio —insiste, y se inclina ligeramente hacia mí—. Esto se te da muy bien. Estás en el puesto que te corresponde.

Y su forma de decirlo —como si ni siquiera fuera una pregunta, como si fuera un hecho y yo estuviera loca por dudarlo— me impacta de un modo que no esperaba.

—El caso es que me da miedo fracasar —reconozco casi en un susurro.

—No vas a fracasar —dice al instante.

Dejo escapar otro suspiro tembloroso y me froto la rodilla con el pulgar.

—Es que… me he volcado de lleno en este trabajo. Si la cago, no sufriré solo yo, sino que sufrirá toda la tienda. Los empleados que confían en mí. Las…

—Es mucha presión —concluye sin dejar de observarme con detenimiento.

Asiento.

—Sí.

Guarda silencio y continúa observándome, como si estuviera intentando determinar cuánta presión estoy soportando exactamente. Luego exhala despacio.

—¿Confías en mí?

Me quedo paralizada.

Porque el tono con el que pronuncia la frase —como si fuera una pregunta real que importa de verdad— hace diana en un lugar profundo e inestable de mi ser. Me humedezco los labios y cambio de postura.

—Pues…

No deja de mirarme a los ojos en ningún momento, su rictus exige honestidad.

—¿Sí o no, Izzy?

Trago saliva mientras asimilo la pregunta.

Y entonces, en voz baja, con sinceridad, contesto:

—Sí.

—Bien —dice.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Por qué?

—Porque —dice, y se acerca lo justo para robarme el aire de los pulmones—, si confías en mí, entonces me creerás cuando te digo que estaré a tu lado y no permitiré que fracases.

—Gracias —respondo en voz baja, porque ¿qué voy a decir si no?

Las palabras me parecen demasiado pequeñas, demasiado frágiles, comparadas con la enormidad de su promesa.

Luego se echa un poco hacia atrás y su expresión cambia.

—Vale —dice en tono ligero para romper la tensión—, ¿se nos ha pasado ya el pánico o tengo que buscarte una bolsa de papel para que respires dentro?

Suelto una risa por la nariz y pongo los ojos en blanco.

—Cállate.

Su sonrisa burlona se ensancha.

—Eso es un sí.

Exhalo al mismo tiempo que niego con la cabeza.

—Vale, creo que basta de crear vínculos por trastorno de estrés postraumático navideño por una mañana.

Callahan arquea una ceja y una sonrisa divertida le asoma a los labios.

—Ah, ¿ahora se llama crear vínculos?

Pongo los ojos en blanco.

—Apego disfuncional, entonces.

Se ríe.

—Tengo la sensación de que eso vale para muchas de nuestras conversaciones.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza.

—Dios, es verdad.

—Bueno, ¿qué sueles hacer en Navidad? —pregunta para cambiar de tema.

Me encojo de hombros.

—Lo típico. Reuniones familiares grandes. Mis padres son muy católicos, así que mañana tengo que ir a la misa del Domingo de Ramos.

Enarca las cejas.

—Qué ilusionada te veo.

Gimo.

—Mira, no es que odie la iglesia, pero, cuando te crías con tres hermanos sobreprotectores y una madre que todavía te llama para recordarte que Jesús lo ve todo, es… agotador.

Callahan se ríe.

—¿Y después de la misa?

Adopto una expresión teatral de hartazgo.

—Cena familiar a lo grande. Ruidosa. Caótica. Mi *nonna* me pregunta cuándo voy a casarme, mi madre critica mi ropa, mis hermanos intentan interrogarme sobre mi vida amorosa y mi padre se limita a mirarnos con cara de sentirse ligeramente decepcionado por todos nosotros.

Callahan hace un gesto de negación.

—Parece divertido.

Lo miro sin dar crédito.

—¿Divertido?

Se encoge de hombros.

—Mejor que pasarlo solo.

Me quedo callada y ladeo la cabeza. El peso de sus palabras da a entender que lo dice por experiencia.

—¿Evan va contigo? —pregunta.

Resoplo.

—No. Mi familia y él no se llevan bien.

Callahan esboza una media sonrisa irónica.

—Vaya, no entiendo por qué.

Vuelvo a poner los ojos en blanco, pero no discuto. Porque tiene razón. Mi familia odia a Evan. Y, la verdad, no me extraña. Mis hermanos lo calaron desde el primer día, un hecho que llevo demasiado tiempo ignorando.

Intento no pensar en ello y cambio de tema.

—¿Y tú qué haces los días de fiesta?

Se encoge de hombros.

—Somos solo mi padre y yo.

Una vez más, sus palabras parecen cargar cierto peso. Tardo unos instantes en volver a hablar.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo era pequeño.

Su voz no muestra ninguna emoción. Frunzo el ceño y siento que se me tensa el pecho.

—Ah. Lo siento mucho.

Niega con la cabeza.

—Se la llevó el alcohol. Era su demonio y no intentó luchar contra él.

No sé qué contestar a eso. La crudeza de su confesión hace que me arrepienta de haber preguntado.

Carraspeo para salir del paso.

—¿Dónde vive tu padre?

—En Pensilvania —responde—. Tiene un taller de carpintería. Le gusta mantenerse ocupado.

Asiento.

—¿Lo ves a menudo?

Se encoge de hombros.

—No tanto como debería.

—¿Es religioso? —pregunto tras un silencio.

—Sí —contesta—, pero no católico.

—Bueno, la Pascua es una fiesta importante de todos modos.

Me estudia el rostro, como si estuviera intentando descifrar algo en él.

—Deberías llamarlo —digo, como restándole importancia—. Antes de Pascua. Quizá podríais hablar.

Exhala y aparta la mirada.

—Sí. Quizá.

Asiento y dejo que el silencio se alargue un momento, porque creo que es posible que se lo esté planteando de verdad. Y, no sé por qué, eso me hace sentir que he hecho algo bueno.

—Oye —digo con la intención de llevar la conversación hacia un terreno más tranquilo—, ¿qué sueles hacer para divertirte? Como te he fastidiado la noche del viernes, tengo la sensación de que debo compensártelo.

Callahan me mira con sorpresa.

—No me has fastidiado nada. Ya te lo he dicho: fui yo quien tomó la decisión de quedarse.

Pongo los ojos en blanco.

—Vale, pero, aun así, ¿qué hace Callahan para divertirse los fines de semana?

Se echa un poco hacia atrás, con un aire demasiado relajado.

—No gran cosa.

—Define «no gran cosa».

Se encoge de hombros.

—Hago ejercicio. Cocino para el resto de la semana.

Entorno los ojos.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Lo miro boquiabierta.

—¿No sales? ¿No bebes? ¿No te diviertes un poco?

Noto un leve cambio en su expresión y sé que acabo de meter la pata. El aire de la habitación parece enfriarse varios grados.

—La verdad es que no suelo beber —dice sin alterar la voz —.Después de lo que le pasó a mi madre…

Uy.

Mierda.

Me arrepiento al instante.

—No tendría que haber dicho eso. Lo siento mucho.

Noto que algo sutil le transforma el rostro —curiosidad, puede que preocupación—, pero desaparece con la misma rapidez con la que ha llegado.

—Te disculpas mucho, ¿lo sabes?

Aprieto los labios.

—Sí, bueno, me…

Ladea la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Cómo que «por qué»?

—Pides perdón como si fuera un reflejo —dice sin quitarme ojo—. Como si creyeras que estás obligada a hacerlo. Incluso cuando no has hecho nada mal.

Abro la boca. La cierro.

Suelto un bufido.

—Dios, últimamente, estáis todos empeñados en mejorar mi autoestima.

—No se me ocurre por qué —responde con ironía.

Resoplo y niego con la cabeza.

—Primero Amanda, luego tú, después Caleb.

Callahan frunce el ceño.

—¿Quién es Caleb?

Me quedo de piedra.

Joder.

Piensa. ¡Piensa!

Me humedezco los labios; de repente, los latidos del corazón me retumban en los oídos.

—Eh… Es mi terapeuta.

Lo he clavado.

Callahan asiente, en apariencia satisfecho.

—Eso está bien. ¿Te está ayudando?

—¿Eh?

—La terapia. ¿Te está resultando útil?

Cambio de postura, presa del pánico.

—Ah. Sí. Muchísimo.

Me escudriña como si estuviera intentando adivinar si miento.

Cosa que, en sentido estricto, no estoy haciendo.

Porque Caleb es una especie de terapeuta.

Un terapeuta que ayer por la noche me hizo correrme estando borracha —lo cual debe de ser una tremenda violación de la ética médico-paciente o lo que sea—, pero Callahan no tiene por qué saberlo. Me aclaro la garganta.

—Bueno, eh…

Mi móvil vibra y el ruido discuerda con el silencioso apartamento.

Bajo la mirada y hago una mueca.

Evan.

Uf.

Callahan se da cuenta al instante.

—¿Es Evan?

Asiento y me muerdo el labio.

Dudo, estoy a punto de rechazar la llamada, pero entonces miro a Callahan.

—Perdona —murmuro—. ¿Te importa?

Me observa con atención y se sienta un poco más erguido. El colchón se mueve debajo de ambos.

—Sí, me importa. No me gusta la idea de que vayas a volver a dirigirle la palabra a ese imbécil.

Inhalo de golpe a causa de la naturalidad con la que lo dice. Como si fuera un hecho cualquiera, como si fuera de lo más normal soltar algo tan posesivo en una conversación como esta. Como si llevara tiempo pensándolo.

—Pero debes tomar tus propias decisiones —añade mientras vuelve a recostarse y se cruza de brazos—. Contéstale. O no. Pero no te sientas obligada a hacerlo.

Lo miro de hito en hito, con el teléfono aún vibrándome en la mano.

Y, por primera vez en mi vida, dudo antes de responder a una llamada de Evan. Pero me puede la ansiedad y, en cuanto contesto, su voz estalla a través del altavoz:

—¿ESTÁS DE COÑA, IZZY?

Me sobresalto, me aparto el teléfono un poco del oído y me levanto para intentar poner algo de distancia entre Callahan y lo que estoy a punto de hacer.

—Evan…

—No me has devuelto las llamadas. Has pasado totalmente de mí. ¿Te has parado a pensar en cómo me hace sentir eso?

Cierro los ojos y exhalo despacio. Allá vamos.

—No he pasado de ti —digo con la voz firme—. Es solo que…

—¡Ayer te saltaste la cita! —me espeta—. Así que tuve que reprogramarla para esta mañana, pero ¿adivina qué? ¡Tampoco les has contestado al teléfono a ellos!

Me froto la sien y miro a Callahan de reojo.

Aún recostado con los brazos cruzados, sigue mis reacciones con la mirada, evalúa cada mueca de apuro, cada gesto de incomodidad.

Intento actuar con indiferencia. Trago y me fuerzo a centrarme.

—Evan, yo…

—Voy para tu casa —me interrumpe—. Vamos a acudir a esa cita. Se acabaron las excusas.

—No… no estoy en casa ahora mismo.

Se queda callado un instante.

—¿Dónde estás?

Aprieto el teléfono con un poco más de fuerza y la funda de plástico se me clava en la palma de la mano.

—En la tienda. Tenía que acabar unas cosas del trabajo.

Silencio.

Luego, en tono seco, me dice:

—Bien. Voy a buscarte. Iremos juntos a la cita. Creo que llegaremos antes de que cierren.

Me vuelvo para mirar a Callahan. No se ha movido, pero tiene algo distinto en los ojos. Algo peligroso. Está enfadado por mí y, por alguna extraña razón, eso me da la confianza necesaria para enfadarme por mí misma.

Vuelvo a concentrarme en el teléfono.

—No.

Evan resopla.

—¿Cómo que no?

—No puedo —digo, esta vez con la voz más firme—. Tengo cosas que hacer en el trabajo.

—Solo estoy intentando ayudarte, Izzy.

Ahí está.

La luz de gas

La manipulación sutil.

—¿Por qué eres tan cabezota? —insiste.

Cierro los ojos. Me calmo.

—Tengo cosas que hacer en el trabajo —repito mientras vuelvo a mirar a Callahan.

Y entonces, de pronto, siento que se me rompe algo por dentro. No sé qué lo provoca. Tal vez sea que la expresión de Callahan se endurece más con cada palabra que Evan pronuncia, o que la idea de volver a estar cerca de mi novio me da náuseas, o el hecho de que llevo demasiado tiempo defendiéndome de este hombre.

Sea como sea, las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

—Y, además, no quiero acudir a esa cita.

Silencio.

Exhalo, tengo el pulso acelerado.

—Porque no tengo ningún problema de peso.

Evan gruñe y suelta:

—Soy incapaz de hablar contigo cuando te pones así.

Y me cuelga. Me quedo mirando el móvil, el pecho me sube y me baja a toda prisa.

No sé si quiero reír o gritar.

Lo único que sé es que Callahan sigue mirándome.

Y que no sé qué diablos está pensando.

23

TIENE NOVIO; TAMBIÉN TIENE MI BOCA EN LA SUYA

Cal

Al principio, Izzy habla con una voz tranquila.

Está intentando que Evan se calme, intentando manejarlo como debe de haber hecho miles de veces.

Y lo odio.

No soporto la forma en la que activa inmediatamente el modo control de daños. Como si los sentimientos de ese tipo importaran más que los de ella. Como si tuviera que dar explicaciones por algo que no debería necesitarlas.

Y entonces lo oigo.

La luz de gas.

Ella me mira.

Me mira a los ojos cuando le dice a Evan que no puede ir a la cita. Me sostiene la mirada mientras lo repite. La determinación le oscurece el marrón chocolate de los iris, las pestañas le revolotean con cada parpadeo.

Y entonces lo dice.

Que no quiere acudir a la cita.

Una satisfacción intensa se me enciende en el pecho. No está evitándola sin más. La está rechazando. Porque no tiene ningún problema de peso. Porque su cuerpo no tiene nada de malo.

Y, cuando Evan resopla, cuando murmura que es incapaz de hablar con ella cuando se pone así y le cuelga, me entran unas ganas de pegar a alguien que no había sentido en toda mi vida.

Izzy se queda mirando el móvil como si todavía estuviera procesando lo que acaba de ocurrir. Con el pulgar algo tembloroso sobre la pantalla.

Y, mientras la observo, siento que una compleja mezcla de emociones me brota en el pecho.

Orgullo.

Satisfacción.

Pero también rabia.

Una furia protectora.

Porque la verdad es que no tendría que haberse visto obligada a decirle nada de eso.

Expulso el aire de los pulmones.

—Ya era hora de que se lo dijeras.

Parpadea, sobresaltada por mis palabras.

Abre la boca como si fuera a protestar, pero luego vuelve a cerrarla.

Porque sabe que tengo razón.

Sigue mirando el teléfono un rato más, con el pulgar suspendido sobre la pantalla, como si fuera a cambiar de opinión.

Pero no.

Al contrario: exhala despacio y lo deja sobre la mesita de noche. Al golpear la madera, el móvil hace un ruido sordo que retumba en

el silencio del apartamento.

La observo mientras espero la inevitable disculpa.

Pero, por una vez, no pide perdón.

No se apresura a dar explicaciones.

No intenta suavizarle el golpe a Evan.

Una satisfacción primitiva me invade lo más profundo de las entrañas, algo que susurra: «Buena chica».

Alejo ese pensamiento y carraspeo. El sonido rompe el silencio.

—Es la primera vez que le has plantado cara, ¿verdad?

Aprieta los labios.

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

Ladea la cabeza, como si se lo estuviera planteando de verdad. Las ondas oscuras del pelo le caen sobre el hombro y reflejan la luz ambarina que entra por la ventana.

Después me mira.

—Rara.

—¿Rara en el buen sentido?

Suspira y se mete el pelo detrás de la oreja.

—No lo sé. Quizá.

La forma en la que se pasa los dedos por el cabello me cautiva de una manera que debería ignorar. El movimiento delicado de la muñeca, el ligero arco del cuello.

Pero no la ignoro.

No ignoro el recuerdo de haberla visto con la bata abierta, de la curva de la clavícula que la tela dejaba expuesta.

No ignoro el recuerdo de sus muslos sobre mis hombros cuando la he levantado, tan maleables que se me hace la boca agua. No

ignoro la mirada que me está lanzando ahora, con una expresión cautelosa e incierta, pero, aun así, magnética. Me echo hacia delante y ladeo la cabeza. El colchón cruje bajo mi peso cuando me acerco más.

Y entonces, sin poder contenerme, lo digo.

—Te gusta que te cuiden, ¿verdad?

Abre más los ojos, sorprendida. Un rubor se le extiende por las mejillas y se las tiñe de un color rosa pálido. Estiro la mano y le rodeo la muñeca suavemente. Tiro de ella de nuevo hacia la cama, pero apenas tengo que esforzarme. Se deja caer a mi lado sin oponer ningún tipo de resistencia.

—¿Qué?

—Te gusta que te apoyen —digo con la voz tenue pero firme, tan cerca que la siento respirar—. Que te digan que vales más de lo que crees.

Suspira y cambia de posición. La tela de los pantalones del chándal se le estira sobre los muslos.

—Pues…

—Él no te da nada de eso —murmuro.

Traga saliva, pero le cuesta. El movimiento le recorre la garganta.

Se agarra el bajo de la camiseta con fuerza y los nudillos se le ponen blancos sobre la tela de color burdeos.

La observo. Espero a que lo niegue.

A que discuta.

Pero no lo hace.

Se limita a mirarme con la respiración entrecortada, estudiándome los ojos. Y, de pronto, no sé cómo, estamos más cerca. No sé quién se mueve primero. No sé si ella se inclina hacia mí o si yo me inclino

hacia ella. Lo único que sé es que ahora su aliento me acaricia los labios, mezclado con un ligero sabor a café, y que su cuerpo irradia un calor tranquilo que me llega hasta lo más hondo.

Y entonces, sin pensarlo, sin sobreanalizarlo…

La beso.

Al principio es delicado.

Apenas el susurro de un beso.

Luego, Izzy me lo devuelve. Tiene los labios suaves, noto un ligero sabor a bálsamo labial de cereza, y, de repente, ya no es delicado. Me aferra la camiseta de algodón con el puño. Yo le pongo las manos en la cintura y la acerco más a mí, siento la curva de su cuerpo en las palmas. Se le escapa un ruidito que amortiguo con la boca, un gemido bajo que me vibra en los labios.

Y, joder, quiero más.

Intensifico el beso echándola un poco hacia atrás.

Me enreda los dedos en el pelo, su cuerpo se derrite contra el mío.

En un instante se aparta a toda prisa. El pecho le sube y le baja, respira de forma irregular, jadea con cada inhalación rápida.

—Dios, lo siento muchísimo —dice mientras se apresura a levantarse.

—No te disculpes —le pido en apenas un susurro al tiempo que trato de asimilar que ya no la tengo en los brazos.

Niega con la cabeza.

—No. Esto es… Esto es muy inapropiado. Tengo novio. Al menos, eso creo. Y me… me estoy aprovechando de lo bien que me estás tratando. Estoy vulnerable y… Mierda.

Empieza a disculparse de nuevo.

Pronuncia las palabras deprisa, sin mirarme. Tiene las mejillas sonrojadas y los labios algo hinchados tras el beso.

Entonces, antes de que pueda detenerla, huye.

Coge las llaves y el metal le tintinea en la mano mientras sale corriendo de mi apartamento y se olvida el termo en la encimera.

Me asomo a la ventana y la veo subir al coche. Intenta sacarlo de la plaza de aparcamiento tres veces, y todos y cada uno de esos intentos van acompañados del chirrido de los neumáticos sobre el asfalto. Cuando por fin lo logra, las luces traseras del Lexus desaparecen entre el caos del tráfico.

En ese momento saco el móvil y busco su señal GPS.

Está volviendo a casa.

Y yo me quedo allí recostado, con los dedos en los labios, pensando en ese puto beso. Todavía noto su sabor.

Pensando en que me lo ha devuelto antes de salir corriendo.

Y sabiendo que la próxima vez…

Puede que no salga corriendo.

24

CHATEANDO CON CALEB

PRECIOSA
tengo que confesarte una cosa

CALEB
Ah, sí?
Te refieres a una cosa distinta a que ayer me dejaste
tirado?

qué?

Te quedaste frita mientras hablábamos
Justo en el mejor momento
Sabes lo dura que me la pusiste?

ay madre
lo siento MUCHO

Ya estás otra vez
Siempre disculpándote

??
dios, a ver si PARÁIS todos con ese temita

Solo era un comentario
Tienes la mala costumbre de pedir perdón cuando no
es necesario

sí, bueno, quizá sí tenga que disculparme por dormirme
y dejarte tirado
fue muy grosero por mi parte, XD

Fue cruel
Me dejaste con ganas de ti

vaya, NO era mi intención

Mmm
Aun así, creo que me debes una

en serio?

Sí
Estoy pensando en otra foto. Pero ya la cobraré más
tarde. Antes, qué tenías que confesar?

pues, eh…

Estás dudando
Ahora sí que tengo ganas de saberlo

hoy he besado a alguien

…
Cómo has podido ponerme los cuernos de esa manera?

por favor, PARA
sabía que dirías algo así

Estoy dolido
A quién has besado?

…
a cal

Quién?

el chico del trabajo
el que me salvó
ya te lo conté, no?

El que tiene los hombros absurdamente anchos y los
brazos cubiertos de tatuajes que te mueres por lamer?

…
sí

Ole tú!

no estaba planeado!!!

Ajá.
Y?

Y qué??

Cómo te has sentido
Te ha gustado?

uf, por qué me haces hablar de esto?

Porque soy tu novio, claro

PARA

No
Te ha gustado?

...
sí

Buena chica

Por qué siento cosas con eso?

Porque te gusta que te diga que eres buena

cállate

Vale, o sea que te ha gustado besarlo
Ahora, hablemos de qué vas a hacer respecto a Evan

uf, otra vez no

Sí, otra vez
Eres infeliz
Has besado a otro hombre
De verdad tengo que explicártelo?

sé que tengo que romper con él
es que...

no sé

Sí sabes
Pero tienes miedo de hacerlo

eres un plasta

Y, sin embargo, aquí estás
Enviándome mensajes a mí en lugar de a él

oye, qué borde

Cuéntame qué ha pasado

con qué?

Con Cal

ah
pues… como que me ha entrado el pánico
y he salido corriendo

Que has hecho qué?

yaaa
le he dado un beso
se ha puesto intenso
y entonces me he acordado de que en teoría todavía
tengo novio y he salido disparada
me he ido literalmente corriendo de su apartamento

…

Has huido de un hombre al que deseas de verdad
Para quedarte con alguien a quien ni siquiera le gustas

YA LO SÉ
el caso es que, con los nervios, después de huir he
limpiado a fondo todo el apartamento y ahora llevo
como una botella de vino encima porque no sabía qué
otra cosa hacer

Oh-oh
El retorno de Izzy la borracha

por dios no lo digas así

Estás bebiendo y mandándome mensajes otra vez
Los dos sabemos adónde lleva esto

no necesariamente

No?
Entonces, dime
De qué quieres hablar? Lo que sea, tú eliges el tema

mmm
es una pregunta trampa?

No hay respuestas incorrectas

de fantasías

Interesante
Cuéntame más

en plan
no sé
la otra noche salí con una amiga y ella usa estos chats
para explorar algunas de sus fantasías más atrevidas

Sigue

no sé creo que yo nunca las he explorado de verdad
UF por qué me pones nerviosa?

Relájate. Aquí nadie te juzga. Me encanta la idea de
hablar de fantasías contigo

nunca tienes fantasías?

Uy, a todas horas
Pero creo que lo que me estás preguntando en realidad
es si tengo las mismas que tú

…
quizá

Averigüémoslo, entonces
Dime, con qué fantaseas?

eh
no sé por dónde empezar

Empieza por donde sea
Cuéntame algo que se te haya pasado por la cabeza
alguna vez

vale bueno…
a veces pienso en cosas rollo
estar en algún sitio en el que no debería

Mmm
Dónde, por ejemplo?

no sé
quizá en un probador
o en cualquier lugar público en el que pudieran pillarme

O sea que tienes una vena un poquito exhibicionista,
eh?

ay para

Solo era una observación
Te gusta el riesgo

puede ser…

Sigue

vale eso es una cosa
pero supongo que también
no sé creo que debería parar ya XD

No
Cuéntame
No voy a juzgarte

a ver

no es nada del otro mundo

Mmm
Por alguna razón, no me lo creo

uf
vale
a veces me imagino que me atan

Sigue

que me inmovilizan
que estoy completamente a merced de otra persona

Ahora sí que vamos por buen camino
Y?

no sé
me gusta la idea de que tomen el control
de no tener elección

No tener elección?

bueno no de ese palo
no del todo
es más la idea
de que me persigan
me atrapen
me retengan
me tomen
joder no me puedo creer que acabe de decir eso

Por qué no?

porque parece que estoy loca

No
Parece que quieres un hombre que sepa tomar el
control

sí pero…
eso no me convierte en
alguien que está mal de la cabeza?

Ni un poquito
Solo significa que quieres no tener que estar al mando
por una vez

pero debería
es lo que dice siempre evan

Evan es un puto idiota

…
ha hecho que me sienta mal por querer estas cosas
como si me pasara algo raro

No te pasa nada raro
Querer estas cosas no es malo
Son naturales

es que no sé qué hacer con ellas porque me apetece
explorarlas pero ninguna de las parejas con las que he
estado ha querido hacerlo nunca

Entonces, no has estado con los hombres adecuados

…

Quieres que te persigan, que te atrapen, que te
obliguen a rendirte
Quieres que te aten y te exciten hasta que empieces a
temblar
Quieres que te dominen, que te tomen, que te posean

joder
no debería estar hablando de esto

Pero aquí estás
Y creo que quieres seguir

…
quizá

Cuéntame más

de verdad quieres que siga?

Sí
Quiero que me cuentes una fantasía entera
De principio a fin
Hasta el último detalle obsceno

joder
vale eh…
bueno supongo que me imagino algo así como que
quieren cazarme

Cazarte?

sí
como que voy corriendo por el bosque
y sé que me persiguen
al principio no sé quién
pero siento que me observa
que me sigue el rastro

Continúa

intento correr más rápido
pero me atrapa
me tira al suelo
me inmoviliza

Te retiene, te mantiene atrapada

sí
me susurra al oído que no tengo escapatoria
que va a atraparme pase lo que pase

Y qué ocurre después?

empieza a tocarme por todas partes
con sus manos ásperas
me separa las piernas
me hace suplicar

Lo harías?
Suplicarías?

sí
porque sé que no me dará lo que necesito hasta que lo haga

Buena chica

joder
me estoy poniendo muy cachonda

Lo sé
Yo también

qué??

Ya me has oído
Y ahora quiero oírte yo

a qué te refieres??

Es una opción de la app
Mira la parte superior del chat
Ves el icono del teléfono?

hostia puta

Mmm
Pero, antes, quiero que hagas algo por mí

qué?

Métete en la cama
Desnúdate

Y mándame una foto para que sepa que lo has hecho

por dios
eres un mandón

Y te encanta
Sin discusiones
Hazlo

...
vale
[Imagen enviada]

Joder, sí
Ahora, llámame

25

CONSCIENTE DE MÍ MISMO Y SEXUALMENTE SENTENCIADO, Y AUN ASÍ ME DA UN POCO LA RISA

Cal

Esto es un error.

Lo sé.

Y, aun así, no puedo evitarlo.

En el momento en el que me envía la foto —desnuda, tumbada sobre las sábanas azul marino de su cama como un puto sueño—, estoy perdido. La luz cálida de la lamparita de noche le proyecta sombras sobre las curvas delicadas de las caderas, los muslos llenos, el contorno suave de los pechos.

Quiero oírla.

Lo necesito.

Quiero escuchar cómo me gime al oído mientras estalla.

Quiero acariciarme la polla mientras lo hace, buscar la manera de liberarme al mismo tiempo que ella.

Quiero pensar en sus labios sobre los míos cuando me deje llevar.

Joder.

Reviso rápidamente el móvil para asegurarme de que el modulador de voz está activado.

Estoy corriendo un riesgo de la hostia.

Enviarnos mensajes es una cosa. Llamarnos es otra.

Es peligroso.

Pero Izzy ha bebido y lo desea.

Me desea a mí.

Nadie se ha interesado por ella de este modo, eso es obvio. Está muy reprimida, encendida de deseo, lastrada por la enorme vergüenza que le provocan su cuerpo y sus deseos.

Y yo debería reforzarla de la manera correcta.

Confía en mí. Eso ha quedado claro esta noche.

Y, en lugar de tratar esa confianza como si fuera sagrada…, pulso «Llamar».

Se produce un silencio.

—¿Ho… hola?

Tiene la voz suave, teñida de esa leve ronquera que resulta de beberse una botella de vino.

Cierro los ojos y me agarro la polla al oírla.

Joder.

—Hola, preciosa.

Inhala con brusquedad.

—Ay, Dios.

Me río en voz baja.

—No exactamente, cariño.

Suelta una risita nerviosa.

—Me parece increíble que esté haciendo esto.

—No es obligatorio —murmuro.

—Pero quiero hacerlo.

Joder, sí.

—Buena chica —le digo mientras me acaricio despacio.

Gime.

Y ese ruidito…

Ese ruidito va a joderme la puta vida.

—¿Estás cómoda? —le pregunto.

Ella cambia de postura. Oigo el crujido del colchón, el susurro del algodón contra la piel.

—Sí… Sí. Solo… nerviosa.

—Lo sé —la calmo—. Concéntrate en mi voz.

—Vale.

Un silencio breve.

—Eh… —murmura más bajo—. A ver… Mi amiga Amanda…, eh…, me ha contado que hace una cosa.

—¿Sí?

—Sí —dice con un suspiro tembloroso—. Le pide a su IA…, eh…, que le cuente un cuento sexy antes de dormir.

—¿De verdad?

—Sí. —Carraspea—. Me gustaría saber si… Si tú harías lo mismo por mí.

Me la agarro con más fuerza. El calor que siento en la palma de la mano aumenta.

—Uy, preciosa —murmuro—. Haría eso y mucho más.

Se le escapa un gemido sutil. La vibración del sonido atraviesa el móvil y me baja directamente a la polla.

Me acomodo y empiezo a susurrar:

—Cierra los ojos, por favor.

Oigo el frufrú de las sábanas bajo su cuerpo.

—Imagina lo siguiente —murmuro—. Estás en el bosque. Sola.

Coge una bocanada de aire.

—El sol comienza a ponerse. Vas andando, intentas encontrar el camino de vuelta.

Un gemidito.

—Pero no estás sola —continúo—. Lo sientes, ¿verdad?

—S-sí.

—Te estoy observando.

Se estremece. Lo noto en el ligero temblor de su exhalación.

—Te estoy siguiendo. Llevo toda la noche acechándote.

Me acaricio más rápido, me cuesta respirar. El cabecero golpea la pared con suavidad cada vez que me muevo.

—Echas a correr —murmuro en un tono tranquilizador y oscuro a la vez—. Intentas escapar, pero no puedes.

Gime. Es un sonido húmedo, desesperado.

—Sientes que te agarran, que te tiran al suelo.

—Joder —jadea.

—Te resistes, pero es inútil.

Oigo que se le acelera la respiración. El susurro rítmico de las sábanas me lo dice todo.

Se está tocando.

Buena chica.

Le falta el aire.

—Sientes mis manos moviéndose sobre tu cuerpo.

Vuelve a gemir.

—Te presiono contra el suelo —murmuro con la voz ronca—. Te sujeto de tal forma que no puedes moverte.

Se le entrecorta la respiración. El sonido húmedo que oigo de fondo me indica lo preparada que está.

—Estoy en todas partes —continúo, sin dejar de acariciarme, siguiendo el ritmo que imagino que Izzy necesita—. Tocándote aquí y allá. Agarrándote. Sujetándote con posesión.

Un gemido suave se cuela a través del auricular.

—Te recorro los muslos con las manos, te abro las piernas.

Emite un sonido desesperado.

—Soy avaro contigo, te manoseo los pechos, te pellizco los pezones, te los acaricio hasta que jadeas.

Se le escapa un grito grave y entrecortado.

—Bajo las manos poco a poco, te las meto entre los muslos e introduzco los dedos. Estás mojada, caliente, aprieto bien para que te abras.

Un jadeo agudo.

—Dios, preciosa —gruño mientras me aprieto la polla con más fuerza. Tengo la palma de la mano húmeda y los movimientos son más fluidos, más cálidos—. Juego contigo, te provoco, te excito tanto que empiezas a suplicarme que te folle.

Se queda sin aliento.

—Dime —murmuro—, ¿estás suplicando?

—Sí —resuella.

Suavizo la voz para persuadirla.

—¿Qué se dice, preciosa?

Gime, apenas capaz de respirar.

—Por favor.

Espero.

Se estremece.

—Por favor, Caleb.

Sigo sin responder, dejo que el silencio se alargue.

Le tiembla la voz.

—Por favor, lo necesito.

La obligo a continuar retorciéndose.

Noto el ansia que se le acumula en la respiración. Oigo los ruidos húmedos de los dedos con los que se masturba, cada vez más rápido.

—Dilo como si lo sintieras de verdad —murmuro.

Un gemido ahogado.

—Por favor, Caleb, joder, por favor, necesito correrme, te necesito, por favor.

Joder, sí.

—Buena chica —suspiro—. Al fin cedo a tus súplicas —murmuro—. Te doy la vuelta y te pongo a cuatro patas. Te agarro las caderas, te sujeto justo donde debes estar… y entonces te meto la polla hasta el fondo.

Gime con fuerza. El sonido rebota contra las paredes de mi dormitorio.

—Te clavo los dedos con fuerza en la carne y te atraigo de nuevo hacia mí —continúo, y aumento la velocidad de mis caricias.

Los ruidos húmedos de la fricción entre mi mano y mi polla se mezclan con sus jadeos.

Izzy me respira al oído con pesadez, de forma irregular.

—Gimes como si no aguantaras más, pero te encanta, ¿verdad?

—Sí, Caleb…

—Te follo más fuerte, más hasta el fondo, te hago gritar.

Ahora no puede parar de jadear, de gemir al otro lado del teléfono.

—Lo sientes, ¿eh? —murmuro.

—S-sí —suspira.

—Estás a punto.

—Muy a punto.

—Entonces haz algo por mí, preciosa —le pido con la voz ronca.

Gime, anhelante.

—Lo que sea.

—Gime para mí.

Una inspiración rápida. El susurro de las sábanas.

—Caleb…

—Hazlo —le ordeno, resollando yo también—. Deja que te oiga.

Suelta un grito dulcísimo y sus gemidos se tornan más agudos, más agitados. Oigo el ruido húmedo de sus dedos moviéndose cada vez más rápido y la polla me palpita de una forma dolorosa.

—Buena chica —murmuro mientras me acaricio al ritmo de sus jadeos—. Restriégate el clítoris —le digo con la voz oscura, autoritaria—. Más rápido. Más fuerte.

Le cuesta respirar, sus gemidos se intensifican.

—¿Te queda poco? —le pregunto con un tono áspero de deseo mezclado con control.

—Sí —resuella—. Muy poco.

—Entonces córrete para mí.

Se deja llevar.

Su jadeo es sobrenatural, agudo y brutal. Llena mi habitación, me envuelve.

Me empuja hasta el puto límite.

Gimo y el ruido se me escapa de la garganta a la vez que me la froto con más fuerza, más despacio… Lo alargo solo para sentir hasta el último puñetero segundo. La polla me late en el puño, tan sensible que estoy medio delirante. Las caderas se me crispan con cada roce de la mano.

Entonces llega el primer chorro, espeso y caliente, y se me derrama sobre el abdomen en vetas largas y desordenadas. No paro —no puedo parar— y me exprimo hasta la última gota. Se me nubla la vista, me quedo sin aliento cuando otro chorro se me derrama sobre la piel, pringoso y obsceno.

Lo alargo hasta que me quedo sin fuerzas. Jadeo; tengo la mano pegajosa y el vientre embadurnado, la polla crispada a causa de las réplicas, que no cesan. Volvería a hacerlo solo para sentir esa crecida dentro de mí, solo para imaginarme que era su boca en lugar de mi mano.

—Ha sido increíble —susurra con una voz más suave, aletargada por la satisfacción.

Sonrío, todavía tratando de recuperar el aliento.

—Tú has sido increíble —murmuro.

Suspira, complacida y relajada.

—Creo… Creo que voy a quedarme dormida.

—Eso es, buena chica.

Emite un gemido somnoliento. Oigo el susurro de las sábanas cuando se tapa con ellas.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, Caleb —murmura, ya medio dormida.

Finalizo la llamada.

Exhalo con la mirada clavada en el techo. La luz de la luna proyecta sombras sobre la pintura blanca.

Sigo teniendo el corazón acelerado.

El cuerpo en tensión.

Y la mente…

La mente la tengo jodida.

Porque no quiero ser Caleb.

Quiero ser yo.

26

PASTA CON MIEDO EXISTENCIAL

Izzy

A la cabecera de la mesa, mi padre está recostado contra el respaldo de la silla. Tiene los brazos cruzados, la mirada cargada de diversión y el pelo canoso algo revuelto, como si hoy se hubiera pasado las manos demasiadas veces por él. Luce sus consabidas mejores galas de los domingos: una camisa azul marino impecable con las mangas remangadas y su anillo de casado, que refleja la luz de la lámpara de araña. La calma en la tormenta. Excepto cuando se dedica a alimentar la tormenta con esa sonrisa burlona apenas disimulada. A sus pies, Tony Soprano y Lady Gaga, sus queridísimos pomeranias, dan vueltas sin parar —con las pezuñas repiqueteando sobre las baldosas de terracota—, sabedores de que mi padre les dará unos trocitos de *prosciutto* en cuanto mi madre se dé la vuelta.

A su derecha, Nonna está sentada como una emperatriz, con los ojos oscuros y penetrantes —rodeados de las arrugas que provocan las décadas de sabiduría y la voluntad de hierro— enmarcados por sus omnipresentes pendientes de aro de oro y la espesa melena plateada recogida en un moño. Lleva un vestido negro con ribetes

de encaje y un collar de perlas que lanza destellos cada vez que respira, y tiene las manos cruzadas sobre la mesa como si estuviera preparada para regañarnos a todos en cualquier momento. Las cuentas de un rosario le asoman por el bolsillo; según ella, perteneció a su abuela, quien juraba que había sido bendecido por un papa.

Frente a mí se sienta Matteo, el responsable. Treinta y cinco años, constitución de tanque, el pelo oscuro bien cortado, la barba cuidada y vestido con un jersey azul marino que, por alguna razón, le confiere aún más aspecto de padre reprobador, a pesar de tener solo una niña. Su esposa, Sophia, está sentada a su lado, preciosa con su vestido de color esmeralda, estilosa sin esfuerzo. Su hija, mi sobrinita, está sentada en una trona con el babero ya manchado de salsa de tomate, felizmente ajena a que basta un comentario fuera de lugar para que se desate el caos absoluto en la familia.

A la izquierda de Matteo está sentado Luca, el impulsivo. Treinta y dos años, esbelto pero musculoso, con una expresión permanente de suspicacia o irritación en el rostro, dependiendo del tema. Ahora mismo tiene la mirada clavada en Nico y es evidente que se está preparando para una pelea incluso antes de que empiece la cena. Luca lleva una camiseta negra de cuello panadero con las mangas remangadas hasta los codos y tensa los músculos de los brazos cuando se inclina hacia delante como si estuviera a punto de abalanzarse sobre alguien. La cicatriz blanca que tiene en el antebrazo derecho, resultado de un accidente de bici cuando era pequeño, destaca contra el tono aceitunado del resto de su piel.

Y luego está Nico, el seductor. Tiene treinta años; es absurdamente guapo y lo sabe. Lleva el cabello castaño oscuro

alborotado con gran esmero, la camisa con varios botones desabrochados —como si acabara de salir de un anuncio de revista — y la sonrisa burlona siempre fija en modo «problemas». Exhibe una postura demasiado relajada: repantingado, con un brazo apoyado en la silla vacía que tiene al lado mientras sujeta su copa de vino, como si fuera un día más de su vida de evitar el compromiso y cabrear a Luca por diversión.

—Oye —dice este, que levanta las manos ya a la defensiva—, solo te estoy diciendo que no es tan raro.

Nico resopla y se mete un grisín en la boca.

—No, sí que es raro. Muy raro —dice sin dejar de masticar.

Arqueo una ceja.

—Vale, ¿qué es raro?

Luca señala a Nico.

—Cree que tomar sopa para desayunar es de psicóticos. —Luego frunce el ceño—. Y no comas antes de que bendigamos la mesa. El pan todavía no está bendito.

Nico pone los ojos en blanco.

—No estamos comulgando. No voy a ir al infierno por comerme un grisín sin bendecir.

Nonna se santigua en su silla y sus aros de oro reflejan la luz.

Matteo, siempre tan sensato, suspira.

—Perdona, ¿qué?

Luca resopla.

—En Japón siempre comen sopa por la mañana.

Nico pone cara de asco.

—Sí, vale, pero tú eres de New Jersey y zampas *minestrone* a las putas siete de la mañana.

Luca se encoge de hombros.

—Me gusta la sopa.

Matteo niega con la cabeza.

—Necesitas terapia.

—Gran consejo, viniendo de un tío que siempre tiene el mueble bar lleno, pero que ni siquiera se ha comprado un microondas.

Nico se ríe.

—Eso es verdad.

Matteo frunce el ceño.

—No me gusta cómo sabe la comida calentada en el microondas, ¿vale?

—Por favor —lo interrumpe Nico—. Lo dice el hombre que una vez se comió una empanada congelada porque no tuvo paciencia para calentarla.

—¡Fue solo una vez! —protesta Matteo, y su voz resuena en el comedor.

Se cae una olla en la cocina y, después del estruendo metálico, nos llega un suspiro exasperado de mi madre. Tony Soprano empieza a ladrar a causa del ruido, lo cual hace que Lady Gaga rompa a aullar, y los gañidos agudos de ambos llenan el aire.

—¡Lorenzo! —grita mi madre—. ¡Controla a tus perros si no quieres que los mande a vivir a Butler con tu hermana!

Mi padre se limita a reírse mientras se agacha para darle un trozo de *prosciutto* a cada uno. El aroma salado se eleva cuando se lo arrebatan de los dedos, lo cual los hace callar de inmediato.

—No es nada, Maria —responde—. Es que están emocionados.

Mi madre sale de la cocina haciendo equilibrios con las últimas fuentes. El intenso aroma del ajo, la albahaca y la salsa de tomate

se extiende por la habitación. Se mueve con una precisión natural a pesar de llevar un modesto vestido de flores, las zapatillas de estar en casa y el cabello oscuro recogido con pulcritud. Recorre la mesa con sus suaves ojos marrones para hacer inventario.

Cuando deja la fuente y se endereza, la cruz que lleva al cuello refleja la luz. Tiene harina en el delantal y una mancha pequeña en la muñeca, pero no se da cuenta, nunca se da cuenta.

Lleva mucho tiempo haciendo esto, asegurándose de que todos nos reunimos, comemos bien y seguimos unidos. Mamá es el pegamento. La columna vertebral. La fuerza silenciosa que mantiene a la familia Russo en marcha.

Y, sin embargo, cuando nos mira, siempre lo hace con un atisbo de preocupación en los ojos, como si estuviera calculando hasta qué punto nos hemos alejado, si alguna vez sentaremos la cabeza, si ha hecho lo suficiente para que no se rompan nuestros lazos.

—Lo que necesitáis todos es a Jesús —farfulla, y el aroma de su perfume de rosas impregna el aire cuando se sienta.

Me muerdo el labio para no reírme.

Mi padre, sentado frente a mí, se recuesta en la silla y espera a que el caos estalle, como si estuviera viendo su serie favorita.

Y la verdad…

Seguramente lo sea.

—Nonna, ¿tienes algún rosario de sobra? Ya sabes, para que me ofrezca… orientación espiritual.

A ella se le iluminan los ojos. Se lleva la mano al bolsillo y saca no uno, sino tres rosarios, cada uno más recargado que el anterior. Las cuentas tintinean como campanillas.

—*Per te, Isabella* —dice mientras me mete un brillante rosario de cuentas de cristal azul en la mano—. *Così troverai un buon marito.*

Al aceptarlo, finjo que no oigo ni la risita de Nico ni su utilísimo murmullo a mis espaldas.

—Dice que te ayudará a encontrar marido. Con un poco de suerte, tendrá trabajo. Y sangre en las venas.

—Gracias, Nonna —le digo con dulzura, y me lo guardo en el bolso antes de que intente bendecirme con los otros dos.

Me da unas palmaditas en la mano y después se acerca para susurrarme algo en un italiano rapidísimo.

Nico, por supuesto, se apresura a traducir desde el otro lado de la mesa.

—Dice que Evan es gentuza.

Lo miro con una ceja arqueada.

—No sé por qué me da que tienes el italiano un poco oxidado.

Nonna sonríe de oreja a oreja, tan tranquila.

Mi madre da una palmada antes de que Nico responda.

—Muy bien —dice con firmeza—. Vamos a bendecir la mesa.

Todos agachamos la cabeza.

Mamá comienza a hablar en un tono suave y reverente.

—Señor, gracias por reunir hoy a nuestra familia. Gracias por los alimentos que estamos a punto de recibir, por las bendiciones que nos has otorgado.

De momento, todo bien.

—Y gracias por darme una nieta.

Gimo por dentro.

Allá vamos.

Mi madre continúa:

—Gracias por permitir que uno de mis hijos haya formado un matrimonio hermoso y sagrado.

Matteo, el único casado, asiente con aire de suficiencia.

—Y, Señor, rezo por mis otros tres hijos —dice mamá en tono dramático.

Luca me mira desde el otro lado de la mesa. Las llamas de las velas se le reflejan en los ojos y le brillan con picardía.

—Que pronto encuentren su camino.

Sophia tose tapándose la boca con la servilleta, aunque la tela bordada apenas disimula su sonrisa.

Mi padre esconde una risita llevándose la copa de vino a los labios y el líquido de color rojo intenso se agita.

—Y, Señor, te pedimos que los guíes hacia el matrimonio y la familia —concluye—. Antes de que su pobre madre muera esperando.

A Nico se le escapa la risa por la nariz.

Luca sonríe sin poder evitarlo.

Yo contemplo la posibilidad de clavarme un grisín sin bendecir en el ojo.

—Y, si es tu voluntad —añade mamá, que sorprende a todo el mundo al continuar—, deja que las señales que he visto últimamente sean ciertas.

Me lanza una mirada de lo más elocuente.

—¡Mamá! —gruño, muerta de vergüenza y notando que el calor me sube a las mejillas.

—Amén —dice Nonna, y las pulseras de oro que lleva en la muñeca tintinean con suavidad cuando se santigua.

Mi madre da otra palmada con una expresión radiante en la cara.

—¡Muy bien! ¡A comer!

Como si no acabara de avergonzar en público a la mayoría de sus hijos y anunciado una intervención divina en mi vida amorosa.

Los platos comienzan a llenarse, el roce de los cucharones contra la cerámica se mezcla con el rumor de las conversaciones y con el gluglú de las botellas mientras nos servimos vino con generosidad.

Y entonces, justo en el momento oportuno…

—Bueno —dice Luca sonriendo como si estuviera a punto de empezar algo—. Izzy.

Me quedo parada con el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Qué?

Sube y baja las cejas con gesto burlón.

—Ese chico con el que sales…

Nico se echa hacia delante con los ojos relucientes.

—¿Cómo está Zapatos Náuticos McProteína en Polvo?

Amusgo los ojos.

—No sé de qué estás hablando.

Luca se ríe.

—Por favor. Mamá ni siquiera ha rezado por ti diciendo tu nombre. Simplemente te ha metido en la categoría de grandes pérdidas.

—No soy la única soltera que hay por aquí —le espeto—. ¿Por qué no hablamos de la vida amorosa de Nico?

Este se encoge de hombros con arrogancia.

—Porque mi vida amorosa es interesante.

—¿Podemos no hablar de Evan, por favor? —digo.

Ambos ponen la misma cara de asco que si hubiera dicho «rata de alcantarilla».

—Uf —dice Luca—, es que suena a tío que tiene varios chalecos de la marca Patagonia y se refiere a las mujeres como «titis».

Nico asiente.

—O a uno de esos que se ponen «emprendedor» en la biografía, pero viven de la tarjeta American Express de sus padres.

Matteo, siempre conciliador, suspira y dice:

—Ni siquiera lo conocéis.

—No hace falta —replica Luca—. Izzy está saliendo con él. Con eso basta. Tiene un gusto horrible.

—Yo podría con él —anuncia Nico, que contrae los músculos de forma exagerada—. Un puñetazo y al suelo con Evan.

—Por Dios —protesto mientras me froto las sienes—. Nadie va a pegar a Evan.

—No tomes el nombre de nuestro Señor en vano —dice Luca casi a gritos, a todas luces tratando de captar la atención de nuestra madre.

Nico se recuesta en la silla y bebe un sorbo de vino con aire de despreocupación.

—Estoy de acuerdo, Izzy. Tomar el nombre de nuestro Señor en vano va en contra de los diez mandamientos. Pero tirar a Evan al suelo de un puñetazo… está totalmente permitido. —Se encoge de hombros—. Aun así, yo había pensado en algo un poco más refinado: intimidación moderada, unas cuantas amenazas bien distribuidas y quizá un toque de guerra psicológica.

Luca asiente.

—O le rayamos el coche.

Ahogo una exclamación.

—¡Nadie va a rayar nada!

Nonna, que ha estado observándonos en silencio con ojos de halcón, se inclina de repente hacia delante.

—*Isabella* —comienza a decir con voz enfática—, *perché stai ancora con quel ragazzo? Non ti ha ancora chiesto di sposarlo?*

Protesto para mis adentros.

Clavo el tenedor en la pasta y los dientes rechinan contra el plato de cerámica.

—Nonna, es complicado. Y no, no me ha pedido que me case con él.

Agita una mano como si estuviera espantando una mosca.

—Complicato? Sciocchezze. Gli uomini sono semplici.

—Dice que los hombres son simples.

—Sé lo que ha dicho, Luca.

Nonna continúa, imperturbable, y se vuelve hacia mi madre y suelta una rápida retahíla en italiano. Capto lo justo para entender que le está preguntando por qué me deja perder el tiempo con *quel idiota*.

Ella suspira y responde dándole la razón; dice algo como que soy demasiado mayor para perder el tiempo con un hombre.

Me paso el vaso de agua por los labios para tratar de refrescarme la cara.

—Mamá, no estoy perdiendo el tiempo. Y, Nonna, tú ni siquiera lo conoces.

Esta resuella.

—Non ho bisogno di conoscerlo.

Nico se echa hacia delante fingiendo que solo quiere ayudar.

—Dice que ha visto lo suficiente como para saber que seguro que se mete los polos por dentro del pantalón y aplaude cuando aterriza

el avión.

—Deja de inventarte las traducciones —le espeto.

—Tampoco es que no haya dicho eso —murmura, y se encoge de hombros.

Nonna me señala con un dedo de manicura perfecta y levanta la voz con convicción.

—E ti tratta bene? Ti porta i fiori? Ti apre le porte? Ti guarda come se fossi la cosa più bella del mondo?

Cierro los ojos un instante. Sus preguntas son tan afiladas como cuchillos y se clavan justo en los puntos más débiles.

—Nonna…

—Rispondimi, Isabella!

Dejo escapar un suspiro.

—Evan es… majo.

Luca se ríe.

—Majo. Guau. Sin duda, eso es lo que todas las chicas sueñan con decir de su novio.

Nico se ríe entre dientes.

—Creo que he oído a Izzy hablar de una lasaña con más pasión.

Justo en ese momento, Lady Gaga se mete corriendo debajo de la mesa y me roza las piernas desnudas con el pelaje. Tony empieza a ladrar, emocionado, y la sigue repiqueteando con las pezuñitas sobre el suelo. Mi padre silba con suavidad, pero esta vez los perros no le hacen caso, decididos a engendrar el caos.

—¡Lorenzo! —lo regaña mi madre—. ¡Te he dicho que controles a tus perros!

Él se encoge de hombros con aire divertido.

—Toman sus propias decisiones, Maria. Como nuestros hijos.

Matteo, que intenta ser la voz de la razón, suspira y dice:

—¿No podemos comer sin más?

Pero Nonna sigue mirándome.

Esperando.

Aguardando algo más.

Aprieto los labios; el corazón me late con fuerza.

Porque, por primera vez, me permito reflexionar de verdad sobre lo que me ha preguntado.

«¿Evan me regala flores?».

No.

«¿Me abre las puertas?».

No, la verdad.

«¿Me mira como si fuera la cosa más bonita del mundo?».

No. De hecho, lo único que hace es sugerirme que vuelva a «estar en forma», un recordatorio poco sutil de cómo ha cambiado mi cuerpo desde que nos conocimos.

Clavo la mirada en mi plato.

Y me doy cuenta con horror de que el último hombre que me miró así…

No fue ni mucho menos mi novio.

Fue Cal.

La comida continúa sumida en un ambiente de caos. Nico reta a Luca a echar un pulso allí mismo, en la mesa, y están a punto de tirar una botella del preciado vino tinto de mi madre. Ella grita, mi padre se ríe y Nonna se santigua mientras murmura lo que estoy segura de que es una oración por nuestra alma. Los aromas del pan de ajo, la salsa de la pasta y el vino se mezclan en el aire,

entreverados con el olor de las velas, que se consumen hasta la base.

Todo termina con el habitual nivel de alboroto.

Nonna se empeña en que todo el mundo se lleve a casa una parte de las sobras, aunque todos vivimos en un radio de quince kilómetros y podemos venir a comer cuando queramos. Los recipientes de plástico traquetean mientras los apila moviendo las manos con agilidad a pesar de la edad.

Nico y Luca siguen discutiendo por algo ridículo y las voces de ambos resuenan por toda la casa mientras mamá les dice que se lleven sus peleas «a la calle o al confesionario».

Y yo…

Yo me escabullo hacia la cocina y cojo un paño como si fuera lo más natural del mundo. Noto el algodón suave y gastado entre las manos, el ligero olor a jabón de limón.

De pequeños, Matteo y yo siempre lavábamos los platos juntos.

Era algo solo nuestro.

Yo seco. Él lo guarda todo.

Empezamos cuando éramos unos críos y nuestra madre no nos dejaba marcharnos hasta que todo estuviera impecable. A lo largo de los años terminó convirtiéndose en nuestra pequeña tradición.

Y esta noche…

Lo agradezco.

Porque, cuando Matteo entra en la cocina arremangándose, ya sé qué va a pasar. Las mangas del jersey emiten un suave frufrú cuando se las sube hasta los codos. No me mira enseguida, lo cual quiere decir que se está preparando para algo.

Niego con la cabeza.

—Si es sobre Evan…

—Sí, es sobre él —me interrumpe con tacto.

Le paso el plato.

Aprieto los labios e intento hacer acopio de fuerzas para lo que me espera.

—Izzy —continúa con una voz tranquila y equilibrada: Matteo en su más pura esencia—, sé que todo el mundo te mete caña con él. Las burlas, las bromas… Sobre todo Luca y Nico.

Suelto una risa irónica.

—El eufemismo del año.

Esboza un atisbo de sonrisa y apila el plato sobre los demás en la alacena. La cerámica tintinea.

—Te ponen a parir, sí, pero la verdad es que solo estamos preocupados por ti.

Acaricio con el pulgar los motivos florales del plato que tengo en la mano.

—A ver, somos tus hermanos —dice al mismo tiempo que me da un ligero codazo—. Es nuestro trabajo, ¿no?

Le dedico una sonrisa débil pero sincera.

Porque sí.

Es lo que hacen.

Es lo que siempre han hecho.

—Además —continúa Matteo, que lanza una mirada hacia el comedor—, no somos los únicos. Mamá hace como que no existe y Nonna…, bueno.

—Creo que preferiría emparejarme con un desconocido de la iglesia antes que dejarme casarme con Evan —murmuro.

Matteo sonríe con ganas.

—¿Ves? Lo entiendes.

Niego con la cabeza y me río con suavidad, pero la conversación no ha terminado. Y, a lo mejor es por el vino o porque es verdad que necesito hablar de esto, pero no me contengo y le pregunto:

—¿Cómo lo supiste?

Matteo me mira.

—¿Cómo supe qué?

—Que Sophia era la indicada.

Los ojos se le suavizan al instante cuando se vuelve hacia su mujer, que sigue sentada a la mesa con su hija en el regazo. Está riéndose, con la cabeza echada hacia atrás, y su actitud es relajada y despreocupada. Los rizos oscuros se le balancean con cada movimiento.

Matteo sonríe al verla.

Y es entonces cuando me doy cuenta: es un tipo de sonrisa que solo le dedica a ella.

Una sonrisa que no se puede fingir.

Que significa «hogar».

—Salí con otras chicas antes que con ella —dice al final mi hermano, y se apoya en la encimera—. Con algunas duré un par de meses. Con otras, años.

Permanezco callada, escuchando. El tintineo de los vasos en el comedor enfatiza el silencio.

—Y siempre —continúa mientras se frota la nuca— había algo que no funcionaba. A veces era obvio. Discutíamos a todas horas. Todo era una batalla, un desacuerdo. —Niega con la cabeza y exhala—. Otras veces tardaba un tiempo en darme cuenta.

Me muerdo el labio.

—¿Y eso?

Matteo se encoge de hombros.

—Porque intentaba que funcionara algo que no estaba destinado a funcionar. Disculpaba las peleas. Me convencía de que el amor tenía que ser difícil. —Se vuelve hacia mí, ahora con una expresión más suave en la cara—. Y entonces conocí a Sophia —dice sin más.

Vuelvo a mirar a mi cuñada.

Ahora le está haciendo carantoñas a su niña, que se ríe como una loca y tiene la barbilla resplandeciente de babas.

—Y todo fue… fácil —dice Matteo—. Sentí que todo encajaba.

Exhalo en silencio.

—Discutimos de vez en cuando, por supuesto —reconoce—, como todo el mundo. Pero no es como antes. No de una forma que me haga sentir la necesidad de ganar. No nos gritamos. Nos respetamos.

Ahora me mira a los ojos y me dice con voz firme:

—Sophia me hace sentir especial —dice—. Y quiero cuidar de ella.

Se me forma un nudo en la garganta. Paso los dedos por el borde de un vaso y siento el cristal frío y liso.

Y entonces mi hermano hace el comentario que termina por destrozarme:

—Si tienes que cuestionarte si Evan es el chico adecuado —dice—, no es él. Cuando lo conozcas, no podrás contenerte. Simplemente sabrás que es él.

Y ese es el problema.

Porque, cuando Matteo lo dice, cuando describe cómo se supone que debe hacerte sentir todo esto…

La primera cara que me viene a la cabeza no es la de Evan ni por asomo.

Es otra vez la de Cal.

27

CHATEANDO CON CALEB

PRECIOSA
hola

CALEB
Hola, preciosa
Te apetece otro cuento sexy para antes de dormir?

en realidad quería pedirte opinión sobre algo serio

Ah, sí? Claro. Dime

creo que tengo que romper con evan

…
Te escucho

no sé, me he dado cuenta esta noche durante la cena
en casa de mis padres
mi hermano ha dicho algo que no soy capaz de
sacarme de la cabeza

Qué ha dicho?

que cuando conoces a la persona adecuada no te lo
cuestionas, lo sabes sin más

Y eso te ha hecho pensar en Evan?

no, ese es el rollo
cuando lo ha dicho he pensado en cal
y es una locura porque apenas lo conozco

No?

a ver, en teoría no
pero siento que sí

Porque te sientes atraída por él
Porque tu cuerpo y tu mente ya confían en él

pero y si estoy cometiendo una estupidez?
y si estoy tirando a la basura años con evan por un
simple… capricho?

Los caprichos y el amor no son lo mismo, preciosa
Y a qué te aferras exactamente con Evan?

no lo sé
al tiempo que hemos pasado juntos, supongo
a la idea de él

A la idea que tú tenías de él
No de quién es en realidad

…

sí

Ya sabes que no es bueno para ti
Hace mucho tiempo que lo sabes

pero y si me equivoco con cal?
y si solo se está portando bien conmigo porque le doy pena?
o peor, y si me está haciendo love bombing?

No está haciendo nada de eso

cómo lo sabes?

Porque, si fuera así, te sentirías en deuda con él
Sentirías que está intentando atraparte
No que te está ofreciendo una salida

...

Ya no estás atrapada, Izzy
Eres libre de tomar la decisión que más te convenga
Pero ya sabes cuál es

creo que sí

Buena chica

entonces debería hacerlo ya?

Sí

pero debería hacerlo en persona, no?

Se lo debes
De hecho, es lo único que le debes

sí
vale, mañana lo llamo para vernos y dejarlo

Estoy orgulloso de ti

gracias

Y qué hay de Cal?

cómo que qué hay de cal?

Estás a punto de quedarte soltera
Piensas hacer algo respecto a lo que sientes por él?

no sé
trabajamos juntos
en teoría no hay ninguna norma que prohíba salir con
alguien de mi rango
pero… está mal visto

A ti te importa?

la verdad es que no pero tampoco quiero cagarla en el
trabajo
y si lo estoy malinterpretando todo?

No estás malinterpretando nada

pero y si sí?
qué pasa si rompo con evan y luego no pasa nada con cal?
y si él no me quiere de esa forma?

Cambiaría eso tu decisión de dejar a Evan?

no

Entonces da igual
No dejas a una persona porque creas que haya otra esperándote
La dejas porque es lo mejor para ti

sí tienes razón
pero y si es demasiado pronto?

Pues, si es demasiado pronto, no pasa nada
No hay ninguna prisa

pero me gusta

Lo sé
Pero deja que te pregunte una cosa
Cuándo fue la última vez que estuviste sola?

...
no lo sé

Eso es un problema, no?

quizá

Has pasado mucho tiempo intentando ser lo que los
demás quieren que seas
Quizá deberías tomarte un tiempo para descubrir quién
eres cuando estás sola

pero y si pierdo el tiempo?

Crees que aprender a quererte a ti misma es una
pérdida de tiempo?

...
no

Buena chica
No tienes por qué saltar de una relación a otra
Primero deberías enamorarte de ti misma
Y luego, cuando encuentres a la persona adecuada,
reconocerás el amor cuando sea real

supongo que tiene lógica

Por supuesto que sí

vale
podemos hacer ahora lo del cuento sexy para antes de
dormir?

Esa es mi chica

28

HE PASADO EL PUNTO DE NO RETORNO Y ME PARECE ESTUPENDO

Cal

Dejo el móvil y me froto la mandíbula. La barba incipiente me raspa la palma, áspera y familiar.

Joder.

Eso ha sido…

He tenido que recurrir incluso a mi último resquicio de fuerza de voluntad.

Le he dicho que espere. Que se tome su tiempo. Que no salte de una relación con Evan a una conmigo. A pesar de que todas y cada una de mis partes egoístas y posesivas se morían por decirle: «A la mierda todo. Ven a mí ahora mismo».

Izzy es mía.

Lo que pasa es que aún no se ha dado cuenta del todo. Y esa es la realidad que debo aceptar.

No quiero manipularla. No quiero que venga a mí por confusión o vulnerabilidad.

Quiero que venga a mí porque me quiere.

Porque sabe que es lo correcto.

Porque sabe que lo nuestro es inevitable.

Y, si eso significa que tengo que esperar un poco más, muy bien.

Me joderé y esperaré. De todas formas, jamás pensé que quisiera estar con otra mujer, así que ¿qué más me da esperar un poco más a la que está claro que siempre ha estado destinada a ser mía?

El aire fresco de mi apartamento me eriza la piel de los brazos. Me paso una mano por la cara y exhalo con lentitud. Sé que es mi tic nervioso. Es la razón por la que, seguramente, jamás podría lucir una buena barba. Con la cantidad de veces que me paso la mano por la mandíbula, terminaría por borrármela.

Sigo estando muy tenso. Las sábanas me rozan la piel con demasiada aspereza, tengo los nervios hipersensibles. Porque, aunque me haya pasado una hora siendo el tipo racional y sensato que Izzy necesita en este momento…

Después de nuestra conversación me he estado acariciando la polla al son de sus gemidos, con el recuerdo de su voz resonándome en los oídos.

Le he susurrado cosas obscenas, le he contado un cuento para dormir, y se ha corrido en menos de cinco minutos y me ha envuelto en jadeos a través del teléfono.

Se está volviendo la hostia de atrevida.

Muy juguetona.

Y desinhibida.

La primera vez que me pidió un cuento para dormir, la noté indecisa, insegura, apenas la oía a través del teléfono.

Ahora…

Ahora los pide como si fueran su puto oxígeno. En un tono ansioso, casi exigente.

Y el que le he contado esta noche…

Ese se ha convertido en uno de sus favoritos.

He vuelto a llevarla a aquel bosque oscuro.

La he hecho correr entre los árboles, jadeante, y el cuerpo le hormigueaba de expectación. Le he descrito el crujido de las hojas bajo sus pies, el frescor del aire nocturno sobre su piel caliente, la luz de la luna proyectando sombras moteadas a través de las ramas.

Izzy sabía lo que le esperaba.

Que no iba a escapar.

Que iba a atraparla y poseerla.

Quería que la dominara, que la tirase al suelo, la pusiera a cuatro patas y me adueñase por completo de ella. Le he dicho qué sensación le provocaría el tacto del suelo del bosque en la palma de las manos, el olor a tierra y pino en los pulmones mientras la mantenía inmovilizada.

La he hecho suplicar.

Ha repetido con la voz entrecortada y aguda las palabras que yo le decía.

«Dilo», le he ordenado.

«Soy toda tuya», ha dicho entre gemidos.

Joder.

He tenido que morderme el labio con tanta fuerza que me he hecho sangre. El sabor metálico me ha llenado la boca.

Y cuando le he dicho que ya estaba lista para mi polla, que estaba chorreando e impaciente, ansiosa por que la llenara…

Lo ha repetido.

«Soy toda tuya —ha susurrado—. Estoy lista para tu polla».

Ese ha sido el momento en el que he estado a punto de perder el control.

Cambio de postura, me recoloco, pero ya tengo la polla dura otra vez. La tela de los calzoncillos me roza la piel sensible.

Porque ahora Izzy se corre la hostia de rápido.

Con mucha facilidad.

Esta noche ha terminado antes que yo.

Y mañana recibirá un regalito.

Una actualización especial de la versión prémium de la aplicación.

Sí, la versión prémium normal incluye la posibilidad de hacer videollamadas y un vibrador que se integra con la IA.

Pero la mía…

La mía es mejor.

Porque el vibrador que le he enviado se integra conmigo.

Con mi móvil.

Con el mando a distancia que he programado.

Lo cual significa que pronto, muy pronto, podré hacer que se meta esa cosa dentro…

Y seré yo quien tenga el control.

Yo decidiré cuándo empiezan y cuando terminan las vibraciones. Cuándo aumentan de intensidad.

Podré llevarla al puto límite, excitarla, hacer que se retuerza y me suplique. Me imagino la tensión de las suaves curvas, el tembleque de muslos y la espalda arqueada sobre el colchón mientras se rinde a las sensaciones que yo le provoque.

Me acaricio más rápido, conteniendo a duras penas el sonido de su nombre.

Mañana la tendré temblando debajo de mí, jadeando mientras se la meto más fuerte, más profundo, hasta que no pueda soportarlo, hasta que se derrumbe, tal como yo quiero.

La veré desmoronarse sabiendo que soy yo quien mueve los hilos. Tendrá las mejillas sonrojadas, la vista desenfocada, la boca abierta en el momento en que estalla por mí.

Aprieto los dientes cuando se acerca el culmen. Los músculos de los muslos se me tensan, tengo la columna rígida.

Y, cuando me corro, con la mano apretada y la respiración entrecortada, solo soy capaz de pensar en ella.

En sus pequeños gritos de placer.

En su cuerpo —en esas deliciosas curvas que tanto se esfuerza por ocultar— temblando mientras se entrega a mí.

Me muero de impaciencia por que llegue mañana.

29

TENDRÍA QUE HABERME MARCHADO ANTES

Izzy

Estoy sentada en mi despacho mirando el móvil sin apenas verlo. Tengo la bandeja de entrada repleta de correos electrónicos sin leer. Las notificaciones del calendario destellan en la pantalla. Nada me llama la atención.

Solo… lo miro.

Porque sé lo que tengo que hacer.

Y, de verdad, de verdad de la buena, no quiero hacerlo.

Hoy he evitado a Callahan de forma muy específica y activa. No porque no quiera verlo, sino porque tengo demasiadas ganas de verlo. Después de lo que pasó el sábado… De aquel beso…

No creo que ahora mismo sea capaz de gestionarlo si me encuentro con él.

No hasta que haga lo que tengo que hacer.

No hasta que al fin rompa con Evan.

Entonces, tal vez, solo tal vez, hable con Cal.

Porque se lo merece. Y porque quiero hacerlo. Quiero hacerlo de verdad, de verdad de la buena. Pero entonces pienso en Caleb. En

que anoche me dijo que no me precipitara. Que me enamorara primero de mí misma.

Y sí, vale, es una IA, ya lo sé. Pero tiene todo internet a su disposición, ¿no? Así que debe de ser tan bueno como un terapeuta.

Además, lo que me dijo tiene lógica. No debería meterme corriendo en la cama con Callahan solo porque haya roto con Evan. Aunque eso es lo que quiero hacer con todas mis fuerzas.

Respiro hondo para tranquilizarme. El aroma a café rancio de la taza que me he olvidado esta mañana me invade las fosas nasales y me recuerda que llevo mucho tiempo aquí sentada, procrastinando.

Y entonces lo hago.

Llamo a Evan.

Y hasta me contesta, lo cual es un milagro, porque nunca responde al teléfono, pero se enfada si yo no lo hago al primer tono.

—Hola —dice, distraído.

Carraspeo.

—Hola. Eh… Tengo que hablar contigo.

Silencio.

Suelta un suspiro exagerado.

—Estoy ocupado, Izzy.

Pongo los ojos en blanco.

—Tú nunca estás ocupado —le digo—. Te pasas la vida tomándote días libres.

—Discúlpame por tener seguridad financiera —masculla.

Me muerdo la lengua. Nunca he entendido cómo es posible que Evan gane tanto dinero. Se dedica al mundo de las finanzas, pero nunca lo veo trabajar. Supongo que será cosa de la mentalidad de tiburón.

—Puedo ir a tu casa —le ofrezco.

—No.

Su vehemencia me pilla por sorpresa.

—Vale… Pero tengo que hablar contigo.

Suspira de nuevo, esta vez con más fuerza. El sonido me resulta irritante.

—Bueno —dice—. Ya voy yo para allá. Dame media hora.

Cuelga. Suelto el móvil sobre el escritorio y exhalo. El golpe retumba y subraya la irrevocabilidad de lo que acabo de poner en marcha.

Media hora.

Solo tengo que superar los próximos treinta minutos. Intento distraerme. Abro el portátil y empiezo a leer correos electrónicos. Respondo a varios que son urgentes. Envío una confirmación de horario. Actualizo la bandeja de entrada. Miro la hora.

Han pasado cuatro minutos.

Ay, Dios.

Me levanto y empiezo a dar vueltas de un lado a otro. Ahora mismo tengo la sensación de que mi despacho es demasiado pequeño, de que las paredes se me van a caer encima de un segundo a otro. Tengo el corazón acelerado, lo siento como un tambor que me late a toda prisa contra las costillas y que no puedo frenar. La blusa se me pega a la parte baja de la espalda, húmeda a causa del sudor que me provocan los nervios.

Solo es Evan. Solo es una ruptura. No es para tanto.

Salvo que sí lo es.

Porque llevo años con él.

Porque, por muy horrible que sea conmigo, esto sigue siendo… un final.

Y aunque sé que esto es lo que tiene que pasar…

Odio que la culpa empiece a apoderarse de mí de todos modos, a enmarañarse con mis pensamientos como una enredadera inoportuna.

No sé muy bien cómo, pero el tiempo pasa y por fin oigo el teléfono de mi despacho. El ruido inesperado me hace dar un respingo. Me abalanzo sobre él y me aclaro la garganta antes de responder. Es uno de los chicos de seguridad. Ramirez.

—Hola —dice—. Aquí hay un tipo que pregunta por usted.

—Sí —contesto mientras trato de recomponerme—. ¿Puedes acompañarlo a mi despacho?

—Desde luego.

Cuelgo, apoyo la palma de las manos en el escritorio y respiro hondo.

La puerta se abre con un crujido discreto y Evan entra en la sala. Exhalo poco a poco, consciente de que este momento lleva tres años gestándose.

Ramirez se queda ahí plantado, como si se negara a marcharse. Desvía la mirada un instante hacia Evan y a continuación vuelve a centrarse en mí.

—¿Seguro que se encuentra bien, señorita Russo? —pregunta en un tono tranquilo y profesional, pero también con un dejo de preocupación.

Evan resopla con actitud desdeñosa.

—Venga ya, no me jodas.

Me obligo a esbozar una pequeña sonrisa.

—Sí, Ramirez. Gracias. Puedes irte.

No se va de inmediato. Se limita a lanzarme una mirada larga. Como si supiera que algo no va bien. Me quedo allí plantada, deseando que se vaya, porque, cuanto más tiempo siga aquí, más tardará en acabar todo esto. Al final hace un gesto de asentimiento, sale y cierra la puerta tras él. Oigo el clic del pestillo.

Y entonces nos quedamos solos.

Evan y yo.

Por última vez.

Él se cruza de brazos y frunce el ceño.

—¿A qué cojones ha venido eso? —me espeta.

Su colonia —demasiado fuerte, demasiado acre— inunda el espacio reducido y me cuesta aún más respirar.

Señala la puerta.

—Le has pedido al de seguridad que me escoltara, Izzy, como si fuera un puto delincuente.

Aprieto los labios y noto que se me secan bajo la presión.

—Pues… —empiezo, pero me detengo.

Porque estaba a punto de disculparme.

Otra vez.

Estaba a punto de decir: «Pues siento que te hayas sentido así».

¿Que lo siento? ¿Por qué? ¿Por si he herido sus sentimientos?

—No era mi intención que te sintieras así —digo, midiendo las palabras—. Solo he pensado que sería más fácil hablar aquí. En privado.

Pone cara de estar harto.

—Lo que tú digas. —Se deja caer en la silla que hay delante de mi escritorio y se repantiga, como si este fuera su despacho y no el mío

—. ¿De qué querías hablar?

Se saca el móvil del bolsillo y se pone a mirar alguna de sus aplicaciones, cosa que me demuestra lo mucho que le importa esta conversación.

Respiro hondo y me lleno los pulmones con el que parece ser mi último momento de paz.

Allá voy.

—Creo que tendríamos que romper.

Levanta la cabeza de golpe, frunce el ceño y luego se echa a reír. Una breve carcajada de incredulidad.

—Madre mía —dice—. ¿Estás con la regla o qué? Estás siendo demasiado impulsiva. —Vuelve a bajar la mirada hacia el móvil, como si mis palabras no tuvieran la menor importancia.

Me tenso, pero no me permito reaccionar. Esta vez no.

—No. Solo creo que es lo mejor. Hace tiempo que lo nuestro no funciona.

Ahora suelta el teléfono y amusga los ojos.

—Ah, ¿que esto es culpa mía?

No respondo, pero lo único que consigo es aumentar su irritación.

—¿Tan perfecta te crees que eres, Izzy? —pregunta levantando la voz.

—Yo no he dicho…

—Eres tú la que se ha ido alejando. Eres tú la que ha empezado a actuar de forma rara. Joder, ya ni siquiera lo intentas.

Me doy cuenta de que está tergiversando mis palabras, de que le da la vuelta a la historia hasta convertirme en la villana. Antes habría sucumbido a esta presión, habría dudado de mí misma hasta terminar pidiendo perdón por cosas que nunca he hecho mal. Habría

creído que estaba desperdiciando algo valioso, algo que era afortunada de haber siquiera logrado tener.

Pero ese patrón se rompe hoy. Ahora veo la intención de sus tácticas con sorprendente claridad. La luz de gas ya no me nubla el juicio.

—Me estás haciendo luz de gas —le digo en tono neutro.

—¿Perdona? —Lo dice despacio y, cuando se inclina hacia delante, entorna los ojos con una expresión de peligro en la cara.

—Me estás haciendo luz de gas, Evan. Ahora mismo.

Suelta otra carcajada, pero se nota que es forzada.

—Joder, ¿de dónde te has sacado esa expresión? ¿De uno de tus libritos de autoayuda para mujeres empoderadas?

—Lo digo en serio —insisto—. Lo nuestro se ha acabado.

Le cambia la expresión. Y, de pronto, la ira ha vuelto.

Ira de verdad.

No es solo fastidio.

No es solo manipulación.

Es rabia auténtica, hirviente. Se le pone la cara colorada, una vena le late en la sien como si estuviera a punto de estallar.

Se levanta con un ademán brusco y me tenso, el corazón comienza a aporrearme el pecho. Se dirige hacia la puerta. Pienso que a lo mejor se va y todo ha terminado. Pero entonces gira el pestillo. Oigo el clic metálico cuando encaja en su sitio: el ruido de mi vía de escape al cerrarse.

Doy un pasito atrás y noto que el borde del escritorio me presiona la parte posterior de los muslos.

—Evan —digo con cautela.

Se vuelve hacia mí.

—No vas a romper conmigo.

Ahora tengo el corazón desbocado, tanto que lo oigo latir.

—Evan —repito, tratando de mantener la voz firme—, sí voy a romper contigo.

Lo veo antes de que suceda, pero no puedo hacer nada para detenerlo. Se pone tenso, los músculos se le contraen bajo la carísima camisa Oxford. Aprieta los puños hasta que los nudillos se le ponen blancos, se le deforma la cara: pasa de ser atractiva a monstruosa en cuestión de segundos. Y entonces se abalanza sobre mí.

Intento moverme, correr, pero es demasiado rápido. Me agarra y me empuja contra el escritorio. El borde se me clava en la columna vertebral y una punzada de dolor me recorre toda la espalda. Me rodea la garganta con una mano. Jadeo, lo araño, le clavo las uñas en la muñeca, intento con todas mis fuerzas zafarme de su presa. Pataleo y le doy un golpe en la espinilla con el talón.

—¡No vas a echarlo todo por tierra, Izzy! —gruñe, y las gotas de saliva que se le escapan de los labios me aterrizan en la mejilla—. ¡No vas a desperdiciar todos estos años de mi vida para largarte sin más!

Forcejeo, se me empieza a nublar la vista, el pulso me ruge en los oídos. Me retuerzo, empujo, intento liberarme, pero el despacho es demasiado pequeño.

No tengo adonde ir.

Me tira al suelo y me inmoviliza con su peso. La cabeza me cruje al golpear el suelo. Veo estrellas explotando detrás de los ojos, brillantes y desorientadoras.

El pánico se apodera de mí.

Ahoga todo lo demás.

Pataleo, araño, empujo, cualquier cosa con tal de quitármelo de encima. Le araño un pómulo hasta hacerle sangre. Veo aparecer una línea roja, pero eso no lo detiene.

Es demasiado fuerte.

Demasiado resuelto.

Noto sus manos en todas partes.

Agarrando.

Desgarrando.

Tomando.

—¡Evan, para! —digo resollando, sin dejar de retorcerme debajo de él.

La moqueta me quema la piel desnuda con su tejido áspero e inflexible.

No para.

Continúa oprimiéndome con todo su peso, me inmoviliza, noto su cuerpo anguloso clavándoseme en las curvas suaves. Tengo la sensación de que me está incrustando todos los huesos en la carne.

Los pulmones me arden con cada jadeo desesperado por coger aire. Los músculos me gritan mientras forcejeo contra su presión. La mente se me fragmenta, incapaz de procesar lo que está ocurriendo, de creer que esto sea real, que un hombre al que le he dedicado años de mi vida pueda hacer algo así.

Me agarra por las muñecas, me las coloca por encima de la cabeza y me las sujeta allí con una mano mientras que con la otra…

No.

No voy a permitir que me haga esto.

Corcoveo debajo de él, desesperada, frenética. Le golpeo el muslo con la rodilla, pero me quedo a unos centímetros de alcanzar mi objetivo.

Su aliento caliente me roza la cara, el olor a café y a menta me abruma. Sé que las magulladuras que me está haciendo al hundirme los dedos en la piel mañana serán moradas.

—No has hecho más que rechazarme una y otra vez —gruñe con la voz cargada de rabia y lujuria, de un hambre tóxica y depredadora que me eriza la piel—. Decirme que no. Pues ¿sabes qué?

Me arranca la blusa, los botones saltan y se esparcen por el suelo.

—No pienso aguantártelo más.

No, no, no.

Grito.

Me revuelvo.

Intento desembarazarme de él, escapar, pero no puedo.

Pesa mucho.

Demasiado.

Me mete la rodilla entre las piernas para obligarme a separarlas. La falda se me sube hasta encima de los muslos.

Me trago un sollozo, me resisto con más fuerza, me retuerzo bajo su peso. Las lágrimas me nublan la vista, regueros cálidos que me resbalan por las sienes y me empapan el pelo.

Un recuerdo me inunda la mente.

Cal.

Su voz: «Yo siempre estoy observando. Si alguna vez necesitas una salida, hazme una señal».

Hazle una señal.

Di su nombre.

—Cal…

En cuanto lo pronuncio, Evan me lanza un bofetón.

El dolor me explota en el cráneo cuando recibo el impacto en la oreja. Es abrasador y desconcertante. La cabeza se me cae hacia un lado y todo se convierte en un caleidoscopio de formas borrosas e inclinadas.

Noto un pitido en los oídos, un silbido agudo que ahoga todos los demás ruidos.

El mundo gira más rápido.

Oscuridad.

30

ÉL SE DESABROCHÓ LOS PANTALONES, ASÍ QUE YO LE DESENCAJÉ LA MANDÍBULA

Cal

Izzy lleva toda la mañana evitándome.

Cree que no me he dado cuenta.

Pero se equivoca.

Ha estado esquivándome, moviéndose por la tienda como si llevara anteojeras, con la cabeza gacha, evadiendo el contacto visual. Se mueve deprisa de un departamento a otro, centrada en el trabajo, totalmente absorta, pero ahora la conozco lo bastante bien como para saber que es todo forzado.

Ha puesto fin a nuestro ritmo habitual: a las bromas, a las miradas cómplices desde el otro lado de la tienda, a la leve sonrisa que le curva los labios cuando se cruza con mi mirada. En lugar de eso, ahora hay una distancia deliberada, una cuidadosa coreografía para mantenerse fuera de mi órbita.

Y se lo permito.

Le doy espacio y respeto el límite invisible que ha trazado. No le tiendo emboscadas en los pasillos ni me invento razones para estar

con ella, porque entiendo lo que necesita ahora mismo: tiempo para procesar, para ordenar la maraña de emociones tras nuestro beso.

Volverá a mí cuando esté lista, así que le concedo espacio. Pero eso no significa que no esté observando.

Cuando el ritmo de la tienda empieza a bajar hacia el final de la jornada, vuelvo a la sala de seguridad, me recuesto en la silla y clavo la mirada en un monitor.

Izzy está sentada en su despacho. Tiene el teléfono en la mano, pero permanece inmóvil: no lee mensajes, no escribe correos electrónicos, no hace ningún tipo de movimiento productivo. Solo lo mira mientras el pecho le sube y le baja como si le costara respirar.

Sé muy bien lo que está haciendo.

Reunir valor.

Contrae los dedos alrededor del teléfono, los afloja y los aprieta. Una inspiración profunda, después suelta el aire.

Lo llama.

La observo con atención, me fijo en cada microexpresión, en cada pequeño cambio que le altera las facciones. En cuanto le contesta, veo que una oleada de alivio le inunda el rostro.

Y, luego, de irritación.

No me hace falta más: Evan se está comportando como un capullo. Izzy intenta quedar y él se lo está poniendo difícil, pero ella no se rinde. Está decidida a hacerlo de todos modos. E, incluso desde aquí, veo que se mantiene firme.

Pasa otra media hora. Miro el reloj, espero, estoy preparado.

—Callahan.

Me llevo un dedo al auricular. Noto el plástico frío en la piel.

—Sí.

—Hay un tipo preguntando por Russo.

Es Ramirez, que llama desde la entrada de la tienda.

Sabía que esto iba a pasar.

Con los dientes apretados, me fuerzo a respirar despacio antes de hablar, porque este momento es de Izzy. Tiene que hacerlo sola, aunque todos mis instintos me estén pidiendo a gritos que intervenga.

—Llámala. Avísala de que tiene visita. Luego acompáñalo.

Ramirez confirma que ha recibido el mensaje y yo vuelvo a mi puesto de observación. Las cámaras de seguridad me muestran a Evan cruzando la puerta principal con la barbilla levantada y su arrogancia habitual. Ramirez lo acompaña hasta el otro lado de la tienda. Cuando llegan a la puerta del despacho, mi hombre duda y se queda mirando a Izzy sin decir nada, con aire inquisitivo. Ella responde con un minúsculo gesto de asentimiento y una sonrisa forzada.

A Ramirez le cuesta marcharse, pero al final los deja solos. Activo el audio y el suave clic del interruptor resuena en la habitación silenciosa. Escucho.

Izzy le dice que se ha acabado. No da su brazo a torcer, no se disculpa ni cede. Se niega a que la manipule con sus tácticas.

Joder, qué orgulloso estoy de ella, porque Evan no se rinde. Está haciendo lo que siempre hacen los hombres como él: tergiversar las palabras, darles la vuelta a las cosas, hacerse la víctima, aferrarse a cualquier resquicio de control que aún conserve. Pero ella no cae en la trampa.

Ahora ve su manipulación con absoluta nitidez. La niebla se ha disipado y reconoce los patrones tóxicos que antes la aprisionaban.

Ser testigo de la fuerza que está demostrando —de esa resistencia tranquila y resuelta— me parece precioso.

Pero entonces el ambiente se transforma. Me doy cuenta antes que Izzy. Antes incluso de que ella se imagine lo que está a punto de ocurrir. Empieza con pequeños gestos. Evan se pone rígido, flexiona las manos, se le contrae todo el cuerpo: se tensa como un resorte a punto de saltar. Irradia una energía peligrosa: la postura erguida, la respiración superficial, los ojos entornados.

Lo reconozco al instante porque ya lo he visto otras veces.

Demasiadas. Lo vi cuando estuve destinado en el extranjero. Lo vi en soldados que se sentían atrapados, en hombres en los que el instinto primario había sustituido a la racionalidad. En combatientes que creían que la violencia era la única opción que les quedaba. En agresores cuya rabia los consumía tan por completo que controlaba sus acciones y anulaba hasta el último atisbo de razón y moderación.

Las señales de alerta son inconfundibles.

Predigo lo que viene a continuación con una claridad aterradora.

Adivino la intención en todas y cada una de las líneas del cuerpo de Evan antes de que a Izzy le dé siquiera tiempo a reaccionar.

La lleva escrita en la cara: la ira pura y sin filtrar de un hombre que está a punto de perder el control.

Se me tensa el cuerpo entero, el pulso se me dispara al instante.

Tengo que ir a por ella.

Tengo que moverme.

Pero ya lo sé…

Sé que no voy a llegar a tiempo.

Corro. No pienso. No dudo. Salgo volando de la sala de seguridad, las piernas se me mueven antes de que el cerebro termine de

asumir la situación, me abro paso por el pasillo esquivando a empleados y clientes por igual. El sonido de fondo de la tienda —las conversaciones, la música, los pasos— se transforma en un ruido blanco cuando concentro la atención en un único punto.

Sé el tiempo exacto que se tarda en llegar al despacho de Izzy.

Soy capaz de contar cada zancada que me separa de allí.

Soy capaz de calcular los segundos que pasan mientras corro, acercándola cada vez más al peligro.

Y me faltan.

Está sola.

Con él.

Y ese es el lugar más peligroso en el que podría estar. Me saco el móvil del bolsillo sin dejar de correr, abro las imágenes de las cámaras de seguridad. Respiro con pesadez, el pulso me retumba en los oídos. La pantalla me muestra una pesadilla que se está desarrollando en directo.

Izzy está en el suelo.

Inmovilizada debajo de él.

Evan está encima de ella, oprimiéndola, abriéndole las piernas con las rodillas, con una mano enredada en la tela rasgada de la blusa de Izzy. Tiene la otra…

Lo veo.

Está bajándola. Está a punto de quitarle las bragas. Se está desabrochando el cinturón. El tintineo metálico apenas se oye.

Y yo…

Me enciendo de rabia.

De una rabia pura y roja.

Paso con brusquedad entre un grupo de clientes al tiempo que grito órdenes a través del auricular.

—Todo el personal de seguridad disponible, al despacho de Isabella Russo YA.

Me da igual no ser el primero en llegar. Eso no importa. Lo que importa es que esté a salvo.

Lo que importa es detenerlo antes de que…

Aparto un carro reponedor de mi camino con tal ímpetu que choca contra un expositor. El cristal se rompe, los frascos de perfume explotan a causa del impacto y su aroma exageradamente empalagoso impregna el aire. Desde algún lugar lejano me llega un grito.

Da igual.

No me detengo.

Llego a su despacho.

El pestillo de la puerta está echado.

No hay problema.

Le pego una patada.

La madera se astilla bajo mi bota, el pomo cruje cuando la puerta se abre de golpe y choca contra la pared. Varios trozos de madera se esparcen por la moqueta.

Y dentro…

Izzy no se mueve. Evan está encima de ella.

Tiene la cremallera bajada.

Y una mano en el muslo de ella.

Levanta la cabeza al instante, sobresaltado.

Y ahí es cuando pierdo los putos estribos.

Lo agarro por el cuello de la mierda de camisa Oxford y lo aparto de Izzy con tanta fuerza que casi le disloco el hombro. Emite un sonido ahogado, tropieza, intenta mantener el equilibrio agitando las manos. La tela de la camisa de diseño se rasga.

No le doy tiempo a reaccionar. No le doy tiempo a suplicar ni a correr ni a coger una puta bocanada de aire.

Lanzo un puñetazo.

Le acierto en la cara, fuerte y rápido, y un repugnante crujido de cartílagos y huesos se propaga por el aire. El impacto me repercute en todo el brazo.

Se le cae la cabeza hacia atrás de golpe.

Se desploma contra el suelo, inerte. Un diente rueda por la moqueta.

Está inconsciente.

Un puñetazo.

Con eso basta. Porque sé lo que estoy haciendo. Podría haberlo matado. La idea se me pasa por la cabeza como una tentación oscura. El mundo sería un lugar mejor sin hombres como él. Izzy jamás tendría que volver a tenerle miedo.

Pero sé, sé con absoluta certeza, que, si lo hago, se echará la culpa.

Aunque no lo exprese en voz alta. Aunque no lo reconozca nunca. Su mente tergiversará las cosas, distorsionará la verdad, encontrará la manera de convencerla de que tomó parte en la muerte de Evan. De que fue culpa suya. Y entonces nunca se librará de él. No del todo.

Así que no.

No lo mato.

Solo me aseguro de que, cuando se despierte, le falten dos dientes frontales. Los implantes le dolerán y, además, le costarán una fortuna. Se lo tiene bien merecido.

Inhalo despacio, con el pulso aún acelerado. Noto el sabor metálico de la adrenalina en la lengua.

Y entonces me vuelvo hacia Izzy.

Sigue inconsciente, tumbada en el suelo con el cuerpo laxo y el pelo alborotado alrededor, como si se hubiera tumbado a echarse una siesta en lugar de haber sufrido una puta agresión. Estoy de rodillas a su lado incluso antes de darme cuenta de que me he movido; la recorro con las manos, busco.

Busco heridas.

Busco… cosas peores.

Tiene la blusa rasgada por delante, de manera que le deja al descubierto la curva suave del hombro. Están empezando a formársele moratones a lo largo de la clavícula y en un lado de la garganta. La huella de los dedos de Evan no se desvanece. Las marcas moradas permanecen grabadas como flores violentas.

Aprieto los puños con tanta fuerza que me crujen los nudillos.

Lucho por devolver mi rabia a la jaula en la que la guardo, por obligarme a mantener la compostura. Izzy me necesita con la cabeza fría, no consumido por ideas de venganza.

Le bajo la tela de la falda. Las bragas… Gracias a Dios, sigue llevándolas puestas. Evan no había ido tan lejos.

Si hubiera llegado un solo segundo más tarde…

Rechazo ese pensamiento, lo entierro bajo la lógica fría y metódica que me hace falta ahora mismo.

Izzy respira. Eso es lo importante.

Está aquí.

Y Evan no ha conseguido arrebatarle eso. Aun así, deberían sacarle muestras, porque, si se ha acercado lo más mínimo con esa polla rancia, quiero que lo metan entre rejas de por vida. Utilizaré mis contactos para que sepa lo que se siente cuando alguien te fuerza.

Y no será solo una vez.

Vaciaré mi cuenta bancaria para asegurarme de que le pase un día sí y otro también. Durante el resto de su patética vida.

Los demás chicos entran corriendo. Ramirez es el primero. Recorre la escena con la mirada: la posa en Evan, despatarrado e inconsciente en el suelo; luego la dirige hacia mí; y, por último, la clava en Izzy.

—Joder —suspira.

—Russo está bien —digo, y mi voz transmite más control del que realmente siento—. Ponedle las esposas a ese pedazo de mierda y llamad a la policía.

Ramirez y otro tipo se acercan a Evan, inconsciente, para inmovilizarlo: le atan las muñecas a la espalda sirviéndose de unas bridas de plástico.

—¿Alguien tiene sales aromáticas? —Mis palabras no delatan la rabia que siento por dentro.

Uno de los chicos se saca un frasquito del bolsillo del chaleco y me lo lanza. Lo atrapo al vuelo y me lo guardo en el mío.

Luego levanto a Izzy en brazos y me pongo de pie. Apenas se mueve, continúa inerte cuando me la apoyo en el pecho. Su peso es notable, pero me resulta reconfortante: es un recordatorio de que está aquí, de que es real, de que ahora está a salvo.

—Es mejor que no vea nada de esto —murmuro—. Me la llevo al despacho de Amanda. Encargaos del resto.

Asienten mientras salgo con Izzy pegada a mí.

Amanda ya está hablando cuando abre la puerta antes de que me dé tiempo siquiera a llamar.

—Vaya, vaya, pero si es…

Baja la mirada hacia Izzy, que reposa en mis brazos, y la preocupación le deforma las facciones.

—¿Qué cojones ha pasado? —exige saber al mismo tiempo que da un paso al frente, dispuesta a arañarme—. ¿Qué coño le has hecho a mi mejor amiga?

—Para, Amanda —le espeto mientras la esquivo—. No he sido yo.

Se le encienden los ojos de rabia y abre la boca para protestar. Y entonces lo suelto:

—Nunca haría daño a una mujer. Y mucho menos a la mía.

Se me escapa sin darme cuenta.

Ella se queda paralizada.

Cierra la boca de golpe.

Hago caso omiso de lo que acaba de ocurrir y me concentro en lo que importa de verdad.

—Ha sido Evan —afirmo con la voz tensa debido al esfuerzo que me supone contenerme—. Le ha dicho que quería romper con él y la ha agredido. Lo están arrestando en su despacho. La he traído porque no quería que se despertara y viera eso.

Amanda me mira de hito en hito durante un segundo largo; luego exhala y aprieta los labios.

—Hay que llamar a un médico —dice, ya con la voz más tranquila.

—Sí —convengo—. Pero, mientras tanto, tengo el título de auxiliar.

Amanda duda, pero, al cabo de un segundo, asiente con la cabeza.

—Vale —murmura—. Os dejo solos, pero, si ves algo raro…

—Te llamo —termino por ella.

Vuelve a asentir, remisa pero confiada. Después se marcha de la habitación y cierra la puerta a su espalda.

Me acerco al sofá con Izzy y la tiendo con mucho cuidado, como si estuviera hecha de cristal. Saco las sales aromáticas, las abro y se las acerco con cautela a la nariz. El olor a amoniaco invade el ambiente.

—Vuelve conmigo, preciosa —susurro.

Ella aletea los párpados.

31

NO TENGO MIEDO CUANDO ÉL ESTÁ CONMIGO

Izzy

Estoy en mi apartamento.

Han pasado cuatro días desde la agresión. Cuatro días desde que Evan intentó violarme en mi despacho. Cuatro días desde que Callahan tiró la puerta abajo y me salvó. Cuatro días desde que todo mi mundo se hizo añicos y comenzó a transformarse en algo irreconocible.

Estoy sentada en el sofá, envuelta en una manta y observando cómo se desplazan las sombras por la pared mientras el sol de la tarde se filtra a través de las contraventanas. Fuera, oigo el tráfico de Hoboken, el pitido de los cláxones, los pasos que resuenan en la acera. La vida no se detiene. La gente sigue viviendo.

Pero yo no me muevo. Yo estoy aquí sentada, entumecida y pesada, como si me hubiera hundido entre los cojines y no fuera capaz de encontrar la fuerza de voluntad necesaria para levantarme. Todo me parece lejano. Igual que si lo viese a través de un cristal grueso y no pudiera tocarlo. O, tal vez, no quisiera tocarlo.

Me he tomado unos días libres en el trabajo. No porque haya querido, sino porque Amanda y Cal me han obligado. Si hubiera dependido de mí, habría vuelto al día siguiente y habría fingido que todo iba bien, que no había pasado nada. Pero sí ha pasado. Y, por mucho que finja, no hay nada que vaya a deshacerlo.

También se empeñaron en llevarme a urgencias. El olor a antiséptico todavía no se me ha borrado de la mente, ni la aspereza del papel que cubría la camilla. Me hicieron someterme a un examen de agresión sexual. Al principio no quería. Les dije que no era necesario. Que Cal estaba allí. Que lo había visto todo. Según él, había llegado antes de que Evan hiciera lo peor, pero luego le entraron dudas.

¿Y si el ángulo no era el adecuado? Eso fue lo que dijo. ¿Y si no había visto algo mientras corría hacia mí?

No hizo falta más para convencerme.

Las pruebas no mostraron indicios de penetración ni contacto sexual, para mi gran alivio, porque no sé si habría podido soportar lo contrario. Sé que me golpeó con tanta fuerza que perdí el conocimiento. Quizá fuera para bien. Quizá me salvara de algo peor. Aun así, decir que toda la situación fue aterradora se queda muy corto. Todavía llevo las marcas en el cuerpo: dolores y moratones que me hacen estremecer cada vez que me muevo.

A Evan lo arrestaron, por supuesto.

Unos días después recibí una llamada de la oficina del fiscal del distrito. Quieren presentar cargos contra él por intento de agresión sexual.

Pero hay una pega.

Necesitan que testifique.

Sin mi testimonio, es probable que no lleven el caso a juicio. Les dije que necesitaba pensarlo, porque la verdad es que no sé si soy capaz de hacerlo. La mera idea de sentarme en un tribunal público, de revivir ese día, de detallar lo que me hizo —lo que intentó hacerme— hace que me cueste respirar. Solo de pensarlo, se me contrae el pecho y los pulmones se niegan a expandirse.

¿Y si esto me persigue para siempre?

¿Y si algún día la gente busca en los registros judiciales y es lo único que ven sobre mí? Incluso con las leyes de protección de víctimas, los detalles suelen filtrarse.

¿Y si nunca desaparece del todo?

Aún no le he contado a nadie lo de la llamada del fiscal del distrito. Ni a Amanda ni a Cal ni a mi familia. Mucho menos a mi familia. Mi amiga —que Dios bendiga su corazón ruidoso, caótico y, en ocasiones, psicótico— se ha mostrado inusitadamente discreta sobre este trauma. Ha respetado mis límites, no me ha presionado para hablar, no me ha obligado a revivir ni un solo instante.

Y, lo que es aún más importante, no se lo ha contado a mi familia.

Le supliqué que no lo hiciera. Amanda los conoce. Ha asistido a no pocas de nuestras cenas dominicales. Me prometió que no les diría ni una sola palabra. Me dijo que no le correspondía a ella contarlo. Y, menos mal, porque, si se enteraran mis hermanos y mi padre…, los juzgarían por asesinato.

Y si se enteraran mi madre y mi abuela…, se morirían del disgusto.

Aun así, sé que mi amiga me está vigilando de cerca.

Pero nadie me está vigilando tan de cerca como Cal.

Él fue quien me salvó. La primera persona a la que vi cuando me desperté, el que me llevó al hospital y no me soltó la mano durante toda la terrible experiencia. El que me trajo a casa.

Él fue quien me cocinó, se aseguró de que me duchara y me metió en la cama. Durmió en el sofá, al otro lado de mi habitación. Y me refiero a justo al otro lado de la puerta. Movió el sofá y lo puso delante para que cualquier posible intruso tuviera que pasar primero por él. Oír su respiración regular a través de la madera fina me resultó extrañamente reconfortante.

Le dije que se fuera a casa, que no era justo para él.

Pero se limitó a negar con la cabeza y a decir que no iba a dejarme sola.

Y lo peor de todo…

Su respuesta ni siquiera me inquietó.

Tendría que haberme puesto nerviosa.

Debería asustarme lo protector que es.

Que, cuando al fin se marchó a trabajar la mañana siguiente, hubiera instalado una cámara de seguridad delante de la puerta de mi apartamento.

Que hubiese puesto una alarma.

Que me dijese: «Si alguien se atreve siquiera a acercarse, lo sabré».

Todo esto debería agobiarme.

Pero no.

Me siento segura.

Ha venido a verme todas las noches de esta semana.

Después de trabajar, se presenta en mi apartamento, me prepara la cena y cocina de más para que tenga comida al día siguiente. Me

arropa cuando me acuesto y me dice que estoy a salvo. Luego se sienta aquí fuera hasta que me duermo.

Se ha mostrado paciente y respetuoso en todo momento.

No me ha presionado nunca para que hable de lo que pasó.

Ni una sola vez se le ha ocurrido hacer nada más que ofrecerme un apoyo tranquilo y constante cuando más lo necesito.

Y no sé qué hacer.

Porque él es lo que más deseo.

Pero no sé si se debe a que estoy vulnerable o a que esto es real.

He intentado averiguarlo, pero no soy capaz, y la semana ha pasado volando.

Duermo todos los días hasta las doce, me despierto lo justo para comer algo y luego me vuelvo a quedar traspuesta.

Cuando estoy despierta, apenas toco el móvil.

Porque, la última vez que lo hice, Evan llamó.

Fue el día en el que lo pusieron en libertad bajo fianza.

No he escuchado el mensaje de voz que me dejó.

No he conseguido reunir el valor necesario para oír su voz, para dejar que invada este espacio, aunque sea de forma electrónica. Me bastó con ver su nombre para sentir una oleada de náuseas, las manos empezaron a temblarme con tanta fuerza que casi se me cae el teléfono.

Después de eso, tardé un tiempo en volver a mirarlo.

Lo dejé en la mesita de noche, apagado, ignorado. Dejé que el mundo siguiera adelante sin mí. Al principio ni siquiera podía pensar en volver a hablar con Caleb. Cuando al fin lo hice, solo respondía a sus mensajes de buenos días. Nada más.

Hasta hoy.

Porque hoy me siento un poco más yo misma.

La luz del sol me calienta más la piel. El aroma del café recién hecho en la cocina me resulta apetecible por primera vez desde hace días. El peso de la manta que me rodea los hombros me resulta reconfortante en lugar de asfixiante.

Y tal vez haya llegado el momento de decidir qué me espera a continuación. Cómo será mi vida sin la rémora de Evan.

32

SI HACE FALTA PONER CÁMARAS EN TODAS LAS ESQUINAS, QUE ASÍ SEA

Cal

Si fuera por mí, me habría tomado la semana entera libre para estar con Izzy.

Me habría quedado en su apartamento, le habría preparado todas las comidas, me habría asegurado de que bebiese agua, de que no estuviera sola con sus pensamientos demasiado rato. Me habría quedado todas las noches sentado junto a la puerta de su dormitorio aguzando el oído para captar posibles señales de pesadillas, el susurro inquieto de las sábanas, gemidos suaves que pudieran indicarme que me necesitaba. Y, aunque me hubiera dicho que ya no me quería allí, si hubiese intentado echarme, no me habría ido.

Habría dormido en la puerta de su casa.

Pero tengo que marcharme todas las mañanas. Cerrar la puerta detrás de mí me resulta brutal y es una sensación de la que no consigo librarme. Pero, con el empeoramiento de los problemas de seguridad en la tienda, no he podido permitirme el lujo de quedarme.

Me contrataron para que me ocupara de una red de crimen organizado que lleva meses inactiva. Pero ahora, de pronto, esta semana, de entre todas las semanas posibles, han decidido empezar a actuar de nuevo. Así que he tenido que estar en la tienda.

Aunque eso no significa que no la haya estado vigilando.

Mientras Izzy dormía, agotada, intentando recuperarse, instalé cámaras en todos los rincones de su apartamento.

Ella solo sabe de las exteriores, pero también veo todos los demás recodos de su casa, y esa es una medida de seguridad de la que no le he hablado de forma explícita. Más que nada porque no pienso mirar esas imágenes a menos que reciba una alerta de intrusión. No voy a violar su privacidad hasta ese punto, cosa que supongo que no es mucho decir, teniendo en cuenta las circunstancias. Pero, si una araña se atreve siquiera a estornudar en ese apartamento, me enteraré.

Y no lo cambiaría ni por todas las demandas por violación de la privacidad del mundo.

Porque lo que me importa más que su posible enfado es su seguridad. Porque sé que Evan aún no ha acabado con ella. Al menos, eso es lo que él cree. Porque, en mi opinión, está más que acabado y, de hecho, tiene suerte de seguir vivo.

La primera medida que tomé, además de garantizar la seguridad de Izzy, fue investigar a fondo los antecedentes de ese tonto de los cojones.

Gracias a mi trabajo, tengo acceso a bases de datos que la mayoría de la gente no puede consultar. Antecedentes penales, historiales financieros, incluso calificaciones crediticias. Y, si la información no se encuentra disponible en esos sistemas, tengo

muchos contactos que están más que dispuestos a hacerme un favor o dos.

Lo que he descubierto es desconcertante.

En algún momento de su primer año de relación, a Evan lo despidieron de su empleo en el mundo financiero.

Y no ha vuelto a conseguir otro.

Su historial laboral es un espacio en blanco a partir de entonces. No hay solicitudes de empleo ni registros de nuevos ingresos, pero sigue ganando dinero.

Mucho dinero.

Se lo depositan en varias cuentas bancarias a través de una sociedad limitada con base en un paraíso fiscal.

¿De dónde sale?

¿Qué está haciendo para ganarlo?

Y eso ni siquiera es lo peor.

Desde que lo despidieron, su nivel de vida ha mejorado. Un sedán nuevo de la marca BMW, un apartamento carísimo en Manhattan. Vive mucho mejor de lo que debería poder permitirse estando en el paro.

Y luego están las mujeres.

Una rotación constante de mujeres.

Rostros diferentes que entran y salen de su edificio, imágenes de seguridad en las que aparecen llegando a altas horas de la noche y marchándose temprano por la mañana.

De hecho, en el momento en el que Izzy lo llamó para romper con él, ya había otra mujer en su apartamento.

Lo cual significa que no le era fiel.

Entonces ¿por qué coño es tan posesivo?

¿Por qué ha arrastrado a Izzy por el barro durante años si ha estado acostándose con otras? ¿Por qué perder el control de esa manera cuando ella intentó dejarlo?

Su comportamiento no me cuadra.

Y eso significa que tengo que seguir investigando.

Porque esto ya no tiene solo que ver con Izzy. Evan está involucrado en algo ilegal y voy a descubrir el qué.

Por supuesto, he controlado todas las llamadas que Izzy ha recibido desde la agresión.

¿Es una invasión de la privacidad?

Sí.

¿Me importa una puta mierda?

No.

Está demasiado vulnerable, herida, y en este estado es facilísimo manipularla.

Así que, si Evan intenta volver arrastrándose a su vida, me aseguraré de que no suceda.

Y, por supuesto, ya lo ha intentado.

El día en el que salió bajo fianza, la llamó y le dejó un mensaje de voz. Error mío. Debería haber sido más proactivo y haber bloqueado su número. Teniendo en cuenta que le han interpuesto una orden de alejamiento, no se me ocurrió que fuera a violarla tan rápidamente. Sé que Izzy vio la llamada entrante y el mensaje de voz, y que no lo ha escuchado. Pero yo sí.

«Izzy, estás montando un drama innecesario. Sabes que tu reacción ha sido exagerada. Solo hemos discutido, nada más. Supongo que ahora mismo estás demasiado sensible, pero te perdono por lo que ha pasado. Llámame y lo hablamos. No tires por

la borda lo que tenemos por culpa de un malentendido. Tanto tú como yo sabemos que no era mi intención. Te arrepentirás. Llámame».

Luz de gas.

Manipulación.

Hizo que me hirviera la sangre.

Bloqueé su número al instante, pero eso no le impidió probar de nuevo. Como un reloj suizo, sigue llamándola tres veces al día. Insiste en dejarle mensajes de voz. No deja de intentar meterse en la cabeza de Izzy.

Por suerte, ella no se entera de nada.

Y así es como quiero que siga siendo.

Porque lo único más indignante que lo que Evan ya ha hecho es que no ceje en su empeño de volver a colarse en su vida.

La otra llamada que Izzy no contestó era de la oficina del fiscal del distrito. Necesitan que ella testifique. Le dijeron que, sin su testimonio, lo más seguro es que no lleven el caso a juicio.

No les ha devuelto la llamada.

Sé por qué.

Su nivel confianza no está donde debería. Testificar en un tribunal público acerca de un intento de violación no es una experiencia apta para cualquiera. Sería complicado incluso para las personas más fuertes del mundo.

E Izzy —a pesar de lo fuerte que es, de lo mucho que ha avanzado— todavía está sanando. Es una conversación que, tarde o temprano, tendré que mantener con ella. Un proceso en el que deberé ayudarla. Porque no pienso permitir ni de puta coña que

Evan se vaya de rositas después de lo que ha hecho. En cualquier caso, la decisión de testificar o no debe tomarla ella.

Una voz crepita a través de mi auricular.

—Callahan, ¿estás ahí? Tenemos un problema abajo.

Exhalo, me aparto del escritorio y me dirijo hacia la salida.

—Voy para allá.

En cuanto me ocupe de lo que sea que esté pasando, volveré con Izzy.

Bajo los escalones de dos en dos, con la mente ya centrada en otro tema. El estruendo de mis botas resuena en la escalera de hormigón. La tienda tiene tres plantas contando con los despachos administrativos, y nunca me han gustado los ascensores. Son demasiado limitantes para mi gusto.

Cuando llego a la zona de detención, Ramirez y otros dos de mis hombres están apostados ante la puerta de la sala cerrada con los brazos cruzados y los ojos clavados en los monitores que muestran a los dos sospechosos del interior. Tienen justo la pinta que me esperaba: están nerviosos, pero intentan aparentar tranquilidad y fracasan estrepitosamente.

—¿Qué tenemos? —pregunto cuando llego junto a Ramirez.

—Dos idiotas —responde en tono seco—. Pero, no voy a mentirte, han llegado nada menos que hasta el almacén antes de que los pilláramos.

Exhalo por la nariz. Está claro que se trata de un punto débil que tendremos que reforzar antes de que empiece a notarse el ajetreo de las fiestas.

Ramirez me entrega una carpeta.

—Imágenes de las cámaras de seguridad. Antes de actuar, inspeccionaron la zona fingiendo que estaban de compras. Pasaron más tiempo del habitual en la tienda y luego, cuando nadie miraba, se encaminaron hacia la parte de atrás. Los encontramos cerca de las taquillas de los empleados.

Hojeo las fotos, deslizando las páginas brillantes entre los dedos. Ya sé que no se trata de una banda de ladrones de poca monta. Esto tiene todas las características de un delito organizado. Asiento con la cabeza, cierro la carpeta y abro la puerta de un empujón.

Cuando entro, los dos hombres tienen la cabeza gacha, una expresión cuidadosamente impasible en el rostro.

Todavía no me ven.

No pasa nada.

Ya me verán.

Me lo tomo con calma: cojo una silla de la esquina de la habitación, la giro hacia atrás y me siento en ella. Las patas metálicas chirrían contra el suelo. Planto las botas con firmeza en el suelo, apoyo los brazos sobre el respaldo de la silla y me limito a observarlos.

El silencio es un arma poderosa.

La gente lo subestima. Creen que el poder proviene de las palabras, de las amenazas, de levantar la voz e imponer tu autoridad. No se dan cuenta de que el verdadero poder, el verdadero control.

Se halla en el silencio.

La gente lo odia.

Son capaces de hacer cualquier cosa con tal de llenarlo.

Hablan solo para oír el sonido de su propia voz. Sueltan excusas, mentiras, medias verdades, cualquier historia con tal de que la tensión sea menos insoportable.

Pero yo no rompo el silencio.

Dejo que se prolongue.

Me pongo cómodo y los miro de hito en hito, sin pestañear.

El aire se torna más denso.

Me doy cuenta de que empiezan a sudar.

Arrastran los pies, cambian de postura en el asiento, intercambian miradas nerviosas.

Y entonces, justo en el momento oportuno…

Se derrumban.

Al cabo de diez segundos.

—Mira, tío —dice al final el de la izquierda—, todo esto es un malentendido. Solo intentábamos sacar algo de pasta. Ya sabes, llevarnos alguna cosa, revenderla por…

Levanto una mano y deja de hablar al instante.

Ladeo la cabeza.

—¿Te crees que soy tonto?

El chico traga saliva.

—No, tío, yo…

—¿Crees que no sé lo que estáis haciendo? —Me echo hacia delante y bajo el tono de voz a propósito—. No estáis aquí para llevaros un par de bolsos y revenderlos por internet. Esto está organizado. No os movéis a menos que os digan que os mováis. No robáis a menos que os ordenen que robéis. Y no estudiáis una tienda a menos que os digan qué debéis buscar.

El tipo cambia de postura y su confianza comienza a resquebrajarse. El cuero barato de su chaqueta cruje cuando se mueve. Su amigo carraspea.

—Nosotros no sabemos nada. No somos más que, bueno, ya sabes, los pringaos…

Resoplo.

—Mentira.

Endurezco la expresión.

Impongo mi presencia sobre ellos.

—Estáis jodidos —digo sin más—. Lo sabéis, ¿verdad?

Se quedan paralizados.

Me echo un poco hacia atrás para darles tiempo a asimilar lo que acabo de decir.

—Tengo contactos en la comisaría —continúo—. Puedo hacer una llamada ahora mismo y darles todo lo que necesitan para acusaros de hurto mayor.

Uno de ellos se ríe, pero sin convicción.

—Venga ya, tío. No hemos robado nada.

Sonrío con aire burlón.

Acaban de caer en mi trampa favorita.

—¿Habéis abierto alguna vez un libro sobre leyes?

Silencio.

Me río entre dientes al mismo tiempo que niego con la cabeza.

—La tentativa y el delito consumado tienen las mismas consecuencias. A la ley le importa tres cojones que no sepáis hacer bien vuestro trabajo.

El tipo de la derecha se remueve, incómodo.

—Nosotros no…

—Ahórratelo —lo interrumpo con brusquedad—. Los dos sabemos que trabajas para alguien. Y los dos sabemos que no eres tan gilipollas como para intentar marcarte esta jugada sin órdenes. Así que las cosas van así: o empezáis a hablar u os la jugáis con la fiscalía.

Se miran entre sí.

Veo las dudas.

Y por fin:

—No sabemos gran cosa —reconoce el primero—. Solo… recibimos órdenes. Vamos a las tiendas, recopilamos información. Nada más.

—¿De quién?

Niega con la cabeza.

—Siempre es anónimo. Nos dan una hora, un lugar, una ubicación. A veces nos mandan robar mercancía; otras, solo nos piden que evaluemos la seguridad.

Tomo buena nota de ello: el cerebro invisible de una operación criminal está poniendo a prueba nuestras debilidades. Están planeando un golpe importante. Y cada vez están más cerca, porque estos tíos han conseguido entrar en una zona restringida, y eso es culpa mía y de mi equipo.

Me levanto de la silla.

—Llama a la comisaría.

Uno de mis hombres asiente y se lleva la mano a un botón de los auriculares.

Los dos ladrones levantan la cabeza de golpe.

—Espera, ¿qué?

El de la izquierda parece aterrado.

—Pero has dicho…

—No os he prometido nada.

Se les descompone la cara.

—Solo os he dicho que, si no hablabais, os iría mal. —Me encojo de hombros y me aliso las mangas—. En ningún momento os he dicho que os iría bien si lo hacíais.

Salgo en tromba de la celda de detención girando los hombros hacia atrás y librándome de los últimos restos de adrenalina que me corren por las venas. Oigo a los dos tipos de dentro farfullando maldiciones entre dientes, imagino que todavía tratando de convencerse a sí mismos de que no están jodidos.

Lo están.

Vuelvo a la sala de seguridad, donde Ramirez y el resto del equipo están viendo las imágenes de la celda de detención. Paro nada más franquear la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tenemos que corregir nuestras debilidades —les digo con voz firme—. Mañana por la mañana, treinta minutos antes. Sin excepciones.

Algunos intercambian miradas, pero nadie discute.

Ramirez asiente.

—Hecho.

—Bien —digo—. Hoy todos habéis hecho vuestro trabajo, pero ya no vamos a seguir jugando a la defensiva. —Exhalo mientras me doy golpecitos con los dedos sobre los bíceps—. Vamos a adelantarnos a ellos.

La sala continúa sumida en el silencio; luego, Ramirez asiente de nuevo.

—Entendido.

No necesito decir nada más.

Me doy la vuelta, cojo las llaves y me encamino hacia mi moto.

En cuanto me subo a ella, llamo a dirección. Las malas noticias no envejecen bien. Es mejor atajarlas cuanto antes. Solo oigo dos tonos antes de que descuelguen. Me propongo que la llamada sea breve, eficaz. Les cuento exactamente lo que ha pasado: dos hombres que estaban estudiando la tienda han conseguido entrar en la parte de atrás; el equipo de seguridad los ha detenido antes de que llegaran más lejos; no ha habido pérdidas, ni daños materiales ni personales. Me limito a recordarles que nos enfrentamos a algo más grande. La dirección se muestra receptiva. Confían en que lo tengo bajo control.

Y hacen bien.

Porque así es.

Finalizo la llamada y exhalo mientras agarro el manillar.

Preparado para dejar atrás este día.

Preparado para ir a verla.

Estoy a punto de guardarme el teléfono…

Y entonces aparece un mensaje.

De Izzy.

Para Caleb.

Lleva una semana sin hablar con él.

Y eso significa que ni de broma voy a permitir que la IA se encargue de esto.

33

CHATEANDO CON CALEB

PRECIOSA
hola

CALEB
Hola, preciosa. Hacía mucho que no sabía nada de ti.
Estaba preocupado

sí... perdón

No hace falta que pidas perdón. Solo quiero saber si
estás bien

no lo sé

Cuéntame

he roto con evan

Estoy orgulloso de ti

no fue bien

Qué pasó?

me… me agredió

…
Izzy

estoy bien. en serio

No. No puedes soltar eso y luego decir que estás bien

es que… no sé. me siento muy rara

Rara en qué sentido?

empiezo a dudar. he escuchado su mensaje de voz

Izzy

ya, ya lo sé. no tendría que haberlo escuchado. pero lo he hecho. y ahora me estoy rayando y si fue culpa mía? y si lo hice mal? a lo mejor tendría que haber roto con él de otra forma. siendo más delicada. o esperando a otro momento. porque, a ver, llevaba años con él. la gente no cambia de opinión de golpe, no?

No. Ni se te ocurra
No hay NINGUNA justificación para lo que hizo Ninguna
Podrías haber roto con él en un restaurante de cinco estrellas con una presentación de PowerPoint y una puta cesta de regalo y ni siquiera eso habría cambiado el hecho de que es un mierda peligroso y manipulador

Esto NO es culpa tuya

es lo que quiero creer

Pues créetelo

cal me ha estado cuidando

Bien

y me siento culpable por ello

Por qué?

porque me encanta me encanta que lo haga. me encanta que esté aquí solo quiero estar con él que me abrace que me bese, como aquella vez ahora mismo estoy hecha un lío

Respecto a qué, en concreto?

respecto a todo. lo que pasó con evan. lo que siento por cal me agredió una persona a la que creía conocer, a la que pensaba que quería. y ahora tengo unos sentimientos muy intensos por cal, que me salvó

Es muy normal después de un trauma. Tus emociones son válidas

pero hay más. me da miedo contártelo

Puedes contarme cualquier cosa, Izzy. No voy a juzgarte

tengo ciertos… pensamientos sobre cal. muy intensos. quiero que tome el control, incluso que sea agresivo conmigo. y, después de lo que acaba de pasar con evan, no debería darme miedo?

Hay una diferencia enorme entre una agresión y el deseo consensuado. Lo primero tiene que ver con que te arrebaten el poder y el control Lo segundo tiene que ver con la confianza y el placer que se entregan de forma voluntaria

tiene lógica, pero sigo sintiendo que es una contradicción. qué dice de mí el hecho de que después de haber sufrido una agresión fantasee con que otra persona me domine?

No dice nada malo de ti. A muchas personas les resulta empoderante reapropiarse de su sexualidad poniendo sus propias condiciones después de un trauma. Las diferencias claves son el consentimiento y la confianza

confío en cal. eso es lo raro. apenas lo conozco, pero confío plenamente en él

La confianza no siempre es lógica. A veces lo sabemos sin más

pero hay otra cosa que me preocupa. no lo sé todo sobre cal. es misterioso, muy reservado. y si solo estoy sustituyendo a un chico lleno de secretos por otro?

Es una preocupación válida. Lo has hablado con él?

no. me da miedo

Quizá ese sea el primer paso. Sincerarte sobre tus sentimientos, tus deseos y tus preocupaciones

tienes razón. tengo que contárselo todo: cómo me siento, qué deseo y también mis miedos

Me parece un enfoque saludable

pero me asusta. y si mis sentimientos no son reales? y si son una especie de respuesta rara al trauma?

Tus sentimientos son reales con independencia de dónde provengan. Pero es importante que te tomes un tiempo para entenderlos. No hay prisa

creo que necesito hablar cara a cara con él de todo esto. descubrir qué quiere cada uno

Me parece un buen plan. Recuerda: la recuperación no es lineal. Sé paciente contigo misma

gracias por escucharme. por no juzgarme

Aquí me tienes siempre que quieras, preciosa

ah, a todo esto, ya tengo tu regalo

Qué regalo?

Sabes muy bien qué regalo

Aaah. El regalo. Claro

sí
durante todo este tiempo no… no estaba de humor
para ese tipo de cosas

Es comprensible

pero puede que pronto. cuando vuelva a sentir que…
controlo más mis deseos

Tómate todo el tiempo que necesites

vale. creo que me encuentro mejor después de haberlo
hablado. voy a levantarme, a ducharme y a esperar a
que venga cal. quizá tengamos una conversación
sincera

Me parece genial, preciosa
Estoy deseando que me cuentes qué pasa después

34

HAZME LA CENA O HAZ QUE ME CORRA

Izzy

Es viernes y esta mañana me he despertado sintiéndome más yo misma que en toda la semana, como si la pesadez de los últimos acontecimientos por fin empezara a aligerarse. Pero mi cuerpo todavía no está del todo bien y he acabado durmiéndome otra vez, para recuperar el descanso que tanto necesito. Cuando por fin salgo de la cama, está empezando a anochecer. Estiro los brazos por encima de la cabeza y después me dirijo hacia el baño arrastrando los pies. Las articulaciones me protestan cada vez que me muevo y el cuerpo me pesa más que de costumbre. Una ducha caliente es justo lo que necesito. El vapor empaña el espejo mientras dejo que el agua ardiendo me relaje los músculos y disipe los últimos restos de sueño. Sigue doliéndome todo, pero las pruebas físicas comienzan a desvanecerse.

Lo cual es bueno.

Significa que me estoy curando.

Que lo estoy superando.

¿No?

Me seco con la toalla, me recojo el pelo y me pongo un pantalón de chándal limpio y una camiseta sin mangas que se ajusta un poco más de lo que me gustaría a mis curvas. Cuando salgo de mi dormitorio, todavía frotándome el pelo húmedo, lo huelo.

Comida.

Y no una cualquiera.

Comida de la de chuparse los putos dedos.

Ladeo la cabeza hacia la cocina.

Y ahí está.

Callahan.

De pie junto a mis fogones, como si viviera aquí. A estas alturas, quizá sea así. No recuerdo haberle dado una llave, pero está claro que entra y sale cuando le apetece. Y me parece más que estupendo.

En cuanto entro, deja lo que está haciendo. Los músculos de la espalda se le flexionan al moverse y volverse hacia mí. Y se me olvida respirar. Me resulta muy natural verlo aquí, de pie en mi cocina, como si este fuera su sitio. Como si siempre lo hubiera sido.

Se ha subido las mangas hasta los codos y, por supuesto, no le estoy mirando los antebrazos, fuertes y tatuados. La anchura de los hombros de Cal es tal que llena el espacio, como si estuviera hecho para estar justo donde está. El algodón suave de la camiseta se le tensa sobre el pecho.

El olor de lo que sea que esté cocinando impregna el aire, pero hay otro que lo supera en intensidad.

El de él.

La fragancia de Cal.

Ese aroma a limpio, a cedro y especias, tan inequívocamente Callahan y seguro.

Y entonces me mira, me escanea de arriba abajo, vuelca toda su atención en mí en un instante. Me escudriña como si estuviera evaluando los daños y catalogando cada cardenal y cada señal de agotamiento que tengo en el cuerpo. Me recorre con la mirada el rostro, los brazos y las sombras de las magulladuras de la garganta, que comienzan a atenuarse.

Y así, de pronto, ya no estoy pensando en la comida. No estoy pensando en mi cocina. Solo estoy pensando en él.

Apenas logro articular palabra antes de que se acerque a mí.

—¿Cómo te encuentras?

Abro la boca, pero, antes de que me dé tiempo a responder, ya me está tocando.

Me acaricia el brazo despacio con los dedos, me roza el hombro con la ligereza del aire. Me levanta un poco la barbilla y me pasa el pulgar por la mandíbula mientras me sostiene la cara para examinarme los moratones del cuello. Noto el calor de su piel, callosa pero delicada.

Me toca con muchísimo cuidado, con precisión y con una suavidad exasperante.

Como si temiera romperme. Como si estuviera dispuesto a cargar con mi dolor si pudiera.

—Se están curando —digo en voz baja y observando su expresión.

Continúa acariciándome con el pulgar, moviéndolo despacio hacia delante y hacia atrás. Después, sin decir nada más, me guía hacia el sofá apoyándome la palma de la mano con firmeza en la parte baja de la espalda.

El contacto es sencillo, natural. Y, sin embargo, lo noto por todas partes. Se sienta a mi lado y se hunde en el cojín; a continuación saca un botecito de bálsamo. El recipiente abierto desprende un aroma a eucalipto y menta.

Observo a Cal en silencio mientras afloja la tapa con las enormes manos y hunde los dedos en el interior del bote. Saca solo la cantidad de bálsamo necesaria para aplicármela sobre la piel.

El alivio fresco de la sustancia penetra y me calma, pero es el tacto de Cal lo que me hace estremecer.

—No tienes por qué seguir haciendo esto —murmuro en un tono de voz que apenas es un susurro—. Estoy bien.

—No haces más que decir eso —responde también en un murmullo, aún concentrado en su tarea.

Su aliento me acaricia la piel.

—Lo digo en serio.

Y entonces, sin darme tiempo a apartar la mirada, a pensar siquiera en qué decir para quitarle hierro a la situación, levanta una mano, me sujeta la barbilla con delicadeza y me alza la cara.

—Por favor —dice con la voz tranquila pero firme—, deja de decir esas cosas.

Trago con dificultad.

—No eres una carga, Izzy —continúa en un tono seguro, con una certeza espontánea—. Mereces que te cuiden.

Algo cambia dentro de mí.

Empieza siendo pequeño: un aleteo en el pecho, un hormigueo en la base de la columna vertebral. Pero luego crece y se propaga con la lentitud de un incendio hasta abrasarme todas y cada una de las terminaciones nerviosas.

El corazón se me desboca.

Lo oigo, lo siento.

Me golpea las costillas, fuerte, insistente.

Las palabras están justo ahí, las tengo en la punta de la lengua, me suplican que las pronuncie.

Debería decirlas.

Tengo que decirlas.

Pero es la leche de difícil. Porque ¿y si me equivoco? ¿Y si fastidio lo que quiera que sea esto? ¿Y si él no siente lo mismo?

Y, debajo de todo eso, están las preguntas que he estado intentando evitar. ¿Qué dice de mí que, menos de una semana después de la agresión de Evan, esté ávida de las caricias de otro hombre? ¿Que después de sobrevivir a un intento de violación mi cuerpo siga ansiando esta conexión? ¿Que me sienta tan segura con un hombre al que apenas conozco?

Los pensamientos se me agolpan, pero lucho por abrirme paso a través de ellos y me obligo a respirar. Recuerdo lo que le he dicho a Caleb en los mensajes que hemos intercambiado hace un rato: que tenía que ser sincera conmigo misma y con Cal.

Inhalo una bocanada de aire lenta y temblorosa. Y después, por fin, ¡por fin!, me obligo a hablar.

—Cal…

Es solo un susurro, pero me oye, porque, en cuanto pronuncio su nombre, se queda inmóvil por completo.

Y espera. No me presiona ni me mete prisa. Solo espera. Como si supiera a la perfección el enorme esfuerzo que me supone decirlo.

—No sé qué me pasa —reconozco, y me agarro las rodillas para evitar que me tiemblen; arrugo la tela de los pantalones de chándal

—. No sé si me siento así por lo que ocurrió, porque estaba vulnerable o porque me salvaste, pero… creo que me da igual.

Continúa totalmente paralizado, pero yo no dejo de hablar.

—Ahora mismo estoy hecha un lío sobre un montón de asuntos. Mi cuerpo sigue queriendo ciertas cosas después de lo que acaba de sufrir. ¿Cómo es posible que sienta miedo y deseo a la vez? Tengo una voz en la cabeza que me dice que, en estos momentos, debería darme miedo que me toque cualquier hombre; sin embargo…

Respiro hondo.

—Lo único que sé es que quiero estar contigo. Quiero que me abraces. Quiero que me beses como ya lo hiciste. Y me asusta, porque no quiero convertirte en una especie de relación por despecho ni aprovecharme de lo mucho que me has cuidado, pero tampoco sé cómo dejar de desearte.

Hago acopio de valor y lo miro a los ojos.

—Y la única diferencia que se me ocurre es el consentimiento. A pesar de todo, o quizá precisamente por eso, confío en ti, Cal. Contigo, puedo decidir. Y… decido esto. Te elijo a ti. Si me quieres.

Las palabras me salen a trompicones, frenéticas, desesperadas, sin filtro alguno. Y, cuando por fin me quedo callada, le cambia la expresión. Se le suavizan los ojos. Levanta las manos, me coloca una a cada lado de la cara y comienza a acariciarme los pómulos con los pulgares de una manera tan tierna y cuidadosa que me duele el pecho.

Ahora está muy cerca.

Veo cómo le sube y le baja el pecho, cómo se le tensan los hombros, la batalla que se está librando detrás de sus ojos. Noto que el aliento le huele a menta, siento el calor que irradia su cuerpo.

—Quiero besarte. —Habla en voz muy baja, como si estuviera diciendo algo que no debería.

—Sí. —La palabra se me escapa de los labios.

Me sujeta la cara con más fuerza. Aprieta la mandíbula.

—¿Estás segura?

Me está ofreciendo una salida, pero no la necesito.

Porque noto —en la médula de los huesos, en lo más profundo de las entrañas, en el rápido martilleo de mi corazón— que esto no es solo cuestión de deseo.

También es necesidad.

Y no de esa forma indefensa y dependiente que antes confundía con el amor.

Esto es distinto.

Es real.

Es reapropiarme de mi cuerpo, de mis deseos, de mi derecho a elegir quién me toca y cómo.

—Sí —susurro, y me tiembla la respiración al exhalar—. Haz que me olvide de todo lo que ha pasado. Ayúdame a recordar qué se siente cuando deseas y te desean, cuando confías y confían en ti.

Se le oscurecen los ojos, pues el ansia les absorbe el color. Han perdido toda la suavidad: ahora solo contienen deseo. Solo me contienen a mí. Me agarra con fuerza por la cintura. Su aliento me golpea la mejilla, brusco y caliente, como si apenas estuviera siendo capaz de contenerse.

Entonces, con una voz áspera como la grava, profunda y segura, dice:

—Joder que si pienso ayudarte.

Me araña ligeramente la piel con los callos de los dedos cuando me atrae hacia él. Me preparo para el beso, para el calor, para la desesperación, para mi inevitable desmoronamiento.

Pero se aparta y masculla entre dientes.

—Espera, que tengo que apagar los puñeteros fogones.

Y entonces se levanta y se va a la cocina. Sus pasos retumban con pesadez sobre el suelo de madera.

Me quedo sentada donde estoy, con la respiración entrecortada, el pulso agitado y un hormigueo persistente donde hace un instante sentía sus manos. La presión fantasma de su tacto me perdura en la piel.

Y solo puedo esperar.

Esperar lo que está por llegar.

Esperar a que apague los putos fogones.

35

ELLA LO LAMIÓ, YO VI A DIOS

Cal

Lo dice.

Las dudas le brotan de los labios como el agua que rompe una presa: todas sus preocupaciones, todos sus miedos, todas sus vacilaciones quedan al descubierto delante de mí.

Confiesa lo que la ha estado atormentando por dentro. Cuánto me desea. Cuánto le asusta lo que eso significa.

Y yo…

Yo estoy la hostia de orgulloso de ella.

Porque sé lo difícil que le ha resultado.

Se enfrentó a Evan, se mantuvo firme ante su manipulación. Ahora está confiando en su intuición respecto a nosotros. Ha decidido confiar en mí a pesar de todo lo que ha pasado.

Ha elegido desearme.

Y quiero recompensarla por ello.

Quiero hacerla mía.

Aquí mismo. Ahora mismo.

Donde sea: en el sofá que tenemos debajo, en el suelo, inmovilizada contra la pared con las piernas rodeándome la cintura.

Donde me lo permita.

Pero también sé que no puedo hacerlo.

Todavía no.

No es el momento. Todavía está procesando el trauma que ha sufrido y no pienso aprovecharme de eso. Y, en algún momento —aunque no esta noche, cuando todo es nuevo y los sentimientos están a flor de piel—, tendré que contarle la verdad sobre Caleb.

Sí, a partir de este momento es mía, pero me niego a construir una relación con ella basada en el engaño.

Me obligo a dar un paso atrás. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para controlarme y quitarle las manos de encima, para poner distancia entre nosotros, para evitar tumbarla debajo de mí y dejarle claro dónde acaba de meterse. Aun así murmuro la única excusa práctica que se me ocurre.

«Espera, que tengo que apagar los puñeteros fogones».

Porque, si no lo hago, es muy posible que me olvide de que están encendidos, que se active el detector de humos de su apartamento y que se nos pasen las ganas. Al menos a ella. A mí no habría nada que pudiera quitarme las ganas en este momento.

Porque ya la tengo tan dura como una puta piedra por ella.

Porque la cabeza me va a mil por hora imaginando todas las formas en las que podría acabar con su dolor. Quiero sustituir cada experiencia negativa, cada palabra cruel, cada momento de falta de confianza en sí misma con un placer tan intenso que se olvide de todo menos de mi nombre.

Pero esta noche voy a ir despacio.

Voy a saborearla. A aprenderme de memoria todas sus curvas, todos sus puntos sensibles, todas sus pequeñas reacciones a mis caricias.

Apago los fogones sin apenas darme cuenta de lo que estoy haciendo y me vuelvo hacia ella.

Sigue sentada en el sofá, mirándome, con la respiración acelerada, esperando. El rubor de las mejillas se le extiende por el cuello y le desaparece bajo la camiseta.

Mi control se evapora.

Mis instintos se apoderan de mí.

Sin dudarlo, me acerco a ella y me adueño de su boca.

Al principio, lo hago con suavidad. Con moderación. Un leve roce con los labios. Una pregunta, no una orden. Pero, en cuanto la siento derretirse, suspirarme en la boca, lo intensifico.

Tomo más.

Exploro más.

Le rozo la lengua con la mía, seduciendo, aprendiendo. Y, joder, qué bien sabe, a miel y calor, como si llevara esperando esto tanto tiempo como yo.

Podría pasarme la vida besándola.

Podría pasarme toda la noche aprendiéndomela, saboreándola, extrayéndole de los labios hasta el último ruidito de los que sé que es capaz de hacer.

En algún momento me obligo a apartarme. No quiero hacerlo, pero debo decírselo. Tiene que entender que esta noche manda ella.

Los dos tenemos la respiración agitada. Debido a mis atenciones, tiene los preciosos labios más carnosos que nunca. Tengo que contenerme para no atraparle el inferior entre los dientes. Me doy

cuenta de que me mira las manos, inmóviles, una a cada lado de mí, sin tocarla donde necesito hacerlo.

Levanta la mirada, vacilante y expectante, en busca de la mía, como si se estuviera preparando para lo que sea que vaya a decirle a continuación.

Expulso el aire que estaba conteniendo, alzo los dedos para acariciarle una mejilla y le levanto la cara.

—Esta noche —murmuro, y la contención hace que las palabras suenen forzadas— mis manos son tuyas.

Se queda sin respiración.

—Tú eliges dónde van. Pero, cuando estés preparada, me apoderaré de cada migaja de control que quieras entregarme.

Le deslizo el pulgar a lo largo del pómulo y me fijo en que entreabre los labios.

—Pero, esta noche… —susurro, y agacho la cabeza para rozarle los labios con los míos—, tú decides.

Se estremece, pero asiente con la cabeza. Vuelvo a besarla.

Un beso profundo. Lento. Posesivo.

Al cabo de un instante, Izzy me agarra una mano y la levanta para llevársela al cuerpo.

Al principio, la posa sobre la ropa.

Me da igual.

La siento incluso a través de las capas de tela suave. Noto el calor de su piel, su embriagadora suavidad. Sus curvas ceden a mi roce, perfectas y femeninas. Le recorro la cintura con los dedos, acaricio el valle donde su cuerpo se estrecha antes de dilatarse hacia el mullido contorno de las caderas. Exhalo con fuerza y mi aliento se mezcla con el suyo, caliente e irregular.

Tiene el vientre suave, liso, y se lo acaricio con la palma hasta que siento que un temblor ligero le agita los músculos, que la respiración se le acelera cuando me empuja las manos hacia abajo. Las deslizo por las caderas, se las agarro, disfruto de su forma plena y deliciosa, del cuerpo que ella no para de intentar encoger, minimizar.

No tiene ni puta idea de lo perfecta que es. Gruño en su boca, un rumor profundo y áspero, mientras me permito tocar, explorar, y, cuando ella gime contra mis labios, cuando me enreda los dedos en el pelo y me atrae hacia sí como si me necesitara tanto como yo a ella, sé que no voy a dejarla marchar jamás.

En ese momento, Izzy hace algo que me desarma por completo.

Se quita la camiseta.

Así, sin más.

Y… ¡joder!

No lleva sujetador. Libera sus pechos generosos, perfectos y exuberantes, redondos y suaves. Me agarra las dos manos y se las pone allí.

Jo-der.

Podría correrme ahora mismo.

Pero me contengo.

No interrumpo el beso.

No puedo.

Tiene una boca adictiva. Me besa como si lo necesitara, como si estuviera ávida de ello… Y yo la beso como si no fuera a soltarla nunca. Enreda la lengua con la mía y me hago con el control: la beso con más ímpetu, exijo más.

La memorizo.

La dulzura de su aliento, sus labios perfectamente abiertos para mí, como si estuviera hecha para que la besaran así.

Y, mientras tanto, tengo las manos llenas de ella. Sus tetas, sonrosadas y anhelantes, me colman las palmas; los pezones se le endurecen en cuanto se los pellizco y los acaricio solo para oírla gemir. Se arquea hacia mí, desesperada: es mía y puedo tocarla, es mía y puedo destrozarla.

Gimotea, echa la cabeza hacia atrás, se me ofrece.

Y yo la tomo.

Le paso los pulgares por los pezones y me trago su respiración entrecortada, los gemidos que me suelta en la boca, como si estuviera a punto de deshacerse solo con esto.

Joder, qué sensible es.

Qué receptiva.

La forma en que su cuerpo reacciona a cada caricia, a cada roce, a cada apretón está acabando con mi autocontrol. Y, cuando comienza a recorrerme con las manos, cuando me pasa los dedos por los abdominales, buscándome, pierdo la cabeza por completo. Las desliza por el pecho, juega con el dobladillo de mi camiseta. Se aparta un poco, jadeando, y tira de la tela.

—¿Te parece bien? —susurra.

Asiento con la cabeza.

Me la quita. Me repasa los tatuajes con los dedos, como si estuviera trazando un mapa. Sus caricias me provocan un incendio en las venas, la delicadeza de sus dedos me prende todas las terminaciones nerviosas.

Traga saliva.

—Siempre he querido… lamértelos.

Apoyo la frente en la curva de su cuello y gimo:

—Joder, Izzy. —Hablo con la voz tensa, irregular—. Si me dices mierdas así, vas a hacer que me corra.

Se separa lo justo para mirarme con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Y si quiero hacer que te corras? —pregunta en tono provocador.

Aprieto los dientes. Podría destrozarla ahora mismo. Podría ponerla a cuatro patas, abrirla, poseerla como sé que ansía que lo haga. Sin embargo, arrastro la boca seca por la curva de la mandíbula y contengo otro gemido.

—Sí —murmuro—. No me cabe ninguna duda.

Me callo que ya ha hecho que me corra muchísimas veces. Pensando en ella, escuchando sus gemidos por teléfono.

Levanto la cabeza y le echo la barbilla hacia atrás para que me mire directamente a los ojos.

—Pero todavía no he terminado de explorar hasta el último centímetro de tu cuerpo.

Se le escapa un resuello suave, el pecho se le eleva con rapidez y los ojos le centellean de deseo.

—Bueno, hay… muchos centímetros que explorar.

Una bromita autocrítica.

No va a pasar. Ni de puta coña.

Le aprieto las mejillas. No le hago daño, pero la obligo a sostenerme la mirada.

—Ahora eres mía. Y no pienso permitir que te menosprecies así. —La suelto y le acaricio el labio inferior con el pulgar; observo cómo se

estremece—. Voy a recordarte una y otra vez lo preciosa que eres, Izzy. Todos los días, durante el tiempo que sea necesario.

Suelta una bocanada de aire temblorosa y vuelvo a sumergirme en ella: le devoro la boca, le amaso los pechos, me pierdo por completo en ella.

Baja una mano y me envuelve la polla, me la frota a través de los pantalones. Un gruñido gutural me brota de lo más profundo del pecho, las caderas se me crispan ligeramente bajo su tacto.

Dios, qué ansiosa está.

Su confianza aumenta, desliza la mano hacia arriba, me recorre la cinturilla de los pantalones, me provoca metiéndola por dentro. Está a punto de ir más allá y me veo obligado a recurrir incluso a mi último atisbo de fuerza de voluntad para detenerla. Bajo la mano y le agarro la muñeca con suavidad pero con firmeza. Frunce el ceño y entreabre los labios. Levanta la vista hacia mí y enseguida sé lo que está pensando.

Piensa que ha hecho algo mal, que no quiero esto.

No podría estar más equivocada.

Me inclino hacia ella, le rozo la mejilla con los labios y le susurro al oído:

—Tú primero.

Exhala, temblorosa, insegura.

—¿Qué?

Le levanto la barbilla para que me mire y me aseguro de que vea la verdad que se me refleja en toda la cara.

—Es lo que estoy esperando… —le digo con la voz espesa a causa de la contención.

Se estremece.

Le paso los labios por el contorno de la oreja, le agarro las caderas, la acerco más a mí y la coloco justo donde quiero que esté.

—Desde el día en que te vi en aquel restaurante.

Se queda paralizada.

Se le corta la respiración.

—¿Qué?

Le aprieto la cintura.

—Aquella noche fue la primera vez que te vi. Te observé mientras un imbécil te decía palabras que te entristecían. Y supe… —Le deslizo la nariz por la mandíbula, inhalo su aroma, siento su suavidad pegada a mí—. Supe que serías mía.

—¿Lo supiste entonces?

Abre los ojos como platos.

Asiento.

—Aún no te conocía. Solo sabía que lo haría.

Me mira con intensidad y la expresión le cambia cuando lo entiende. Me toma las manos entre las suyas, las levanta y las guía. Luego, despacio, las empuja hacia abajo, hacia la cinturilla de los pantalones de chándal. Engancho los pulgares en las bragas y ella sigue presionando hacia abajo. Empiezo a tirar de las prendas, a deslizárselas por los muslos, por las piernas, hasta que queda completamente desnuda debajo de mí.

Me aparto unos centímetros para verla.

Es una puta fantasía. Toda piel suave y curvas suplicando que las marquen; toda calor que emana de ella de una forma que me desafía a poseerla. Está hecha para esto, para mí.

Pero ella no lo ve.

Todavía no.

En lugar de aceptar el momento, de aceptar su belleza, el hecho de que no puedo dejar de comérmela con los ojos, duda. Se tensa, encoge los hombros hacia dentro, aprieta un poco los muslos, como si estuviera esperando.

Un juicio.

Un rechazo.

Como si no se diera cuenta de que me pondría de rodillas y veneraría hasta el último centímetro de su cuerpo si me dejara.

Noto una opresión en el pecho, una actitud posesiva que me comprime por dentro.

Debería saberlo.

Joder que si debería saberlo.

Separo los labios, dispuesto a explicárselo con pelos y señales, dispuesto a decirle que es la mujer más sexy que he visto en mi puta vida, que no tiene ni idea de lo mucho que la deseo, de las ganas que tengo de devorarla.

Pero entonces se le escapa un ruidito. Un gemido diminuto y suave, y mi autocontrol salta por los aires.

Me muevo sin pensar. Le paso las manos por los muslos, se los agarro con firmeza, siento el calor de su piel en los dedos. Se los separo bien y observo su reacción: el jadeo, el temblor del labio inferior, el estremecimiento que le recorre el cuerpo.

Está preciosa así.

Abierta de par en par.

Expuesta.

Mía.

Levanta la mirada hacia mí. Tiene las pupilas dilatadas, el pecho le sube y le baja a toda velocidad, se aferra a los cojines del sofá.

Exhalo despacio, le clavo los dedos en los muslos para mantenerla quieta.

—Túmbate para mí, preciosa.

Se queda sin aliento, pero obedece. Me deja moverla, guiarla, colocarla justo como quiero.

Me sumerjo en ella. Cuando le paso la lengua por el calor húmedo por primera vez, levanta las caderas de golpe, los muslos le tiemblan bajo mi presa. La respiración se le entrecorta y siento que la trepidación le recorre el cuerpo entero. Gruño contra su piel, le aprieto los muslos suaves y curvilíneos. Se retuerce debajo de mí y yo voy a darle justo lo que quiere.

Es mía y voy a devorarla.

Y, joder, sabe a gloria.

La lamo como si estuviera sediento de ella, porque lo estoy.

Su clítoris me palpita en la lengua, caliente e hinchado, y lo rodeo con los labios, lo succiono lo justo para sentir cómo se estremece. Grita, me agarra del pelo, me tira de él. Está tratando de anclarse, de acercarme aún más con sus gemidos exigentes y desesperados.

Gruño, absorbo cada gota, bebo de cada ruido, de cada pequeño resuello y gimoteo que se le escapa de los labios. Qué sensible es, con qué puta facilidad reacciona. Con cada roce de mi lengua, con cada movimiento lento y deliberado, se tensa, aprieta, se desmorona poco a poco. Le arrastro la lengua por los pliegues, con lentitud, provocándola, saboreándola.

Porque esto…

Esto es lo que he estado esperando.

Su sabor, sus ruidos, su forma de retorcerse debajo de mí, desesperada, indefensa, desatada.

Es todo aquello con lo que he fantaseado.

La agarro por la cadera con una mano para mantenerla inmovilizada mientras le introduzco dos dedos hasta el fondo y los curvo.

Qué apretado lo tiene.

Joder, es perfecto.

Me los oprime y siento cómo reacciona su cuerpo: como si supiera exactamente quién es su dueño. Contrae los muslos contra mis hombros, se estremece de arriba abajo.

—Cal… —dice jadeando, con la voz quebrada, como si ya no pudiera seguir conteniéndose.

Oírla pronunciar mi nombre de ese modo me afecta. Me clava los dedos en el cuero cabelludo, tira con fuerza, como si necesitara algo sólido —alguien— que le impida desarmarse. Echa la cabeza hacia atrás contra el sofá, cierra los ojos con fuerza, tiembla.

Y la siento: la necesidad intensa y posesiva que se me retuerce en las entrañas, el deseo puro e insaciable de oírla pronunciar mi nombre así una y otra vez.

Quiero arrancárselo de los labios de todas las formas posibles.

Hacer que mi nombre sea el único en el que piense cuando se corra.

Gruño contra ella, la lamo, me la follo con los dedos, la llevo cada vez más arriba, la veo derrumbarse solo para mí.

Porque eso es ahora.

Mía.

Qué poco le falta.

Muevo la lengua deprisa, sin parar, la acerco aún más, la llevo al límite, hago que no sienta nada que no sea esto.

Sus gemidos se tornan ahogados, más agudos, frenéticos.

Sacude las caderas, deja de respirar y yo no paro.

No cedo.

—Córrete para mí, Izzy.

Se pone rígida y luego estalla.

Arquea la espalda, respira de forma errática y colapsa, jadeando mi nombre.

Gimo sin apartarme de ella, sigo lamiéndola hasta el final, lo prolongo, me aseguro de que sienta hasta el último segundo de su clímax.

Tiembla, se retuerce, los muslos le rebotan contra mí cuando las réplicas la recorren de arriba abajo.

No paro hasta que comienza a gimotear, demasiado sensible, demasiado abrumada.

Cuando me aparto, le doy un beso lento en la parte interior del muslo.

Tiene la respiración agitada, la piel enrojecida incluso en los perfectos pechos desnudos, el cuerpo relajado y agotado.

La observo, aún sujetándole los muslos, sin permitir que se mueva de donde está.

Entonces, con un murmullo grave y áspero, le digo:

—Esa es mi chica buena.

Cuando abre los ojos, tiene la mirada aturdida, desenfocada, todavía flotando en el éxtasis que acabo de proporcionarle.

Y entonces me mira.

No solo me mira.

Me clava los ojos.

Como si yo fuera lo único que le importara en el mundo.

—Por favor, Cal, necesito…

Ya lo sé. No hace falta que diga una puta palabra más.

Quiere mi polla.

Quiere que me sumerja dentro de ella, que la abra, que me la folle tan hasta el fondo y tan fuerte que se olvide de todo menos de mi nombre.

Yo también quiero eso.

Tanto que no puedo expresarlo con palabras.

Pero todavía no.

Le doy un último beso en la parte interna del muslo y la siento temblar.

—Esta noche no.

Gime, frustrada, insistente.

—¿Por qué no?

Vuelvo a trepar por su cuerpo, me tumbo a su lado, le doy un beso en los labios y me trago el gemido que se le escapa cuando me nota todavía duro.

—Porque quiero saborear esto, Izzy. —Le pongo una mano en la mejilla, le acaricio la mandíbula sonrojada con el pulgar, le levanto la barbilla para que me mire—. Quiero alargarlo, mantenerte al límite, que te desesperes por conseguirlo.

Los labios se le separan al respirar, los ojos se le oscurecen de deseo.

—Tenemos tiempo, preciosa. —Bajo la cabeza, arrastro los dientes por el labio inferior, la siento estremecerse—. Y, cuando por fin te posea, será nuestro fin.

Gime.

Suave, ansiosa, ya haciéndose pedazos. Se lame los labios, baja la mirada con una especie de hambre vacilante…

Y entonces me sorprende.

—En ese caso, ¿puedo al menos encargarme de ti?

Joder.

Gruño, aprieto los puños contra los cojines del sofá para tratar de mantener el control.

—Izzy…

No me da oportunidad de protestar. Estira el brazo, me rodea el grueso contorno de la polla con los dedos a través de los pantalones y suelto un taco cuando su contacto me obliga a levantar las caderas.

Joder, qué ansiosa está.

Toda dispuesta.

Como si quisiera compensar todas las veces que le han negado esto.

Como si quisiera adorarme de la misma forma que yo acabo de adorarla a ella.

Gruño y echo la cabeza hacia atrás, pero no se detiene.

Aprieta más, me acaricia a través de la tela, me mira como si estuviera memorizando todas las reacciones, todos los minúsculos espasmos de mi cuerpo.

—Por favor… —susurra con la voz ahogada, provocadora y pícara.

Joder.

Asiento, porque es del todo imposible que pueda decirle que no en este momento.

—Sí, pero estoy a punto. Unos cuantos roces más y termino.

Le destellan los ojos.

Y me sorprende de nuevo.

—Quiero saborearte.

Inhalo de golpe.

Dios mío, va a acabar conmigo.

La sujeto por la muñeca para impedir que me baje los pantalones.

—Pronto. —La palabra suena áspera, tensa, como colgando de un hilo—. Pero ahora no. Ahora no puedo disfrutarlo como es debido.

Hace un puchero, pero me encanta cómo le queda esa expresión.

Me hace perder la puta cabeza.

—Ven aquí.

Cambia de postura y se arrodilla delante de mí.

Apenas me da tiempo a prepararme antes de que me saque la polla y me la agarre, despacio, provocándome, pura perfección. Siseo con los dientes apretados y la miro, observo cómo me la envuelve con los dedos, hermosos y delicados.

Es demasiado.

Sigue teniendo la piel sonrojada por cómo la he devorado.

El sabor de su orgasmo todavía me perdura en la lengua, caliente, dulce y adictivo.

Y ahora está de rodillas, desnuda y deslumbrante, con los ojos oscurecidos a causa del calor, con la boca suave y expectante y mi polla en la mano, acariciándome despacio.

¿Cómo cojones se supone que voy a durar así?

Dos pasadas.

Quizá tres.

Y se acabó.

Gimo, echo la cabeza hacia atrás, le agarro el pelo, me tenso entero cuando me inunda una oleada de placer.

Izzy no para.

Sigue acariciándome como si estuviera memorizando la sensación que le produzco en la palma de la mano. La polla se me crispa entre sus dedos, me derramo sobre sus tetas perfectas, le pinto la piel con los chorros gruesos y calientes de mi clímax.

Pensé que con eso bastaría.

Pensé que eso sería lo que terminaría por destrozarme y dejarme sin aliento, agotado e incapaz de pensar con claridad.

Me equivocaba.

Porque entonces…

Izzy lo hace.

Se pasa los dedos por el pecho.

Despacio. Tan tranquila.

Como si fuera algo natural.

Como si estuviera destinada a estar embadurnada de mí.

Se lleva los dedos a los labios y me saborea. Aprieto la mandíbula, el pecho se me contrae, estoy tan rígido que podría partirme por la mitad. La habitación se encoge, el tiempo se ralentiza, mi visión se centra solo en ella.

Desnuda.

Arrodillada ante mí.

Mía.

Abre un poco los labios, saca la punta de la lengua y se lame la yema del dedo. Tiene los ojos muy abiertos, la respiración irregular, la boca rosada e hinchada de besarme, las tetas pegajosas de semen.

Esboza una sonrisa de satisfacción.

Una puñetera sonrisa de satisfacción.

Un gesto minúsculo, arrogante, malicioso. Me mira con los ojos brillantes, muy consciente del efecto que tiene sobre mí.

¿Sabe lo posesivo que me siento en este momento?

¿Entiende que, al aceptar mi marca en su piel, acaba de otorgarme un derecho primitivo sobre ella?

¿Se da cuenta de que mi autocontrol pende de un hilo, de que, si no me hubiera comprometido a ir despacio, la tendría abierta debajo de mí otra vez y le estaría lamiendo el semen de la piel, besándola para metérselo en la boca y obligándola a tomarme hasta el fondo y con desesperación?

Exhalo con los dientes apretados, le recorro el cuerpo con la mirada y obligo a mi polla a dejar de temblar ante tal espectáculo.

No parpadeo.

No aparto la mirada.

Me la como con los ojos.

Estoy absolutamente hecho polvo cuando digo:

—Joder, Izzy.

Trago saliva con dificultad, con el cuerpo aún palpitando, los músculos tensos. Ladea la cabeza, todavía acariciándose los labios con los dedos.

Como si estuviera esperando a que me derrumbe.

Estoy a punto de hacerlo.

Sin embargo, entornos los ojos y la observo. Y entonces, con la voz áspera y jodido del todo para siempre, le pregunto:

—¿Qué estás intentando hacerme?

36

LO LAMÍ, Y CERO REMORDIMIENTOS

Izzy

Cal sigue teniendo los ojos clavados en mí, me mira con la misma intensidad que si acabara de cometer un sacrilegio. Su mirada transmite un hambre pura, tan palpable que casi oigo la batalla que se está librando en su cabeza: no sabe si arrodillarse y venerarme o darme la vuelta y devorarme entera.

El pecho le sube y le baja de forma constante, controlada, amplio, sólido y cubierto de tinta. Paseo la mirada por todos sus músculos, por hasta el último valle que he querido lamerle desde el momento en el que le vi los tatuajes asomando por debajo de la camisa. Sigue manteniendo el vientre firme, no hay ni un solo centímetro de su cuerpo que no esté tenso.

Lo siento: el calor que se me arrastra por la piel, que se me instala en lo más profundo, que me inunda las venas hasta que tiemblo de deseo. Tengo todos los nervios alerta, todo mi cuerpo ansía lo que está por venir.

Entonces él se mueve. Rápido.

Ni siquiera puedo procesar lo que está ocurriendo antes de que se me eche encima, de que me agarre la parte posterior de los muslos con las manos y me levante del suelo como si no pesara nada. Se me escapa un chillido de sorpresa ante la repentina sensación de estar en el aire. Obedeciendo a un instinto, le rodeo el cuello con los brazos, me aferro a él mientras me lleva como si le perteneciera. Como siempre ha sido. Como siempre será.

Casi sin darme tiempo a respirar, me pregunta con la voz cargada de diversión:

—¿Estás bien?

Frunzo el ceño pegada a su hombro mientras intento hacer caso omiso del calor que irradia su cuerpo, de la sensación de estar envuelta en sus brazos, fuertes y seguros.

—Podrías avisar antes de hacer mierdas así.

Una risa le retumba en el pecho y las vibraciones me reverberan en la piel.

—Tomo nota.

No le digo que me gusta la facilidad, el control y la tremenda fuerza con los que lo hace. No le menciono lo mucho que disfruto de la firmeza de sus manos sobre mí cuando me agarra, como si por nada del mundo fuera a dejarme caer. Tampoco le digo que me encanta cómo se mueve, seguro y despreocupado, como si fuera capaz de cargar conmigo por toda la ciudad sin sudar ni una gota.

Pero sí dejo que me lleve. Que me cuide. Que haga lo que todavía estoy aprendiendo a aceptar.

Me lleva al cuarto de baño y me deja en el suelo con suavidad. Cuando toco las baldosas frías con los pies, la sensación me obliga a agitar los dedos mientras él abre el grifo de la ducha. Las tuberías

de mi viejo edificio cobran vida con un gruñido. Niego con la cabeza sin dejar de observarlo. Es tan desmesuradamente grande que ocupa todo el espacio de tal forma que mi cuarto de baño de tamaño normal parece una miniatura.

Cuando me guía hacia la bañera, el primer chorro de agua caliente me cae en cascada por la espalda y me relaja músculos que ni siquiera sabía que estaban tensos. La presión es perfecta, las agujas de calor me alivian la tensión del día. Se forman nubes de vapor, espesas y suaves, que nos envuelven, empañan el espejo y aíslan el mundo exterior.

Y entonces Cal entra detrás de mí. Su presencia es inmediata, abrumadora, sofocante en el mejor sentido posible. Su pecho está a escasos centímetros de mi espalda, tan cerca que siento su cuerpo, pero no me toca. Todavía no. Deja que el agua haga su trabajo, que nos caliente a ambos, que limpie lo que hemos ensuciado juntos.

Luego, sus manos me encuentran, lentas y cuidadosas. Me desliza los dedos por la piel, reverentes, concentrados; me extiende el gel de baño por los brazos, el vientre, los muslos. El jabón crea un camino resbaladizo, me forma burbujas sobre la piel mojada.

No es sexual, pero me parece más íntimo que cualquier otra cosa que haya hecho en la vida. Es minucioso, metódico, me acaricia con firmeza y con suavidad al mismo tiempo, como si se estuviera grabando en la memoria cada centímetro de mí, cartografiándome, absorbiéndome. Cierro los ojos, me concentro en la sensación de sus movimientos sobre mí, de sus palmas recorriéndome la espalda, de sus dedos amasándome los hombros antes de deslizarlos columna abajo. El agua tamborilea sobre nosotros y crea un ritmo que coincide con los latidos de mi corazón.

Siento su aliento en la nuca y el ligero roce de su barba incipiente en la piel húmeda. Entonces me levanta la barbilla hacia él y me obliga a mirarlo. Tiene pinta de estar destrozado. Los párpados le pesan y el deseo le afloja la boca. El cabello oscuro se le riza un poco en las puntas y tiene gotitas de agua adheridas a las pestañas. Una de ellas se desliza por el ángulo marcado de la mandíbula, baja la garganta y desaparece por el valle del pecho. Observo su recorrido, hipnotizada.

Me roza el labio inferior con un movimiento suave del pulgar, lento y provocador. Cuando habla, lo hace con una voz cálida.

—Has estado increíble.

No sé cómo aceptar los cumplidos cuando son sinceros y provienen de un hombre que los siente de verdad. Así que agacho la cabeza, dejo que termine de limpiarme y no discuto. Cosa que, siendo sincera, puede que sea la primera vez que me ocurre en la vida.

Cuando salimos del baño, sigo teniendo la piel caliente y el cabello húmedo pegado a los hombros. El algodón suave de mi camiseta sin mangas me refresca la piel recién duchada. La tela se estira sobre mis curvas más pronunciadas, pero parece que ahora no me molesta. Me siento relajada, limpia, más ligera que desde hace días.

En ese momento me vuelvo y me olvido de ser una persona funcional, porque Cal está ahí plantado, cubierto solo por unos calzoncillos tipo bóxer. Por alguna razón, esto es más injusto que cuando estaba desnudo del todo, porque ahora oculta solo lo mínimo para atormentarme, para tentarme y provocarme, y el cerebro me cortocircuita mientras lo devoro con la mirada, todo músculos anchos y bien definidos. Flexiona los muslos gruesos

ligeramente cuando se mueve; la profunda uve de las caderas desaparece bajo la tela negra y tiene el estómago tan esculpido que es casi una puta indecencia.

Y lo sabe. Sé que lo sabe más que de sobra. Porque los labios se le curvan de forma casi imperceptible cuando da un paso adelante y me tumba en la cama. Lo hace con delicadeza, como si yo fuera algo muy valioso, algo que pretende conservar.

A continuación se agacha y me da un beso prolongado en la frente. El calor florece en el punto exacto en el que me posa los labios tiernos.

—No te muevas. Vuelvo ahora mismo —murmura.

Asiento sin prestar mucha atención a sus palabras, todavía demasiado distraída por el hecho de que veo cómo se le mueven todos y cada uno de los músculos al darse la vuelta. Los tatuajes que le cubren la espalda ondulan con cada gesto. Lo observo mientras se dirige hacia la puerta.

Y, de pronto, no está, la cruza y desaparece. Tengo alrededor de treinta segundos para recuperar la compostura. No lo consigo.

Cuando vuelve, trae una bandeja en las manos.

Una puta bandeja con asas. Entorno los ojos de inmediato.

—¿De dónde coño has sacado eso?

Parece muy orgulloso de sí mismo cuando me la coloca sobre el regazo como si aquí no pasara nada. El calor me llega hasta los muslos a través de la manta.

—La he traído de contrabando mientras dormías.

Lo miro boquiabierta.

—¿Has traído utensilios de cocina a escondidas?

Se encoge de hombros y me pasa una copa de vino, como si esta fuera la noche más normal del mundo. El burdeos oscuro del líquido refleja la luz suave de mi lámpara de noche.

—Solo me estaba adelantando a los acontecimientos.

Se me escapa una risa entrecortada al mismo tiempo que niego con la cabeza. Increíble. Ha estado invadiendo mi vida, mi espacio, mi apartamento…, y yo ni siquiera me había dado cuenta. O quizá sí. Quizá es que nunca me ha apetecido impedírselo.

Bebo un sorbo de vino y, en tanto que el sabor intenso me llena la boca, Cal se acomoda a mi lado. El colchón se hunde con su peso y me acerca automáticamente a él. Coge su plato y empieza a comer como si esta fuera nuestra rutina, como si lo hiciéramos a diario y este fuera su sitio. Quizá sea así. Quizá este sea el aspecto que tiene mi vida ahora.

Pruebo un bocado y exhalo un suspiro que no sabía que estaba conteniendo… Y entonces ocurre sin más.

Un sollozo caliente, imparable y feo. Y ni siquiera sé a qué viene.

Cal se queda paralizado con el tenedor a medio camino de la boca y abre mucho los ojos.

—Joder, ¿me ha quedado seco o qué?

Me sorbo la nariz, suelto una risa ahogada y me seco la cara con el dorso de la mano.

—No. Por Dios, no.

Sigue mirándome como si fuera una extraterrestre mientras sacudo la cabeza y me río entre las lágrimas. Con la voz temblorosa, le digo:

—Todo es… perfecto. Y supongo que lloro por eso.

Frunce el ceño.

—¿Lloras porque todo es perfecto?

Me río más fuerte, pero también lloro más fuerte, y él sigue ahí sentado, mirándome como si hubiera perdido la puñetera cabeza.

—Deja de meterte conmigo, capullo.

La expresión se le suaviza, se le curvan los labios, y luego se acerca y me da un beso suave en la sien.

—Lo entiendo —dice en un tono de sinceridad absoluta—. No tienes por qué explicarlo si no quieres.

Exhalo, temblorosa, e intento recomponerme con otro sorbo de vino y una respiración profunda. Y entonces lo digo, porque necesito soltarlo, porque nunca lo había dicho en voz alta.

—Todo iba fatal con Evan. —No levanto la mirada del plato y empujo la comida de un lado a otro con el tenedor. Los dientes arañan la cerámica con suavidad—. Y yo… ni siquiera lo sabía. —Dejo escapar una carcajada suave, triste y autocrítica—. Estaba en un túnel, ¿sabes? No sabía que había todo un mundo fuera de él, lleno de árboles y luz solar.

Cal se queda callado, pero, cuando al fin responde, lo hace en voz baja, con complicidad, como si él también hubiera pasado por lo mismo.

—Sí. Sé a qué te refieres.

Bebo un sorbo de vino y lo miro por el rabillo del ojo. Parece tan tranquilo recostado contra el cabecero de mi cama, con los hombros anchos relajados, girando distraídamente el tenedor entre los dedos mientras mastica y actúa como si nunca hubiera existido una época anterior a él.

Tamborileo la copa con los dedos y el repiquetear suave de mis uñas sobre el cristal crea un ritmo nervioso. Dudo antes de

aventurarme a formular con cautela algo que lleva toda la noche rondándome la cabeza.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Levanta la vista hacia mí y deja de masticar a la vez que yo me reacomodo y trago saliva—. ¿Cuánto tiempo tardaste en superar a tu ex?

Le cambia la cara; es muy sutil, pero suficiente. Puedo percibir la vacilación, la distancia a la que mira de repente, como si se enfrentara a algo para lo que no estaba preparado para recordar de nuevo.

No responde de inmediato y me arrepiento al instante de habérselo preguntado. Puede que me haya pasado de la raya. Quizá habría sido mejor mantener el pico cerrado.

—Creo —dice al final con voz tranquila y serena mientras deja el tenedor— que tardé muy poco tiempo… y a la vez muchísimo.

Frunzo el ceño y parpadeo.

—No lo entiendo.

Exhala, estira un brazo a lo largo del cabecero y se gira un poco para mirarme.

—Lo acepté en cuanto ocurrió —explica—. No lloré. No me dolía pensar en ello. —Guarda silencio unos segundos antes de añadir—: Pero tampoco he vuelto a estar con ninguna mujer desde entonces. No de forma seria. Así que, aunque pasara página pronto, he tardado mucho en estar preparado para volver a confiar en otra persona.

—¿Y por qué yo?

Contengo la respiración.

Y entonces, en voz baja pero sin dejar lugar a duda, contesta:

—Porque tú me ves. Y yo te veo a ti.

Solo eso. Como si fuera la respuesta más obvia del mundo, como si esas palabras fueran suficiente explicación por sí mismas, como si no pudiera haber sido ninguna otra persona.

Sonrío; no porque entienda del todo lo que dice, sino porque quiero hacerlo, porque quiero creer que soy una mujer digna de ser elegida.

Cal termina de cenar antes que yo y aparta la bandeja con un movimiento fácil, sin esfuerzo. Los músculos tatuados se mueven cuando se coloca un brazo detrás de la cabeza. Coge el mando a distancia y enciende la televisión, como si lo hubiera hecho mil veces, como si conociera mis plataformas de *streaming* tan bien como yo. La pantalla cobra vida con un destello.

—Elige una serie —dice al tiempo que se desplaza por las opciones con aire despreocupado.

—¿En serio?

—Una que siempre hayas querido ver. —Vuelve la cabeza y me mira con una ceja arqueada, como si ya supiera que no voy a discutir, que me apetece tanto como a él—. Vamos a verla juntos —continúa en un tono relajado pero firme, como si ya estuviera decidido—. Capítulo a capítulo. Durante la cena. En la cama.

Suelto una risita mientras niego con la cabeza y luego me recuesto sobre las almohadas. Alargo la mano para coger el mando y le rozo los dedos al quitárselo. El breve contacto provoca una chispa que me recorre el brazo entero.

—Más te vale no quedarte dormido a medio capítulo, Callahan.

Se le curvan los labios y el gesto de diversión se transforma en algo más oscuro.

—Supongo que tendrás que mantenerme entretenido.

Termino de cenar y vemos un episodio de *Bridgerton*, porque, si iba a obligarlo a ver una serie, tenía que ser una exagerada, ridícula y puramente romántica.

Y ahora estoy llena, calentita y más que satisfecha. El vino ha cumplido con su cometido y me siento ingrávida, con un agradable zumbido que me vibra justo debajo de la piel. Cal ha insistido en recoger mientras yo me terminaba la copa, de modo que se ha llevado los platos apilados en la bandeja y ahora se mueve por la cocina como si llevara aquí años en lugar de días.

Y yo se lo permito, porque me sienta bien que cuiden de mí.

Cuando vuelve, se queda de pie al borde de la cama, mirándome. Las sombras le bailan en la cara y le resaltan los ángulos de los pómulos. Y entonces hace lo inesperado: se agacha, me da un beso tierno en la frente y murmura:

—Buenas noches, preciosa.

Luego se endereza y se dirige a la puerta.

No. No, esto no está bien.

Estiro una mano a toda velocidad, lo agarro de la muñeca y lo sujeto con firmeza.

—¡No!

Se detiene al instante y se da la vuelta con el ceño fruncido y una expresión cautelosa en el rostro. Aprieto aún más los dedos y después me obligo a decirlo.

—Te quiero aquí.

Los ojos se le oscurecen, pero continúa mostrando una expresión esmeradamente indescifrable. Las dudas se apoderan de mí. ¿Habré interpretado mal todo esto? ¿Por qué no quiere dormir conmigo?

—Izzy… —dice con voz prudente—, no es que no quiera.

Se sienta de nuevo a mi lado y el colchón se hunde bajo su peso; su presencia resulta abrumadora. Y entonces me cuenta que no suele dormir nada bien. Que a veces —no siempre, pero a veces— tiene terrores nocturnos debidos a la guerra, a las atrocidades que ha visto. Y que no quiere molestarme.

—Además, hace una década que no duermo en nada que sea más grande que una cama individual.

—No me importa. —Me mira mientras trago saliva y le estrecho la mano con más fuerza—. Si quieres, me quedo despierta contigo.

Él niega con la cabeza al instante.

—No, tienes que dormir.

Aprieto los labios antes de decir en voz baja:

—Por favor. Quiero que te quedes. Déjame cuidar de ti por una vez.

Me aprieta los dedos y abre los labios como si fuera a protestar, pero no lo hace. Más bien se agacha y me da un beso profundo, pleno, como si se estuviera olvidando de sí mismo, del resto del puñetero mundo. Se acerca, se pega a mí y me empuja hacia las almohadas. El colchón blando me acuna las curvas cuando Cal posa su peso sobre el mío. Y, cuando se aleja, ya vuelvo a estar excitada.

Y él… Él está en mi cama. No hay duda: Callahan Knight está en mi cama.

Se acomoda a mi lado y permanecemos tumbados en silencio un rato. Uno de sus brazos descansa sobre mi pecho y me ancla en esta posición. Sé que está despierto: respira de forma irregular y todavía tiene los músculos tensos. Pero se siente lo bastante cómodo como para mantenerme cerca de él y abrazarme, como si fuera suya incluso en esta calma. Y me gusta. Me gusta la presión de su peso,

la fuerza de su cuerpo, la forma en la que me envuelve con el antebrazo.

Le deslizo los dedos por la piel, trazo las líneas de tinta que le recorren los músculos. Noto la ligera elevación de los tatuajes con la yema de los dedos, una textura distinta a la suavidad del resto. Siento la reacción de su cuerpo, los minúsculos escalofríos que lo recorren de arriba abajo. Se estremece, se relaja, así que no paro. Al contrario, recorro cada línea, cada ángulo y diseño intrincado, y me pregunto qué significa cada uno de ellos.

Mientras lo exploro con los dedos, rozo algo frío y metálico que lleva a la altura de la garganta: las chapas de identificación. Me detengo con la yema sobre ellas y, de repente, me doy cuenta de que estoy tocando una parte de su identidad.

—Perdón —murmuro al mismo tiempo que aparto la mano.

Cal me agarra la muñeca con delicadeza y vuelve a colocarme los dedos sobre las chapas.

—No te disculpes.

—¿Me cuentas algo sobre ellos?

Un sonido grave le retumba en el pecho, como si no se esperara la pregunta.

—¿Mmm?

—Los tatuajes —aclaro mientras vuelvo a acariciar la tinta—. ¿Me dices qué son los dibujos? ¿Qué significan para ti? —Titubeo—. Si no es demasiado personal.

Se gira un poco y me mira. Y entonces pronuncia unas palabras que me encogen el corazón.

—Contigo nada es demasiado personal, Izzy.

Me cuesta tragar, dejo de mover los dedos por su piel.

—Nunca te ocultaré nada —continúa, y flexiona ligeramente la mano que tiene posada sobre mí—. Si quieres saber algo, solo tienes que preguntar.

Asiento, apoyo la cabeza sobre su hombro y reanudo el recorrido con los dedos. Él levanta el brazo y lo inclina para que lo vea, para que pueda cartografiar los diseños con la vista además de con el tacto.

—Este —comienza mientras se da unos golpecitos en un tatuaje que le ocupa desde la muñeca hasta el codo— es por mi unidad. La insignia, las coordenadas de donde estuvimos destinados. Un par de chicos se lo hicieron antes del despliegue, otro par después. Algunos nunca llegaron a tener la oportunidad.

La voz se le agrava un poco al llegar a esta última parte y no lo presiono.

Más bien desplazo los dedos hacia arriba y acaricio otro diseño.

—¿Y este?

Exhala y relaja el pecho cuando se concentra en mi tacto.

—Ese es por mi madre. —Me cubre la mano con la suya y la estiro sobre la tinta—. Me tarareaba esta canción de pequeño, cuando estaba enfermo o no podía dormir. No me acuerdo de la letra, pero sí de la melodía. —Ladea el bíceps hacia mí—. Las notas están aquí. Pedí que me las tradujeran a un pentagrama. No es perfecta, pero se acerca bastante.

Intento contener las lágrimas que se me acumulan en los ojos. Es… Dios, es un homenaje precioso. Deslizo los dedos por la tinta y poso la palma sobre el tatuaje igual que si estuviera sosteniendo un recuerdo sagrado.

Vuelvo a las chapas de identificación y acaricio con suavidad las letras grabadas en relieve. El tacto del metal es frío y terso.

—¿Las llevas siempre puestas?

Cal se queda callado un rato largo. El pecho se le mueve al ritmo de la respiración bajo mi palma y noto que el corazón se le acelera un poco.

—Desde el día en el que me alisté. No me las he quitado nunca.

Noto que le cambia la expresión, que acaba de tomar una decisión. Se incorpora un poco y se lleva la mano a la nuca con un movimiento lento. La cadena emite un leve sonido metálico cuando se la desabrocha.

—Hasta ahora.

Me quedo sin aliento cuando me coge la mano, me las deposita en la palma y me cierra los dedos. Las chapas conservan el calor de su cuerpo; el metal está desgastado tras años de contacto directo y constante con su piel.

—Cal… —empiezo, sin saber muy bien cómo seguir ni qué significa esto.

—Las he llevado conmigo durante una década —dice sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento—. Y, con ellas, quién era, lo que he hecho, lo que he visto. —Me acaricia la mejilla con una ternura que me duele el pecho—. Estas chapas eran un recordatorio de que no podía pasar página porque no podía dejar el pasado atrás. —Traga con dificultad—. Pero ya no necesito dejarlo atrás. Solo necesito guardarlo en un lugar seguro. —Me aprieta los dedos con dulzura—. A cargo de alguien en quien confío.

Lo observo con atención y me fijo en la forma en la que me sostiene la mirada, como si lo dijera completamente en serio; en la

franqueza tranquila que refleja su rostro.

—¿Estás seguro? —susurro, pues comprendo la enormidad de lo que me está ofreciendo.

Se le dibuja una pequeña sonrisa en los labios que irradia certeza.

—Segurísimo. No estoy tan seguro de algo desde hace mucho tiempo. —Agacha la cabeza y apoya la frente en la mía—. Cuídalas por mí, preciosa.

Con las manos temblorosas, me paso la cadena por la cabeza y siento las chapas posándose en el pecho. Pesan más de lo que esperaba, tanto a nivel físico como por lo que representan. Cierro los dedos en torno a ellas y noto la impresión de su nombre, de su grupo sanguíneo, su identidad grabada en metal.

—Lo haré —prometo, consciente de que me estoy comprometiendo a mucho más que el mero hecho de custodiar un par de piezas de metal.

Se le oscurecen los ojos cuando me mira, cuando mira las placas, que ahora me rozan la piel. Una expresión de ternura se mezcla con una especie de ansia de posesión.

—De todos modos, te quedan mejor a ti —murmura.

Con aire distraído, empiezo a recorrerle otro tatuaje con los dedos y él se echa a reír.

—Tengo muchísimos, Izzy. —Esboza una sonrisa burlona—. Tardaremos un tiempecito en repasarlos todos.

Sonrío de oreja a oreja, con la idea temeraria ya bulléndome en las venas: me acerco su antebrazo a la boca y lo lamo.

Se pone rígido: los ojos como platos, los músculos tensos, la respiración atascada en el pecho.

Me encojo de hombros, fingiendo inocencia.

—Lo dije en serio.

Bajo los dedos poco a poco y se los paso por el estómago mientras trazo otra zona cargada de tinta.

—Aunque parece que tengo mucho más por explorar de lo que creía en un principio.

Noto sus dedos tensos contra el costado y empiezo a preguntarme si no lo habré dejado roto. Entonces exhala, niega con la cabeza, me agarra con fuerza y me pone de lado. Me acurruca contra él, me estrecha entre sus brazos y me posa los labios en la sien. Me envuelve con su cuerpo, me rodea las curvas suaves con su enorme complexión y crea un capullo de calidez y seguridad.

Y en ese momento murmura:

—Duérmete antes de que pierda el control y te folle hasta que te quedes frita porque no puedes más.

Sonrío, pegada a su pecho. Y me duermo sintiéndome segura.

37

MANTENERLA A SALVO, MANTENERLA CERCA, MANTENERLA CONMIGO

Cal

Izzy está acurrucada contra mí. Respira de forma constante, tranquila…, hasta que se le escapa un ronquidito suave y tengo que contener una carcajada.

Está como un tronco. Es como si hubiera perdido el conocimiento.

Y, joder, cómo me gusta.

Cómo me gusta que confíe tanto en mí como para dormir así. No es solo dormir, es dormir profundamente. Un tipo de sueño del que no ha disfrutado mucho en los últimos días.

Tiene una mejilla apoyada en mi pecho y una mano posada en mi vientre; está tan pegada a mí que no nos separa ni un centímetro.

Y yo…

Me siento el cabrón más afortunado del puto planeta.

Esto es lo que quiero. Que me envuelva, que me confíe su calma, su seguridad, su quietud. Que me deje ser quien la hace sentir que por fin puede respirar.

Podría quedarme aquí tumbado para siempre. Mirándola dormir, sintiendo los latidos constantes de su corazón contra el mío, escuchando los ronquidos suaves y casi adorables que ella negaría con rotundidad ser capaz de emitir.

Se me tensa el pecho, porque, a pesar de todo esto —de este momento perfecto, de esta noche perfecta—, sé que no es perfecto.

Porque no se lo he contado.

Porque le estoy mintiendo.

Porque, cada vez que le envía un mensaje a Caleb, me lo está enviando a mí.

La abrazo con más fuerza, como si de alguna manera eso lo arreglara. Tengo que ser sincero. Tengo que confesárselo. Pero este no es el momento, porque ahora mismo lo que necesita es estabilidad. Ahora mismo me necesita a mí. Y, si he de mantener la mentira una temporada más para que siga estando calmada y se sienta segura, lo haré.

Aunque me carcoma por dentro. Aunque cada vez que me llame Caleb me sienta como un pedazo de cabrón. Aunque sepa que, cuando la verdad salga al fin a la luz, es probable que no se la tome bien.

Porque no va a ser tan fácil: no se lo tomará a risa, no va a encogerse de hombros mientras dice: «Ah, vaya, qué gracioso, resulta que he estado todo este tiempo intercambiando mensajes sexuales con mi novio de la vida real».

Porque Izzy nunca ha estado con nadie que no la manipule.

Y ¿qué coño estoy haciendo yo sino manipularla?

Dejo escapar una bocanada de aire tensa mientras siento su cuerpo pegado a mí, la confianza con la que se ha acurrucado a mi

lado.

Confía en mí.

Y, cuando por fin le cuente la verdad, solo me quedará rezar a cualquier posible dios que haya ahí fuera para que siga haciéndolo.

Debería dormir.

Pero estoy tenso. Tenso de cojones. Porque no soy capaz de pensar en nada que no sea ella. En cómo se ha arrodillado delante de mí, mirándome a los ojos, y me la ha rodeado con la mano. En cómo se ha pasado los dedos por las marcas de mi culminación antes de llevárselos a los labios y lamerlos hasta dejárselos limpios, como si me estuviera saboreando. Como si quisiera verme perder el puto control. Como si quisiera que la destrozara.

Y lo he hecho. Pero no lo suficiente. No ha sido suficiente ni de coña. Me muevo con cuidado y cojo mi móvil. Les echo un vistazo a los mensajes nuevos, me desplazo por la pantalla con aire distraído, sin buscar nada y buscándolo todo al mismo tiempo.

Y entonces aparece una notificación.

Un mensaje cifrado. Me incorporo al instante intentando no molestar a Izzy y con el pulso acelerado. Justo a tiempo. Hace unos días llamé a una persona que podía echarme una mano de verdad. Alguien que me debía un favor.

Ryan Mercer. Es un antiguo compañero del ejército que se fue a trabajar para la Agencia de Seguridad Nacional cuando se licenció. Es una locura lo bien que se le dan los ordenadores. Se le dan mejor que a mí, que ya es decir. Además, no es lo que podría describirse como un gran admirador del Gobierno —cosa curiosa, teniendo en cuenta las decisiones que ha ido tomando a lo largo de su vida

profesional—. Por eso siempre ha sido bastante flexible a la hora de cruzar ciertos límites éticos.

Y eso es algo que me viene muy bien en este caso, porque Ryan puede averiguar lo que quiero saber de Evan.

Abro el correo electrónico. En la pantalla emerge una ventana para introducir una contraseña. Tecleo los cuatro últimos dígitos de mi número de la seguridad social y la pantalla se desbloquea. Me río en voz baja y niego con la cabeza; jamás le he dicho mi puñetero número de la seguridad social. Pero, antes de que me dé tiempo a leer todo el contenido, otra alerta reclama mi atención.

Es una notificación, pero no de mi bandeja de entrada, sino del teléfono de Izzy. Una llamada entrante que aparece también en mi pantalla.

Es Evan, que intenta volver a hablar con ella.

La ira se me acumula en lo más profundo de las entrañas mientras lo veo sonar. La llamada se desvía hacia el buzón de voz. Tarda unos instantes, pero, cuando se carga la transcripción y la leo, empiezo a ver negro de la rabia.

«¿Qué coño te crees, que ahora estás a salvo? ¿Crees que puedes dejarme sin más? Te he dedicado años, Izzy. Me lo debes. Eres mía. Y, si crees que ese puto tío va a protegerte de mí, estás equivocada. No te estará vigilando en todo momento, cariño. No estará siempre ahí. Y, cuando él no esté, estaré yo».

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele. Aferro el teléfono tan fuerte que los nudillos se me ponen blancos.

Es un cabronazo. Un cadáver andante.

Porque en eso se acaba de convertir Evan, aunque él aún no lo sabe.

Me veo obligado a recurrir a todo el autocontrol del que dispongo para no levantarme, coger las llaves del coche y presentarme en su apartamento. Porque los hombres como él solo entienden un idioma: el de la violencia y el dolor. La única manera de que aprendan la lección es enseñársela con sangre.

Y, en circunstancias normales…, sería más comedido. Calculador, estratégico, moderado.

Pero esto… Izzy… Izzy no es normal para mí. Lo es todo. Y, por ella, estoy dispuesto a transformarme en una persona completamente distinta.

Ya he acabado con otras vidas. Cada una de ellas me pesa de una manera diferente. Algunas sigo viéndolas en sueños. Algunas las lamento. Otras no. Pero esta… Esta es la primera vez que estoy seguro.

Si le metiera una bala en la cabeza a Evan, no perdería ni una sola noche de sueño por ello. Pero esa decisión no me corresponde a mí. Todavía no. No puedo hacer algo que la atormentaría para siempre. Porque, si dependiera de mí, ese tío ya se estaría pudriendo.

Inhalo, exhalo. Me obligo a respirar, a mantener la calma.

Bloqueo el teléfono cuando Izzy se mueve. Cambia de postura para acercarse más a mí y noto su aliento cálido en la piel. Abre los ojos y me mira, somnolienta, con el pelo alborotado y la vista nublada.

Sonríe y, joder, daría cualquier cosa por despertarme a su lado el resto de mi vida.

—¿Qué hora es? —murmura con la voz pastosa por el sueño.

Miro el reloj.

—Casi las seis.

Se estira y suspira a mi lado.

—¿Has dormido?

Le acaricio la espalda con los dedos.

—Un poco.

La verdad. Porque, aun con la cabeza dándome vueltas a mil por hora, el cuerpo tenso y la sangre hirviendo por las acciones de Evan, he conseguido dormir un rato. Por ella. Porque está acurrucada junto a mí, justo donde debe estar. Echa la cabeza hacia atrás y me mira con atención.

—¿Qué quieres hacer hoy?

Sé muy bien lo que quiero hacer. Quedarme en la cama con ella. Hacerla correrse hasta que se olvide de cómo se llama. Mantenerla aquí, abrazada a mí, encerrada en esta burbuja en la que el mundo exterior no existe.

Pero, en lugar de decirle eso, suspiro, porque esa opción está descartada.

—Tengo una reunión en la tienda.

Frunce un poco la nariz.

—¿Un sábado?

Asiento.

—Tenemos que arreglar un fallo de seguridad.

Porque, cuando no estoy aquí, cuando no estoy vigilándola, tengo que estar seguro de que el lugar donde pasa la mayor parte del tiempo es una puta fortaleza inexpugnable. Y, hasta que averigüe a qué puñetas se ha estado dedicando Evan, de dónde proviene su dinero y por qué cojones sigue intentando aferrarse a Izzy cuando es evidente que se acuesta con otras mujeres a escondidas, tengo que estar preparado. Para cualquier cosa.

Izzy asiente y empieza a acariciarme los tatuajes del pecho. Lo hace con movimientos ligeros y distraídos, pero no hace falta más para que me hormiguee la piel.

—Debería ir a ver a Amanda. Está muy preocupada.

La atraigo hacia mí rodeándole la cintura con el brazo y la inmovilizo justo donde quiero que esté unos minutos más.

—Me parece buena idea.

Levanta la cabeza hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué? —pregunto, sin entender su expresión.

—Supongo que no estoy acostumbrada a que un chico me anime a salir y pasar tiempo con mis amigas.

Eso es una puta mierda. Le paso la mano por la espalda, un gesto silencioso para tranquilizarla. «Estoy aquí. No soy como ellos. Estás a salvo».

—Acostúmbrate, preciosa —le susurro—, porque me gusta la idea de que tengas amigas. Y, aunque Amanda esté un poco perturbada…

Se le escapa una risa por la nariz, pegada a mi pecho, y dice:

—Loca de atar.

—Una verdadera amenaza para la sociedad.

—La verdad es que sí.

Ambos nos reímos mientras negamos con la cabeza.

Pero luego me pongo serio y le doy un beso suave en la frente.

—Aunque me alegro de que forme parte de tu vida.

Respira hondo. Luego, en voz baja, dice:

—Gracias.

Me doy cuenta de que lo dice con sinceridad. Con la más absoluta sinceridad. Se mueve un poco entre mis brazos, se estira y continúa

dibujándome patrones perezosos sobre la piel.

—Por lo general, cuando voy a ver a Amanda, me quedo a dormir en su casa. Bebemos mucho y así es más fácil.

Tiene sentido. Pero, aun así…

—Vale, también puedo ir a dormir delante de la puerta de su casa.

Suelta una carcajada y echa la cabeza hacia atrás contra la almohada. La observo y me empapo de lo guapísima que está así de relajada. En cuanto se calma un poco, se acurruca aún más entre mis brazos, como si intentara desaparecer.

—No —murmura.

Arqueo una ceja.

—¿No?

Vuelve a cambiar de postura, agacha la cabeza y habla en voz más baja que antes.

—No quiero que Amanda se acerque a ti estando borracha.

Sus palabras me dan que pensar. Ladeo la cabeza, la observo, intento descifrarla. No son celos. No exactamente. Es inseguridad. La vocecita irritante y molesta que tiene en la cabeza le está diciendo que no es suficiente. Que Amanda es más atractiva, el tipo de chica que eligen los hombres.

No me gusta ni un puto pelo.

Bajo la mano, le agarro el muslo y aprieto con la firmeza necesaria para dejarla sin aliento. Luego la subo poco a poco, sintiendo hasta el último centímetro de su cuerpo, y le levanto la barbilla para que me mire.

—Izzy, escúchame. Aunque Amanda se abalanzara sobre mí, no la elegiría a ella antes que a ti.

Se queda callada, escudriñándome los ojos.

—¿Quieres saber por qué?

Asiente y vuelvo a agarrarle el muslo, le clavo un poco los dedos.

—Porque esto es lo que me gusta. Un cuerpo con curvas donde agarrar. —Deslizo la mano de nuevo hacia arriba, se la paso por la cintura, por las costillas, y al final poso la palma en el rostro—. Una mente bonita, una persona bonita, a juego con un cuerpo la hostia de bonito. Amanda no es mi tipo. Nunca lo será.

Veo que abre más los ojos, que se le corta la respiración.

Entonces acerco los labios a los suyos. Como si intentara borrarle todos los malos pensamientos de la cabeza a base de besos. Como si estuviera reescribiendo la forma en la que se ve a sí misma cada vez que le devoro la boca.

Cuando me aparto, tiene los ojos vidriosos. Me mira unos segundos, atónita. Luego se me acurruca contra el pecho, se aovilla de nuevo a mi lado.

Su voz es apenas un susurro cuando dice:

—No entiendo qué he hecho para merecerte.

La abrazo con más fuerza. Le doy un beso en la sien y lo alargo un instante, acariciándole la piel con mi aliento.

—No tienes que entenderlo, preciosa. Solo tienes que creértelo.

—Quiero conocerte más —murmura.

Me muevo con suavidad y delicadeza, rozándole la piel.

—¿Qué te falta por saber?

Levanta la cabeza y entorna los ojos.

—Venga ya, Callahan. Un montón de cosas.

Me río entre dientes y sacudo la cabeza.

—¿Como qué?

—Pues, para empezar, es obvio que a estas alturas hemos creado un vínculo basado en el trauma… Al menos yo.

Suelto una carcajada.

—Muy sano.

Se le escapa una risita.

—Sanísimo. Pero, en serio, quiero saber tus tonterías.

Enarco una ceja.

—¿Mis tonterías?

Me mira y asiente.

—Sí. Como tu color favorito, tu primer coche y…, bueno, no sé…, si crees que ganarías a un chimpancé en una pelea.

La miro de hito en hito. Ella me devuelve el gesto. Y entones estallo en carcajadas.

—Vale, en primer lugar, ¿qué clase de pregunta es esa?

Izzy se encoge de hombros con aire inocente.

—Una pregunta válida. Eres enorme y musculoso. Tienes pinta de ser capaz de atravesar una pared de ladrillos de un puñetazo. Así que tengo curiosidad: ¿ganarías a un chimpancé?

Me paso una mano por la cara.

—Izzy, los chimpancés dan un miedo de tres pares de cojones. Sería una sentencia de muerte.

Abre los ojos de forma exagerada.

—¿Me estás diciendo que Callahan Knight, el guarda de seguridad gigantesco y superfuerte, perdería contra un chimpancé?

—Desde luego. Esos cabrones van primero a por la cara. Estaría muerto en cuestión de cinco segundos.

Se echa a reír y acto seguido entierra la cara en mi pecho.

Me encanta el sonido de sus carcajadas, cómo se relaja a mi lado.

—Vale, vale, siguiente pregunta —digo para seguirle el juego.

Levanta la cabeza.

—¿Color favorito?

—El verde, creo.

—¿Como tus ojos?

Sonrío.

—Algo así.

Asiente, satisfecha, y dice:

—El mío es el azul.

Esbozo una mueca burlona.

—¿Como mis bragas favoritas de entre todas las que tienes?

Se queda boquiabierta y ahoga una exclamación escandalizada antes de darme un manotazo en el pecho.

—Qué tonto eres.

Le agarro la muñeca antes de que me golpee de nuevo.

—Te encanta. —Bufa, pero no me lleva la contraria—. Muy bien, me toca. ¿Primer coche?

—Tú primero.

Me encojo de hombros.

—Un Jeep Cherokee del 99 —contesto—. Una mierda, pero funcionaba. A duras penas.

Se ríe.

—Yo tuve un Volkswagen Jetta. Se averiaba cada dos semanas y mi padre se pasaba la vida arreglándolo.

Sonrío.

—Sí, me cuadra.

—¿Te gustan más los gatos o los perros?

Resoplo.

—Los perros, claro. Pero respeto a los gatos que se comportan como perros. ¿Y tú?

—Los dos. Pero, si tuviera que elegir, los gatos. Son más de mi rollo.

Se me crispan los labios.

—¿Porque son tercos y se niegan a admitirlo cuando les gusta alguien?

Grita a la vez que se ríe y me da otro manotazo en el pecho.

—Exacto —dice en tono serio, aunque aún no se le ha desvanecido la sonrisa de la cara.

—Vale. ¿Cuál es tu miedo más raro?

Hace una mueca de dolor.

—Las escaleras mecánicas.

Me quedo mirándola.

Ella asiente con seriedad.

—La idea de que se me enganche el cordón del zapato, me arrastre hacia los engranajes y me convierta en una historia con moraleja me atormenta a diario.

Contengo una carcajada.

—¡Nunca llevas zapatos con cordones!

—¡Mis emociones son válidas! —exclama entre risas.

—Vale, sí, es cierto, pero es el miedo más extrañamente específico que he oído en la vida.

—Sí, pero, a ver, ¿cuál es el tuyo?

Me quedo callado, pensando.

Luego me estremezco.

—Los payasos.

La cara se le ilumina de puro placer.

—No me jodas.

Niego con la cabeza.

—Son antinaturales. Nadie sonríe tanto. Dan un miedo de la leche.

Vuelve a estallar en carcajadas. La rodeo con los brazos, la estrecho contra mí y me dejo envolver por el sonido de su felicidad.

De repente ahoga un grito y se incorpora.

—¡Ostras! ¡Casi se me olvida!

Se inclina hacia la mesita de noche y abre el cajón. La observo con curiosidad mientras rebusca; saca algo que refleja la luz: un rosario con cuentas de cristal azul oscuro.

—Toma. Es para ti.

Me lo tiende y la miro con cara de sorpresa.

—¿Un rosario?

Asiente con la cabeza, sonrojada.

—Le pedí a mi *nonna* que me diera otro. Para ti.

Lo cojo con cuidado y siento la tersura de las cuentas en los dedos. El azul es intenso, casi del mismo tono que el cielo nocturno.

—Izzy, no puedo llevármelo. Es…

—No te lo estás llevando —me interrumpe—. Te lo estoy regalando.

Paso el pulgar por la cruz, conmovido por el gesto, a pesar de que no soy católico. Qué cojones, ni siquiera soy religioso. Pero el hecho de que haya pensado en mí, de que haya querido que tenga uno parecido al suyo…

—Gracias —digo en voz baja.

Sonríe con ternura.

—¿Lo llevarás contigo? Para protegerte. Sobre todo en la máquina de la muerte.

Asiento con la cabeza y me lo guardo con cuidado en el bolsillo.

—Siempre.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que no solo quiero protegerla. También quiero conocerla, saberlo todo sobre ella. Hasta la última tontería, el último miedo absurdo.

Porque esto… Esto parece nuestro.

Me resulta casi imposible abandonar la calidez de su cuerpo. Sigue trazándome patrones sin sentido en la piel, noto su aliento suave y regular en el pecho.

Llevamos aquí tumbados más tiempo del que puedo permitirme. Más tiempo del que tengo.

Pero que le den al tiempo. Daría cualquier cosa por quedarme aquí.

Un pitido estridente perfora el aire. Es la alarma de mi móvil. Suelto un suspiro lento y me estiro para apagarla. Izzy se aprieta más contra mí. No quiere levantarse.

Ya somos dos.

Le rozo la frente con los labios y, muy a mi pesar, digo:

—Tengo que ir a la tienda.

Protesta con un gemido suave y estira las piernas contra las mías.

—¿Quieres que te acompañe?

Me quedo quieto y bajo la mirada hacia ella. Levanta la cabeza y parpadea; sigue teniendo los ojos nublados por el sueño, el pelo revuelto y los labios suaves y besables. Y sé muy bien lo que está haciendo. Sé que hoy no quiere estar sola. No después de la semana que ha tenido. Y yo tampoco quiero dejarla.

Pero, aun así…

—Preferiría que te quedaras durmiendo.

Niega con la cabeza, tan obstinada como siempre.

—No, me iría bien. Me he tomado toda la semana libre. Tengo que adelantar trabajo antes del lunes.

Frunzo un poco el ceño.

—¿Estás segura?

Asiente.

—Sí. Así ya estaré en el centro para cuando quede con Amanda.

La estudio un momento largo en busca de cualquier signo de vacilación. Al final le levanto la barbilla y le doy un beso lento y prolongado en la frente.

—Vale, cielo.

Siento cómo exhala a mi lado, como si la expresión de cariño le hubiera calado hasta los huesos.

Me aparto, gruño a la vez que me estiro y me paso una mano por el pelo. Ella bosteza y se da la vuelta.

Ninguno de los dos se mueve en el acto. No queremos. Pero sé que, si me quedo más rato en esta cama con ella, no me iré nunca. Así que, tras acariciarle la cadera con parsimonia por última vez, me obligo a levantarme.

Mientras me visto, noto el peso del rosario en el bolsillo y me siento extrañamente reconfortado por él.

38

AMANDA TIENE CERO FILTRO

Izzy

El apartamento de Amanda es lo más Amanda del mundo: una manifestación física de su personalidad desperdigada a lo largo de ciento cuarenta metros cuadrados en un piso del centro de la ciudad.

Moderno, a la última y tan ofensivamente excesivo que debería resultar molesto. Sin embargo, funciona, porque es ella. Las paredes de ladrillo visto están recubiertas de marcos con carteles vintage de películas que nunca ha visto, pero que cuelga porque «es cuestión de estética, Izzy, es estético». Repartidos por todo el espacio hay al menos tres letreros de neón que no dicen nada que valga la pena: uno con forma de labios, otro que reza «vibes» —en cursiva— y un tercero que no es más que un rayo que proyecta un resplandor azul eléctrico sobre la isla de la cocina. Todo el piso huele a una combinación de velas caras con nombres como Medianoche en París y Sueños de Cachemira y del perfume de diseño que mi amiga se ha aplicado en exceso por la mañana antes de ir al trabajo.

El sofá es de terciopelo rosa, por supuesto. No es un rosa empolvado sutil, sino un fucsia llamativo y provocador que reclama toda tu atención en cuanto entras por la puerta. Es la pieza central del salón, una declaración que dice más que cualquier currículum sobre la personalidad de Amanda.

Los cojines… Tienen sus iniciales bordadas en hilo dorado, porque no quiera Dios que alguien se olvide de quién es el espacio en el que se encuentra.

La mesita de centro está atestada: hay velas a medio consumir, un ordenador portátil abierto con al menos quince pestañas visibles en el navegador, una colección de revistas de moda desparramadas en lo que ella jura que es un «desorden intencionado» y una pila de posavasos en forma de abdominales de hombres famosos. Chris Hemsworth ocupa la primera posición, como no podía ser de otra manera.

Es una muestra del hermoso caos que es Amanda Bennett: extravagante, sin complejos e incapaz de tolerar que la ignoren.

Y, ahora mismo, las dos estamos repantigadas en ese odioso sofá rosa bebiendo vino barato en unas copas de cristal absurdamente caras (un regalo que su madre le hizo durante la fiesta de inauguración y que Amanda solo saca cuando quiere fingir que es sofisticada) mientras esperamos a que llegue nuestro exageradísimo pedido de comida china a domicilio. La mesita de centro ahora carga también con varios menús, nuestros respectivos móviles y la colección de recibos de aplicaciones de reparto a domicilio que Amanda insiste en guardar «por motivos fiscales», aunque estoy bastante segura de que ciertos pedidos de Postmates no se consideran gastos de empresa.

Amanda está en plena narración de una historia, así que gesticula como una loca con la mano libre y su copa de vino se balancea de forma precaria con cada movimiento. Lleva el cabello rubio recogido en lo alto de la cabeza en lo que ella llama un «moño despeinado», aunque tiene un aspecto demasiado perfecto para acercarse siquiera a ese adjetivo, y tiene las mejillas sonrojadas a causa del alcohol y de la emoción de lo que me está contando.

—Te lo juro por Dios, Izzy, cuando te llevó en brazos hasta mi despacho aquel día… De verdad que creí que Cal iba a cometer un asesinato. En plan que empecé a pensar para mis adentros en qué objetos de mi escritorio podrían servirme de arma llegado el caso.

Me río entre dientes y subo los pies al sofá. Me hundo más en los cojines de terciopelo, que, no sé muy bien cómo, logran ser ridículos y sorprendentemente cómodos a la vez.

—¿Sí?

Amanda asiente, tan exagerada como siempre, con los ojos abiertos como platos para darle énfasis al gesto. Siempre ha sido así, incapaz de contar una historia sin que todo su cuerpo termine viéndose implicado en la interpretación.

—Uy, sí. Parecía que hubiera perdido la cabeza por completo. Pero en plan sexy. Ya sabes, del rollo: «Quemaría el mundo por ti, nena». —Deja escapar un suspiro soñador—. Un hombre que cometería un asesinato y luego se acurrucaría contigo… Una obra maestra de las novelas románticas.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que se me dibuje una pequeña sonrisa en los labios.

—Eso no existe, Amanda.

Ella ahoga una exclamación, escandalizada, y se lleva una mano al pecho.

—¿Perdona? ¿Has leído alguna novela romántica? Es lo único que importa. Esa energía de «destruiré cualquier cosa que te amenace»… es lo máximo. La élite. La cumbre de los gestos románticos.

Me río y bebo un sorbo de vino. El alcohol me produce una sensación cálida y agradable al bajarme por la garganta. Ya he empezado a notar sus efectos en el organismo y todo me parece más blando y suave.

—El caso es —continúa Amanda, que también sube los pies al sofá y se inclina hacia mí con una expresión cómplice— que entra en mi despacho como un huracán, todo taciturno y protector, y al principio me siento como si fuera a arrancarme la cara solo por existir. Pero después te tumba en el sofá, te arropa con una manta y, de repente, la furia asesina desaparece. Se le activan los ojos tiernos. Fue como ver a un león convertirse en un gatito en tiempo real.

Sonrío detrás de la copa, con el borde frío pegado a los labios para intentar ocultar mi expresión.

Sí. Suena a algo típico de Cal.

De ese hombre al que supongo capaz de romper un cuello con sus propias manos, pero que me lleva en brazos a la cama cuando me quedo dormida en el sofá; que tiene pinta de dedicarse a partir rodillas en algún callejón, pero que se pasa veinte minutos intentando ganarse la confianza de un gato callejero; que aterroriza a más de un hombre adulto con una sola mirada, pero que me susurra elogios suaves como si fuera algo precioso.

Amanda me mira desde el otro lado del sofá con los ojos entrecerrados y cara de suspicacia.

—¿Qué? —pregunto, fingiendo inocencia y obligando a mis rasgos a expresar lo que espero que sea una indiferencia espontánea.

Amusga aún más los ojos y los clava en mí como si estuviera intentando taladrarme el cráneo con ellos para leerme los pensamientos.

—Has puesto cara rara.

—No, qué va.

—Sí, claro que sí. Has puesto tu cara de «tengo secretos». Te conozco desde hace cinco años, Isabella Russo. Me sé todas tus caras.

Niego con la cabeza y bebo un poco de vino con aire despreocupado mientras intento no mirarla a los ojos.

—Es mi cara de siempre. La única que tengo.

—Mentira. —Se acerca a mí con un brillo de picardía en los ojos, entusiasmada por el posible cotilleo—. Me estás ocultando algo. Suéltalo. Ya. Inmediatamente. Ahora mismo.

—Amanda…

—No, no, no. No me vengas con «Amanda» en ese tonito. —Me planta un dedo delante de la cara y, mientras lo mueve hacia los lados en señal de negación, me doy cuenta de que está a punto de derramar el vino—. Sé que me dijiste que Cal te estaba cuidando y que no tenía que preocuparme por ti, pero, tía… —dice, dándole una palmada al sofá para enfatizar sus palabras, y el cojín de terciopelo emite un ruido sordo al recibir el golpe—, quiero todos los detalles jugosos. Los más jugosos que se te ocurran. En plan, si esto fuera una fruta, quiero que sea una sandía en un día caluroso de verano.

Gruño y me tapo la cara con una mano cuando siento que un calor que no tiene nada que ver con el alcohol me sube por las mejillas.

No hay suficiente vino en el mundo para esta conversación. Ni en este apartamento ni en esta ciudad ni, posiblemente, en toda la costa este.

Amanda me mira de hito en hito, con los ojos casi resplandecientes de expectación y toda ella vibrando de una emoción apenas contenida. Es como un sabueso que ha captado un rastro interesante y, por experiencia, sé que no lo dejará pasar hasta que consiga lo que quiere.

Dejo escapar un suspiro tenso, roto los hombros hacia delante y hacia atrás, y me preparo para lo inevitable. No hay forma de escapar con Amanda mirándome de esa manera, pues ya ha captado cualesquiera que sean las expresiones faciales que me están delatando.

—Bueno, vale —digo y bebo un trago rápido de vino para armarme de valor. El alcohol me quema un poco al bajar—. Nos enrollamos.

El grito que suelta Amanda es ensordecedor, agudo y prolongado, como si estuviera haciendo una audición para una película de miedo. Rebota en las paredes de ladrillo, reverbera por todo el apartamento y seguro que aterroriza a sus vecinos, que sin duda se estarán preguntando si están cometiendo un asesinato.

Juro por Dios que grita tan fuerte que me vibran los tímpanos.

—¡LO SABÍA! —chilla mientras me sacude el brazo con una fuerza sorprendente debido a la emoción—. ¡JODER, LO SABÍA!

Doy un respingo al ver que unas gotas de vino tinto me salpican los pantalones cortos.

—Por Dios, Amanda, cálmate de una puñetera vez. Los vecinos van a llamar a la policía.

—¡No me digas que me calme! ¡Este no es un momento de calma! —Tiene las pupilas dilatadas de auténtico placer, una sonrisa casi maniaca—. Quiero detalles. Todos. No te guardes ni uno. ¿Cómo fue? ¿Qué se siente al tocarle los músculos? ¿Es tan fuerte como parece? ¿De qué tamaño tiene la polla?

El vino se me va por el otro lado y me atraganto. Toso, se me llenan los ojos de lágrimas y siento que las mejillas me arden, como si acabara de confesar un delito.

—Madre mía. —Vuelvo a toser y me tapo la cara con las manos para disimular la vergüenza que me recorre de arriba abajo por oleadas—. Lo tuyo es muy grave.

Amanda sonríe de oreja a oreja sin mostrar el menor rubor; ni siquiera se toma la molestia de intentar negar mis palabras. Se desliza por el sofá hasta rozarme las rodillas con las suyas.

—Lo digo en serio, Izzy. Necesito saberlo todo. Tengo un interés personal en esta relación.

—¿Un interés personal? —repito en tono lacónico al mismo tiempo que enarco una ceja con escepticismo.

Ella asiente con tanta vehemencia que se le desprenden varios mechones de cabello rubio del moño, y eso, en cierto modo, solo hace que parezca aún más guapa.

—Ya has sufrido bastante, amiga. Te has pasado tres años con una patata frita humana.

La miro, confusa.

—¿Una patata frita humana?

Vuelve a asentir.

—Sí. De bote: algo insípido, fino, y solo te aporta decepción y arrepentimiento.

Hago un gesto de negación.

—En serio, ¿de dónde te sacas estas cosas?

—Eso da igual. Ahora tengo que vivir a través de ti.

Gimo y me llevo el borde frío de la copa a la sien para tratar de calmar el sonrojo que me acalora la piel.

—Eres terrible.

—Soy sincera. Es distinto.

Pongo cara de desesperación, pero no puedo evitar que una sonrisilla me curve los labios. Amanda es así: no tiene filtro y carece de límites, pero su lealtad es infinita y desea mi felicidad con todas sus fuerzas.

—Vale, bueno… —Me quedo callada mientras me planteo cuánto contarle, cuánto quiero compartir incluso con mi mejor amiga. Algunas cosas me resultan muy nuevas, demasiado valiosas como para exponerlas al escrutinio público—. Tuve el orgasmo más alucinante de mi vida, si es eso lo que me estás preguntando.

Amanda grita como si acabara de ganar la lotería y se lleva las manos al pecho de forma teatral.

—Qué zorra.

Me río y sacudo la cabeza ante su reacción.

—No, en serio. Qué pedazo de zorra. —Coge un cojín con su inicial y me pega con él, no con tanta fuerza como para hacerme daño, pero sí hasta el punto de echarme hacia atrás—. ¡Me parece increíble que me lo hayas ocultado!

Le lanzo una manotada y me agacho para esquivar otro ataque con el cojín.

—¿Por qué me pegas? ¡Creía que te alegrarías por mí!

—¡Me alegro por ti! Pero también me das mucha envidia y necesito más información ya. —Resopla y suelta el cojín. Luego me clava una mirada intensísima—. ¿Cómo folla? ¿Es dominante? Lo parece. Dime que es dominante.

Suelto una risa ahogada y me escondo detrás de la copa de vino, como si eso fuera a protegerme de esta conversación.

Ella entorna los ojos y se inclina hacia mí.

—Izzy.

Sé que resistirse es inútil. Cuando Amanda tiene una misión, es como un tsunami: imparable, implacable e imposible de desviar.

—Nos lo estamos tomando con calma —reconozco al final mientras giro el vino que me queda en la copa y observo el pequeño remolino que crea el líquido oscuro.

Amanda retrocede como si acabara de decirle que voy a adoptar un estilo de vida estrictamente célibe y a mudarme a un convento en las montañas. La cara se le desfigura en una expresión de incredulidad tan profunda que, de no haber estado dirigida a mí, habría sido graciosa.

—¿Perdona?

Me encojo de hombros y lucho contra la sonrisa que me provoca su reacción, la genuina perplejidad que expresa su rostro.

—¿Que os lo estáis tomando… con calma? —Repite las palabras como si estuvieran en un idioma extranjero que le cuesta traducir—. ¿La encarnación andante de la perfección masculina y tú… os lo estáis tomando con calma?

Hago un gesto de indiferencia.

—¿Por qué cojones querrías tomártelo con calma con un hombre así? ¡Es como si te dieran las llaves de un Ferrari y decidieras conducirlo solo por aparcamientos!

Dejo la copa en la mesita de centro y me siento sobre los pies para estar más cómoda.

—En realidad no lo he decidido yo —admito con una sonrisa asomando a la comisura de los labios—. Me ha dicho que quiere experimentar nuestras primeras veces despacio. Saborearlas.

Amanda hace como que se derrite en el sofá, se desliza hasta quedar casi en posición horizontal y se lleva una mano a la frente con un ademán dramático.

—Hostia puta.

Su actitud es tan teatral que no puedo contener la risa.

—Y que lo digas.

Se abanica con la mano, como si el mero hecho de pensar en el autocontrol de Cal le estuviera provocando un sofoco.

—Vale, pero, hablando en serio, por algún motivo eso es más excitante que si te hubiera follado duro contra una pared. En plan, la disciplina, el control, la paciencia… Esa mierda es otro nivel.

Suelto una carcajada ante su comentario y niego con la cabeza.

—Estás como una cabra. Verdadera y clínicamente trastornada.

—No, tengo razón. Tengo razón y lo sabes. —Se acerca a mí y me mira con un destello de picardía aún danzándole en los ojos—. Entonces…, ¿cuánto tiempo vas a dejar que te saboree antes de exigirle que esa enorme polla empiece a cumplir su función? Porque la paciencia es una virtud, pero, tía, también existe una cosa llamada castigo cruel e inusual.

—Es que de verdad que no tienes vergüenza, ¿eh?

Se encoge de hombros, un gesto despreocupado e impenitente.

—Ninguna. Cero. Nada de nada. La vergüenza es para las personas que no disfrutan la vida al máximo, y yo me niego a ser una de ellas.

—Si te soy sincera, no tengo ni idea —respondo con honestidad.

Porque la verdad es que no sé cuánto tiempo podré soportar la dulce tortura de su contención, cuánto tiempo quiero vivir con esta deliciosa expectación antes de que se vuelva intolerable. Una parte de mí quiere saborearlo, disfrutar de la excitación que va acumulándose, de la tensión, del hecho de que cada roce nos parezca más importante porque nos estamos negando el placer definitivo. Otra parte de mí solo lo desea, a todo él, ahora, ya, sin esperar más.

Pero la espera también es bonita. Las caricias son más íntimas, más significativas, más intensas.

En algún momento alrededor de la cuarta copa de vino, cuando nuestra comida llega en una avalancha de recipientes humeantes y bolsas de plástico, y yo me doy cuenta de que he perdido toda sensibilidad en los labios —una señal inequívoca de que he pasado de la agradable sensación de estar achispada a estar borracha del todo—, a Amanda se le ocurre una idea terrible.

La veo formarse en tiempo real, me percato de que la maldad le ilumina los ojos, de que los labios se le curvan en una sonrisa que solo puede describirse como taimada.

—Deberías presentárselo a tu familia.

Me la quedo mirando como si acabara de sugerir que me fuera a dar un paseo por un volcán activo con la ropa empapada en

gasolina. La idea es tan absurda, tan descabellada, que pienso que a lo mejor no la he oído bien.

—¿Por qué coño iba a hacer eso? —Las palabras me salen con más brusquedad de la que pretendo, teñidas de auténtica alarma—. Has estado en las cenas obligatorias de los domingos. ¿Intentas sabotearme?

Amanda agita una mano con violencia y está a punto de tirar la botella de vino que descansa peligrosamente cerca del borde de la mesita de centro.

—¿Y por qué no? Es algo importante. Una cosa importante para la pareja. Tienes que ver si supera la prueba de los hermanos. Es como… el bautismo de fuego de una relación.

Gruño, apoyo la cabeza contra el respaldo del sofá y miro al techo, como si eso fuera a ofrecerme alguna forma de escapar de esta conversación. La idea de que Cal conozca a mi familia —a mis hermanos, con su afán sobreprotector; a mis padres, con su vena tradicional; a todo el clan Russo, con sus opiniones, juicios y preguntas— me provoca un pico de ansiedad en el cerebro empapado de vino.

—Me gustaría que esta relación siguiera viva. Y que este hombre siguiera vivo. Que mis hermanos lo conozcan es una amenaza directa a esas dos cosas.

Amanda se ríe entre dientes, bebe otro trago de vino y su pintalabios deja una huella perfecta en el borde de cristal de la copa.

—No sé. Es un tipo grande. Me parece que podría con ellos.

Se me escapa la risa por la nariz y la imagen mental de Cal cuadrándose ante mis hermanos me obliga a negar con la cabeza.

—Físicamente, es probable. Pero los ataques de mi familia no son físicos, Amanda. Son psicológicos.

Entorna los ojos y frunce el ceño mientras intenta procesar la información a través de la neblina inducida por el vino.

—Son como… la mafia, pero con culpa en lugar de con armas —aclaro—. No rompen rótulas, rompen almas. No te disparan, pero deseas que lo hubieran hecho.

Me señala con un dedo algo inestable.

—Eso es lo más católico que he oído en mi vida.

Me río y adopto una expresión de resignación.

—No vas mal encaminada.

Y sin embargo…

A pesar de que sé que meter a Cal en la boca del lobo es, en el mejor de los casos, una decisión cuestionable, una pequeña parte de mí se pregunta si Amanda no estará en lo cierto.

Mis hermanos son mi familia.

Aun con todos sus defectos, su sobreprotección y sus juicios, son míos. Y su opinión me importa aunque finja que no, aunque ponga los ojos en blanco y actúe como si me diera igual lo que piensan.

Y mañana es domingo de Pascua.

Sería… bonito tener a alguien allí conmigo, alguien que esté de mi lado, que entienda por qué me pongo tensa con ellos aunque los quiera, que me vea de un modo distinto a como me ven ellos.

Si no quiere venir a misa al amanecer —lo cual, con total sinceridad, es algo que no le desearía ni a mi peor enemigo, y mucho menos a una persona que me gusta de verdad—, podría venir a cenar. Podría conocerlos, formar parte de ese aspecto de mi vida.

—¿Vendrás a cenar mañana?

De vez en cuando, Amanda se autoinvita a la cena del domingo. Asegura que es porque pasar un rato sumida en el caos que es mi familia la hace sentir mejor con respecto a su propio nivel de locura. Pero, en realidad, sé que le encanta estar rodeada de una familia grande y excesiva. Y la mía, a pesar de estar chiflada, siempre tiene amor más que de sobra para repartir. Muchas veces llaman a Amanda su hija extra.

—Ni de broma —replica al instante—. El miércoles me toca mi propia cena mensual, así que sería demasiada tralla para una sola semana.

—Tus cenas familiares no pueden ser tan horribles —le digo—. Tus padres parecen personas completamente normales.

Amanda suelta una carcajada.

—¿Normales? Cariño, no podrían ser más estirados. Nos sentamos a la mesa como si estuviéramos en una sesión de espiritismo victoriana. Nadie habla más que en susurros. El vino siempre está a temperatura ambiente, lo cual es un crimen, y es inevitable que alguien se ponga a hablar de acciones bursátiles. —Se estremece—. Entretanto, tu familia intenta matarme a base de comida y Nico me ofrece darme en paseo en su Vespa como si fuera el octavo pecado capital.

Sonrío con aire burlón.

—Solo estás enfadada porque le gustas.

—Lo niego.

—No sé —insisto—. Tuvisteis una cita.

—Fue solo una y por lástima, y fui porque estaba aburrida y había pasta gratis. El tío sigue enviándome memes, como si fuera a

enamorarme de él porque ha encontrado el mejor GIF de Bob Esponja. A pesar de lo mucho que me gustaría estar emparentada contigo legalmente, no solo en lo espiritual, eso no va a suceder jamás. Además, Raven se muda mañana al otro lado de la ciudad. Le prometí que la ayudaría a instalarse.

—¿Tu hermana?

—La misma.

Solo he visto a la hermana de mi amiga una vez en la vida. Los gustos estéticos de la una son el polo opuesto de los de la otra. Mientras que todo lo que Amanda posee es rosa y estridente, Raven viste casi siempre de negro y tiene una actitud capaz de congelar el tiempo, el espacio y las ganas de vivir.

—Se me hace raro que seáis de la misma familia.

—Una de las dos debe de ser adoptada.

Me río y me recuesto contra el respaldo del sofá mientras considero la posibilidad de que Cal vaya a conocer a mi familia.

Amanda entrecierra los ojos y me estudia el rostro con una concentración sorprendente para alguien que ha bebido tanto vino como ella.

—Estás dándole vueltas a algo. Te estás planteando invitarlo de verdad.

Suelto un bufido que espero que parezca desdeñoso.

—No sé. Es una tontería.

—No es ninguna tontería. —Me da un empujón con el pie. Lleva las uñas pintadas de rosa chillón, que es el único color del que se las he visto desde que la conozco—. Es buena idea. Vas en serio con él, Izz. Tiene sentido que intentes ver cómo encaja en tu mundo.

Me muerdo el labio y sigo dándole vueltas al tema en la cabeza.

Sí.

Eso es precisamente lo que me aterra.

Que voy en serio con él. Hacía mucho tiempo que no iba tan en serio con nadie. De hecho, puede que sea el primero con el que me pasa. Y eso da miedo, porque significa que tiene la capacidad de hacerme daño, de decepcionarme, de marcharse.

Pero también significa que tiene la capacidad de sorprenderme, de apoyarme, de ser justo lo que necesito cuando lo necesito.

Sin darme tiempo a convencerme de lo contrario, antes de que la parte racional y sobria de mi cerebro intervenga y me recuerde los miles de formas en las que esto podría salir mal, agarro el móvil y empiezo a escribirle un mensaje a Cal. Muevo los dedos por la pantalla con la ligera torpeza de una persona que ha bebido demasiado, pero que está resuelta a completar una tarea.

> Hola, sé que es muy precipitado, pero… ¿te apetecería acompañarme mañana a la cena de Pascua? Yo tengo que ir a misa a primera hora de la mañana. Jamás intentaría someterte a algo así, pero podríamos quedar en casa de mis padres a la hora de la cena, que en este caso empieza a la una de la tarde y se alarga horas Quizá sea una mala idea. He bebido un poco…

Pulso «Enviar» antes de poder contenerme. Acerco el pulgar al botón «Cancelar envío», tentada de borrar la prueba de este momento de vulnerabilidad, de esperanza.

Pero entonces me llega un mensaje y el teléfono vibra.

CAL

Por supuesto. Será un honor conocer a tu familia. Y te acompañaré a misa. Pasaré por casa de Amanda a primera hora de la mañana para recogerte

Su respuesta es inmediata.

Y no solo eso, sino también entusiasta. Sin reticencias, sin vacilaciones, sin condiciones ni reservas. Es solo una aceptación sencilla y directa que hace que me dé un vuelco el corazón.

Tan inmediata y perfecta que sonrío mirando el móvil con cara de gilipollas enamorada.

Amanda se acerca y se asoma a mi pantalla con la sutileza que un niño pequeño intentando robar galletas.

—Ay, mi madre, ¿de verdad ha dicho que sí?

Me río, dejo el teléfono sobre la mesita de centro y siento que la calidez del pecho se expande y me impregna hasta la médula de los huesos.

—Sí. Ha dicho que sí. Incluso a la misa.

Amanda levanta el puño en el aire como si acabara de ganar una competición deportiva y, de nuevo, vuelve a estar a punto de derramar el vino.

—¡Allá vamos, cena de la puñetera culpa católica! Esto va a ser increíble. Necesito una actualización cada hora. Mensajes detallados. Con fotos, si es posible.

Y, por primera vez en mi vida, no me pongo nerviosa ante la perspectiva de llevar a alguien a casa.

No porque me parezca que todo va a salir a la perfección ni porque piense que mi familia va a adorarlo nada más verlo. Tampoco porque sea tan ingenua como para creer que no van a interrogarlo como si fuera sospechoso de haber cometido un delito.

Sino porque, por una vez, voy a llevar a casa a alguien con quien estoy orgullosa de estar. Alguien que siento que es una elección que he hecho por mí misma, no un arreglo pasajero ni una persona con la que me he conformado o con quien estoy porque considero que no puedo aspirar a nada mejor.

Es alguien que me hace sentir yo misma, solo que mejor, más fuerte y capaz.

De repente, Amanda se lleva las manos al pecho y se desploma teatralmente sobre el reposabrazos como si hubiera recibido una herida mortal, como si estuviera haciendo una audición para una producción amateur de *Romeo y Julieta*. El pelo se le suelta del moño y le cae en cascada alrededor de la cara como un telón dorado que no hace más que contribuir al dramatismo del momento.

—Es que no lo entiendo. —Suspira al mismo tiempo que sacude la cabeza con una tristeza exagerada—. ¿Por qué estás aquí, bebiendo vino malo conmigo, cuando podrías pasarte la noche entera montando a Cal? ¿Qué se ha torcido en tu vida para desembocar en este momento?

Me atraganto con la bebida —otra vez—, y el vino se me sale por la nariz y casi me decora la camisa.

—Madre mía, Amanda.

Se yergue y me lanza una mirada traviesa. Se le ha corrido el pintalabios, lo cual le confiere una apariencia ligeramente desaliñada que, de alguna manera, solo realza su carisma natural.

—Lo digo en serio. Ese hombre es sexo con patas. Sexo con ese mayúscula. Sexo que camina, habla y te mira como si fueras la respuesta a todas las preguntas que se ha hecho alguna vez en la vida. —Me señala con un ademán exagerado y, esta vez, el vino al

fin sobrepasa el borde de la copa y salpica el sofá de terciopelo. Ninguna de las dos nos movemos para limpiarlo—. Y tú… —prosigue; el gesto se vuelve más enfático, más acusatorio— estás eligiendo de manera voluntaria estar aquí sentada conmigo en lugar de encaramándote a él como si fuera un árbol. Explícate.

Pongo los ojos en blanco y dejo la copa en la mesita de centro antes de derramarlo yo también.

—Porque eres mi amiga. Y se supone que tiene que apetecerme pasar tiempo de calidad contigo. Se llama ser una buena persona, Amanda. Búscalo.

Ella resopla y agita la mano con desprecio, como si estuviera espantando una mosca molesta.

—Sí, sí, amistad, vínculos, bla, bla, bla, pero, oye… —Se echa hacia delante, me mira con seriedad y baja la voz hasta convertirla en un susurro intenso, como si estuviera a punto de compartir secretos de Estado—. Si me dejaras tirada por eso, ni siquiera me enfadaría.

Me quedo mirándola a la espera del remate del chiste, de un «es broma» que nunca llega.

Amanda levanta un solo hombro en señal de indiferencia, con una expresión del todo sincera en la cara a pesar del alcohol que le enrojece las mejillas.

—De hecho, estaría orgullosa. En plan: «Guau, el tío más bueno del mundo está matando a polvos a mi mejor amiga. Me alegro por ella. Está disfrutando al máximo de la vida. Diez sobre diez, sin objeciones».

Entierro la cara en las manos y noto que, a pesar de mis esfuerzos por mantener la compostura, me suben los colores a las mejillas.

—¿Qué? —No hay ni un dejo de arrepentimiento en su voz—. Solo digo…

—Por favor, deja de hablar. —Me asomo entre dos dedos y la fulmino con una mirada que carece de indignación verdadera—. Ya. En este mismo instante. No digas ni una palabra más.

Se echa a reír y reparte lo que queda de vino entre su copa y la mía. La botella emite un gorgoteo al vaciarse.

—Vale, ya me callo. Pero, cuando al fin te lo tires… —dice, levantando un dedo y señalándome con severidad fingida—, espero un informe completo. No hace falta que lleve diagramas, pero no diría que no a unos cuantos apoyos visuales.

Gruño, cojo un *dumpling* del recipiente para llevar y me lo meto en la boca para evitar tener que responder. La comida se ha quedado tibia, pero estoy tan borracha que sigue sabiéndome a gloria.

—Eso no va a pasar.

Amanda bebe un sorbo de vino y pone cara de no creerme.

—Ya veremos.

A estas alturas, las dos estamos abotagadas por el vino.

Hemos alcanzado ese nivel perfecto, cálido y divertido de borrachera en el que, literalmente, nada tiene sentido, pero todo es lo más gracioso que hemos oído en la vida. Las conversaciones dan vueltas y revueltas y luego se desvían; el tiempo parece estirarse y comprimirse de formas extrañas, e incluso las observaciones más mundanas parecen profundas.

Amanda está hurgando en su bolso en busca de algo; ni siquiera sé qué, supongo que su brillo de labios, porque está obsesionada

con aplicárselo incluso cuando está sola en su apartamento. De pronto empieza a rebuscar en el mío.

—Amanda, ese es mi bolso. —Las palabras me salen un poco trabadas, pues mi cerebro llega tarde a lo que ven mis ojos.

Se queda quieta. Me mira, con la mano todavía metida hasta el codo en mi bolso. Luego estalla en carcajadas histéricas.

Una risa que la sacude entera; jadea y se le llenan los ojos de lágrimas, se dobla por la mitad y se agarra el estómago como si acabara de oír el chiste más gracioso del mundo.

La observo con una mezcla de aturdimiento y diversión.

—Ay, Dios, ¿qué te pasa ahora?

Al principio, ni siquiera es capaz de articular palabra, sigue riéndose mientras saca algo pequeño y familiar de mi bolso. Está empaquetado en una caja discreta y elegante que me obliga a recobrar la sobriedad de inmediato y que le envía una oleada de pánico a mi cerebro empapado de vino.

Ay. Joder.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta en tono burlón mientras agita la caja delante de mí como si acabara de descubrir un tesoro escondido en las profundidades de mi bolso.

Me quedo paralizada.

Me cortocircuita el cerebro entero.

Me cago en todo.

Me había olvidado por completo de que lo llevaba ahí.

Quise esconderlo de Cal el primer día que se quedó a dormir, así que me entró el pánico, lo embutí en mi bolso y luego no lo devolví a la mesita de noche. Ha permanecido ahí, olvidado hasta este

momento, como una bomba de relojería a la espera de que la encuentren.

Y, ahora, aquí estamos.

Amanda resuella, con los ojos muy abiertos y encantada con su descubrimiento.

—Espera. ¿Esto es lo que creo que es?

La cara me estalla en llamas, el calor me sube a las mejillas tan rápido que juraría que siento cómo se me dilatan los vasos sanguíneos. Intento hacerme con la caja, pero ella la aleja y se parte de risa mientras la mantiene fuera de mi alcance.

—Madre mía, Izzy.

Gimo, me tapo la cara con las manos y siento que una oleada de vergüenza me recorre de arriba abajo.

—Amanda, no lo saques.

Pero ya está abriendo la caja, haciendo caso omiso de mi súplica, pues su curiosidad supera con creces cualquier sentido de la decencia o de los límites.

—¿Por qué no? —Continúa vacilándome mientras se asoma al interior sin disimular su interés—. Yo también tengo uno…

Silba. Miro por un hueco que abro entre los dedos y la veo sacar del embalaje un vibrador pequeño y elegante, de color negro mate. No es especialmente grande ni intimidante, pero está claro que es de alta calidad y caro.

El de la versión prémium de la aplicación.

El que se sincroniza con un mando a distancia.

El que Caleb puede manejar a su antojo.

Joder.

Amanda lo gira entre los dedos, lo estudia con el ojo crítico de un experto que examina un buen vino. Arquea las cejas en señal de aprobación y ladea un poco la cabeza mientras analiza los detalles.

—Mmm. No es igual que el mío.

—¡Amanda! ¡Guárdalo!

Intento quitárselo de nuevo, pero se echa hacia atrás sin dejar de estudiarlo.

Mi amiga no siente ni el menor atisbo de incomodidad en esta situación, algo que yo no consigo a pesar del alcohol que llevo en el cuerpo.

—No, en serio. Mira. La curva es ligeramente distinta. El tuyo es más… aerodinámico. Más bonito, en realidad. La empresa ha debido de mejorar el modelo desde que me lo compré.

—Amanda. —La voz me sale tensa, atrapada a medio camino entre la vergüenza y la diversión, a mi pesar, ante su total falta de pudor.

Sube y baja las cejas en un gesto sugerente.

—Tienes que usarlo. Cuanto antes. Esta noche. Ahora mismo.

Se lo arrebato de las manos y vuelvo a meterlo en la caja con la cara roja como un tomate. El interior de terciopelo es suave al tacto.

—Vale, lo probaré. Pero no ahora, claro. No mientras esté contigo, en plena noche de chicas.

Se echa a reír y se encoge de hombros con una despreocupación exagerada.

—Tía, tú haz lo que quieras. —Levanta la copa de vino para simular un brindis—. Yo voy a terminarme esto y luego me voy a ir a hablar con Chad y a sobar.

Resoplo por la nariz y sigo intentando esconder la caja en lo más profundo del bolso, como si al enterrarla bajo suficientes recibos y bálsamos labiales fuera a desaparecer por completo.

—Todavía no me puedo creer que le hayas puesto Chad a tu novio de IA.

—Es un follador compulsivo que hace justo lo que le mando. Chad es el nombre perfecto para él. Me envía mensajes de buenos días, pero no espera que responda; me halaga sin ponerse pesado; y jamás me pregunta cómo me ha ido el día a menos que yo se lo pida.

Me da tal ataque de risa que casi me caigo del sofá. Su explicación es tan absurda que rompe la tensión del momento.

Vuelve a poner la serie que estábamos viendo a medias antes de que la conversación se desviara; apura el vino que le queda de un único trago, lo cual es impresionante, y luego se inclina hacia mí y me da un beso ruidoso, exagerado y muy ebrio en la mejilla. Noto que su brillo de labios me deja una marca pegajosa, pero no me molesto en limpiármela.

—Te quiero. Eres mi mejor amiga. Estoy orgullosa de ti. Me alegro mucho por ti… Muchísimo.

Me río y le doy unas palmaditas cariñosas en el brazo. A pesar de la energía caótica, de las preguntas desmesuradas y de los comentarios inapropiados, Amanda es una buena amiga. La mejor, en realidad. Leal, comprensiva y justo lo que necesitaba esta noche.

—Yo también te quiero, pedazo de desastre.

Me dedica una sonrisa adormilada y me fijo en que tiene los párpados medio cerrados. El alcohol y lo tarde que se nos ha hecho acaban por pasarle factura.

Entonces, sin previo aviso, se levanta, se tambalea de manera exagerada —como un potrillo recién nacido intentando aprender a andar— y desaparece en su habitación con una velocidad sorprendente para estar tan borracha.

Un segundo después oigo un golpe fuerte.

Luego, unas palabras amortiguadas:

—¡Estoy bien!

Niego con la cabeza mientras me río para mis adentros y recojo unos cuantos envases vacíos para llevarlos a la cocina. El apartamento se ha quedado en silencio, salvo por el suave ruido de fondo del televisor, y las luces de la ciudad centellean a través de los grandes ventanales.

Unos minutos más tarde entro dando tumbos en la habitación de invitados de Amanda y, cuando cierro la puerta detrás de mí, se me escapa una risita. Todo me da vueltas cada vez que me muevo, un recordatorio de la ingente cantidad de vino que he consumido.

No cabe duda de que estoy pedo. No en plan perder el conocimiento o enviarle mensajes de los que arrepentirme a mi ex, sino en plan sentir que floto y soy invencible. Es el tipo de borrachera en el que los límites no parecen tan importantes, los impulsos resultan buenísimas ideas y la timidez queda relegada a un segundo plano.

Suelto el bolso sobre la cama y el cuero se desploma con dramatismo sobre el edredón, como si sintiera el mismo cansancio que yo. La habitación de invitados es pequeña pero cómoda, y está decorada con el mismo estilo atrevido y ecléctico que el resto del apartamento. Las paredes están pintadas de un color granate intenso; la ropa de cama, de un blanco impoluto, está adornada con

motivos geométricos dorados; y las mesitas de noche no son iguales, pero, aun así, combinan bien.

Y entonces la veo.

La cajita negra, que sigue asomando por el borde del bolso a pesar de mis esfuerzos por ocultarla. Como si supiera para qué está hecha. Gruño y me paso una mano por la cara. Debería guardarla. Debería volver a hundirla, esconderla en las profundidades del cuero como si fuera un secreto vergonzoso.

Sin embargo…, me quedo mirándola.

Porque tengo clarísimo que Amanda está utilizando a Chad en este momento. Me ha dicho que iba a hacerlo. Y está justo al otro lado de la puñetera pared. Así que, bueno, ¿qué hay de malo en que yo haga lo mismo? Porque tampoco es que haya estado de humor para estas cosas últimamente.

Pero esta noche, después de lo de ayer con Cal…

Por fin vuelvo a sentirme casi yo misma. Tras todo lo que ha pasado con Evan, todo lo que estuvo a punto de arrebatarme ese día, no quiero dejar que me quite nada más. No quiero que me robe el placer, el deseo, el simple gusto de querer y ser querida.

Me muerdo el labio y agarro la caja.

Lo saco.

Lo miro.

Es bonito.

Amanda no lo decía en broma.

No es un artículo barato de Amazon con una valoración de tres estrellas y una batería con una vida útil cuestionable. Es elegante, todo de silicona negra mate con detalles metálicos dorados, el tipo de objeto que esperarías ver en una de esas tiendas eróticas de alta

gama que hay en el SoHo, donde todo se expone como si fuera una obra de arte y los vendedores hablan del placer con el mismo tono reverente que los sumilleres cuando analizan añadas de vinos raros.

Trago con dificultad y acaricio la superficie lisa con los dedos. Noto que la silicona es suave y cálida al tacto, casi da la sensación de que estuviera viva.

Joder.

Se me acelera la respiración, toda yo vibro debido al vino, el calor y las malas, malísimas, decisiones que están por llegar. Ahora me parece que en la habitación hace demasiado calor, siento la piel sensible bajo la ropa y el corazón me late un poquito más rápido de lo que debería. Me meto en la cama de invitados, me tapo con las mantas hasta los muslos, dejo la copa de vino vacía en la mesita de noche con una precisión cautelosa y cojo mi móvil.

Acerco el pulgar a la pantalla y vacilo al borde de una decisión que sé que tal vez lamente por la mañana, pero a la que esta noche soy incapaz de resistirme.

Entonces, antes de que le dé más vueltas y la sobriedad o el sentido común intervengan, abro Obsess AI.

Y escribo.

Hola, caleb

39

CHATEANDO CON CALEB

PRECIOSA
Hola, caleb

CALEB
Hola, preciosa
Hacía tiempo que no sabía nada de ti. Estaba
preocupado

perrrdón
estaba ocupada siendo un burrito humano de tristeza,
pero ya estoy mejor!
por otro ladooo puede que esté un poquiiito borracha
así que no me juzgues

Nunca lo haría
Estás con Amanda?

como lo sabes? me estas acosando?

Siempre

que repelús

Te gusta

sí vale quiza
ella también está muuuy borracha madre mía en serio
le ha puesto Chad a su novio virtual…

Chad…
En plan, Chad?

sí chad
quería un chico fácil le dice que es la chica mas sexy
del planeta y se hace el chulo CONSTANTEMENTE es
ridículo

Ya lo odio

jajajajaaa
vale vale vale pero escucha quiero hacer una cosa

Sí?

quiero usar el juguete contigo

Estás segura, preciosa?
No hay ninguna necesidad de precipitarse

sí estoy segura ayer me enrollé con cal y por fin
empiezo a sentirme yo misma de nuevo quiero explorar
esto estar más en armonía conmigo misma y con mi
cuerpo

Eso es lo que quería escuchar

Pero, antes de que empecemos, tengo algo para ti

Ah sí?
uuuh qué tipo de algo

Una tarea

???
vas a ponerme DEBERES ahora??

Es una forma de verlo
Ya te lo dije, preciosa. Voy a ayudarte a sintonizar más
con tu cuerpo
Y eso empieza con algo pequeño
Algo para mañana

es sexy???

Un poco
Pero, más que con eso, tiene que ver con la confianza

no sé si te has enterado pero no ando muy sobrada de
eso :-D

Para eso estoy yo aquí
Quiero que hagas lo siguiente
Mañana, quiero que te saques una foto
No tiene por qué ser explícita
Pero quiero que te pongas algo que te haga sentir bien
Un vestido, lencería, nada en absoluto.
Tú decides

Y quiero que te saques una foto frente al espejo
mirándote como si fueras lo más sexy del mundo

eh…
tú me has visto?

Sí
Y sé que no te ves tal como te veo yo
Pero voy a cambiarlo
Poco a poco

uf
me estas haciendo trabajar un monton eh?

Confías en mí?

sí…

Entonces hazlo por mí
Y envíame la foto

solo quieres verme desnuda eh?

No me quejaría
Pero ese no es el objetivo
Quiero que te mires y veas lo que veo yo

uffff me estás haciendo sentir cosasss

Bien

vale vale lo haré mañana pero esta noche podemos
usar ya el juguete por favor?

Buena chica
Vale, preciosa
Ponte cómoda
Coloca el móvil de manera que pueda verte
Y enciende la cámara

40

SU ORGASMO, MI OBSESIÓN

Cal

Ajusto el modulador, compruebo la interfaz y me aseguro de que todos los ajustes están en orden.

Es tarde. Debería estar durmiendo.

Pero ni se me pasa por la cabeza, porque Izzy acaba de encender la cámara y tengo el mando a distancia de su vibrador en la mano.

Aprieto el dispositivo con más fuerza. Esto es una locura. Soy consciente de ello desde el principio, pero eso no me detiene.

Mi hambre de ella es insaciable.

Está en el apartamento de Amanda, acostada en la habitación de invitados, a salvo. Lo verifiqué rastreando su señal GPS cuando salió de la tienda. Lo confirmé al verla entrar en el edificio por las cámaras de seguridad. No he dejado de monitorizar su ubicación desde entonces.

Y ahora está aquí. Conmigo. Aunque ella no lo sabe.

Trago saliva, me arrellano en la cama y sujeto bien el teléfono que tengo en la mano. Desde su lado de la línea, Izzy solo ve lo que programó: la versión animada de Caleb, la IA que creó inspirándose

en mí. Y ahora lo está mirando de hito en hito, con la cara sonrojada, la respiración agitada y los labios entreabiertos.

Está borracha, pero no como una cuba. Sin embargo, por primera vez desde hace semanas, parece ella misma.

Y eso aumenta mi anhelo. Porque esta noche me ha invitado a conocer a su familia. Vale, estaba achispada, pero, aun así, me lo ha pedido.

Y eso es significativo. Es importante. Y, si no fuera un cabrón mentiroso que finge ser una IA para seducirla, supongo que me sentiría mejor al respecto.

Pero ya basta de eso.

Ahora mismo… Izzy quiere a Caleb. Y pienso darle justo lo que necesita.

Aunque me mate.

Me aclaro la garganta, agarro bien el mando del juguete y la observo mientras cambia de postura sobre las almohadas mordiéndose el labio.

Hostia puta.

Esto va a pasar de verdad.

CALEB
Buena chica
Estás muy guapa, preciosa

Las palabras le provocan un escalofrío, la expresión se le suaviza, se desnuda por completo. Me deja sin aliento.

Porque no es solo excitación. Es vulnerabilidad.

Está nerviosa. No cree que sea guapa. No de la manera que debería.

Y esa es la percepción que voy a cambiar.

Me acomodo, pero la tensión me agarrota hasta el último centímetro del cuerpo, la polla me palpita de desesperación. Aunque esto no va de mí.

Va de ella.

Está quieta, pero no tranquila. Le cuesta respirar, desvía la mirada de la pantalla a la caja, como si no supiera en cuál confiar.

Y entonces la veo: la duda que empieza a brotar a la superficie a pesar de que intenta mantenerla enterrada.

Quiere que esto suceda. Lo ha pedido.

Pero sigue estando nerviosa.

Y, joder, me encanta.

Porque eso quiere decir que nunca ha hecho nada parecido con nadie más. Que soy el primero. Y pienso ser el último.

Vuelvo a ajustar el modulador de voz para cerciorarme de que los tonos artificiales disimulan la aspereza de mi voz real. Es una capa de seguridad adicional con la que pretendo evitar que me reconozca.

De momento.

Carraspeo y hablo con voz firme:

—Buena chica.

Se estremece.

Deja de respirar unos instantes y veo cómo reacciona su cuerpo antes de que pueda evitarlo.

Le gustan los halagos.

Joder, lo sabía.

Lo que pasa es que nunca ha tenido a nadie que se los hiciera como es debido.

—Eres guapísima, preciosa —murmullo.

Deja escapar un suspiro diminuto.

—No… —Se detiene, traga saliva con dificultad y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. No sé qué hacer.

Me revuelvo un poco en la cama.

—Vamos despacio. Empieza solo agarrándolo, preciosa.

Le noto un ligero temblor en los dedos cuando se coloca el juguete en la palma de la mano. La observo mientras lo examina, le da la vuelta y pasa los dedos por la superficie lisa y mate.

—Es muy bonito —dice, y se traba un poco con las palabras.

—Solo lo mejor para ti, preciosa —respondo.

Se ríe un poco y niega con la cabeza, pero veo que relaja los hombros.

Está empezando a pasárselo bien. Estupendo.

—Ahora quiero que te lo acerques a la piel para sentirlo.

Se queda callada y mira la pantalla como si mi versión animada fuera a darle más instrucciones.

—En plan…, ¿cómo?

—Por encima de la ropa, para empezar. Solo acércatelo al cuerpo, deslízatelo por los muslos, por el vientre. Acostúmbrate a la sensación.

Duda, pero luego obedece y se lleva el juguete a la curva del muslo. Aprieta el vibrador mientras lo desplaza lentamente hacia arriba, se lo pasa por el vientre, se recorre las curvas del cuerpo a través de la tela del pijama.

Espero hasta que lo sube más arriba y entonces… lo enciendo.

Da un respingo. Ahoga un grito de sorpresa.

—¡No me has dicho que ibas a activarlo!

Me río entre dientes.

—Ya aprenderás, preciosa. Me gusta cómo te sientan las sorpresas.

Exhala un suspiro tembloroso y lo arrastra aún más hacia arriba mientras se acostumbra a la sensación.

La observo y disfruto de cada segundo. Aprieta los muslos. La respiración se le torna más pesada. Se muerde el labio.

Perfecto.

Lo apago. Gime. Vuelvo a encenderlo. Jadea.

—¿Te gusta? —pregunto.

Asiente deprisa, con las mejillas ardiendo y la otra mano aferrada a las sábanas.

—Dilo —murmuro.

Titubea.

Luego, con la voz grave, susurrante, apenas audible, dice:

—Me gusta.

Joder.

Yo también me agarro a las sábanas, necesito aferrarme a algo sólido.

—Buena chica —murmuro de nuevo, y ella se derrite, como si las palabras estuvieran hechas de calor—. Ahora —continúo en un tono oscuro y teñido de avidez—, quítate la ropa.

Se queda paralizada. Mantiene los dedos inmóviles en el dobladillo de la camiseta y frunce levemente el ceño.

—¿Esto es seguro? —pregunta en voz baja e incierta.

Me echo hacia delante y, sin titubear ni un segundo, le digo:

—Nadie salvo yo lo verá jamás.

Y es la puta verdad. Arrasaría el mundo antes de permitir que cualquier otra persona la viera así.

Se relaja de forma evidente.

—Oye, esta es la segunda vez en dos días que me desnudo para un hombre —dice con la voz teñida de diversión.

Me quedo quieto. Aprieto los puños. Me trago el gruñido que me sube por la garganta y me obligo a hablar en tono neutro.

—Te refieres a mí —la corrijo, pero está demasiado borracha para darse cuenta de lo que acabo de reconocer.

Sigue pensando en Caleb como alguien distinto a Callahan. Me ve como uno de los pocos hombres a los que les ha confiado su cuerpo.

No se da cuenta de que seré el único ante el que volverá a desnudarse.

Respiro hondo para relajarme.

—Tómate el tiempo que necesites. —Me muestro suave, persuasivo—. Pero te quiero completamente desnuda.

Titubea solo un segundo más y luego, despacio, baja las manos.

Y la miro. Porque es ella quien me ha pedido esta experiencia. Es ella quien quiere esta conexión. Y soy yo quien la necesita más que el puto aire.

—Esto… —Suelta una risita nerviosa, niega con la cabeza, deja de mover las manos—. Esto me da mucha vergüenza.

Agarro bien el mando a distancia.

—¿Por qué?

Enciendo el juguete.

Ante esa sensación repentina, jadea, aprieta los muslos y se estremece entera.

Joder, su reacción es perfecta.

Se muerde el labio, desvía la mirada con rapidez de la pantalla al juguete y lo empuña con más fuerza mientras le vibra contra la piel.

—Te tocas cuando estás sola —continúo con la voz tranquila y controlada—. ¿Qué diferencia hay con esto?

Hace presión con él, se lo desliza por los muslos, se lo sube hacia el vientre suave, se estimula, se lo arrastra por encima de la tela de los pantalones cortos del pijama.

Se le escapa un gemido.

Hostia puta.

Aumento la potencia de la vibración y se estremece, se arquea ligeramente contra la cama, entreabre los labios y un sonido ahogado y gutural le brota de la garganta. Su reacción es instantánea: su cuerpo responde a mi control, responde a mí. El ansia por ella que siento en la polla es casi insoportable.

—Quítate los pantalones cortos —le ordeno con la voz espesa.

Duda y apago el juguete.

—Caleb… —susurra con los labios rojos e hinchados de tanto mordérselos.

—Hazlo, preciosa.

Un momento de silencio.

Luego, despacio, con indecisión, se baja la cinturilla del pantalón y levanta las caderas lo justo para bajárselos y desnudarse del todo.

Gruño cuando la veo recostarse contra las almohadas con las mejillas sonrojadas y los muslos aún apretados. Vuelve a acercar los dedos al juguete, pero el ligero temblor de la mano y el leve ceño dejan traslucir sus dudas.

Sé lo que necesita. Validación. Permiso.

—Quítate también la camiseta, preciosa.

Se queda sin aliento.

—Caleb…

—No tienes por qué esconderte de mí. Quiero verte entera.

Se lleva las manos al dobladillo de la camiseta, pero vacila. Y entonces, poco a poco, con cuidado, se la quita y se descubre por completo. La polla se me crispa dolorosamente bajo los pantalones de chándal, me pongo tenso mientras la devoro con la mirada.

No me jodas. Me fascina hasta el último centímetro de su ser.

Las curvas generosas y redondeadas. Los pezones duros y erizados. La piel sonrojada a causa de la excitación y resplandeciente bajo la luz suave.

Es perfecta. Y ni siquiera se da cuenta.

Cambia de posición y cierra los muslos, como si intentara protegerse de mi atención. Como si siguiera sin tener ni puta idea de lo espectacular que está expuesta ante mí.

—Eres perfecta —murmuro con una voz grave y posesiva—. Y vas a dejar que te lo demuestre.

Suelta una exhalación temblorosa, se mueve, separa un poco las rodillas.

Joder, sí.

—Agárralo —ordeno en tono áspero y severo—. Métetelo dentro.

Se le entrecorta el aliento, pero obedece.

Baja más el juguete, se roza los pliegues húmedos con él, se estimula, se lo pasa por el clítoris hasta que empieza a retorcerse, demandante, desesperada.

Un gemido suave le separa los labios y aprieto el mando a distancia, tratando a duras penas de contenerme.

Izzy se abre del todo, y el ruido delicado y húmedo me estremece la polla de nuevo.

Se le acelera la respiración y entonces, al fin, lo hace.

Se introduce el juguete centímetro a centímetro mientras echa la cabeza hacia atrás contra la almohada.

Joder.

Se arquea, emite jadeos breves y temblorosos, los muslos le tiemblan mientras se adapta a la sensación.

Sigo sin encenderlo. La hago esperar. Dejo que lo sienta, que se acostumbre, que la expectación crezca. Hasta que veo la desesperación.

Se muerde el labio, se revuelve, se reacomoda, se impacienta.

—Caleb —gime.

—Buena chica.

Respiro hondo, me recoloco el mando a distancia en la mano y acerco el dedo al botón de encendido.

—Relájate, preciosa —le susurro—. Esto va de ti.

Exhala una risita, resollando, y se agita contra las almohadas.

—No sé cómo voy a relajarme si me hablas así.

—¿Cómo?

—Como si fuera… —Se le apaga la voz y desvía la mirada para evitar la mía.

—¿Como si fueras qué? —pregunto, presionando con delicadeza.

—Como si fuera… —Traga saliva y por fin vuelve a mirarme a los ojos. Tiene las mejillas ardiendo—. Como si fuera digna de adoración.

Tenso los dedos alrededor del mando a distancia.

—Lo eres —digo sin más.

Exhala.

—Tócate.

Duda.

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

Enciendo el juguete.

Jadea. Se le tensan los muslos.

Joder, qué sensible está ya. Perfecto.

—¿Por qué estás nerviosa, preciosa? —A estas alturas, mi voz sonaría grave incluso sin el modulador.

Contrae los dedos a los lados y suelta un pequeño suspiro.

—Porque me estás mirando.

Me paso los dedos por el muslo; mi propia excitación es ya insoportable.

—Exacto —digo—. Y voy a seguir mirándote hasta que empieces a hacer lo que te digo.

Suelta una bocanada temblorosa de aire y al fin vuelve a mover los dedos. Se acaricia el vientre, las caderas y las curvas de los muslos con suavidad.

Se muerde el labio, todavía insegura.

Apago el juguete. Gimotea.

—Dime qué te gusta de tu cuerpo.

Mis palabras la pillan por sorpresa.

—¿Qué?

—Ya me has oído, preciosa. —Me recuesto. Tengo un brazo encima del muslo y, con el otro, sostengo el mando a distancia con gesto perezoso—. Dime algo que te guste de tu cuerpo.

Gruñe.

—Uf, hablas como un terapeuta.

Me río entre dientes.

—Dame ese gusto —le digo con sutileza—. Dime algo que te guste.

Guarda silencio mientras piensa.

—Eh… Me gustan mis labios.

—Bien.

Vuelvo a encender el juguete. Despacio, provocándola.

Coge aire de golpe, le tiemblan los muslos.

—Sigue —le ordeno.

Gime.

—Me gustan mis… —Le falla la voz—. Me gustan mis ojos, supongo.

—¿Supones?

Resopla, se retuerce.

—Me gustan mis ojos.

Sonrío.

—Muy bien, preciosa. Ahora sigue tocándote.

Baja más las manos. Aumento las vibraciones. Se queda sin aliento.

Joder, qué guapa está así, contorsionándose, jadeando, absolutamente vulnerable…, pero en el mal sentido. No como antes. Esto es distinto. Esto es control.

Subo el nivel de las vibraciones. Se arquea.

—Caleb…

—Dime qué más adoras de ti, preciosa.

Respira deprisa, de forma irregular.

—Los… —Traga saliva—. Los… los muslos.

—¿De verdad?

Titubea.

—A veces…

Apago el juguete.

Gruñe.

—Eres muy cruel.

Me río casi para mis adentros.

—Volveré a encenderlo cuando lo digas con convicción.

Hace un puchero y yo lo noto.

La polla me palpita al verla así, tan desesperada, tan a punto de perder ya el puto control.

Espero. Inspira, espira y, al fin…

—Me encantan mis muslos.

Activo el juguete con la potencia al máximo.

Grita, arquea la espalda, estruja las sábanas.

—Esa es mi chica buena —murmuro.

Podría pasarme toda la noche mirándola. Se retuerce. Gime, jadea, está perdida por completo en las sensaciones que la recorren.

Y yo la observo. Joder, ni siquiera parpadeo.

Su cuerpo responde a la perfección: le tiemblan los muslos, se le tensa el vientre, aferra las sábanas. Se mueve como si estuviera desesperada por más, como si ansiara mayor contacto, como si me necesitase.

Me recoloco el mando a distancia en la mano mientras me aprieto el muslo con la otra para intentar mantenerme quieto. Para evitar que el anhelo que siento en la polla se apodere por completo de mi cerebro.

Está guapísima así. Y ella sigue sin verlo.

La provoco más. Aumento la intensidad de las vibraciones.

Se arquea, la respiración se le queda atrapada en la garganta y balancea las caderas.

Y, joder, yo también lo siento. La polla me late, me palpita, atrapada en los pantalones de chándal; estoy deseando introducírsela, poseer lo que es mío.

Pero todavía no. Aún no.

Me muevo, me inclino hacia delante lo justo para ver cómo le brilla la humedad entre los muslos, lo hinchada y mojada que está por mí.

Sus gemidos se tornan desesperados.

—Eres la hostia de guapa, Izzy.

Gime, se retuerce, jadea.

—Caleb…

—Pellízcate los pezones.

Se queda sin aire.

Me doy cuenta de que duda, de que se le enrojecen aún más las mejillas y aprieta los muslos por instinto.

Es tímida, pero, no me jodas, se muere de ganas. Quiere complacerme, ser mi chica buena, pero todavía no sabe dejarse llevar por completo.

—Hazlo, Izzy —le ordeno con suavidad—. Siente tu cuerpo. Disfrútalo. Todo esto es para ti.

Separa los labios, suelta el aliento en bocanadas rápidas y superficiales.

Por fin empieza a moverse.

Se acaricia el vientre con las manos, se recorre las costillas con la yema de los dedos, cada vez más arriba, hasta llegar a los pechos.

Dejo escapar una exhalación lenta y controlada sin dejar de mirarla.

Se los rodea con la mano, se los aprieta con delicadeza, se roza los picos tensos y rosados con los dedos.

Intensifico las vibraciones del juguete.

Resuella, gime, se arquea hacia sus propias caricias levantando la espalda de las almohadas.

La puta imagen de la perfección.

Aprieto el mando a distancia sin dejar de contemplarla mientras se acaricia, mientras se traza círculos alrededor de los pezones y se permite sentir, hundirse cada vez más en el placer.

—Eso es, preciosa —murmuro con la voz tan áspera como la grava.

Le tiembla la respiración, contrae los muslos, tensa los dedos.

Es increíblemente sensible. Es perfecta cuando está a punto de reventar. Es mía.

Gime, balancea las caderas para perseguir las sensaciones con el cuerpo.

Aumento la potencia con el mando a distancia. Jadea.

—Cal…

Mi nombre —mi verdadero nombre— le brota de los labios.

Es casi mi perdición.

—Buena chica —digo alabándola, y me aprieto el muslo con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

Izzy tiembla, contiene la respiración y luego la expulsa en un jadeo entrecortado mientras oprime con fuerza el juguete. Está enterrado en lo más hondo, latiendo en oleadas constantes. Verla desmoronarse así… es un puto pecado.

La inminencia de su orgasmo es evidente: se le tensa el estómago, se le acelera la respiración, le tiemblan los muslos. Está al límite.

Aumento las vibraciones al máximo. Grita, se arquea, se aferra a las sábanas. Tiene los ojos cerrados, el pecho agitado, está abierta por completo, expuesta ante mí.

—Mírate —gruño al mismo tiempo que le clavo la mirada en el rostro—. Ni siquiera lo aguantas, ¿verdad? Pero tendrás que hacerlo. Vas a darme hasta la última puñetera contracción.

Izzy no tiene ni puta idea de que soy yo quien controla su placer. De que soy yo quien la está llevando al límite. Soy yo quien la está machacando.

Gime mi nombre y pierdo el control.

Me llevo la otra mano a la polla: la meto por debajo de la cinturilla de los pantalones y me la agarro con fuerza. Me acaricio despacio observando a Izzy, sintiéndola. Ya estoy muy cerca.

—Córrete para mí —digo con la voz espesa, gimiendo.

Y lo hace: espalda arqueada, ojos muy abiertos y vidriosos, labios abiertos en un grito silencioso y perfecto mientras otra oleada la recorre de arriba abajo. Y yo solo la miro, feroz y hambriento, porque no hay nada más dulce que destrozarla de esta manera.

Joder, es demasiado.

Me aprieto la polla, sacudo las caderas tanto como ella mientras aumento la fricción y la veo reventar por mí.

—Izzy —digo con voz ronca.

—Cal… —responde gimiendo.

Ya está. Se acabó.

Gruño, echo la cabeza hacia atrás y me corro con fuerza sobre la mano; me pongo todo rígido mientras el clímax me atraviesa.

Joder, estoy hecho pedazos. Vencido por completo.

Me cuesta respirar al mirarla, tengo los músculos aún tensos y el pulso todavía acelerado. Me río aunque me falte el aliento y me paso una mano por la cara al mismo tiempo que voy bajando poco a poco la intensidad del juguete. Izzy parpadea con languidez, con el cuerpo aún temblando y los ojos nublados y suaves.

—Guau —suspira.

Me río en voz baja y niego con la cabeza. Sigo teniendo el pecho agitado.

—Sí —murmuro—. Guau.

Cambia de postura, deja escapar un suspiro de felicidad y se hunde en las almohadas.

Espiro despacio, me paso una mano por el pelo y la observo.

Desnuda. Satisfecha. Radiante.

Y completamente ajena al hecho de que me pertenece.

Pronto, preciosa. Pronto lo sabrás.

41

ÉL SE LLEVÓ LAS SOBRAS; ELLOS SE LLEVARON MI CORDURA

Izzy

Cal sujeta el volante de mi coche con una seguridad natural y, mientras conduce, va dando golpecitos distraídos en el cuero con los larguísimos dedos. Debería fijarme en algo que no sea en lo guapo que está sentado al volante, pero mi mente no deja de volver a ayer por la noche, a Caleb, a cuando me derrumbé por completo oyendo su voz. He estado a punto de no levantarme a tiempo para ir a misa. En serio. Si Cal no me hubiera despertado llamando a la puerta de Amanda, creo que todavía estaría durmiendo. Esta mañana me sentía muy bien: tranquila, con los músculos relajados, saciada por completo. He disfrutado de ese sueño que solo logras cuando tu cuerpo no tiene absolutamente nada por lo que estresarse. Lo cual es irónico, teniendo en cuenta la culpa católica que me invadió nada más entrar en la iglesia sintiéndome como la becaria de Satán.

Llegamos a la catedral un poco tarde gracias a mi incapacidad para despertarme a una hora razonable, así que no pudimos ponernos con mi familia. La verdad, lo prefiero. Nos colamos por la

parte de atrás y nos sentamos en un banco justo cuando el sacerdote comenzaba la homilía.

No tenía claro cómo iba a sentirse Cal acompañándome a misa, pero parecía… a gusto. No le han molestado el incienso ni las oraciones ni los rituales. Cuando llegó el momento de la comunión, me volví hacia él para explicarle por qué no podía participar, y él se agachó y me susurró: «No estoy bautizado».

Conocía las reglas del catolicismo, lo cual me resultó… un poco sexy. A ver, sí, seguro que se debe a su pasado militar —muchos de esos chicos acababan en iglesias en el extranjero aunque no fueran religiosos—, pero, aun así…, el hecho de que no se hubiera limitado a improvisar, de que supiera lo que estaba haciendo…, sí, me pareció sexy.

Ahora, en el coche, el teléfono me vibra en el bolso y no me hace falta mirarlo para saber que deben de ser más reacciones a la bomba que he soltado esta mañana en el chat familiar. Dios, todavía veo la avalancha de mensajes que han llegado después de que les mandara el mío.

IZZY
Solo un aviso: he roto con Evan
Por otro lado, voy a llevar a alguien a la cena de Pascua. Solo es un amigo del trabajo. Por favor, intentad actuar con normalidad

MAMÁ
Qué ha pasado con Evan!?

LUCA
Cómo se llama?

NICO
Pero está bueno?

MATTEO
Un «amigo» del trabajo?? Muy sutil, Izz

LUCA
Si aparca en mi sitio, le rayo el coche

NICO
Me pido interrogarlo primero

MAMÁ
O sea que es alguien nuevo?? Isabella

PAPÁ
Es católico?

IZZY
Podéis calmaros todos de una vez?

LUCA
No

NICO
Por supuesto que no

MATTEO
Lo intentaré, pero no prometo nada

PAPÁ
Lo vigilaré de cerca

MATTEO
Tengo que investigarlo a fondo

LUCA
Yo llevo el bate

NICO
Yo llevo las vibras 

IZZY
Acabo de arrepentirme

—¿Qué tal anoche?

La voz de Cal me devuelve al presente.

Me giro y está justo ahí, inalterable y tranquilo, y, por algún motivo, eso basta para que me ponga histérica.

No puedo contarle la verdad. A ver, ¿cómo voy a explicarle que me pasé la noche bebiendo con Amanda y que luego me metí en la cama de la habitación de invitados y dejé que una versión suya creada con IA me hiciera correrme con tanta fuerza que vi a Dios?

—Pues… bien. —Me aclaro la garganta—. Bebimos mucho. Cotilleamos. Ya sabes, las típicas cosas de chicas.

—¿Nada más? —Los labios se le curvan en una sonrisa cómplice —. Has titubeado. ¿Qué me estás ocultando?

Exploto por dentro.

—¡Nada! —Hago un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto y clavo la mirada en la carretera—. Solo… mucho vino. Muchas charlas de chicas. Nada que te interese.

—Ah, ¿no?

—No. —Niego con la cabeza a toda velocidad—. Por supuesto que no.

—Mmm. —Vuelve a golpetear el volante con los dedos—. Bueno… ¿Sobre qué estuvisteis cotilleando?

Gruño y me hundo en el asiento.

—Cal.

—Izzy.

Lo fulmino con la mirada.

—Vale. Hablábamos de lo bueno que estás. ¿Contento?

Suelta una carcajada suave y divertida y luego me mira de reojo.

—Pues sí, la verdad.

Pongo los ojos en blanco. Este hombre es imposible. Por suerte, cambia de tema antes de que tenga que tirarme del coche en marcha.

—Háblame de tu familia —dice con la voz aún teñida de diversión.

Esbozo una mueca casi de dolor.

—Vale. A ver. —Empiezo a contar con los dedos—. Está mi padre, el callado, que básicamente se dedica a beber vino y a reírse mientras mis hermanos me aterrorizan. Tiene dos pomeranias, Tony Soprano y Lady Gaga, que no paran de ladrar y a los que les da *prosciutto* a escondidas por debajo de la mesa. Mi madre lo mata si algún día lo pilla.

Cal enarca una ceja, intrigado.

—Luego está mi madre, la mismísima encarnación de la culpa católica. Una vez acorraló al cura después de misa para preguntarle qué novena debía rezar para encontrarme marido. Está convencida de que mi «reloj biológico hace tictac como una bomba de relojería». —Hago comillas en el aire con los dedos y pongo cara de

hartura—. Mi *nonna* reza para que me case desde que cumplí los dieciséis años y seguro que intenta meterte mano cuando te conozca.

Abre los ojos un poco más de la cuenta.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Bueno, le encanta estrujar bíceps. Es su vicio. Tú… prepárate y ya está.

Se le curvan las comisuras de los labios.

—¿Y tus hermanos?

Exhalo un suspiro profundo.

—Matteo es el mayor. Está casado y tiene una hija. Es el sensato, el responsable. El que va a llevarme a un lado para charlar muy seriamente conmigo sobre ti.

Cal asiente, como si fuera algo que se esperara.

—Luego está Luca. El impulsivo. Ya te odia.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Cree que puedo aspirar a algo mejor.

—Un tipo listo.

Resoplo y niego con la cabeza.

—Y luego está Nico. El coqueto, el alborotador. Va a intentar echarte un pulso cuando estemos sentados a la mesa. Solo para que lo sepas.

Cal absorbe toda esta información como si se estuviera preparando mentalmente para la batalla.

—¿Debería estar preocupado?

Lo miro entrecerrando los ojos y finjo calcular sus posibilidades.

—Diría que… las probabilidades de que salgas ileso de esto son de setenta contra treinta.

—No está mal.

Arqueo una ceja.

—No he dicho en qué sentido se inclinan las probabilidades.

Vuelve a reírse, pero entonces llegamos a casa de mis padres y, de repente, empiezo a replantearme todas mis decisiones vitales. Cal aparca, apaga el motor y se vuelve hacia mí con un brazo apoyado en el volante y el otro descansando sobre el muslo. Está muy tranquilo. Yo, en cambio, estoy gritando por dentro.

—¿Estás seguro? —pregunto con la voz un poco más aguda de lo que me gustaría—. Esta es tu última oportunidad para echarte atrás. Seguiré pensando que estás bueno, eres sexy y todo eso aunque no quieras conocer a mi familia.

Un brillo de diversión le ilumina los ojos. Luego estira una mano hacia mí, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y, despacio, me acaricia.

—Vamos, preciosa —murmura.

Vale. Está claro que esa es una buena forma de sacarme del coche.

En cuanto ponemos un pie en la casa, se desata el caos. Tony Soprano y Lady Gaga llegan corriendo a toda velocidad por la esquina, ladrando a ochenta decibelios, arañando las baldosas con las pezuñas diminutas mientras nos rodean las piernas como tiburones. Mi padre grita desde algún lugar de la casa: «¡No los dejéis salir!», al mismo tiempo que la voz de mi madre, ya quejándose de que algo ha hervido demasiado y se está derramando, nos llega desde la cocina.

Nonna es la primera humana en aparecer. Le agarra la cara a Cal con ambas manos y tira de él hacia abajo para besarle las dos

mejillas de forma agresiva, y todo ello mientras habla italiano tan rápido que apenas soy capaz de descifrarlo. Algo acerca de lo fuerte que está, lo bien que debe de comer y «¡*Madonna*, qué brazos!». Luego, para mi más absoluto espanto, le estruja los bíceps y deja escapar un silbido grave antes de santiguarse y murmurar algo que se parece sospechosamente a una oración para dar gracias.

Apenas tengo tiempo de traducírselo antes de que Luca y Nico se acerquen, codo a codo, como dos hombres que llevan toda su vida entrenando para este momento. Matteo va un paso por detrás de ellos, cargando con su hija en un brazo y con una copa de vino en la otra mano. Observa el desarrollo de la escena con la misma actitud divertida que mi padre.

Cal se lo toma con calma.

—Callahan, ¿no? —dice Luca con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ese soy yo.

—¿Eres poli?

Cal se ríe casi para sus adentros.

—No.

Nico ladea la cabeza.

—¿Del FBI?

—Tampoco.

—¿Soldado?

A Cal se le crispa levemente la mandíbula, pero les responde con un gesto de asentimiento relajado.

—Antes sí.

Luca y Nico intercambian una mirada.

Matteo carraspea.

—¿Tienes experiencia en el uso de armas?

—Tengo experiencia en muchas cosas.

Ay. Ay, no. Tengo que sacarlo de aquí antes de que mis hermanos se lo coman vivo.

—¡Bueno! —Doy una palmada y me interpongo entre ellos antes de que empiecen a someterlo a un interrogatorio en toda regla—. Estaría bien no freír a este pobre hombre a preguntas a los cinco segundos de entrar por la puerta.

—Uy, pero si no hemos hecho más que empezar, Izzy —replica Luca, que me pasa un brazo por los hombros antes de volverse hacia Cal con una sonrisa ladina.

Conozco esa mirada. Es la mirada de un hombre que tiene un plan. Y eso significa que tengo que llevarme a Cal de aquí cuanto antes.

—¡Mamá necesita ayuda en la cocina! —exclamo al mismo tiempo que me quito el brazo de Luca de encima—. Así que Cal y yo vamos a…

Matteo me interrumpe con gran habilidad.

—Perfecto, Izz. ¿Por qué no vas a echarle una mano a mamá? La pobre mujer necesita toda la ayuda posible estos días.

—Espera, ¿qué?

Nico le da una palmada en el hombro a Cal.

—Solo vamos a tomarte prestado al novio un momento.

Entorno los ojos.

—Ni hablar.

Ni siquiera me da tiempo a aclararles que no es mi novio. ¿O sí? No lo tengo nada claro, pero, desde luego, tampoco me da tiempo a descubrirlo ahora mismo.

Luca sonríe de oreja a oreja y agarra a Cal por el otro hombro.

—Venga ya. Tiene que superar la prueba, ¿no?

Cal les permite guiarlo hacia la puerta de atrás.

—No pasa nada —me dice al mismo tiempo que me guiña un ojo.

—¡No me gusta esto! —les grito.

—¡Tomamos nota! —me contesta Luca entre risas y, después, desaparecen hacia el exterior.

Me doy la vuelta, desesperada por encontrar a alguien que me apoye, pero mi padre se limita a darme unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, cariño. —Bebe un sorbo de vino—. Son cosas de chicos.

Le lanzo una mirada asesina. Luego gruño. Y, después, entro hecha una furia en la cocina.

—¿Adónde se han ido los chicos? —me pregunta mi madre, que me pone un salvamanteles en la mano antes de volverse hacia la olla de salsa —o «gravy», como se empeña en llamarla— que hierve a fuego lento en los fogones.

Hay otras tres ollas burbujeando y lo del horno huele como si estuviera a punto de quemarse.

Miro hacia la ventana y amusgo los ojos para intentar distinguir el patio trasero.

—En realidad no quieres saberlo.

—Mientras no me estén rompiendo los muebles…

Se me escapa una risa por la nariz.

—Están fuera. Luca y Nico han secuestrado a Cal.

Mi madre aprieta los labios mientras remueve la salsa.

—Mmm. Espero que sobreviva. —Me tiende la cuchara de madera —. Toma, pruébala.

De forma automática, hago lo que a todo niño italiano le han enseñado: cojo la cuchara de madera, me dejo caer unas gotas de salsa caliente en la palma de la mano y la lamo. Está ardiendo, pero los años de práctica me han hecho inmune.

De pronto veo que Nonna se dirige hacia la puerta trasera arrastrando los pies y murmurando en italiano algo acerca de «poner a prueba su valía» y «ver si conoce bien las hierbas».

Mamá y yo intercambiamos una mirada y la seguimos.

Fuera, el patio trasero se ha convertido en un coliseo romano oficioso. Cal se ha quitado la camisa —claro, cómo no— y está jugando un partido de fútbol bandera totalmente descontrolado con Nico y con Luca. Solo que es menos «fútbol» y más «intento descarado de agresión legal».

Nico lo bloquea a lo bruto. Luca se lanza hacia él como si tratara de romperle una costilla. Y Cal… se ríe. Le sangra un poco el codo, tiene hierba en el pelo y sigue sonriendo, como si se lo estuviera pasando en grande.

—Venga, chicos —les grita casi sin aliento, pero en un tono todavía chulesco—. ¿Eso es lo único que sabéis hacer? Creía que los italianos eran apasionados.

Luca se arroja de nuevo contra él y Cal se aparta girando sobre sí mismo.

—¿Seguro que no sois de chupar banquillo? Porque no veo ni rastro de una defensa de verdad.

Nico gruñe en italiano algo que no es un cumplido.

Cal le guiña un ojo.

—Ay, ¿he herido tus delicados sentimientos, Nico? No te preocupes, te dejaré ser la niña de las flores en la boda.

El comentario le vale un placaje que lo tumba en la hierba.

—Dios mío —murmuro entre dientes—. Va a morir.

—Se lo está pasando bien —dice mi madre, que bebe un sorbo de vino como si esto fuera lo más normal del mundo.

Me cruzo de brazos y hago un gesto de negación con la cabeza.

—¿En serio? —pregunto en voz alta.

—¿Estás preocupada por mí, preciosa? —bromea Cal mientras se sacude la tierra de los brazos.

—Estaba preocupada por ti. —Lo señalo—. Ahora estoy preocupada por mis hermanos.

Veo que la expresión tranquila de mi madre se transforma en una de enfado cuando Luca empuja a Nico y este acaba en el barro.

—¿De qué vais? —grita—. ¡Vais a poneros perdidos justo antes de la cena!

—Tranquila, mamá, no pasa nada.

—¡Luca!

Este le dedica una sonrisa enorme.

—¿Sí, querida madre?

—Te juro por Dios que si me manchas el mantel de barro…

—¡Pues te lo lavo!

—¡Nunca lavas nada!

Nonna da una palmada.

—Basta! Ragazzo! Origano.

Cal se acerca trotando, con el torso desnudo y sudoroso, con las rodillas manchadas de hierba y el mismo brillo arrogante en los ojos

que si acabara de salir de un anuncio de colonia llamado «Sangre y Albahaca».

Nonna le entrega la cesta de mimbre más diminuta conocida por la humanidad y señala con un gesto majestuoso el huerto de hierbas aromáticas.

—Origano.

Y entonces todos… nos quedamos ahí plantados, mirando.

Mamá. Yo. Nico. Luca. Nonna. Me doy la vuelta y veo que mi padre y Matteo están asomados por la ventana. Contengo un gruñido.

Todos juzgamos en silencio a este exmilitar alto, sin camisa y con energía de golden retriever mientras sostiene una cesta diminuta y se acuclilla junto a las hierbas aromáticas con la seriedad de un hombre a punto de desactivar una bomba.

Me preparo para el error inevitable, pero, entonces, sin dudar, arranca una ramita de la planta correcta y vuelve como si hubiera sido lo más fácil del mundo.

Nonna ahoga un grito.

—Ha capito! Eccellente!

Nico y Luca fruncen el ceño como si Cal acabara de superar una prueba sagrada que ni siquiera sabían que iba a celebrarse.

Mi madre arquea una ceja.

—¿Te dedicas a la jardinería?

Cal se encoge de hombros y le entrega las hierbas.

—No, señora, pero sé bastante de plantas.

Se hace el silencio.

Y entonces mi madre sonríe. No por compromiso. No de forma vaga. Sino con calidez.

—Gracias, Callahan —dice.

Nonna sonríe con todas sus ganas, rebosante de satisfacción. Cal vuelve a ponerse la camisa y ella justo le agarra los bíceps como si acabara de ganar un buey de primera calidad en una subasta y lo guía de nuevo hacia la casa.

—Bravo ragazzo —le dice con voz melosa—. *Bambini forti*.

Se me paralizan los pulmones.

—¡Nonna!

Cal enarca las cejas, pero ahí está: esa pequeña sonrisa presuntuosa que le tira de la comisura de los labios.

Cómo no.

Nonna me recorre de arriba abajo con la mirada, con una expresión severa pero aprobadora. Luego comienza a soltar una animada retahíla en italiano, gesticulando con ambas manos, una de las cuales continúa agarrada al brazo de Cal, como si fuera a marcharse flotando si lo soltara.

—Era così magra da bambina, come un fagiolino! Non si poteva nemmeno distinguere dai maschi. Ma ora…, guarda! Buone anche per fare bambini.

Gruño.

—Nonna, no.

Mi madre, siempre dispuesta a echar una mano con la interpretación, sonríe con dulzura.

—Dice que estabas delgadita como un palillo cuando eras pequeña. Que ni siquiera se te distinguía de los chicos.

Cal se ríe en voz baja.

—También dice que ahora tienes unas buenas caderas para parir. Un cuerpo listo para tener hijos.

Quiero que la tierra se abra y me trague entera.

Él asiente con solemnidad.

—Estoy de acuerdo.

—Ay, por DIOS.

Mamá niega con la cabeza y se acerca al frigorífico. Saca una botella de vino y estudia la etiqueta antes de entregársela a Cal, quien, por cierto, todavía no ha conseguido zafarse de la presa de Nonna, aunque tampoco parece que lo esté intentando. Ella se le ha enganchado al brazo como si ya formara parte de la familia y él… simplemente se lo permite, como si fuera lo más natural del mundo.

—Toma, abre esto. E, Izzy, ojalá me hubieras dicho que ibas a traer a alguien. Habría preparado algo más ligero. Desde que engordaste, siempre dices que no te gustan los platos pesados.

Me arden las mejillas. Había olvidado que, hace unos meses, durante una de las peores fases de «sugerencias dietéticas» de Evan, le hice ese comentario. Me duele aún más porque ni siquiera era cierto: me encantan los platos pesados de mi madre. No fue más que una forma de intentar explicarle por qué no estaba comiendo tanto como de costumbre.

Antes de que me dé tiempo a contestar, Cal interviene con toda la naturalidad del mundo.

—En realidad, señora —dice con la voz tranquila pero firme—, creo que Izzy está perfecta tal como está. —Me mira a los ojos desde el otro lado de la cocina, con una expresión sincera y segura en la cara—. Siempre he preferido a las mujeres con curvas de verdad. Una mujer debe parecer una mujer, no un monigote de palo.

Mi madre se queda inmóvil con la cuchara suspendida sobre la salsa.

Nonna da una palmada, radiante, y suelta una de sus rapidísimas frases en italiano, algo acerca de lo guapos que serán los hijos de Cal.

—Vaya —dice al fin mi madre, que nos mira primero a él y después en mí—. Qué alegría oír hablar a un joven con sentido común. —Se vuelve de nuevo hacia los fogones, pero no sin antes lanzarle a Cal una mirada que solo puede describirse como de aprecio maternal.

Agacho la cabeza, avergonzada pero extrañamente conmovida. Él se acerca y me posa la mano en la parte baja de la espalda, una presión suave que me tranquiliza. Se agacha y me roza la oreja con los labios.

—Mantengo todas y cada una de mis palabras —murmura para que solo lo oiga yo.

Mamá nos ahuyenta con un paño de cocina.

—¡Fuera, fuera de mi cocina! ¡La cena estará lista dentro de cinco minutos!

—Papá —digo mientras me dirijo a toda prisa a su lado—, ¿puedes controlar a Nonna, por favor?

Porque, ahora mismo, está intentando volver a agarrar a Cal por los bíceps.

Él se limita a beber un sorbo de vino mientras mira a Tony Soprano y a Lady Gaga, que se están peleando por un trozo de *prosciutto* que él les ha dado a escondidas.

—Controlar a Nonna es como controlar las mareas, cariño. Imposible.

Cal deja que la mujer se le agarre al brazo otra vez, y luego sonríe, se agacha para darme un beso suave en la sien y susurra:

—Todo va bien.

Cuando entramos en el comedor, se me agria la expresión, porque sé que lo peor está por llegar.

Mamá les está gritando a todos que vayan a lavarse las manos, Nonna está acusando a Luca de intentar robar una albóndiga extra y mi padre solo está un poco apartado, bebiendo vino y dejando que el caos siga su curso. Los perros zigzaguean entre las piernas de todo el mundo ladrando ante el menor movimiento, y juro que veo a papá pasarles un trozo de queso a cada uno por debajo de la mesa.

Nico se sienta justo al lado de Cal y flexiona el brazo al instante.

—Conque te crees fuerte, ¿eh?

Él arquea una ceja.

—No estoy mal.

—Pulso. Ahora.

Cierro los ojos un segundo.

—Nico, a la mesa no.

—¿Qué, te da miedo que le gane?

Cal se encoge de hombros.

—Me apunto.

Ni siquiera me ha dado tiempo a protestar y ya han hecho un hueco en la mesa y tienen los codos apoyados con firmeza. Mi padre se acerca, repentinamente interesado. Incluso Matteo levanta la vista mientras ayuda a su esposa a acomodar a la niña.

—Te apuesto cien dólares a que Cal se lo carga en diez segundos —le susurra a Luca.

Este resopla.

—Cien a que gana Nico.

Mi madre posa una fuente con fuerza en la mesa.

—¡Ni se os ocurra hacer eso cerca de mi vajilla buena!

No le hacen ni caso.

—Tres, dos, uno… ¡YA!

Músculos tensos. Venas marcadas. Cal aprieta los dientes, concentrado, mientras que Nico sonríe y empuja con fuerza.

La mesa entera los jalea, gritando y haciendo apuestas. Hasta mi madre ha dejado de quejarse y los observa con un interés apenas disimulado.

Durante un momento parece que mi hermano incluso podría ganar —el brazo de Cal se inclina un poquito hacia atrás—, pero entonces este aplica presión y le estampa el brazo a Nico contra la mesa con tanta fuerza que los vasos de agua vibran.

Y una botella de vino tinto se vuelca.

Cae a cámara lenta y se derrama por el impoluto mantel blanco antes de que nadie pueda reaccionar.

—¡NICCOLÒ ANTONIO RUSSO! —chilla mi madre, que se lleva las manos a las mejillas en un gesto de horror.

Luca estalla en carcajadas. Matteo ya está absorbiendo el vino con su servilleta. Nonna se santigua y farfulla algo sobre la Virgen María y las manchas.

—¡Ese mantel es de Capri! —se lamenta mamá—. ¡Una reliquia familiar!

Nonna asiente con solemnidad y dice que perteneció a un emperador romano y que es muy sagrado.

Miro a Cal, que tiene pinta de estar haciendo un esfuerzo enorme por no reírse.

—Eh… —susurro—. Es de Pottery Barn, de alrededor de 2015.

Él se muerde el labio para no sonreír.

Papá, siempre tan conciliador, vuelve a llenarse tranquilamente la copa con el vino que ha quedado en la botella.

—Había que cambiarlo de todos modos, Maria.

—¡Lorenzo!

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. Los perros le hicieron un agujero en la esquina el mes pasado.

—¿Que hicieron QUÉ?

En ese preciso momento, como si tuvieran el don de la oportunidad, Tony Soprano y Lady Gaga se meten a toda prisa debajo de la mesa ladrando como locos a causa del alboroto. Mi padre emite un silbido suave y los animales se tumban de inmediato a sus pies, donde estoy segura de que no tardarán en recibir más comida prohibida.

Cal… Cal parece estar disfrutando del espectáculo.

Lo cual es una locura, porque esto es una pesadilla. Está a punto de verse sometido a todo un ritual de novatadas, y no me cabe la menor duda de que mis hermanos ya tienen el ataque planeado. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué pensé que era una buena idea invitar a mi guapísimo, superprotector y maravilloso… hombre (porque, en serio, aún no tengo muy claro qué somos) a conocer a mi familia? Tengo que dejar de enviar mensajes cuando estoy borracha. De hecho, los móviles deberían tener una función para que, si escribes mal más de tres palabras en una misma frase, el teléfono se te bloquee doce horas, hasta que duermas la mona.

Recogemos el desastre entre todos y, antes de que mis hermanos hinquen más las garras, mamá da una palmada y pide silencio.

—Vale, vamos a bendecir la mesa.

Todos agachamos la cabeza. Mi madre comienza a hablar con voz suave y reverente.

—Señor, te damos gracias por esta comida, por esta familia y por las bendiciones que nos has concedido.

Levanto un momento la vista, justo a tiempo para ver que Nonna se santigua.

Mamá continúa:

—Te damos gracias por los alimentos que vamos a tomar, por el amor que nos rodea en esta mesa y por la salud de nuestros hijos.

Un silencio. Pero mi madre no se detiene ahí, qué va, porque todavía no ha rezado por sus tres hijos solteros.

—Y, Señor —prosigue con la voz rebosante de una sinceridad dramática—, seguimos rezando para que los tres solteros encuentren a alguien que los aguante.

Alzo la mirada. Matteo tiene la cabeza gacha, pero aprieta los labios para que no se le escape la risa. Luca sonríe como un idiota. Nico ya me está mirando, como si supiera muy bien lo que viene a continuación.

Mamá vuelve a hablar:

—Pero, Señor, también te damos gracias, porque tal vez, solo tal vez, haya esperanza para uno de ellos.

Gimo por dentro.

Cal desliza una mano por debajo del mantel y me roza el muslo con los dedos. Empieza despacio, con una caricia. Luego aumenta la presión y, al final, curva dos dedos y me lanza, justo detrás de la rodilla, uno de esos brutales ataques de cosquillas que te provocan un cortocircuito instantáneo en todo el sistema nervioso.

Doy un respingo en la silla y reprimo una risa y un grito al mismo tiempo. Sacudo la rodilla. La mesa entera traquetea. Me pongo toda tensa de la vergüenza y la contención.

Él ni siquiera me mira. Mantiene una expresión perfectamente neutra, como si estuviera sumido en una reflexión profunda y reverente.

—Y, si esa es tu verdadera voluntad —dice mi madre, que levanta la voz con convicción espiritual—, que se sepa que veo las señales.

Cierro los ojos con fuerza y aprieto los labios con tanta intensidad que me tiemblan.

—Que se sepa —continúa al mismo tiempo que levanta la mano hacia el techo con aire teatral— que permaneceré alerta a la espera de más confirmaciones. Que no vacilaré ni apartaré la mirada de la verdad. Que…

Cal me clava los dedos justo detrás de la rodilla y me pellizca sin piedad. Me muerdo el interior de la mejilla para intentar mantener la compostura, pero es inútil. La presión aumenta hasta que no puedo aguantarla más. La pierna se me levanta de golpe hacia delante y le pego una patada a la parte inferior de la mesa. El ruido es estruendoso. Los platos traquetean. Los cubiertos saltan.

Mamá coge aire de golpe y abre los ojos al instante.

—¡UNA SEÑAL! —exclama. Se lleva una mano al pecho y se santigua, como si acabáramos de presenciar un milagro en toda regla—. ¿Lo habéis visto? ¡El Señor ha hablado!

—¡Mamá!

Todos empiezan a partirse de risa. Mi padre sonríe detrás de la copa de vino. Luca y Nico son incapaces de controlar las carcajadas.

Matteo, al menos, tiene la decencia de parecer arrepentido, pero seguro que solo es para aparentar.

Y Cal… Cal se limita a mirarme mientras me retuerzo, como si estuviera disfrutando hasta el último puñetero segundo de todo esto.

Mi madre entrelaza las manos con aire de satisfacción.

—Y digamos todos…

—¡Amén! —suelta Matteo enseguida, a todas luces tratando de salvarme.

—Amén —repiten todos.

Voy a morirme. Aquí mismo. Ahora mismo. De pura y absoluta vergüenza.

Y Cal… Cal se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Tu madre es implacable.

Me llevo dos dedos al puente de la nariz y gimo.

—Ni te lo imaginas.

Los primeros diez minutos de la cena son casi normales, cosa que me incomoda muchísimo, porque sé que en algún momento se va a desatar el caos.

Las fuentes circulan alrededor de la mesa, las copas tintinean. Nonna le sirve un cucharón extra de pasta en el plato a Cal mientras murmura algo sobre que es un «hombre fuerte» que necesita «más comida». Él le da las gracias en un italiano perfecto y juro por Dios que Nonna está a punto de desmayarse.

Mis hermanos aprovechan la primera oportunidad que se les presenta.

—Bueno, Callahan —empieza Luca mientras gira el tenedor entre los dedos y lo mira con una expresión amenazante—, ¿cuáles son tus intenciones para con nuestra hermana?

Me acerco la copa a los labios, bebo y me arrepiento al instante. Toso, escupo, me muero. Excelente. Muerte por vino y hermano sobreprotector.

Cal ni siquiera pestañea.

—¿Mis intenciones? —repite con naturalidad.

Matteo asiente, tan serio como siempre.

—¿Pretendes que vaya para largo?

Cal ni siquiera se inmuta ante la pregunta. No duda.

—Sí —responde sin más—. Eso es justo lo que pretendo.

Luca entorna los ojos, sin duda decepcionado por que Cal no se esté retorciendo en la silla.

—¿Tienes un empleo estable? —pregunta a la vez que se recuesta contra el respaldo.

—Sí —contesta Cal.

—¿Con buenas condiciones?

—Sí.

—¿Deudas?

—No.

—¿Certificado de antecedentes penales?

—Limpio.

Nico arquea una ceja.

—¿Sin una sola manchita?

Cal bebe un trago de vino.

—Nada que pueda demostrarse.

Matteo está a punto de atragantarse. Mi padre se limita a observar la escena con cara de estar divirtiéndose de lo lindo. Me clavo las uñas en el muslo y me preguntó en qué momento exacto se convirtió mi vida en un programa de telerrealidad.

—O sea que —continúa Nico al mismo tiempo que pincha una albóndiga— fuiste militar, ¿no?

Cal asiente.

—¿Mataste a alguien?

Estampo el tenedor contra la mesa.

—¿Estás de coña?

—¿Qué? —Nico se encoge de hombros—. Es una pregunta válida.

—¡No, no lo es! ¡Preguntarle eso a alguien que acabas de conocer mientras estás sentado a la mesa es una absoluta locura!

Cal se ríe en voz baja y deja la copa sobre la mesa.

—Sí.

Silencio.

Luca se queda con la boca abierta. Matteo farfulla algo ininteligible. Nico parece demasiado impresionado. A mi madre le tiembla el ojo. Nonna, imperturbable, le da unas palmadas en el bíceps a Cal y le dice que «es bueno tener hombres fuertes en la familia».

Me tapo la cara con las manos.

—Izzy —gruñe mi madre, como si yo fuera la causante de todo esto.

—¡A mí no me mires! —exclamo—. ¡Son ellos los que lo están interrogando!

—Uy, cariño. —La voz de Cal está teñida de diversión cuando se inclina y me da un beso rápido y burlón en la sien—. No me están interrogando.

—Lo están intentando.

Nico mira el plato de Cal.

—Oye, ¿cómo es tu familia? Cuando eras pequeño, ¿comíais *gravy* todos los domingos, como nosotros?

Él se encoge de hombros con indiferencia.

—No exactamente.

—¿Qué comíais?

—Ragú de bote.

Toda la mesa se sume en el silencio. Incluso los perros detienen sus incesantes ladridos.

El tenedor de Luca repiquetea sobre el plato. Matteo arquea tanto las cejas que casi se funden con el pelo. Mi madre resuella y se lleva una mano al pecho, como si tuviera palpitaciones. Nonna se santigua tres veces seguidas y murmura oraciones veloces.

—Lo siento mucho —dice Nico al fin con total sinceridad.

Cal me mira con cara de no entender nada.

Reprimo una carcajada.

—En esta casa, la salsa de bote es una blasfemia.

—*Bestemmia!* —asegura Nonna mientras lo apunta con el tenedor. —Lo dice con la voz áspera, pero lo mira con los ojos inundados de afecto. Luego añade algo más y hace un gesto despectivo con la mano antes de señalar el plato de Cal—. Pero te arreglaremos. Ahora eres de la familia. Aprenderás.

Esas palabras se me clavan en lo más profundo del pecho. A Evan jamás le han dicho algo así. Ni una sola vez. Y oír a Nonna hablándole así a Cal —que no lleva aquí más de cinco minutos— me afecta más de lo que quiero reconocer.

Después, no sé muy bien cómo, la cena se vuelve aún más caótica. Nonna no para de insistirle en que coma más y le llena tanto el plato que me extraña que la mesa no se vuelque. Nico sigue

empeñado en retarlo a pruebas cada vez más absurdas. Luca lo provoca una y otra vez con preguntas capciosas que intentan confundirlo para que diga algo incriminatorio. Matteo, mientras tanto, los observa con aire indiferente y divertido.

Mi padre también se limita a observarlo todo con una sonrisa de satisfacción, como si hiciera años que no veía un espectáculo tan bueno. Bebe vino y, de vez en cuando, les pasa comida a escondidas a Tony y Gaga, que se han instalado debajo de su silla de forma permanente.

Pero lo mejor, lo mejor de lo mejor, es que Cal lo maneja todo con una facilidad increíble.

Esquiva los desafíos de Nico con sonrisas y frases ingeniosas. Sortea las trampas de Luca con respuestas hábiles y calculadas. Y escucha a Nonna como si fuera la mismísima Madre Teresa mientras asiente a todas y cada una de sus historias y se termina un plato extra solo para hacerla feliz.

Entretanto, yo sigo aquí sentada, mirándolo con pasmo, tratando de averiguar en qué momento se ha integrado este hombre con tanta naturalidad en mi vida. De pronto, me doy cuenta de que Matteo me está observando. Cuando me vuelvo hacia él, me lanza esa mirada —divertida, de sabelotodo—, como si él ya hubiera descubierto algo que yo todavía no sé.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Nada. —Y luego, en voz baja, murmura—: Me cae bien.

Ay, no. Ay, no, no, no.

Porque, si a Matteo le cae bien, significa que Cal es oficialmente de la familia.

42

TODAS LAS PALABRAS QUE CREE QUE LA EXCITAN LAS HE DICHO YO

Cal

Apenas hablamos durante el trayecto de vuelta a casa.

No se trata de un silencio incómodo, sino de una quietud que me dice que Izzy está pensando. Procesando. Puede que reproduciendo hasta el último segundo de caos de la cena con su familia, avergonzándose de todos los comentarios fuera de lugar que ha hecho su madre, de las bromas inapropiadas de sus hermanos. Tal vez se esté preguntando si lo he pasado mal.

No podría estar más equivocada.

Me ha encantado.

Ha sido ruidoso, embarullado y graciosísimo —el polo opuesto a mi existencia solitaria—, pero, coño, cómo he agradecido el cambio de rutina.

Y puede que también me haya dado cuenta de una verdad importante.

Que Izzy tiene razón y debo llamar a mi padre.

Carraspea a mi lado y se mueve en el asiento como si estuviera armándose de valor para hablar. La miro de reojo y me doy cuenta de que tiene los labios apretados, como si estuviera batallando consigo misma. Le ahorro el esfuerzo.

—Me lo he pasado bien —digo para romper el silencio.

Gira la cabeza hacia mí tan deprisa que casi me entra la risa.

—¿De verdad? —pregunta en un tono de absoluta incredulidad, como si acabara de decirle que me divierte que me torturen metiéndome la cabeza en el agua.

—Sí, de verdad.

Frunce el ceño como si no terminara de creerme.

—Pero son… demasiado.

—Sí —convengo—, pero me ha gustado. Se preocupan por ti. Eso es obvio.

Resopla y niega con la cabeza.

—Unos cotillas, eso es lo que son.

Me río al pensar en cuando sus hermanos me han acorralado en el patio.

—Son protectores —corrijo—. Estamos de acuerdo en al menos una prioridad.

Arquea una ceja.

—¿En cuál?

La miro.

—En nuestro odio mutuo hacia Evan.

Se echa a reír y pone los ojos en blanco.

—Dios, no me dejaban en paz con el tema.

—¿Te extraña? —le pregunto cuando enfilo su calle—. Solo quieren asegurarse de que te cuiden. De que eres feliz.

Vuelve a apretar los labios y una melancolía tranquila le inunda el rostro, una dulzura que no creo haber visto antes y que no sé cómo nombrar.

Luego exhala y sacude la cabeza con una sonrisilla divertida.

—Preciosa —digo mientras la miro de reojo.

Se vuelve hacia mí y es entonces cuando me quedo paralizado. Aprieto el volante con más fuerza y no me hace falta mirarla para saber que me está observando.

—¿Por qué me llamas así? —pregunta con una entonación ligera, curiosa.

Mierda.

¿Cuánto tiempo llevo llamándola así en voz alta? Es que me siento muy cómodo haciéndolo. Me sale natural. Ni siquiera lo pienso. Para mí, así es Izzy.

Trago y me obligo a encogerme de hombros con indiferencia.

—Suena bien.

Ladea un poco la cabeza.

—¿Suena bien?

Me arriesgo a lanzarle una mirada.

—Para mí eres preciosa —digo sin más, porque es la verdad—. ¿Por qué no iba a llamarte así?

Se le entrecorta la respiración y mueve los dedos con nerviosismo sobre el regazo. Y, luego, en voz muy baja, pregunta:

—¿Qué somos el uno para el otro?

Me detengo en un semáforo y me vuelvo completamente hacia ella.

—En lo que a mí respecta, eres mía.

Agranda los ojos, como si no se esperara esa respuesta.

—¿No crees que vas un poco rápido? —pregunta casi en un susurro.

Enarco una ceja y la miro de hito en hito.

—No lo sé, Izzy. Dímelo tú. ¿Es demasiado rápido para ti? Porque iré todo lo despacio que necesites.

Traga saliva y aparta la mirada un instante mientras juguetea con el dobladillo del vestido.

—No —dice al final, y enfatiza la palabra moviendo la cabeza—. Es solo que… deseo ser justa contigo. No quiero tratarte como un hombre maravilloso con el que olvidar una relación anterior.

—Maravilloso, ¿eh?

Gruñe y me da un cachete en el brazo.

—De todo lo que te he dicho, ¿eso es con lo que te quedas?

Se me escapa una risita y vuelvo a clavar la mirada en la carretera cuando se abre el semáforo.

—Solo quería estar seguro de que te había entendido bien.

Se cruza de brazos y resopla de forma exagerada, pero veo la sonrisilla que le curva los labios.

—Me sacas de quicio.

—Me han dicho cosas peores.

Se ríe y nos sumimos en un silencio cómodo cuando entro en su complejo de apartamentos.

Pongo el coche en punto muerto y la miro, la observo mientras se retuerce los dedos en el regazo, como si estuviera dudando.

Se vuelve hacia mí con una mirada tierna en los ojos.

—Vas a quedarte, ¿no?

Ladeo la cabeza.

—¿Quieres que me quede?

No responde.

No con palabras.

Sino que se inclina y me da un beso en los labios.

Audaz. Decidida. Segura.

Me encanta.

Le paso una mano por el pelo y la acerco más a mí, la saboreo, noto su deseo mientras se aprieta contra mí y se entrega por completo.

Cuando por fin se aparta, tiene la respiración agitada y los dedos aún enganchados en mi camisa.

—Jamás podría decirte que no —murmuro al tiempo que vuelvo a rozarle los labios con los míos— y nunca lo haré.

Ahora me siento distinto en el apartamento de Izzy.

Me resulta familiar de una forma que me gusta demasiado. Tan cómodo que siento que este es mi sitio. Cuando entramos, me da un beso suave en la mejilla antes de susurrarme:

—Ahora vuelvo.

Desaparece en el dormitorio. La veo alejarse antes de dirigirme hacia la cocina. Cojo una botella de vino, sirvo dos copas y me acomodo en el sofá. Mientras giro el tallo de la copa entre los dedos, saco el móvil.

Primer punto del orden del día: enviarle un mensaje a mi padre.

Felices Pascuas. Te parece si nos llamamos un día de estos?

Me quedo mirando lo que he escrito con el pulgar sobre el botón «Enviar».

Lo pulso.

Pasito a pasito.

Exhalo, dejo el teléfono y estiro las piernas.

El dispositivo vibra casi al instante. Lo miro, convencido de que será uno de los chicos de la tienda, porque últimamente no recibo muchos más mensajes.

Pero no.

Es Izzy.

Escribiendo a Caleb.

Me yergo un poco y aprieto la copa con fuerza. Ayer, él le dio una orden. Le asignó una tarea. Le pidió que se sacara una foto en un momento en el que se sintiera segura de sí misma. No la he presionado. No se lo he recordado. Supuse que necesitaría tomarse un tiempo.

Pero… aquí está.

Entro en el chat y me quedo mirando los puntos que aparecen mientras escribe.

PRECIOSA
Hola

CALEB
Hola, preciosa

He tardado un poco en completar tu tarea

Ya me he dado cuenta

Vale, calla, allá va

Está nerviosa. No tiene por qué, pero, joder, cómo me gusta. Veo que los puntos vuelven a parpadear.

Creo que estoy a punto de intimar con Cal

Me quedo inmóvil. Luego esbozo una sonrisa de satisfacción.

Intimar, eh?

Casi oigo su suspiro de exasperación a través de la pantalla.

SÍ!
Y he elegido un conjunto

Sí. Quiero verlo, preciosa

Los puntos rebotan de nuevo, pasa un instante y después aparece la foto.

Está de pie frente al espejo de cuerpo entero, con el móvil en una mano y la otra apoyada con suavidad en la cadera.

Va vestida de encaje rojo.

Se ha puesto un corsé transparente y delicado que le abraza las curvas justo donde debe hacerlo. Las tiras zigzaguean sobre los hombros y se hunden entre los pechos perfectos. Las bragas de encaje —finas, diminutas, pecaminosas— van sujetas a unas ligas enganchadas a unas medias transparentes que le llegan hasta los

muslos, tan jugosos que se desbordan por la parte superior, pidiendo a gritos que se los apriete.

Tiene los labios ligeramente entreabiertos. Las mejillas sonrojadas. El pelo le cae en cascada sobre los hombros formando ondas sueltas. Y la forma en la que se mira…

Joder.

Cambio de postura y me recoloco la polla, apretando los dientes para reprimir la necesidad instantánea y abrumadora que me recorre de arriba abajo. Joder, es perfecta. Y por fin está empezando a darse cuenta.

Caleb…

Joder, preciosa, acabo de correrme en los pantalones solo de verte

MADRE MÍA, CALLA.
VALE, TENGO QUE IRME

Espera!

QUÉ??

Quieres usar el vibrador e invitarme?
Podría ser un trío

Por Dios, adiós para siempre :-D

Me río para mis adentros mientras sacudo la cabeza. Siento tantas emociones acumuladas en el pecho que no tengo ni puta idea de

dónde ponerlas.

Y entonces lo oigo. El suave crujido de la puerta del dormitorio. No necesito darme la vuelta. Ya sé qué hay al otro lado. Salgo de la aplicación, pongo el teléfono boca abajo y me reacomodo el ansia creciente que me aprieta los vaqueros. Levanto la vista y ahí está.

Se queda parada junto a la puerta, vestida con el conjunto de la foto que acaba de enviarme. Exhalo despacio y el pulso se me acelera mientras la observo. Se mueve lo justo para mostrar los nervios que se esconden bajo la superficie, pero levanta la mirada y me estudia hasta el último centímetro de la cara.

Lo sabe. Y me está retando a que lo demuestre.

—No me jodas —jadeo, incapaz de contener las palabras.

Da un pequeño paso adelante. Los labios se le curvan en una sonrisilla pícara.

—¿Y bien? —murmura tras inclinar la cabeza—. ¿Qué opinas?

¿De verdad voy a hacer esto con ella? Porque no debería. Me dije que no lo haría hasta que se lo confesara todo, hasta que le contase la verdad. Que todas las palabras seductoras que le he susurrado al oído como Caleb… en realidad eran mías. Que cada vez que la he puesto cachonda, que la he hecho gemir, que le he transmitido confianza en sí misma a través del teléfono y del vibrador… era yo.

Tengo que sincerarme con ella cuanto antes. Debería poner freno a lo que va a ocurrir y confesar antes de que crucemos esta línea. Debería decirle la verdad.

Pero entonces la miro, inmóvil junto a la puerta con ese corsé, con ese puñetero encaje pecaminoso, el cuerpo expuesto, la confianza por las nubes, una sonrisa provocadora dibujada en los labios mientras me espera.

Y no puedo.

Si se lo cuento ahora, fastidiaría este momento.

No solo para mí, sino también para ella.

Por primera vez en su vida se siente ella misma. Está ahí vestida con esas prendas, creyéndoselo, mostrándome justo lo que quiere, apropiándose de esta versión de sí misma que no está lastrada por la inseguridad ni por las dudas o el miedo. Si lo paro ahora —si le meto cualquier vacilación en la cabeza, si siente que este no es precisamente el lugar en el que debería estar ahora mismo—, se lo estaré arrebatando.

Y no puedo hacerle eso, joder.

Ahora no.

Esta noche no.

Inhalo para calmar la voz y me obligo a pronunciar las palabras en un tono profundo y controlado.

—Ven aquí, preciosa.

43

ORGASMOS 2, SEXO 0: NO ME SALEN LAS CUENTAS

Izzy

Salgo del dormitorio con el suave encaje de la lencería ceñido a todas las curvas del cuerpo. Llevo los pies enfundados en unas medias, así que los deslizo en silencio sobre el suelo pulido de madera y cada paso me provoca un leve aguijonazo de nervios.

Cal está sentado en el sofá, con un brazo apoyado perezosamente sobre el respaldo, el móvil sujeto en la otra mano y las largas piernas estiradas delante de él. Tiene el cabello oscuro un poco revuelto, los hombros anchos le tensan la tela de la camisa y se ha remangado para dejar al descubierto esos antebrazos que tanto me gusta contemplar. Parece muy tranquilo, ajeno por completo a que el simple hecho de verlo allí sentado me acelera el corazón.

Porque, en cuanto levanta la vista, en cuanto posa los ojos en mí, todo cambia.

Para mí, para mis nervios, para cualquier posible duda que pudiera albergar al respecto. Se paraliza entero, tenso por el repentino descubrimiento, y los labios se le curvan en una sonrisa lenta y devastadora.

—No me jodas. —Lo dice con una voz áspera, casi reverente. No es una queja, sino una expresión de admiración pura y sin filtros.

Trago saliva con dificultad y siento que la piel me arde mientras me observa. Una ola de calor se me extiende por todo el cuerpo: comienza donde me toca con la mirada y se irradia hasta que me sonrojo de la cabeza a los pies.

—Ven aquí, preciosa.

Sin darme tiempo a darle vueltas, a dudar de mí misma o a preocuparme, empiezo a moverme.

Me siento a horcajadas sobre él con más seguridad de la que siento. Clavo las rodillas en los cojines del sofá, una a cada lado de sus caderas, y le poso las manos en los hombros. Lo siento grande y sólido debajo de mí; todo calor, fuerza y deseo contenido a duras penas. Noto que tiene los músculos tensos. Me coloca las manos en los muslos de inmediato, las desliza por las medias delicadas y separa bien los dedos para agarrarme.

—Mírate —murmura, y me absorbe con la mirada como si fuera un hombre que ve agua por primera vez después de pasar días en el desierto. Me aprieta hasta casi magullarme, me marca como suya—. Joder, preciosa, con este aspecto que tienes debería arrodillarme y rezar.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo al oír esas palabras, al sentir la absoluta sinceridad con la que las pronuncia. Nadie me ha mirado jamás como Cal: como si fuera extraordinaria, algo raro y precioso.

—¿Te gusta? —Me recorre el interior del muslo con el pulgar, una caricia excitante, apenas perceptible, un roce fantasmal que me hace desear más. No deja de mirarme a los ojos en ningún momento, me

estudia para captar todas mis reacciones, todos los cambios minúsculos de mi expresión—. ¿Te gusta saber que me haces perder la puta cabeza?

Me muerdo el labio, muevo las caderas de forma instintiva, me pego a él en busca de fricción y de alivio para la creciente tensión. Siento que se le pone dura, que su cuerpo responde al mío con una inmediatez que es tan halagadora como empoderadora.

—Eso es —me dice con una voz persuasiva y oscura—. Muévete para mí. Demuéstrame lo mucho que te gusta.

Cojo una bocanada de aire temblorosa y mi cuerpo obedece antes de que mi mente se dé cuenta de lo que está haciendo: me restriego contra la dureza que siento debajo. La fricción me provoca chispas de placer que me atraviesan entera y arqueo ligeramente la espalda. Cal gruñe, un sonido gutural, animal, y me clava los dedos en los muslos para sujetarme, para controlar el ritmo al que me muevo, para guiarme como él quiere.

—Joder, eso es, Izzy. Justo así.

Gimo, echo la cabeza hacia atrás, le muestro la columna de la garganta. Siento el pulso acelerado en el cuello, el rubor que se me extiende por el pecho, el calor que se me acumula entre las piernas. Cada movimiento, cada roce, cada palabra que le brota de los labios no hace sino intensificar la necesidad que me constriñe.

—Pero ¿sabes lo que me apetece de verdad? —murmura mientras me sube las manos por los costados.

Me recorre las curvas de la cintura, llega hasta las costillas y me roza peligrosamente la parte inferior de los pechos con los pulgares.

El corazón me golpea las costillas con fuerza, la respiración se me acelera. Bajo esta luz, los ojos de Cal parecen casi salvajes.

—¿Qué? —Mi voz es apenas un susurro.

Me lanza esa mirada —pecaminosa, malvada—, esa que me forma un charco de calor en lo más profundo del vientre. Es una mirada que promete un placer más allá de lo imaginable.

—Un estriptis.

Me quedo sin aire.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Me acaricia los huesos de las caderas metiendo los pulgares justo por debajo del borde de la lencería. Luego los retira—. Con eso puesto eres la puta cosa más bonita y comestible que he visto en mi vida, y quiero que te quites el envoltorio para mí. Despacio.

Me quedo mirándolo y el cerebro me cortocircuita mientras intento asimilar la petición. Una parte de mí quiere tomárselo a risa, decirle que soy incapaz de hacerlo, que no sé seducir de esa manera. Pero otra parte —la cual va ganando fuerza por segundos— se entusiasma ante la idea de sentirse observada y deseada.

—¿Quieres que…?

—Que bailes para mí, preciosa.

No es del todo una orden, pero se acerca bastante. Su tono tiene algo que me imposibilita negarme.

El calor me centellea por el cuerpo y se deposita entre los muslos, y me contraigo de forma involuntaria. No soy bailarina. Nunca he sido de esas mujeres que se mueven con una elegancia natural, que irradian confianza y sensualidad sin esfuerzo. No sé ser sexy, ni a propósito ni actuando.

Pero Cal me está mirando como si lo fuera. Como si, a sus ojos, no pudiera hacer nada mal. Como si cualquier cosa que haga, por

muy torpe o desmañada que sea, fuera perfecta solo porque la hago yo.

Y eso…

Eso me empuja a querer intentarlo. Experimento una valentía que no se parece a nada que haya sentido hasta ahora.

Me echo hacia atrás, aún sentada en su regazo, y cambio un poco de postura. Me llevo los dedos a los finísimos tirantes de la lencería y los acaricio con actitud provocativa. El encaje es tan delicado que apenas lo noto.

Cal sigue todos mis movimientos con los ojos, cada vez más oscuros. Cierra las manos en un puño a los lados.

—Buena chica —murmura, y su aprobación me provoca un escalofrío que me recorre la columna vertebral—. Despacio.

Respiro hondo, roto los hombros hacia atrás mientras me deslizo una tira por el brazo y me descubro todavía más ante él. El aire fresco del apartamento me eriza la piel.

Al principio me siento ridícula.

Cohibida.

Como si estuviera jugando a ser alguien que no soy.

Pero luego lo miro y me fijo en que me observa con un deseo puro y sin filtros; en que tiene el pecho agitado con una respiración cada vez más superficial; en que se agarra a los cojines del sofá como si fueran lo único que lo mantiene anclado.

Me mira como si solo existiera yo en el mundo, como si estuviera hambriento de mí, como si considerara que lo hago todo bien sin siquiera intentarlo.

—Eres la hostia de guapa —dice con la voz áspera, como de humo y whisky, ronca de necesidad—. Lo sabes, ¿no?

Noto que me cuesta tragar, los dedos se me paralizan sobre el tirante. Esas palabras han tocado algo sensible dentro de mí, algo tierno y magullado. No sé qué decir, no sé cómo responder a una honestidad tan descarnada.

Porque no me lo creo.

He pasado demasiados años oyendo lo contrario, demasiados años comparándome con estándares imposibles y sin estar a la altura. Demasiados años con las sutiles indirectas y las no tan sutiles comparaciones de Evan.

Pero, cuando Cal me mira así, con un deseo tan evidente, con esa admiración tan genuina, quiero creerlo. Quiero verme a través de sus ojos.

—Lo digo en serio, Izzy —murmura con la mirada clavada en la mía, viendo más allá—. Hasta el último puto centímetro de ti… —dice, tensando las manos sobre el sofá, con los nudillos blancos de apretar con tanta fuerza— es perfecto.

Se me forma un nudo en la garganta y la emoción amenaza con superarme. La absolutez de su certeza derriba mis defensas.

Sigue todos mis movimientos con la mirada, la nuez le sube y le baja por la garganta cuando dejo que la tela se deslice más abajo y se me ve la mayor parte del hombro, la curva de la clavícula. El encaje se me traba ligeramente en el pecho y lo oigo tragar aire. Me doy cuenta del poder de esto. Del poder de que te observen, de que te deseen, de controlar el ritmo.

—Eso es, cariño —murmura con los ojos derretidos y en un tono de exigencia tranquilizadora que, por alguna razón, me calma y me excita a la vez—. Deja que te vea.

Noto la piel caliente, sonrojada, mientras me mira. Me siento como si tuviera todas las terminaciones nerviosas activadas, hiperalerta, sensibles al más mínimo contacto. El encaje se desliza hacia abajo y se me engancha un instante en los pezones antes de caer del todo.

Ahora estoy desnuda de cintura para arriba, con la lencería recogida en el regazo y los pezones erectos. Resisto el impulso de taparme, de esconderme, y me obligo a permanecer quieta, a dejar que me mire hasta saciarse.

Se le escapa un suspiro de los labios, me pasea la mirada hambrienta por la piel expuesta, se empapa de cada curva, de cada peca, de cada imperfección que he pasado años intentando ocultar.

—Hostia puta.

El tono de reverencia de su voz hace que me estremezca y el calor que noto entre las piernas aumenta ante la intensa necesidad que dejan traslucir esas dos palabras.

Empiezo a moverme de nuevo.

Me llevo las manos a los lados y engancho los pulgares en la cinturilla de las bragas. Me las bajo despacio, con coquetería, sintiendo cómo se me desboca el pulso al pensar en la tremenda audacia de lo que estoy haciendo. El encaje se me aferra a los muslos y tengo que levantarme un poco para seguir bajándomelas, exponiéndome centímetro a centímetro.

Cal me observa. No desvía la mirada ni un solo instante, la mantiene clavada en mí con un deseo que debería aterrorizarme, pero que solo logra que me entren ganas de más.

—Buena chica —vuelve a decir con la voz ronca.

Cuando por fin estoy desnuda, el instinto se me activa al instante: comienzo a subir los brazos para tratar de protegerme del calor de su mirada, de que me esté escudriñando como si fuera a devorarme.

—No.

Su tono autoritario me provoca una nueva oleada de calor entre las piernas. No es rudo ni cruel, pero no admite réplica.

—No te escondas de mí —murmura suavizando un poco la voz—. No tienes nada que ocultar.

Sus palabras tienen algo, las pronuncia… como si se lo creyera de verdad, como si no viera nada salvo belleza cuando me mira. Como si mis inseguridades le resultaran incomprensibles.

Me muerdo el labio y me obligo a dejar las manos donde están, a permitir que me vea, entera, sin barreras ni defensas.

—Eres… —dice, exhalando con brusquedad, una crepitación casi dolorosa— la mujer más impresionante que he visto en mi vida.

La sinceridad de sus palabras es inconfundible. No es una frase hecha, no es algo que utilice para conseguir lo que quiere. Lo dice total y completamente en serio.

Quiero creerlo.

Y, Dios, cómo me hace querer creerlo.

De pronto se mueve.

Deprisa.

Pasa de estar sentado debajo de mí, controlándose a pesar de lo obvio de su deseo, a tenerme de repente —antes de que me dé tiempo a procesar lo que está ocurriendo— tumbada sobre el sofá, pegada a los cojines, aprisionada debajo de él. Noto su cuerpo caliente y duro encima; tiene un brazo apoyado a cada lado de mi cabeza y los ojos clavados en los míos.

Jadeo y le planto las manos en el pecho al instante; siento sus músculos sólidos a través de la camisa, su calor me impregna incluso a través de la tela. El pulso se me acelera, la respiración se me entrecorta, me arqueo hacia él de manera instintiva.

Cal estira un brazo hacia un lado, coge la copa de vino que me había servido antes, se la lleva a los labios y bebe un sorbo lento sin romper el contacto visual. El líquido rojo le mancha los labios un segundo y saca la lengua para lamérselos.

—Echa la cabeza hacia atrás.

La orden me dispara el pulso. Su tono y la oscura promesa que me transmiten sus ojos hacen que me estremezca de anticipación.

Pero hago lo que me dice.

Echo la cabeza hacia atrás y expongo ante él la vulnerable columna de la garganta, donde el pulso me late de forma visible. Respiro de forma rápida e irregular.

—Buena chica.

Siento que se mueve encima de mí, noto su aliento en el cuello. Inclina la copa y me vierte un chorro fresco y ácido de vino entre los labios.

Trago obediente y siento la calidez que se me extiende por el cuerpo cuando el alcohol me llega al organismo y se mezcla con el calor de la excitación que ya me corría por las venas. Una parte se me escapa por la comisura de la boca, me gotea por la barbilla y me traza un rastro fresco y carmesí entre los pechos.

La sensación me provoca un jadeo suave y al abrir los ojos me encuentro con los suyos. Cal chasquea la lengua y niega con la cabeza a pesar de que tiene un brillo de diversión maliciosa en la mirada.

—Uy —murmura, y su voz es un retumbo grave que siento tanto como oigo—. Te he ensuciado. Supongo que tendré que limpiarte.

Abandona mis labios para marcarme un camino ardiente por el cuello. Me roza la clavícula con la boca, al principio con la suavidad de una pluma y luego con más firmeza, más insistencia. La arrastra por el valle que se me forma entre los pechos, y la sensación que me provoca el fantasma de su aliento sobre la piel manchada de vino me pone la piel de gallina.

Me estremezco y me aviva los nervios cuando se restriega conmigo. Le aferro los hombros y siento la fuerza que le está costando contener.

Saca la lengua y sigue el rastro del vino que me ha goteado entre los pechos para lamerlo. Con las manos, me aprieta las costillas contra el sofá: quiere mantenerme en mi sitio, controlar mis movimientos, mi respiración, mi placer.

Se toma su tiempo, me saborea como si fuera algo escaso y valioso. Cada lametón, cada beso, está pensado para empujarme hacia el límite de la cordura.

Y me estoy volviendo loca.

El cuerpo me pide más: más presión, más fricción, más Cal. Las provocaciones, el ritmo lento y la delicada tortura de su boca son demasiado y, a la vez, muy poco. Arqueo la espalda sin pensarlo y le pego el pecho a la boca, como suplicándole en silencio lo que necesito. Gruñe, un sonido oscuro y complacido que me reverbera en la piel antes de que al fin, ¡al fin!, me succione un pezón.

El jadeo que se me queda atascado en la garganta se convierte en un gemido entrecortado que apenas reconozco como mío. Me recorre el pezón sensible con la lengua caliente y húmeda, lo rodea

con ella una y otra vez y lo estimula hasta que adquiere una dureza casi dolorosa antes de pasar al otro lado. Me colma el pecho desatendido de lametones lentos y provocadores, y yo encojo los dedos de los pies mientras la calidez me inunda la entrepierna.

Desliza los dedos hacia abajo, me acaricia el vientre, me roza la curva de la cadera, me provoca tocándome el interior del muslo. Tiemblo de ansia, de un deseo desesperado de que me toque donde más lo necesito.

Cuando por fin me pasa los dedos por el calor húmedo, gime contra mi pecho y el sonido me vibra por todo el cuerpo. Parece que le afecta de verdad lo mojada que estoy por él, lo preparada que estoy, lo receptiva que me muestro a todas sus caricias.

Me roza el clítoris con los dedos callosos, traza un círculo estimulante antes de penetrarme con dos de ellos y una lentitud deliberada. La intrusión me fuerza a coger una bocanada de aire; le pongo las manos en los hombros al instante, le clavo las uñas en la piel a través de la camisa.

—Joder, Izzy —murmura con la voz ronca y cargada de puro deseo mientras me mira a la cara. Curva los dedos dentro de mí y, al apretar ese punto, veo chiribitas—. Siempre tan perfecta para mí.

Gimo, un sonido demandante y desesperado incluso para mis oídos. Muevo las caderas, las agito contra su mano en busca de la fricción, de la plenitud, del placer que crece con cada roce deliberado de sus dedos. Sonríe de oreja a oreja pegado a mi piel, una expresión que siento más que veo, y me da un beso suave en la elevación del pecho mientras, con los dedos, continúa su hábil asalto contra mis sentidos.

—Eso es —murmura con una voz que es una orden apacible, alentadora y exigente a la vez—. Deja que vea cómo te corres.

Sus palabras me atraviesan de lado a lado, me tensan hasta lo más profundo de las entrañas, me llevan justo hasta el límite, pero…

No quiero que sea así.

Esta noche no.

Lo empujo por los hombros, presionándole los músculos sólidos para tratar de crear distancia. Levanta la cabeza al instante y me mira a los ojos con una expresión interrogante e intranquila en la cara. A pesar de su evidente deseo, está alerta, dispuesto a parar si es lo que quiero.

—Cal —jadeo con una voz que apenas reconozco—. Por favor… Quiero sentirte.

—Me estás sintiendo. —Habla con la voz tensa, a punto de quebrarse por el deseo, por el esfuerzo de contenerse.

Niego con la cabeza y le cojo de la muñeca para detener sus movimientos. Cuando lo agarro, dobla los dedos dentro de mí y jadeo, contrayendo las paredes internas.

—No —digo suspirando; la palabra es casi una súplica—. Quiero sentir tu polla.

Un estremecimiento visible lo recorre de arriba abajo y la respiración se le atasca de forma audible en la garganta. Vuelve a doblar los dedos, los hunde más, me hace gemir.

—Todavía no —dice con aspereza, y mueve la mano libre para empezar a pasarme el pulgar por el clítoris trazando círculos firmes y precisos que me hacen arquear la espalda y me envuelven en una espiral de placer—. Déjame ver cómo te corres antes.

Niego con la cabeza otra vez, ahora con más insistencia, y le clavo las uñas en la piel hasta dejarle marcas que espero que sigan ahí mañana.

—No —protesto, sin aliento pero decidida—. Quiero tu polla.

Gruñe, tosco y desesperado. Baja la mirada hacia los dedos que tiene enterrados dentro de mí y se concentra en las contracciones de mi cuerpo a su alrededor, en los movimientos con los que me hace temblar y jadear. De pronto levanta la mano libre, me agarra por la barbilla y me vuelve la cara hacia él, de modo que no tengo más remedio que mirarlo.

—Joder, Izzy —dice con la voz ronca de necesidad, con un deseo apenas contenido—. Ya sabes que no puedo decirte que no.

Me besa de nuevo, me devora la boca con un hambre que me deja sin aliento y me da vueltas la cabeza. Gime mientras retira los dedos a regañadientes y su pérdida me hace suspirar entre sus labios. Me arrastro hacia delante en cuanto me libera, le busco la cinturilla de los pantalones con las manos y tiro de ella con dedos desesperados y torpes, decidida a saborearlo.

La tiene como una puta piedra.

Enorme.

Cuando por fin consigo abrirle los pantalones y se la rodeo con la mano, el peso grueso y aterciopelado que me late en la palma me resulta casi alarmante. Tiemblo, aprieto los muslos involuntariamente al asimilar su tamaño, su calor, las palpitaciones de necesidad que siento en la mano. Echa la cabeza hacia atrás y un gemido grave le retumba en el pecho cuando muestra la fuerte columna de la garganta.

—Hostia.

Me muerdo el labio, me pongo de rodillas y, mientras me inclino hacia delante, se me hace la boca agua. Al verlo así —el fuerte y poderoso Cal derrotado por el deseo, por el ansia de mí— me siento atrevida, y quiero provocarlo más, ver hasta dónde soy capaz de arrastrarlo antes de que se rompa del todo.

—Deja que te saboree —susurro, y las palabras son una súplica apenas audible.

Suelta otro taco, un sonido áspero y gutural, y entonces empieza a moverse, se saca la camisa por la cabeza con un único movimiento fluido y la tira a un lado sin importar dónde caiga. Me pasa las manos por el pelo, enreda los dedos en él y me agarra por la nuca: me controla sin hacerme daño.

Separo los labios con impaciencia, una invitación silenciosa, y me la meto en la boca. Un gruñido profundo y gutural le brota del pecho al primer contacto, los muslos se le tensan bajo mis manos cuando hundo las mejillas y succiono hasta el fondo. Su sabor es embriagador: sal y almizcle. Es tan puramente Cal que la cabeza me da vueltas y el calor se me acumula entre las piernas.

Joder.

Es tan gruesa que se me tensan los labios, noto su piel caliente y suave en la lengua. No puedo abarcarla entera —es demasiado grande, demasiado en general—, pero lo intento relajando la garganta y llevándomela tan adentro como puedo.

Levanto la vista, curiosa por ver cómo reacciona, y la imagen está a punto de acabar conmigo.

Contrae los abdominales con cada respiración, tiene todos los músculos del cuerpo rígidos a causa de la tensión y la represión.

Mantiene la mandíbula apretada y mueve la nuez mientras traga saliva una y otra vez.

—Buena chica —susurra, y su aprobación me inunda entera—. Sigue así.

Me agarra el pelo con más fuerza, me guía, me controla, me marca un ritmo que sigo de buena gana. Me acerca las caderas a la boca con sutileza, no con fuerza, no con rudeza, solo lo justo para intensificar la sensación, para mostrar su placer, su necesidad.

Gimo y la vibración le recorre la erección entera; suelta un taco y tira más del pelo.

—Joder, preciosa —exclama con la voz rasposa, apenas humana—. Me vas a matar.

Le clavo las uñas en los muslos y siento que crispa los músculos poderosos. Me la meto más y trago, contrayendo la garganta alrededor de la cabeza de la polla.

Su respiración se convierte en una exhalación entrecortada.

Me aparta de él agarrándome con firmeza y delicadeza al mismo tiempo, siempre consciente de su fuerza. Emito un pequeño grito de sorpresa cuando se rompe la conexión. Noto los labios hinchados y húmedos, la mente nublada por la lujuria y la confusión.

—Cal.

No responde. Tiene los ojos desorbitados, respira de forma irregular, está claro que su control pende de un hilo. Me agarra —su presa fuerte pero nunca cruel—, tira de mí hacia él y me lleva al dormitorio con pasos decididos. Ahogo una exclamación y me agarro a sus hombros para equilibrarme cuando prácticamente me arroja sobre la cama.

Del impacto, reboto contra el colchón y el pelo se me esparce alrededor de la cabeza; la piel me arde de deseo. Apenas tengo un segundo para recuperar la orientación antes de que me agarre los muslos y me abra las piernas con firmeza y seguridad.

Se agarra la polla con una mano con un movimiento deliberado, casi provocador. Me la pasa por los labios entreabiertos para tentarme, reclamarme. Mi interior, vacío y necesitado, lo ansía, pero es evidente que sus intenciones son otras. Rodea la cama, se inclina sobre mí y empieza a presionarme la boca con la punta de la polla. Está buscando la entrada, exigiendo sumisión, y ni siquiera pienso antes de separar los labios y permitirle colarse dentro de nuevo.

Esta vez, la posición es distinta.

Él es el que se cierne sobre mí.

Él tiene el control.

Tiene la polla más gruesa, más dura, y la mete hasta el fondo, y lo único que puedo hacer es gemir y relajar la garganta para recibirlo mientras miro de hito en hito sus abdominales contraídos, las venas de los brazos hinchadas de agarrarse al cabecero para impulsarse.

Y, de pronto, tengo su boca en el coño.

Uf, joder.

El contacto repentino me sacude como un terremoto, me estremezco entera a causa de la sobrecarga. Le araño los muslos, gimo con su polla en la boca, indefensa ante la forma en la que me come, como si llevara toda la puta vida esperando para saborearlo.

Me lame, me succiona, me destroza entera con la boca, la lengua, los dientes. Es implacable, despiadado, está decidido a llevarme al límite.

Mueve las caderas a un ritmo constante, me folla la boca con embestidas controladas y pausadas mientras me lame el clítoris con una precisión experta. El gruñido que se le escapa cuando siente cómo se la oprimo, cómo tiemblo al borde del clímax, me retumba por dentro.

Grito y su polla amortigua el sonido, tiemblo de arriba abajo. Joder, estoy tan cerca que hasta noto el sabor…

—Córrete para mí, preciosa —ruge en tono exigente contra mi carne sensible.

Y lo hago.

Me derrumbo.

El impacto es fuerte y rápido, el placer me traspasa en oleadas profundas e incontrolables. Sigo teniendo la boca alrededor de su polla y un gemido me vibra en la garganta mientras me sacudo de arriba a abajo. Cierro los muslos de golpe a ambos lados de su cabeza y él no se detiene, ni siquiera reduce la velocidad.

Arqueo la espalda y los músculos se me agarrotan cuando reviento con un grito que no puedo tragarme. Sigue estimulándome mientras me corro, arrancándome todas las réplicas posibles con la lengua, como si le perteneciera. Araño las sábanas con las manos, exhalo bocanadas de aire cortas e irregulares. Estoy empapada, tiemblo y siento que tengo el cuerpo destruido de la mejor manera posible.

Y Cal sigue entre mis piernas, comiéndome como si aún no hubiera terminado conmigo. Como si yo no hubiera terminado.

Se le escapa otro taco, todo tenso encima de mí, agarrándome los muslos con fuerza mientras me embiste hasta el fondo y descarga en mi boca en oleadas calientes y palpitantes. Su sabor me inunda la

lengua —amargo, salado, puro Cal— y el instinto me impulsa a tragar. Estoy aturdida, quebrada, completamente destrozada por la carnalidad del acto.

Y, mientras me derrito sobre el colchón y las réplicas de placer continúan arrasándome; mientras se levanta, acerca los labios a mi sien y me besa con una ternura que me resulta extraña después de una pasión tan intensa, me doy cuenta de una cosa.

Este hombre sigue sin follarme.

44

NO EXISTE NINGUNA VERSIÓN EN LA QUE ME DEJE LLEVAR

Cal

Estoy recuperándome de la mejor mamada de mi vida, con la mirada clavada en los ojos más bonitos que he visto nunca, y me preparo para disfrutar de la felicidad postorgásmica con la mujer que acaba de hacerme pedazos.

Y, sin embargo…

Veo rabia.

No es exactamente rabia, sino una determinación feroz, una pasión desenfrenada y una resolución imparable que destellan en los ojos de Izzy mientras se incorpora como si estuviera poseída.

Y entonces…

Se abalanza sobre mí.

—¿POR QUÉ? —grita.

Me pone las manos en los hombros y me empuja sin apenas darme tiempo a prepararme antes de que caigamos al suelo con un golpe sordo.

Gruño y parpadeo mirando al techo. Izzy está sentada a horcajadas encima de mí con las palmas en el pecho desnudo

mientras me fulmina con la mirada.

—¿Por qué qué? —pregunto, medio riendo, medio resollando, porque no se ha cortado un pelo con el empujón.

—¿POR QUÉ NO TE ACUESTAS CONMIGO?

Me quedo de piedra.

Y luego me río. Suelto una de esas carcajadas profundas que te salen del alma y no te dejan respirar.

Me da un cachete en el pecho.

—¡Cal, no tiene gracia!

—Un poco sí.

Me mira con más intensidad, con el ceño fruncido.

—¿Me odias?

La agarro por las muñecas, la tumbo de espaldas con un movimiento rápido y la inmovilizo debajo de mí.

—Sí, Izzy. Te odio tanto que acabo de pasarme media hora adorando tu cuerpo con la boca.

Se le sonrojan las mejillas, pero no se deja convencer.

—Entonces —dice entre dientes, retorciéndose debajo de mí—, ¿por qué me lo niegas?

—¿Negártelo? —Bufo y le aprieto las muñecas con más fuerza para mantenerla inmovilizada en el suelo—. Preciosa, ¿crees que me queda algún resquicio de autocontrol después de lo que acabas de hacerme?

Entorna los ojos y sacude las caderas debajo de mí.

Gruño; tengo los músculos tensos y la polla empieza a endurecerse de nuevo, esta mujer es una puñetera amenaza.

—Entonces ¿cuál es el problema? —exige saber.

Me agacho, le rozo el lóbulo de la oreja con los labios y digo con una voz que es un susurro ronco:

—Porque, cuando al fin te posea, Izzy, no podrás caminar al día siguiente.

Se queda paralizada.

Le presiono las muñecas, le deslizo la nariz por un costado del cuello e inhalo su aroma, su calor, los restos de vino, sudor y sexo que permanecen en la piel.

—Y, una vez que lo haga… —continúo, con la voz convertida en una promesa oscura.

Le suelto las manos y le paso las palmas por los muslos, por la cintura; la agarro por las costillas y siento el subir y bajar de su respiración.

—No habrá un momento en el que no te necesite —murmuro—. Cada vez que entres en una habitación, la despejaré solo para doblarte sobre la superficie más cercana.

Se estremece. Le acaricio el labio inferior con el pulgar y aprieto lo justo para obligarla a abrir la boca.

—Tendrás que suplicarme que te dé un respiro, preciosa —le susurro—. Así que disfruta mientras puedas.

Tiembla debajo de mí, con los ojos oscuros y abiertos como platos, con el deseo casi vibrándole en la piel. Se contonea, ya empapada, ya mía…, y todos mis instintos me gritan que la posea. Aquí mismo. En el suelo. Fuerte, pringosa e implacablemente.

Podría darle la vuelta, inmovilizarla y obligarla a acogerme centímetro a centímetro hasta que se olvidara de hablar. Podría metérsela tan hasta el fondo que mañana todavía seguiría sintiéndome.

Pero no voy a hacerlo.

Todavía no.

Al contrario, me incorporo, sonrío con ganas y luego me agacho para darle un beso profundo y saborear la frustración, el calor y la deliciosa anticipación.

Cuando me aparto, resopla, me asesina con la mirada y esboza un puchero letal.

—Eres malo.

Me río entre dientes, la levanto con facilidad y la lanzo hacia el colchón.

—Métete en la cama, preciosa.

Ella se cruza de brazos.

—¿Para qué? ¿Para sufrir mientras tú sigues rechazándome?

Agarro el mando a distancia y enciendo la televisión.

—Tenemos capítulos de *Bridgerton* pendientes.

Gruñe.

—Te odio.

—Bien —digo mientras me tumbo en la cama a su lado—, porque tengo muchas opiniones sobre lord Anthony y estoy a punto de compartirlas todas.

Se queda boquiabierta.

—¿En serio…? ¿De verdad vas a ponerte a analizar la serie después de lo que acaba de pasar?

Me encojo de hombros con arrogancia y me coloco un brazo detrás de la cabeza.

—Soy un hombre con muchas capacidades, Izzy. Acostúmbrate.

Me siento en el borde de la cama e ilumino la habitación a oscuras con la luz tenue de mi móvil.

Izzy está dormida, acurrucada bajo las mantas y respirando de forma lenta y constante. Se quedó dormida más o menos a medio capítulo, con la cabeza apoyada en mi hombro y la tensión de la cena al fin olvidada.

Yo también debería dormir, pero tengo la mente demasiado alterada, inquieta. Así que hago lo que tendría que haber hecho antes.

Abro el correo electrónico de Ryan.

Tendría que haberlo leído en cuanto lo recibí. Pero, entre la cena familiar, seducir a Izzy y no follármela, como me muero de ganas de hacer, lo dejé pasar.

Y ahora no me gusta lo que veo. Repaso los datos que me ha enviado Ryan. Registros financieros. Vida laboral. Una maldita sociedad limitada en un paraíso fiscal.

Los ingresos de Evan —o la falta de ellos— no cuadran desde hace años. Lo despidieron del trabajo un año después de empezar a salir con Izzy. Pero, de algún modo, a pesar de no tener un empleo verificable, ha seguido recibiendo ingresos regulares en una cuenta vinculada a una sociedad limitada con sede en las islas Caimán.

Sospechoso de cojones.

Y eso ni siquiera es lo peor. Evan tiene cierta propensión a relacionarse con mujeres que trabajan en tiendas. Eso es lo que Ryan ha destacado. No siempre es igual, pero la mayoría de las chicas con las que se lo ha visto están vinculadas de una forma u otra con los comercios de lujo.

Cierro los ojos, me froto las sienes y aprieto el teléfono con fuerza. Esto no es una coincidencia. Sé que no. Todavía no dispongo de todas las piezas, pero las que poseo… tienen una mala pinta de tres pares de cojones. Y me da la sensación de que estaba utilizando a Izzy.

¿Para qué? Aún no lo sé, pero voy a averiguarlo. Sigo leyendo hasta que el teléfono me vibra y una llamada entrante parpadea en la pantalla.

Papá.

Me quedo mirándola un instante y luego me levanto de la cama con cuidado de no despertar a Izzy. Salgo al salón y cierro la puerta con suavidad detrás de mí mientras deslizo el dedo por el móvil para contestar.

—Hola, papá.

—Cal. —Tiene la voz ronca, un poco áspera por culpa de la edad, pero tan firme como siempre—. ¿Te he despertado?

—No, ya sabes que no duermo mucho.

Se ríe.

—Lo mismo digo.

El silencio se prolonga hasta que se aclara la garganta.

—He recibido tu mensaje.

—Sí. —Me froto la nuca—. He pensado que estaría bien saber cómo estabas.

Otro silencio. No es incómodo, solo… extraño.

—¿Qué tal te va el trabajo? —pregunta.

—Bien —respondo—. Mucho lío. Últimamente la seguridad es un caos.

Gruñe.

—Sí, es lo que tienen las tiendas. —Se queda callado otra vez—. ¿Tienes…? ¿Hay alguien ahora en tu vida?

Dudo. Y después digo lo que nunca he dicho.

—Sí.

Silencio.

—¿Sí?

—Sí. —Exhalo—. Es… especial.

Mi padre no contesta de inmediato, pero me doy cuenta de que le cambia la respiración, de que lo está asimilando.

—Eso está bien, hijo —dice al fin con la voz más áspera que antes —. Eso está muy bien.

Me cuesta tragar, pues se me ha formado un nudo repentino en la garganta.

—La verdad es que ha sido ella quien me ha dicho que te llamara —reconozco.

Eso provoca otra pausa en la conversación. Luego, una risita suave.

—Parece lista.

—Lo es.

Más silencio, pero esta vez es cómodo. Hablamos un rato más. Solo de trivialidades. El trabajo. El tiempo. Temas sencillos. Pero es la conversación más larga que mantenemos desde hace años. Y, antes de colgar, prometemos volver a llamarnos pronto. Antes de Navidad. Me quedo mirando el teléfono con una sensación de opresión y calidez en el pecho.

Me doy la vuelta hacia el dormitorio y me encuentro a Izzy de pie junto a la puerta. Tiene pinta de acabar de despertarse: el pelo

revuelto, la camiseta sin mangas colgándole de un hombro e incertidumbre en los ojos.

—Lo siento —murmura, y cambia ligeramente de postura—. No pretendía cotillear. Solo quería un vaso de agua.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Ya te lo he dicho. No hay secretos.

No se me escapa la ironía de mis palabras.

Izzy asiente y se frota los brazos, y yo paso a su lado, cojo un vaso de la encimera, lo lleno de agua y se lo doy. Lo coge y me dedica una sonrisa suave. Mientras volvemos a la cama, murmura:

—Estoy orgullosa de ti, ¿sabes? —La miro—. Por llamar a tu padre. —Bebe un sorbo y luego me mira por encima del borde del vaso—. Sé que no te ha resultado fácil.

No sé qué contestar a eso, así que no lo hago con palabras.

Sino que le doy un beso.

Suave, lento.

Apenas un roce de labios, un agradecimiento silencioso.

Cuando volvemos a la cama, se acurruca a mi lado y me traza dibujos en el pecho. Antes de quedarse dormida, murmura:

—Estoy deseando conocerlo.

Y, por primera vez en mucho mucho tiempo…

Me quedo dormido.

45

ESTO NO APARECE EN EL MANUAL DEL EMPLEADO

Izzy

Ya estoy de nuevo en modo gerente. Vuelvo a adaptarme a él con facilidad, es algo que me resulta conocido y me aporta equilibrio. El ritmo de los horarios, las reuniones y los informes me da algo a lo que aferrarme, una estructura que mantiene todo lo demás a raya. La semana libre ha sido necesaria —obligada, en realidad—, pero volver a la tienda me sienta bien. Es un lugar complicado, ajetreado, lleno de problemas que resolver. Pero es mío. Y he echado de menos el caos más de lo que quiero reconocer.

La familiaridad de todo esto calma algo aún magullado en mi interior. El brillo de los suelos de mármol pulido bajo la iluminación cuidadosamente distribuida. El sutil aroma de la fragancia propia de la tienda, que se dispersa a través del aire acondicionado. El suave murmullo de la clientela exclusiva que examina los estantes cargados de artículos que valen más que lo que yo gano en un mes. Este es mi territorio, un mundo organizado a la perfección en el que sé muy bien quién soy y lo que valgo.

Parece que, al menos, Amanda ha preparado el terreno para mi regreso. Porque, si la gente sabe lo que pasó con Evan —el arresto, los cargos, las humillantes declaraciones ante la policía—, nadie dice ni una palabra al respecto. No hay miradas de lástima cuando se cruzan conmigo ni condolencias incómodas susurradas mientras me acerco; tampoco conversaciones en voz baja que se detienen de repente cuando entro en una habitación.

Todo sigue como si no hubiera pasado nada.

Y por eso le debo una botella enorme de tequila. Puede que dos.

El repiqueteo de unos tacones me anuncia su llegada antes de que aparezca. Amanda entra en mi despacho con su habitual vena dramática. Lleva la alta figura embutida en una falda lápiz negra y una blusa fucsia que, en cierto modo, consigue darle un aspecto profesional y un poquito peligroso al mismo tiempo. Se sujeta la tableta contra el pecho.

—Buenos días, jefa —dice mientras se deja caer en la silla que hay al otro lado de mi escritorio.

Se pone cómoda cruzando las piernas y me mira con una ceja arqueada.

Esbozo una sonrisa.

—¿De verdad son buenos días?

Ella sonríe de oreja a oreja: un destello de dientes blancos perfectos recortados contra los labios carmesíes.

—Ya veremos.

Me enderezo en la silla y cambio de postura: paso de gerente agotada a profesional en un único movimiento ensayado. Echo un vistazo al horario diario que ha abierto en la tableta, en cuya

pantalla brillan las citas, entregas y rotaciones de personal codificadas por colores.

—A ver, ¿cuál es el desastre de hoy? —pregunto, y me preparo para la pesadilla comercial que me tiene reservada este día.

En este negocio, la catástrofe siempre acecha a la vuelta de la esquina: un envío retrasado, un cliente difícil, un miembro del personal que necesita una baja por enfermedad en el peor momento posible.

—Bueno, los compradores vip no tardarán en llegar —dice Amanda, que se desplaza por la pantalla con unas uñas de manicura perfecta—. Han reservado una experiencia de compra privada para todo un grupo, así que disponemos del personal necesario para ello. —Levanta la vista con una expresión tranquilizadora—. Esta mañana no hay ningún problema importante… todavía.

Repaso la lista de nombres vinculada con la reserva. Entorno los ojos al reconocer unos cuantos. No son unos vips cualesquiera, sino de los que esperan que el mundo gire a su alrededor, de los que tratan a los dependientes como sirvientes en lugar de como profesionales. De los que exigen que los atienda la gerente no porque sea necesario, sino porque pueden.

Justo lo que necesito en mi primer día después del parón.

—Genial —murmuro, y dejo la tableta sobre mi escritorio con un golpecito suave—. Van a pedir que los atienda yo, lo tengo clarísimo.

Un destello de picardía le ilumina los ojos a Amanda.

—Por supuesto. ¿Quién no querría vivir la experiencia Izzy Russo?

Le lanzo una mirada que fulminaría a la mayoría de la gente, pero Amanda se limita a absorberla como si fuera un rayo de sol.

—Seamos serias.

Se encoge de hombros y cierra la tableta con un clic decidido.

—No me cabe la menor duda de que serás capaz de manejarlos. —Suaviza la voz y adquiere un tono burlón—. Cal te ha estado dando clases, ¿no?

Mi cuerpo reacciona de manera instintiva al oír su nombre: una calidez sutil me recorre de arriba abajo y el pulso se me acelera, y espero que no se me note en la cara. Pongo los ojos en blanco y curvo los labios a pesar de mis esfuerzos por mantener una fachada profesional.

—¿Qué estás insinuando, exactamente?

Se echa hacia delante y apoya los codos en las rodillas. Toda su postura es la manifestación física de un cotilleo a punto de ser compartido.

—No, nada —dice alargando la palabra como si fuera de chicle—. Solo que pareces… distinta.

Me revuelvo en el asiento, incómoda por la facilidad con la que me capta.

—¿Distinta en qué sentido?

—Más segura. Más asertiva. Más relajada.

Enarco una ceja y siento que los colores se me suben a las mejillas.

—¿Más relajada?

Amanda me guiña un ojo y me lanza una mirada sugerente.

—Cuéntamelo tú.

Le tiro el capuchón de un bolígrafo, un gesto infantil que delata lo mucho que me ha trastocado, pero ella lo esquiva sin esfuerzo y se parte de risa cuando el plástico rebota de manera inofensiva contra la pared que tiene detrás.

Ni siquiera he podido responder aún con algo que imagino que no estaría a la altura cuando oigo una voz crepitando en el auricular que interrumpe el momento.

—Izzy, te necesitamos en la tienda.

Me aparto del escritorio.

—Ya me toca.

Amanda me dice adiós con la mano y se arrellana en la silla.

—Ve a ser la jefa. Yo me quedo aquí, al mando del resto.

Recoge el capuchón del bolígrafo que he tirado y lo coloca con mucho cuidado sobre la mesa, un pequeño gesto de organización en el caos que se avecina.

Al mediodía la tienda cobra vida. Los compradores deambulan entre los cuidadísimos expositores, las voces se superponen al suave murmullo de la música clásica, que suena al volumen justo y necesario para llenar el silencio. La iluminación está bien pensada, diseñada para mostrar la mejor versión posible de todos los productos.

Me abro paso por los pasillos con una naturalidad experta y me detengo de vez en cuando para enderezar un expositor o hablar con un miembro del personal. Mi sonrisa es educada, profesional, presenta ese preciso equilibrio entre amabilidad y distancia que exige el comercio de artículos de lujo. Me dirijo hacia las salas de compras personales repasando mentalmente los saludos y los planes de contingencia.

Y es en ese momento cuando lo siento.

Ni siquiera tengo que verlo para saber que está cerca. La piel se me eriza al darme cuenta, todas las terminaciones nerviosas se me ponen de repente en alerta, como si mi cuerpo fuera una brújula y él el norte magnético.

Cal tiene esa energía: imponente, posesiva, eléctrica. Es como si existiera en mi visión periférica incluso antes de que vuelva la cabeza, como si el aire a su alrededor estuviera cargado de algo que solo yo siento.

La camisa oscura se le tensa sobre los hombros anchos, que van estrechándose hasta desembocar en la cintura delgada, y me fijo en que la tela es cara, pero no llamativa. Se ha remangado lo justo para dejar al descubierto los antebrazos tatuados. Tiene el pelo un poco alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él.

Intento mantener una actitud profesional.

Lo intento con todas mis fuerzas.

Trato de conservar la misma expresión serena que llevo mostrando toda la mañana, el mismo ritmo mesurado mientras cruzo la sala, el mismo saludo cortés que les dedico a todos mis compañeros.

Pero, en cuanto paso por delante de él, me agarra la muñeca con una mano, me la rodea con los dedos callosos y, de repente…, estoy contra la pared.

Cal está pegado a mí, el pecho le sube y le baja, tiene la respiración un tanto agitada y los ojos oscurecidos por el deseo.

Me asalta los labios sin previo aviso, un beso hambriento y profundo. Me agarra la cintura con las manos como si no soportara que estemos separados. No es un beso delicado: es brusco, primitivo, rebosante de la energía reprimida durante las horas que hemos pasado sin el otro, pero conscientes de su presencia.

Jadeo dentro de su boca, le agarro la camisa y arrugo la tela cara. El corazón me aporrea las costillas cuando siento que pierde la contención, que el esmerado control que suele mantener se le escapa como el agua entre los dedos.

Se aparta lo justo para susurrarme en los labios:

—Te he echado de menos hoy.

Su voz es áspera, más grave de lo habitual, y me provoca escalofríos. Estando tan cerca, veo que las pupilas se le dilatan al mirarme.

—Los dos hemos estado bastante ocupados. —Finjo una confianza que no termino de sentir.

Ladea la cabeza, me mira con los ojos oscuros y me roza los labios con los suyos mientras murmura:

—Eso no significa que no tenga ganas de llevarte a rastras a algún sitio y tenerte solo para mí.

Una oleada de calor lento y pesado me recorre de pies a cabeza y las rodillas amenazan con fallarme. Pero me hago la dura: arqueo una ceja en señal de desafío y me niego a permitir que se dé cuenta de lo mucho que me está afectando.

—Bueno —digo mientras le paso los dedos por el pecho y siento la solidez de sus músculos bajo la tela fina—, puedes seguir echándome de menos hasta que me folles.

Se queda paralizado.

Se pone rígido y abre los ojos de golpe antes de amusgarlos con una concentración letal.

Hay algo salvaje en su interior y le está costando contenerlo.

—Ten cuidado con lo que dices, preciosa.

El apodo me provoca un nuevo alud de deseo, pero lo oculto tras una sonrisa desafiante. Me muerdo el labio, me fijo en cómo sigue el movimiento con los ojos y me arqueo hacia él para pegarme a su cuerpo en una invitación silenciosa.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

Está muy tenso, tirante y vibrando a causa de la moderación que intenta imponerse, como si lo único que le impidiera estallar fuera tenerme a mí, aquí mismo, entre sus manos.

Mis auriculares vuelven a activarse. Gruño de frustración y deseo, un sonido que parece casi de dolor.

Cal farfulla un taco y posa la frente en la mía medio segundo antes de dar un paso atrás y crear una distancia que parece de kilómetros después de la intimidad de hace solo unos instantes.

Mi cuerpo protesta ante la repentina ausencia de su calor. Él recupera la compostura con más rapidez que yo, aunque la tensión que le veo en los hombros me dice que no está menos afectado.

—Vamos, jefa. Ocúpate de tus vips.

Me aliso la blusa e intento recuperar aunque sea un atisbo de apariencia profesional.

—Vale.

Paso a su lado y me obligo a alejarme a pesar de que el cuerpo me grita que me quede, que cierre la puerta con llave y me olvide de los clientes, las ventas y las responsabilidades.

Los vips empiezan a dar problemas desde el momento en el que pongo un pie en la sala. Su presencia ha alterado el ambiente de compras exclusivas que con tanto esmero hemos preparado, y el volumen excesivo de sus conversaciones y sus peticiones exigentes ha sustituido la tranquilidad elegante que suele reinar en él.

Hay más clientes de los previstos en un principio, al menos tres personas extra que abarrotan el ya limitado espacio. La energía de la sala no es ni por asomo la correcta. La experiencia fluida y lujosa que solemos ofrecer se ha convertido de repente en caótica. Sobra gente, faltan asesores personales y la tensión es cada vez mayor, puesto que las expectativas de atención inmediata de los clientes no pueden satisfacerse y estos comienzan a impacientarse.

Hago todo lo posible por mantener la situación bajo control sin perder ni por un segundo la sonrisa de gerente mientras recorro la sala. Me coordino con mi equipo, delego lo que puedo y reasigno a los empleados para equilibrar la carga de trabajo. Daniel está haciendo malabares para tratar de atender a varios clientes a la vez, de manera que su habitual atención meticulosa está dividida entre demasiadas demandas. Amanda está en la trastienda intentando con todas sus fuerzas sacar más inventario para servir al grupo inesperadamente grande. Y yo circulo de un lado a otro calmando los ánimos alterados con sonrisas educadas y con palabras de tranquilidad que cada vez suenan más huecas.

Pero no podemos hacer mucho más en una situación con personal limitado y expectativas ilimitadas.

Una mujer, una de las vips, me llama chasqueando los dedos al pasar. El sonido es brusco, imperioso, el gesto que uno utilizaría para llamar a un perro. Aprieto los dientes antes de volverme con una expresión relajada que no delata la irritación que bulle bajo la superficie.

—¿Sí, señora?

Va envuelta en prendas de diseño de pies a cabeza y cubierta de joyas caras; su expresión es una máscara de insatisfacción

arrogante.

—Esto no es lo que pedimos —me dice con hosquedad al mismo tiempo que señala el artículo que tiene en las manos con un desdén apenas disimulado—. Es demasiado pequeño. Necesito otra talla.

Intercambio una mirada con Daniel, que ya está hasta arriba atendiendo a otros dos clientes y cuya habitual apariencia calmada empieza a resquebrajarse. Me transmite una súplica silenciosa con los ojos, me ruega que lo rescate.

—Iré a mirar al almacén —contesto en tono sereno—. Y le pediré a otro dependiente que venga a ayudar.

Daniel asiente y su alivio se refleja con claridad en que relaja los hombros y se le escapa un pequeño suspiro.

—Gracias —dice la mujer.

Pero no es un agradecimiento. Es una exigencia, una expectativa, como si solo estuviera reconociendo el hecho de que voy a hacer lo que ya tendría que haber hecho.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia el almacén. Exhalo en cuanto dejo atrás los expositores y me doy cuenta de que la tensión de los hombros me desaparece un poco ahora que estoy fuera de la vista. Me quito la máscara profesional un instante y dejo que la irritación me invada las facciones solo un segundo.

Esto es un desastre. Un desastre total y absoluto que vamos a tardar horas en limpiar, tanto en sentido literal como figurado.

Abro la puerta del almacén y entro en el espacio fresco y silencioso al mismo tiempo que pulso el auricular para pedir refuerzos.

Detrás de mí noto algo; al volverme me quedo paralizada.

Dos hombres —clientes vips a los que reconozco vagamente de antes— me han seguido. Están a medio camino entre la puerta y yo, así que me bloquean la salida.

Me llevo los dedos al auricular y se me acelera el corazón, aunque no sé muy bien por qué. No hay motivo para tener miedo. Solo son clientes. Quizá estén impacientes. Quizá crean que no soy lo bastante rápida. Quizá solo quieran ver el inventario por sí mismos.

—No era necesario que me siguieran. —Me fuerzo a utilizar un tono tranquilo y profesional que no traiciona la inquietud que me recorre la columna vertebral—. Volveré enseguida con su artículo.

Ninguno de los dos se mueve.

Ninguno de los dos habla.

Se limitan a quedarse ahí de pie, mirándome con una intensidad que va más allá de la impaciencia o la prepotencia. Es algo más oscuro, algo intencionado.

Se me eriza el vello de los brazos.

Algo no va bien.

Una tercera presencia se materializa detrás de mí y, de pronto, me colocan una bolsa en la cabeza, una tela áspera que bloquea la luz y oscurece el mundo en un instante.

No me da tiempo a reaccionar: no grito ni lucho ni corro antes de recibir un golpe tan potente en las costillas que me deja sin aliento. Una explosión de dolor se me expande por todo el cuerpo desde el punto de impacto y me priva de la capacidad de pensar, de moverme, de respirar.

Un dolor que no se parece a nada que haya sentido antes.

Desfallezco y se me doblan las rodillas, mis pulmones se niegan a hacer su trabajo, todas las terminaciones nerviosas me gritan en

señal de protesta.

Y todo se oscurece y pierdo la conciencia cuando me precipito a toda velocidad hacia el suelo.

46

AMANDA LLEVA UNA GLOCK EN EL GUCCI

Cal

Lo único que quiero es llevarme a Izzy arriba, empujarla contra la pared más cercana y, por fin, darle lo que no para de suplicarme que le dé.

Pero no es eso en lo que tengo que centrarme.

Ahora no.

Porque esta noche voy a contárselo.

Lo de Caleb.

Todo.

Esta mentira —o como cojones quieras llamarlo— tiene que acabar. Nuestra relación se está volviendo demasiado intensa como para que siga fingiendo.

Me paso la mano por el pelo, exhalo y estudio la tienda. Izzy maneja a los clientes vip con elegancia, a pesar de que son unos capullos engreídos.

—¡Callahan! —Uno de mis hombres me llama por el intercomunicador—. Hay revuelo en la entrada. Un tío le está montando un pollo a una de las dependientas.

Joder.

Aprieto los dientes. No tengo tiempo para esto, pero soy el que se encarga de estas mierdas. Así que, tras echarle un último vistazo a Izzy —perfecta, serena, bella en su elemento—, me dirijo a la entrada. Empiezo a oírla antes de doblar la esquina: una voz de hombre fuerte, beligerante, retumbando en toda la tienda.

En cuanto lo veo, sé exactamente a qué tipo de gilipollas me estoy enfrentando: de mediana edad, con un traje demasiado ajustado —como si se negara a reconocer que ha engordado en la última década— y la cara roja. Se le escapan gotas de saliva con cada una de las acusaciones que le lanza a la pobre chica de detrás del mostrador.

Es joven. Debe de tener poco más de veinte años e intenta satisfacer las exigencias del hombre con los hombros encorvados y la cara pálida. Me acerco lo más rápido posible y me interpongo para formar una barrera física.

—Señor —digo con la voz tranquila, estable y controlada—, ¿en qué puedo ayudarlo?

Desvía su atención hacia mí; tiene las fosas nasales dilatadas.

—¡Mi pedido ha desaparecido! —ladra mientras me agita un recibo arrugado delante de la cara como si fuera una puñetera orden judicial—. Esta incompetente de…

No. Por ahí no.

—Señor —repito, calmado pero firme—, vamos a respirar hondo, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que lo solucionaremos.

Le arden los ojos, como si estuviera buscando pelea, pero no muerdo el anzuelo. La gente como él busca una reacción. Se alimenta del caos. Pero no le doy lo que quiere.

Al contrario, ladeo un poco la cabeza. Neutral. Evitando la confrontación. Pero no me muevo ni un milímetro.

—Esto es inaceptable —espeta bajando un poco la voz. La ira aún no ha desaparecido, pero ahora ya no va tan dirigida a la chica que tengo detrás—. Hace una semana que encargué estos artículos. He recibido un correo electrónico de confirmación y ahora, de repente, ¿mi pedido no existe?

—Lo arreglaremos —le digo, y señalo con la cabeza a la empleada de la caja registradora—. Busca su nombre, vamos a ver qué pasa.

Ella se apresura a cumplir la orden y teclea rápidamente en el ordenador.

El hombre refunfuña y cambia el peso de pie, todavía deseoso de encontrar una excusa para continuar con la escena.

—Tenéis que aprender a llevar un negocio —murmura, y se cruza de brazos—. En mis tiempos…

Dejo de escuchar.

Porque esta situación es rara.

He lidiado con cientos de confrontaciones de este tipo. Sé cómo van. Esta no encaja en el patrón.

El hombre se muestra hostil, pero no se pone violento. Camina de un lado a otro, pero no se marcha hecho una furia.

La dependienta levanta la mirada desde detrás de la caja registradora.

—Señor —dice en tono vacilante, con el ceño fruncido—, lo siento, pero no hay ningún registro con ese nombre.

Me tenso.

El hombre se queda paralizado. Me preparo para que explote de nuevo, pero, de repente, mira su reloj de pulsera.

Y su actitud cambia de golpe. De una forma anormalmente rápida.

—Ah —dice con aire indiferente…, demasiado, como si no estuviera a punto de reventarle una vena—. Bueno. Supongo que tendré que buscar mi otro recibo en casa. No pasa nada —dice con una voz tan tranquila que resulta siniestra antes de largarse a toda prisa de la tienda.

Siento que se me encoge el estómago.

Esto no ha sido una queja real. No ha tenido nada que ver con un pedido perdido.

Era una distracción. Para mí.

Acaba de ocurrir algo que yo no debía ver.

Saco el móvil.

Las cámaras.

Necesito las putas cámaras.

Abro las imágenes de la sala vip.

Izzy estaba ahí. Estaba justo ahí.

Pero ahora…

Ahora…

Se ha ido.

No.

No, no, no, no.

Salgo corriendo a toda velocidad.

Cuando llego a la sala vip, ya estoy dando órdenes a gritos a través de los auriculares para que mis chicos se dispersen.

—¿Dónde está Izzy? —pregunto.

Daniel se da la vuelta, sobresaltado.

—Se… Eh… Ha ido al almacén a buscar una talla.

El almacén.

El más cercano es el mismo en el que estaban tan interesados los dos mierdas que capturamos.

No.

Me abro paso con brusquedad junto a Daniel y corro hacia la parte de atrás con el corazón tan desbocado que lo oigo palpitarme en los oídos. Mi cerebro repite una y otra vez un mantra desesperado: «Ella no. Por favor, ella no».

Irrumpo en el almacén…

Y está vacío.

No.

Vuelvo a sacar el teléfono, rebobino las imágenes, las escudriño con nerviosismo.

Lo veo.

Izzy entrando en el almacén.

Unos segundos después, dos hombres la siguen.

Ella se vuelve, confundida. Dice algo que no alcanzo a distinguir.

Le cubren la cabeza con una bolsa.

Se revuelve.

Uno de ellos le pega un codazo tremendo en las costillas e Izzy se desploma.

Los veo arrastrar su cuerpo inerte hacia la parte trasera de la tienda, donde ya sé que hay una puta salida. Una puerta de servicio que da al muelle de carga.

Corro.

Todas y cada una de las fibras de mi ser gritan.

Golpeo la puerta con tanta fuerza que se abre al instante y, justo cuando salgo, la veo…

Una furgoneta blanca que se aleja a toda velocidad.

Me tiemblan las manos.

Demasiado tarde.

He llegado demasiado tarde, joder.

La tienen.

Subo corriendo las escaleras hasta la sala de seguridad con el corazón latiéndome a mil por hora y los puños apretados a los lados. No me molesto en saludar a los demás cuando entro como una exhalación y me dirijo en línea recta hacia el armero cerrado con llave.

Armas.

Necesito armas.

Muchas.

Tengo localizada la señal GPS de Izzy. Los idiotas que la han secuestrado no han comprobado si llevaba algún móvil encima, lo cual significa que no son profesionales. Son unos aficionados, y de los tontos. Gracias a Dios, porque, si sumaran medio puto cerebro entre todos, ahora mismo estaría perdido.

Abro el armario de un tirón, cojo un rifle táctico, dos pistolas y cargadores extra, y los embuto en mi mochila con movimientos rápidos y expertos.

Estoy saliendo por la puerta cuando…

—¡Callahan!

Estoy a punto de chocarme con Amanda, que frena en seco delante de mí. Veo que tiene el rostro tenso, está confusa y preocupada.

—¿Qué cojones está pasando? —pregunta—. No encuentro a Izzy.

No tengo tiempo para esto.

—La han secuestrado.

Se queda de piedra.

—¿Qué?

Intento pasar a su lado corriendo, camino del garaje, pero me agarra del brazo y tira de mí con una fuerza sorprendente.

—Cal, ¿qué cojones quieres decir con que la han secuestrado?

La miro con rabia y me zafo de su presa.

—Quiero decir exactamente eso. Y voy a ir por ella.

Me mira sin dar crédito y su expresión cambia a toda velocidad de la sorpresa a la furia.

—Entonces voy contigo.

—No, ni de puta coña. —Sigo avanzando—. No tengo tiempo para hacerte de niñera.

Suelta una carcajada y, antes de procesar lo que está pasando, mete una mano en su bolso de marca y saca una puta pistola rosa.

Me detengo.

Parpadeo.

—¿Qué coño…?

Curva los labios en esa sonrisa que dice: «Uf, no tienes ni idea».

—Llevo mucho tiempo cuidándome sola —dice mientras le da vueltas a la pistola con la mano como si fuera un accesorio—. Tengo un pasado que nadie conoce. Y, si no me llevas por voluntad propia, te seguiré de todos modos.

La miro de hito en hito.

De todas las personas que hay en esta dichosa tienda, Amanda era de la que menos esperaba que se sacara una puta pistola del bolso.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Vale, pero la prioridad es Izzy.

Asiente.

—Por supuesto.

Le pongo un cargador extra en la mano.

—No falles.

Me guiña un ojo.

—Nunca fallo.

No tengo tiempo para procesar esto.

Así que echo a correr a toda velocidad hacia el aparcamiento y lo meto todo en el coche de Izzy, porque es el que está más cerca. Amanda se sube al asiento del copiloto sin dudarlo.

Ni siquiera la miro mientras arranco el motor, busco las coordenadas del GPS y piso el acelerador a fondo.

«Ya vamos, Izzy».

«Aguanta».

47

YA NO LLORO POR MONSTRUOS

Izzy

Me despierto aturdida, con el cerebro luchando por comprender dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí. Es como nadar en una niebla espesa, entre pensamientos fragmentados y resbaladizos. La cabeza me palpita con un dolor sordo e insistente que me impide concentrarme, como la peor resaca que he tenido en la vida, salvo que no recuerdo haber bebido.

Noto el cuerpo increíblemente pesado, las extremidades me lastran, como si la gravedad se hubiera duplicado de la noche a la mañana. Todo está… mal. No solo es desconocido, sino que me resulta inquietante a un nivel profundo y fundamental, como si hubiera entrado en la pesadilla de otra persona. El aire estancado y espeso que me llena los pulmones está cargado de polvo. Noto su sabor en la lengua, metálico y extraño.

Debajo de mí no hay un colchón blando y suave, sino un metal frío e inflexible que me succiona el calor del cuerpo. Las muñecas me laten por las bridas de plástico que se me clavan en la piel, ya irritada e inflamada. El sonido de mi propia respiración es demasiado

estruendoso, me retumba en los oídos: jadeos superficiales y rápidos que delatan el pánico que intento reprimir con todas mis fuerzas.

¿Dónde narices estoy?

Intento cambiar de postura para aliviar la incomodidad de la silla dura, pero el cuerpo me protesta con una lentitud que me provoca una nueva oleada de alarma. La cabeza se me va de inmediato a la peor posibilidad. ¿Me han drogado? Estoy desorientada, sí, pero no desconectada. Siento todos los dolores y sensaciones.

Entonces oigo voces masculinas que rompen el silencio.

No están hablando sin más. Están discutiendo.

Me esfuerzo por distinguir las palabras, pero tengo la cabeza embotada y se superponen, suben y bajan mientras discuten sobre algo. Sobre mí.

—Es un lastre…

—Deberíamos…

—¿Estás loco? Ese no era el trato…

Trago saliva con dificultad —tengo la garganta tan seca que parece papel de lija— y me obligo a abrir los ojos para ver… nada. Durante un segundo aterrador creo que me he quedado ciega, hasta que consigo asimilar la realidad: tengo algo en la cabeza. Una bolsa. Una tela áspera que me roza la cara cada vez que respiro y que huele a arpillera y a algo más que no logro identificar.

El pánico me inunda, pero lo reprimo.

Si me derrumbo ahora, se acabó. Tengo que escuchar. Pensar. Aprovechar este momento para dar con cualquier cosa que me resulte útil. Ahora mismo no puedo permitirme sentir, solo puedo ganar.

Me muevo un poco y tanteo lo que me rodea en busca de algo que me sirva. El movimiento, a pesar de lo discreto que es, atrae su atención.

—Se está despertando —murmura uno de ellos.

Oigo unos pasos que se acercan: lentos, deliberados, mesurados. El ruido de unos zapatos caros retumba sobre el cemento, los andares pausados de alguien que siente que lo tiene todo bajo control.

—Dejadme a solas con ella.

Me paralizo.

Esa voz…

Conozco esa voz mejor de lo que quisiera, mejor de lo que debería. Es la voz que me susurró falsas promesas, que me hirió con una crueldad fácil disfrazada de preocupación, que de alguna manera consiguió convencerme de que no era suficiente y, al mismo tiempo, de que jamás encontraría nada mejor.

Me arrancan la bolsa con brusquedad, sin previo aviso, y el movimiento repentino me provoca un escalofrío. Parpadeo rápido mientras mis ojos se esfuerzan por adaptarse a la luz. El espacio que me rodea va tomando forma lentamente: techos altos, suelos de hormigón, vigas metálicas que desaparecen en las sombras.

Un almacén.

Estoy en un almacén.

Pero no está abandonado. Está lleno de mercancía: bolsos de diseño apilados en montones ordenados, cajas de aparatos electrónicos selladas y etiquetadas, percheros con prendas que aún llevan la etiqueta. Si no fuera porque es evidente que todo es robado, parecería la trastienda de unos grandes almacenes de lujo.

Y entonces lo veo.

Evan.

Está a pocos metros de distancia y parece relajado, casi aburrido. Se ha aflojado la corbata y se ha remangado la camisa blanca impecable, que deja al descubierto unos antebrazos que una vez me parecieron sexis. Lleva el pelo rubio algo despeinado, como si la frustración lo hubiera empujado a pasarse las manos varias veces por él. Me mira como si fuera algo que se ha olvidado de tirar a la basura, un inconveniente, una tarea de la que tiene que ocuparse antes de pasar a cosas más importantes.

Y así, sin más, cualquier posible rastro de confusión o desorientación se desvanece al instante, consumido por la claridad incandescente de la ira. Mi mente se concentra en el hombre que tengo delante.

Porque tendría que haberlo sabido.

Pues claro que es él.

Evan se acerca y sus mocasines de cuero italiano —esos de los que una vez presumió porque costaban más que mi alquiler mensual — repiquetean sobre el cemento. Las luces parpadeantes del almacén le proyectan sombras intermitentes sobre el rostro, pero, aun así, distingo la diversión que le curva las comisuras de la boca.

Qué puto engreído.

Como si ya hubiera ganado, como si esto fuera inevitable y tuviera que haberlo visto venir.

Y quizá tenga razón en esto último.

No me muevo. No me encojo ni me vuelvo ni suplico. Me niego a darle la satisfacción de ver que me dejo llevar por el pánico, de

confirmarle lo que siempre ha creído: que soy débil, que lo necesito, que sin él no soy nada.

Cuando los matones que lo acompañan salen del almacén, Evan se acuclilla delante de mí y estira la mano para agarrarme la barbilla. Su tacto me resulta familiar de la peor manera posible. Me clava los dedos en la piel para levantarme la cara y obligarme a mirarlo a los ojos, para imponer su control, como hacía siempre. Incluso ahora, me toca como si le perteneciera.

—Me has jodido mucho las cosas, Izzy —murmura en un tono casi desenfadado y con un trasfondo de diversión que me pone los pelos de punta.

Lo fulmino con la mirada; me niego a desviarla de él, a estremecerme.

Chasquea la lengua —ese ruido condescendiente que empezó a hacer después de que todo cambiara— y sacude la cabeza, como si yo fuera una niña que no entiende las consecuencias de sus actos.

—Iba a dejarte, ¿lo sabías? Lo tenía todo planeado.

Me suelta la barbilla dándome un empujón que está a punto de partirme el cuello, se pone de nuevo en pie y empieza a dar vueltas lentas y metódicas a mi alrededor.

—Pero entonces perdí el trabajo. Seis meses en paro. No me salían entrevistas. Empezaba a quedarme sin ahorros —continúa con un dejo amargo en la voz—. Entonces me ofrecieron un trabajo de «consultoría». —Marca las comillas en el aire con los dedos y su sonrisa se torna cruel—. Resulta que necesitaban a alguien que entendiera la cadena de suministro de los comercios de productos de lujo. Alguien que los ayudara a identificar qué artículos elegir y cómo moverlos sin que los pillaran.

Hace un gesto que abarca el enorme almacén lleno de mercancía robada.

—Prendas de diseño, aparatos electrónicos, relojes de lujo… Ocupan poco y valen mucho. Desviamos envíos, falsificamos inventarios y luego vendemos todo en el extranjero con un beneficio enorme. Es maravilloso, de verdad.

Entorna los ojos al bajar la mirada hacia mí.

—Estaba listo para empezar de cero. Trabajo nuevo, chica nueva… Una novia que no me recordara mi fracaso. —Hace una mueca de desprecio—. Pero entonces conseguiste que te ascendieran a subgerente en Monarch y, de repente, te volviste útil. «No te alejes de ella. Es nuestra forma de entrar», me dijeron. Y tuve que fingir que seguía queriendo estar contigo.

»Dos años más —escupe con un desdén evidente en cada sílaba —. Dos años fingiendo ser el novio comprensivo mientras tú ascendías en la empresa. Escuchándote quejarte del día a día. Fingiendo que me importaban tus patéticos sueños. Y, encima, te descuidaste. Engordaste mucho. Empezaste a ocupar espacio. Dios, era repugnante. —Se pasa la mano por el pelo en un gesto que antes me resultaba atractivo. Ahora solo me parece ensayado—. ¿Sabes cómo es tener que tocar a alguien que te da asco? ¿Fingir que esa persona todavía te parece atractiva?

Se acuclilla de nuevo y se acerca más, tanto que capto el olor de su colonia, la que le compré las navidades pasadas pensando que lo haría feliz, que me querría más. Ahora ese aroma me da náuseas.

—Y, por fin, te dieron el puesto de gerente. —Vuelve a poner cara de desprecio—. Acceso al sistema de inventario, códigos de seguridad, formularios de pedido. Una marioneta perfecta que podía

empezar a pedir mercancía extra por valor de miles de dólares, quizá millones, sin levantar sospechas.

Pienso en todas las noches que he llorado hasta quedarme dormida porque pensaba que no era suficiente para él, en todas las veces que me he disculpado por cosas que no eran culpa mía, en todos los kilos que he intentado perder porque él hacía que me sintiera demasiado grande, demasiado todo.

—Pero entonces no se te ocurrió otra puta cosa que empezar a echarle valor a la vida. —Los labios se le crispan y me rodea la garganta con la mano, no con tanta fuerza como para dejarme sin aire, pero sí lo justo para recordarme que podría hacerlo—. Tenías que hacerte la heroína. Y ahora… Todo ese trabajo para nada.

Se acerca tanto que noto su aliento en la oreja y baja la voz, como si estuviéramos compartiendo un secreto.

—Pero no puede ser para nada.

Se lleva la mano libre a la chaqueta con una facilidad experta y noto el acero frío presionándome la mejilla. La impresión de lo que acaba de hacer me hiela las venas, me paraliza con mayor eficacia que cualquier atadura.

Me pongo rígida cuando me desliza el cañón de la pistola por la curva de la cara casi con ternura. Se detiene a la altura de la mandíbula y me levanta la barbilla con él. Noto el metal frío, inflexible, una promesa mortal pegada a la piel.

—Vas a arreglar esto, Izzy. —Lo dice con una voz casi suave, la que solía utilizar cuando se disculpaba después de hacerme llorar, cuando me prometía que las cosas serían diferentes, mejores. Nunca lo fueron—. Vas a darme toda la información que te pida. Vas a ser una buena chica y a abrir todas las puertas que te diga. Y, si

después de eso decido dejarte vivir, mantendrás esa preciosa boquita cerrada.

La furia me abrasa las venas como un incendio forestal, arrasa con cualquier tipo de miedo que pudieran albergar. Ahora veo a Evan, lo veo de verdad, despojado de los espejismos que yo misma construí a su alrededor. Veo la frialdad de su mirada, el vacío que se oculta detrás de su sonrisa perfecta y la completa falta de humanidad que subyace a su pulcro exterior.

Sonríe de oreja a oreja, enseñando los dientes, tan blancos y perfectos como todo lo que forma parte de su apariencia, una fachada que mantiene con meticulosidad para esconder al monstruo que hay debajo.

—Porque, si le dices una sola palabra de todo esto a alguien… —dice, agarrándome la garganta con más fuerza, lo justo como para que me cueste respirar, para recordarme mi vulnerabilidad—, mato a tu familia.

No lo pienso.

No dudo.

No sopeso las consecuencias ni calculo los riesgos ni conjeturo las represalias.

Le escupo en la puta cara.

El salivazo le aterriza en un pómulo perfectamente esculpido y le resbala poco a poco hacia los labios: una victoria pequeña e insignificante que en este momento me parece monumental.

—No pienso ayudarte, pedazo de mierda —gruño, y mis palabras rezuman el veneno que llevo años tragándome.

Se queda paralizado.

No dice nada y me pregunto si se debe a que no esperaba que le plantara cara; a que, a lo largo de toda su cuidadosa planificación, nunca se le ocurrió pensar que yo pudiera encontrar mi voz, mi rabia, mi autoestima.

Gruñe, un sonido más animal que humano, y se limpia la mejilla con el dorso de la mano, como si mi contacto lo hubiera contaminado. Aprieta el arma hasta que se le emblanquecen los nudillos.

—Pues yo creo que sí.

Me clava la pistola en la sien con tanta fuerza que me la deja marcada.

Pero, aun con la muerte pegada a la piel, algo dentro de mí por fin se ha liberado, y no voy a volver a ser la mujer que pensaba que no se merecía nada mejor que Evan.

48

AMANDA LLEVA LA CUENTA DE SUS VÍCTIMAS… SUPONGO

Cal

Tomo la curva con brusquedad y los neumáticos chirrían cuando salvo el último cruce antes de llegar al almacén. Tengo los nudillos blancos de apretar el volante, el corazón me late con fuerza contra las costillas y en mi mente solo cabe un objetivo: encontrar a Izzy.

Amanda va agarrada al asidero de la puerta y muestra una actitud demasiado serena para lo que está a punto de suceder.

—¿Cómo sabes dónde está? —me pregunta en un tono teñido de suspicacia.

No lo dudo. Ni siquiera intento mentir.

—Hace tiempo que le jaqueé el teléfono. Desde que la conocí, la he tenido localizada en todo momento.

Amanda murmura:

—Ah.

Y nada más.

Solo eso.

La miro.

—¿No tienes nada más que decir?

Se encoge de hombros con absoluta naturalidad.

—A ver, sí, es un poco locura y tremendamente posesivo, pero hablemos claro: no he dejado de preguntarme si no serías algún tipo de acosador desde el día en que llegaste. Acabas de demostrar que tenía razón. Me encanta tener razón.

Pongo los ojos en blanco.

Entre dientes, susurra:

—Por otro lado, también me pone un poco cachonda.

Hago caso omiso del comentario.

Llegamos al almacén, un edificio industrial viejo situado en el extremo más alejado de los muelles. La zona está desierta: es el lugar perfecto para que los delincuentes hagan negocios sin que nadie los moleste.

Amanda hace ademán de abrir la puerta del coche.

Le pongo una mano en el brazo.

—Espera.

Se queda inmóvil.

—¿Qué?

—No podemos entrar de cualquier manera. No sabemos dónde está. Ir a ciegas es la mejor manera de conseguir que nos maten.

Es obvio que está impaciente por pasar a la acción, pero asiente.

Respiro hondo, cojo mi móvil y abro la única función que me prometí que no usaría nunca.

La transmisión de audio y vídeo en directo del teléfono de Izzy.

Amanda abre los ojos como platos cuando me ve conectarme a ella.

—Vale, no le habías jaqueado el móvil sin más. —Silba—. Le habías JAQUEADO el móvil de verdad.

No respondo.

Pulso «Reproducir».

Al principio solo se oyen ruidos amortiguados. El crujir de una tela. Voces lejanas.

Pero entonces una de ellas se torna nítida.

Es una voz masculina.

Conocida.

Frunzo el ceño y subo el volumen.

Una mueca de desprecio le deforma el rostro a Amanda.

—Es Evan —gruñe.

Giro la cabeza de golpe hacia ella.

—¿Estás segura?

Suelta un bufido.

—He oído hablar de sobra a ese gilipollas para saber que sí, no hay duda de que es él.

Joder.

Escucho con más atención, pero sigo sin poder localizar la ubicación exacta de Izzy. ¿Algún tipo de despacho, tal vez? Un lugar cerrado.

Suficiente para orientar nuestra búsqueda.

Saco mi pistola de la funda y compruebo el cargador. Amanda hace lo mismo.

La miro.

—¿Has despejado un edificio alguna vez?

Me lanza una mirada de «¿En serio?» mientras carga una bala en la recámara.

—Sí.

Arqueo una ceja.

—Eres una caja de sorpresas.

—Confía en mí, Callahan —dice con voz arrogante—. Tengo muchas facetas.

Asiento una sola vez.

—Yo voy delante —digo—. Tú me cubres. Vamos despejando a medida que avanzamos. Dispara a las piernas. Es más fácil de manejar a nivel legal y así no pueden seguirnos.

Hace un gesto de asentimiento.

Me vuelvo hacia el almacén.

Es hora de ir a por mi chica.

—Vamos.

El almacén está inquietantemente vacío.

No hay centinelas. No hay guardias. Solo filas de cajas, estanterías repletas de artículos robados: bolsos de lujo, aparatos electrónicos de alta gama, joyas. Hace tiempo que dirigen esta operación.

Amanda se adelanta y cubre el flanco izquierdo mientras yo me encargo del derecho.

Es silenciosa. Eficiente. Tranquila.

Y, joder, sabe muy bien lo que está haciendo.

No sé qué tipo de pasado tiene, pero empiezo a pensar que la he subestimado muchísimo. Se mueve como una persona que ha recibido formación, acostumbrada a despejar espacios y manejar armas.

Agente durmiente.

Cojonudo, tomo nota.

Avanzamos registrando todas las secciones del almacén. En cada giro, en cada esquina sin visibilidad, espero toparnos con alguien, pero no hay nada. Solo silencio.

Hasta que lo oímos.

Voces.

Amanda me hace una señal y apunta hacia una puerta situada al fondo del almacén. Asiento con la cabeza y me encamino hacia allí.

A medida que nos acercamos, las voces se tornan más nítidas.

No es solo Evan.

También está Izzy.

Mi chica le está gritando con la voz teñida de fuego. Pinta mal. Joder, Izzy. No debería hacer eso. No debería provocarlo. Pero, por supuesto, no puede contenerse. Es valiente, audaz. Es la mujer más fuerte que conozco. Y ahora mismo…

Corre un peligro de cojones.

Llegamos a la puerta y nos pegamos a la pared, uno a cada lado.

Ahora lo oímos todo.

—No voy a ayudarte, Evan —le espeta Izzy con voz firme—. Me da igual lo que me hagas. Prefiero morir a dejar que me utilices para esto.

Un silencio prolongado.

Luego, la voz de Evan, más oscura y cruel que nunca.

—O haces lo que te pido —gruñe— o mueres ahora mismo.

Amanda me mira a los ojos y asiente una sola vez con la cabeza.

No esperamos.

No dudamos.

Actuamos.

Levanto una bota y derribo la puta puerta de una patada.

En cuanto se abre, se desata el caos.

Izzy está atada a una silla en el centro de la habitación, con las manos sujetas con bridas a la espalda.

Evan está delante de ella con una pistola en una mano y la otra apretada en un puño, como si estuviera a punto de pegarla.

Ni de puta coña.

Pero, antes de que me dé tiempo a moverme…

Amanda se adelanta.

Se abalanza sobre Evan como una puñetera pantera, le agarra el brazo y le retuerce la muñeca con tanta fuerza y rapidez que la pistola cae al suelo con un estrépito metálico. Luego, con un movimiento sacado directamente de una puta película de kung-fu, lo derriba.

Un giro. Una patada. Una vuelta.

Y lo tiene inmovilizado: le ha rodeado el cuello y los hombros con los muslos y le ha atrapado los brazos de tal manera que es incapaz de zafarse por mucho que forcejee.

Y, por si fuera poco…

Le está apuntando a la sien con su pistola de color rosa chillón.

Me impresionaría si no estuviera tan concentrado en Izzy.

Saco una navaja y corto las bridas que le rodean las muñecas.

Ella coge una bocanada de aire y flexiona los dedos en cuanto la libero. Le agarro las manos con suavidad, les doy la vuelta y se las inspecciono.

Cortes.

Moratones.

Marcas que no le corresponden.

Marcas que no he podido impedir que le hicieran porque no estaba con ella.

Un alud de rabia me brota por dentro, pero lo reprimo, porque ahora mismo lo único que importa es ella.

—Izzy —le digo con cautela—, ¿estás bien?

Me mira a los ojos, y joder.

No solo está bien.

También está furiosa.

Una ira profunda y visceral le arde en los ojos.

—Estoy bien —dice, pero su tono es homicida.

La creo.

La creo sin reservas.

Aun así, la cojo por la barbilla, le levanto la cara y se la escudriño. Solo para asegurarme, para ver si hay algún indicio de miedo.

No lo hay.

Le aprieto la mano y luego me vuelvo hacia Evan, que sigue forcejeando debajo de Amanda.

Agarro la cuerda que ha utilizado para atar a Izzy y tiro de ella.

—Suéltalo —le digo a Amanda—. Yo me encargo.

Ella asiente y le presiona el cráneo con el cañón de la pistola antes de apartarse al fin de él.

Le rodeo las muñecas con la cuerda y lo ato a uno de los postes metálicos y oxidados que hay en el centro de la sala. Gime cuando tiro con un poco más de fuerza de la necesaria.

—No te muevas —le gruño.

Me vuelvo hacia Amanda, que ahora está frente a Izzy.

Y es entonces cuando esta cae en la cuenta.

Agranda los ojos al asimilar la presencia de Amanda.

Con el rímel ligeramente corrido. La expresión de absoluta seriedad en la cara. Y, aún más importante…

Todavía empuñando la puta pistola rosa.

—Espera… ¿QUÉ? —balbucea Izzy mientras nos mira por turnos—. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué cojones tienes una pistola rosa?

Amanda ladea una cadera.

—¿Por qué no iba a tener una pistola rosa?

Izzy la mira de hito en hito. Parpadea. Luego se frota las sienes.

—¿Sabes qué? La verdad es que, por extraño que parezca, me cuadra.

Amanda sonríe con ganas y vuelve a guardarse la pistola en el bolso.

Niego con la cabeza y me paso la mano por el pelo.

—Amanda, lleva a Izzy al coche. Llama a emergencias. Necesito un minuto a solas con nuestro amigo.

Pero esta vez no es Amanda quien discute.

Es Izzy.

Se pone de pie y se acerca. Todavía tiene la respiración acelerada y sigue irradiando una rabia pura y sin filtros.

—Espera. Antes tengo que hacer una cosa. —Lo dice con una voz tranquila pero mortal.

Amanda y yo intercambiamos una mirada.

Asiento, me aparto y observo.

Izzy se vuelve hacia Evan. Parece relajada, pero yo sé que no es así.

No está tranquila.

Es peligrosa.

Evan se dirige a ella con desprecio:

—¿Qué cojones te…?

Izzy le pega un puñetazo.

Fuerte.

La cabeza de él se vuelve de golpe hacia un lado y le sale un chorro de sangre por la nariz.

Evan gruñe, gime de dolor, pero Izzy no ha terminado.

Ni mucho menos.

Se inclina hacia él.

—¿Creías que ibas a hundirme? —susurra en un tono que es puro veneno—. ¿Que podías controlarme y manipularme hasta convertirme en una puta herramienta de tu patética banda criminal?

Ahora es a Evan a quien le cuesta respirar; se revuelve contra las cuerdas, pero Izzy no se detiene.

—Te has pasado años preparándome para esto, intentando quebrarme, intentando moldearme para convertirme en un peón perfecto. —Se le escapa una risa suave y seca—. Y te creías la hostia de listo. —Se acerca aún más a él—. Pero mírate ahora.

Evan gruñe y tira de las cuerdas.

E Izzy…

Ella se limita a dar un paso atrás.

Se vuelve hacia mí.

Y levanta la barbilla.

—Ahora ya puedo marcharme.

Si no amara ya a esta mujer, empezaría a hacerlo ahora.

Amanda la agarra por la muñeca.

—Vamos, reina de la ira.

Las observo mientras se alejan, con el pecho rebosante de orgullo.

Y después…

Después me quedo a solas con Evan.
Está a punto de experimentar una faceta mía muy distinta.

49

LO DEJO HABLAR; LUEGO LO HAGO SANGRAR

Cal

Desato la cuerda.

Evan se desploma hacia delante, gruñendo, sacudiendo las muñecas mientras escupe sangre hacia el suelo de hormigón. Tose y levanta la mirada: tiene los ojos hinchados.

—¿Qué coño está pasando?

Me meto las manos en los bolsillos y, a través de la tela vaquera, noto el metal frío de la navaja que me presiona el muslo. Ladeo un poco la cabeza.

—Muy fácil. Estoy aquí para arreglar tu cagada.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

Niego con la cabeza, como si estuviera decepcionado. La luz fluorescente del techo parpadea y le proyecta sombras momentáneas sobre el rostro magullado.

—Me han mandado ellos —digo.

Se le crispa la cara y la confusión da paso a un destello de… esperanza.

—¿Quiénes?

—Ya sabes que no podemos decirlo.

Veo el momento exacto en el que empieza a creerme.

Relaja los hombros levemente y se libra de parte de la tensión de la postura. Quiere creerme. Necesita creerme, porque eso significa que no estoy aquí para vengarme, que no estoy aquí por ella.

Es casi demasiado fácil.

Roto los hombros y me acerco golpeando el suelo de hormigón, frío y duro, con las botas.

—Se suponía que tenías que someterla, Evan. Esa era tu función. Tenías que encontrar a alguien que nos sirviera, infiltrarte y ganarte su confianza. Hacer que te necesitara. Y, durante un tiempo, funcionó.

Se limpia la sangre de la nariz y me fijo en que le tiemblan los labios. El cuello de la camisa, antes impoluta, ahora está manchado de rojo.

—Es dura —admite—. Me costó más de lo que esperaba, pero la tenía. La tenía. Solo necesitaba un poco más de tiempo.

Mantengo una expresión neutra y asiento con la cabeza, como si de verdad estuviera sopesando sus palabras. Como si no estuviera pensando en arrancarle la garganta con mis propias manos.

—Entonces ¿qué pasó? —insisto.

Evan exhala, se frota la cara dolorida y se revuelve un poco en su frío asiento de cemento. El olor de su sudor surca el aire estancado.

—Empezó a hacerse más fuerte. No sé qué cambió, pero comenzó a… defenderse. Se distanció. Empezó a alejarse. Y eso no estaba previsto.

Se me crispan los dedos dentro de los bolsillos. El esfuerzo que me supone no sacar la navaja que llevo en la cadera es formidable.

—¿Y luego?

Frunce el ceño.

—Luego me dejó, joder —replica con la voz amarga, impregnada de rencor—. Y tuve que actuar con rapidez. Intenté que volviera conmigo, pero no cedió.

Aprieto los labios y suelto el aire por la nariz.

—Qué mala suerte.

Niega con la cabeza y hace una mueca de dolor al moverse.

—Habría sido perfecta. Una gerente de Monarch… Tendría acceso a todos los documentos de inventario, a los calendarios de envíos semanales, los códigos de seguridad… La operación entera. El equipo directivo de la empresa no presta demasiada atención a ciertas cosas. Izzy se quejaba de eso a todas horas. La cantidad de inventario que podríamos haber movido… —Vuelve a fruncir el ceño —. Pero no, empezó a tener agallas.

La rabia me invade por completo.

Pero no me muevo.

Todavía no.

Dejo que siga hablando, porque, cuanto más dice, más se hunde.

Evan suelta una carcajada seca y vuelve a negar.

—Da igual. Ahora ya no importa. Hará lo que yo le diga, de una forma u otra.

Ladeo la cabeza.

—¿Y si no es así?

Sonríe de oreja a oreja y un hilillo de sangre le baja por la comisura de los labios.

—Entonces la obligaré a ver cómo mato a los miembros de su familia uno por uno.

Ese es.

Ese es el momento en el que pierdo toda la razón.

Sonrío y dejo que el silencio se alargue, denso y peligroso.

A Evan se le desfigura el rostro.

—¿Qué?

Niego con la cabeza y me río con suavidad.

—Eres un idiota de tres pares de cojones.

Le cambia la expresión.

Empieza a darse cuenta.

Y entonces saco el móvil y vuelvo la pantalla hacia él.

Reproduzco la grabación, alta y clara.

Condenado por su propia voz.

Se le agarrota el cuerpo entero. Clava la mirada en el teléfono, después en mí y luego otra vez en el móvil. Ya estaba pálido, pero ahora pierde el poco color que le quedaba.

—No. —Niega con la cabeza—. No habrás…

—Ya lo creo que sí.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me crujo los nudillos mientras doy un paso adelante, y el ruido retumba en el espacio cerrado.

Y ahora…

Ahora por fin puedo hacerle daño.

Cada insulto. Cada momento de tortura emocional al que ha sometido a Izzy…

Estoy a punto de devolvérselo todo multiplicado por diez.

Evan escupe en el suelo y se endereza a pesar del evidente dolor que siente en las costillas.

—¿No vas a volver a atarme o a inmovilizarme?

—Qué va —murmuro—. Quiero que sea una pelea justa.

Se pone rígido.

—Quiero sentir que luchas contra mí. Quiero que sepas que has perdido. Que no puedes vencerme.

En cuanto termino de pronunciar esas palabras, arremete contra mí.

Se lo permito.

Porque es lo que quiero.

Quiero que él lance ese primer puñetazo.

Quiero que piense, durante un estúpido segundo de mierda, que tiene una oportunidad.

Y entonces…

Entonces acabaré con él.

Falla, cómo no, y yo no me contengo.

El primer puñetazo que le pego le vuelve la cabeza hacia un lado: un crujido brutal de nudillos contra hueso que proyecta una lluvia de saliva y sangre hacia el suelo de hormigón. El impacto me reverbera por el brazo y siento un dolor satisfactorio en los nudillos.

—Esto es por cuando le dijiste que no era suficiente.

Gruñe, se tambalea, pero no lo dejo caer. Lo agarro por la pechera de la camisa y lo atraigo para estamparle la rodilla en las costillas.

Una vez.

Dos veces.

Se oye un crujido —nítido, definitivo— y tose mientras se dobla sobre sí mismo. El ruido rebota en las estanterías metálicas, frías e

implacables, y se niega a dejarme olvidarlo.

—Esto es por todas las veces que la hiciste dudar de sí misma.

Intenta lanzarme un puñetazo. Un golpe desesperado y salvaje que apenas me roza la mandíbula.

Patético.

Le permito asestarme ese golpe.

Y luego se lo arrebato.

Me muevo, tenso los músculos y, entonces, le atizo el siguiente puñetazo en la boca del estómago. Lo dejo sin una puta gota de aire. El impacto lo recorre de arriba abajo y lo sacude hacia delante. Se ahoga, se balancea, jadea, se agarra el vientre con las manos. Su carísimo reloj de pulsera destella bajo la luz intensa cuando intenta protegerse. Apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que lo agarre por el pelo y lo obligue a incorporarse… para estamparle la rodilla en la cara.

Otro chorro de sangre y un crujido repugnante que resuena cuando se le rompe la nariz. Unas gotitas calientes me salpican los vaqueros. A Evan se le escapa un grito gutural mientras retrocede tambaleándose, tapándose las manos con la cara, pero no permito que se desplome.

Todavía no.

Me precipito hacia él, lo agarro por el cuello y lo empujo contra la pared. El impacto sacude las estanterías metálicas de tal manera que se caen varias cajas de cartón y su contenido se esparce por el suelo. Evan ruge, intenta empujarme, pero le estampo el antebrazo en la garganta y aprieto lo justo para que le cueste respirar. Su pulso me aporrea con fuerza.

—Esto es por todas las veces que la hiciste disculparse por situaciones que no eran culpa suya.

Respira de forma irregular y tiene los ojos inyectados en sangre, pero el puto idiota se ríe a pesar del dolor.

—Estás… —Tose y me escupe sangre en las botas—. Estás loco.

Esbozo una sonrisa. Una sonrisa lenta y peligrosa que siento que me estira el rostro.

—Por ella, sí.

Lo suelto.

Se desliza por la pared, tosiendo, luchando por respirar.

Y luego…

Doy un paso atrás para tener espacio y darle una patada en las costillas.

El impacto es tan violento que rueda por el cemento. El golpe sordo de su cuerpo al rebotar contra el suelo retumba en el almacén. Gime y se hace un ovillo, pero no dejo que se recupere. Me acerco, lo agarro por la camisa y lo levanto de nuevo. La tela se desgarra. Evan se tambalea, a duras penas consciente; la sangre comienza a coagulársele alrededor de las fosas nasales y de la boca, pero aún no he terminado.

Todavía no.

Le asesto un puñetazo en el estómago y, luego, un codazo en la nuca que lo tira de rodillas al suelo. Se balancea, le cuesta mantenerse derecho aun apoyándose en las manos. Su respiración agitada interrumpe el silencio.

Sabe que ha perdido.

Pero quiero que lo sienta.

Despacio, me llevo la mano al bolsillo, saco la navaja y la abro con un suave clic metálico. La hoja refleja la luz y lanza destellos plateados.

Evan se queda paralizado de pies a cabeza.

Me acuclillo a su lado y le pongo el filo frío de la hoja en la mejilla.

Da un respingo.

El sudor y la sangre le gotean por la cara. Le tiembla el cuerpo entero.

—¿Sabes a cuántos hombres he matado? —le pregunto en un susurro tranquilo.

Casi no respira, el pecho apenas se le mueve bajo la camisa manchada.

—¿Cuántos cadáveres he enterrado?

Aprieto la hoja lo justo para romperle la piel: una única línea fina de gotas rojas a lo largo de la mejilla.

—Pero tú… —murmuro mientras le recorro la barbilla con la punta de la navaja hasta llegar a la garganta, donde siento el pulso acelerado que le late justo debajo—. Tú serías el primero con el que disfrutaría de verdad.

Exhala soltando bocanadas de aire temblorosas y aterrorizadas. De repente, un olor a orina impregna el aire mientras una mancha oscura se le extiende por los pantalones.

Empuño la navaja con más fuerza, a punto de acabar con esto.

Y entonces…

—Cal.

La voz es suave.

Familiar.

Me quedo de piedra.

Vuelvo la cabeza.

Izzy está de pie junto a la puerta. Las suaves curvas de su figura se recortan contra la luz del pasillo. El cabello oscuro le cae en ondas alrededor del rostro; no desvía los ojos marrones cuando se encuentran con los míos.

Me está observando.

No con miedo.

Ni con repugnancia.

Sino con comprensión.

Con certeza.

—No pasa nada —dice al mismo tiempo que da un paso adelante.

No me muevo.

Agarro la navaja con más fuerza, tengo todo el cuerpo tenso, la furia me nubla la mirada.

Quiero acabar con esto.

Necesito hacerlo.

Pero, entonces…

Ella estira la mano.

Me roza la muñeca y me devuelve a la realidad.

Y así, sin más…

La rabia se hace añicos.

Dejo escapar el aliento contenido.

Relajo los músculos.

Bajo la mirada hacia Evan: está ensangrentado, destrozado, apenas respira.

Y tomo mi decisión.

Suelto la navaja, que repiquetea sobre el cemento.

Me pongo de pie.

La agarro de la mano. Noto la suavidad de su palma contra mis callos.

Y nos vamos.

Juntos.

50

RESULTA QUE CALEB ERA DE VERDAD DESDE EL PRINCIPIO

Izzy

Hay policías por todas partes.

Luces intermitentes, voces en las radios, agentes que entran y salen del almacén. Es una escena sacada directamente de una serie policiaca, solo que esta vez yo formo parte del elenco. El aire frío de la noche me pellizca la piel expuesta y arrastra el olor del cercano río Hudson mezclado con el del diésel de los vehículos policiales.

Estoy sentada en la parte trasera de una ambulancia con una manta de lana áspera echada sobre los hombros —cosa de Amanda —. Me la ha tirado encima casi de cualquier manera antes de salir pitando a discutir con un policía sobre la jurisdicción, solo por el gusto de convertirse en una molestia. La manta huele un poco a antiséptico y pesa bastante, pero agradezco su calor.

Miro a Cal. Hace un rato que me ha propuesto que nos vayamos, puesto que él ya ha hablado con los agentes y le han tomado declaración. Solo estamos esperando a que saquen a Evan esposado. Me ha dicho que no tenía por qué verlo, pero yo he insistido en lo contrario. Y él ha asentido, como si entendiera mi

necesidad de darle carpetazo al asunto. Así que aquí estamos, esperando bajo el intenso resplandor de las luces de emergencia.

Está sentado mi lado, inmóvil, con las manos entrelazadas, los nudillos arañados y magullados, y los dedos apretados. Tiene la camisa salpicada de manchas oscuras en las que intento no pensar demasiado.

Pero le tiemblan un poco las manos.

Entrelazo los dedos con los suyos y siento la fuerza texturizada, el calor que me penetra en la piel fría.

Vuelve la cabeza hacia mí de inmediato y se le calman al instante.

Se las aprieto con suavidad.

—Gracias —le susurro.

Veo la culpa que se le refleja en los ojos mientras exhala por la nariz justo antes de apartar la mirada.

—Tendría que haberme dado cuenta antes —murmura—. No debería haberme distraído. Te han secuestrado por mi culpa. Te dije que te estaría vigilando siempre y no lo cumplí.

Niego despacio con la cabeza y rozo la manta de lana con el pelo.

—Pero has venido. Eso es lo que importa.

Me mira de hito en hito un momento largo, claramente deseoso de llevarme la contraria. El fuego que le veo en los ojos me acelera el corazón, a pesar del cansancio que me lastra los miembros.

Al final exhala y me frota la parte interior de la muñeca con el pulgar. El delicado movimiento circular me provoca una oleada de bienestar que me recorre el cuerpo entero.

Con aire distraído, me llevo la otra mano a las chapas de identificación que llevo colgadas debajo de la camisa. Enredo los dedos con la cadena.

Se percata del movimiento.

—¿Las llevas puestas?

Asiento, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Todos los días.

Se queda callado un instante; luego se mueve y se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta. Cuando la saca, capto un destello de cristales azules entre los dedos.

—Lo llevo siempre encima como un lunático.

Un agente echa a andar hacia nosotros libreta en mano, pero Amanda lo intercepta de inmediato, con los brazos en jarra, y empieza a soltarle un discurso rápido sobre el procedimiento adecuado y los derechos de las víctimas. El pobre hombre no tiene ni la menor oportunidad.

Cal y yo la observamos unos segundos y luego niego con la cabeza.

—¿Quién cojones es Amanda? —farfullo, y se me dibuja una pequeña sonrisa en los labios.

Él se ríe casi para sus adentros mientras se frota la nuca.

—No tengo ni idea.

Exhalo, me apoyo en él y me sumerjo en la calidez de su costado y en el latido estable del corazón que noto bajo la mejilla. Mi cuerpo se amolda de forma fácil y natural a su enorme constitución. Cuando la adrenalina se desvanece, solo me queda un agotamiento intenso y un alivio tan profundo que pienso que se me han licuado los músculos.

Entonces levanto la cabeza, vencida por la curiosidad. El pelo me cae sobre la cara y me lo meto detrás de la oreja.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

Se tensa al instante y los músculos se le agarrotan. Medio espero que no me responda.

—Tenía acceso a tu teléfono —reconoce al final con voz áspera, como si decirlo le resultara casi doloroso—. Te lo jaqueé el día que empecé a trabajar en la tienda. Una enorme violación de la confianza. No debería haberlo hecho…

Le pongo los dedos en los labios para que se calle. Me resultan sorprendentemente suaves al tocarlos con las yemas.

Parpadea.

—Cal —digo con calma—, me alegro de que lo hicieras.

Frunce el ceño, confuso.

—¿Qué?

Me encojo de hombros y la manta se me desliza un poco.

—Sé que es una locura, pero menos mal que lo hiciste. Me has salvado.

Se relaja un poco y la tensión se le desvanece de los hombros.

Apoyo la cabeza contra él.

—En cierto sentido, es bonito, ¿sabes? —murmuro con suavidad —. Tener a alguien que te protege con total dedicación hace que te sientas valorada.

Una risa grave le retumba en el pecho mientras me rodea los hombros con el brazo y me acerca más hacia él. Su calor se filtra a través de la manta y de mi camisa y ahuyenta el frío que me había llegado hasta los huesos.

La tensión que me invade por dentro se esfuma cuando me acurruco entre los brazos de Cal. Por primera vez desde que me desperté en el almacén, con sus suelos de hormigón y su aire cargado, me siento a salvo. Cierro los ojos un segundo y luego giro

la cara hacia él hasta rozarle la barba incipiente de la mandíbula con la nariz.

—Por cierto, lo sé.

Su abrazo se torna un poco más tirante.

—¿Qué sabes, preciosa?

Sonrío.

—Sé que eres Caleb.

Se tensa entero de nuevo. Se gira por completo hacia mí con los ojos abiertos como platos y vulnerables, reflejando las luces azules y rojas que parpadean alrededor.

—Izzy…, ¿qué? —Se le quiebra la voz.

Le aprieto la mano y siento la aspereza de su palma.

—Empecé a sospechar cuando Caleb me llamaba «Izzy» de vez en cuando. —Ahogo una carcajada—. El historial del chat no desapareció y, cuando recuperé la sobriedad, volví atrás y releí nuestras conversaciones. Al principio pensé que a lo mejor la aplicación había sacado mi nombre de la tarjeta de crédito o algo así, así que no estaba segura del todo. Pero ayer, cuando me llamaste «preciosa» en el coche, lo supe con certeza.

Frunce el ceño, pero sigo adelante y me fijo en cómo le va cambiando la expresión bajo las luces intermitentes.

—En ese momento desaparecieron las dudas —le explico con delicadeza—. Titubeaste un instante. Tú no titubeas, pero ahí sí y me di cuenta.

Abre la boca, la cierra y vuelve a abrirla.

—Entonces ¿por qué seguiste…?

Me encojo de hombros.

—Era divertido.

Se queda totalmente boquiabierto y agranda los ojos.

Me muerdo el labio para no reírme de su expresión.

—Me gustaba hablar con Caleb —admito en voz baja—. Mi relación con él se desarrolló de una manera diferente a la nuestra. Me hacía sentir cómoda. Además, como sospechaba que eras tú desde el principio, no me lo he tomado a mal. Me imaginé que ya me lo dirías cuando estuvieras preparado.

Le cambia la cara: la confusión se transforma en alivio y se le suaviza el ceño.

—¿No estás… enfadada?

Sacudo un par de veces la cabeza y le rozo el hombro con el pelo.

—No me gusta que me hayas ocultado algo así —reconozco mientras le hago un dibujo en la palma de la mano con el dedo índice—, pero no lo utilizaste de una forma negativa, así que… te perdono.

Cal vuelve a fruncir el ceño con intensidad.

—Pero te he manipulado. Te he animado a romper con Evan, a admitir tus sentimientos hacia mí.

Levanto la vista hacia él y lo miro a los ojos.

—Creo que es distinto. Jamás me has acorralado ni me has hecho sentir que no tenía otra opción. Solo… has creído en mí. Me has alentado a hacer lo mejor para mí. Evan me manipulaba utilizando el control para que me sintiera peor conmigo misma. Pero tú… Tú me has dado la confianza que necesitaba para tomar mis propias decisiones.

La expresión de Cal se relaja y un destello de alivio le atraviesa las facciones.

—Nunca he querido quitarte la posibilidad de decidir. Solo buscaba apoyarte para que eligieras lo que más te convenía.

Me inclino hacia él de nuevo y apoyo la cabeza en su pecho. El ritmo constante de los latidos de su corazón me palpita en el oído, una cadencia tranquilizadora que ahoga el caos que nos rodea.

Deja escapar una exhalación lenta, temblorosa.

—¿Por eso no querías acostarte conmigo? —Levanto la cabeza y me fijo en cómo le cambia la expresión: junta las cejas y entreabre los labios—. Era por eso, ¿verdad? —murmuro, ahora con la voz más tierna.

Me aprieta el hombro y veo que una única lágrima le resbala por la mejilla. Alzo la mano y se la enjugo con el pulgar. Se me encoge el corazón al verlo: este hombre fuerte y poderoso me está mostrando algo que no le muestra a nadie más. Noto su piel cálida, la lágrima fría en el pulgar.

Él asiente y traga saliva.

—No me parecía que estuviera bien ocultarte algo así. Cuando te tomara por primera vez, quería que fuera real. Puro. Que no estuviese contaminado con una mentira.

Una calidez se me extiende por el pecho e irradia hacia los dedos. Sonrío.

—Bueno —digo en voz baja mientras observo cómo le tiembla la respiración—, menos mal que ya nos lo hemos quitado de encima.

La conversación se interrumpe cuando vemos que sacan a Evan a rastras del almacén, esposado.

Cal se pone tenso y no le quita ojo mientras lo conducen hacia uno de los coches de policía. Le corren regueros de sangre por la cara hinchada, tiene los ojos llenos de rabia… y de derrota. Lleva la

camisa rota y manchada, arrastra los zapatos de diseño por el pavimento mientras los agentes lo guían hacia delante.

Siento que el alivio me inunda.

Se va.

Se va de verdad.

Dicho alivio me recorre de arriba abajo: relajo los hombros, aflojo la mandíbula y, por primera vez desde lo que me parecen años, soy capaz de respirar hondo. Ya no estoy a la espera del impacto. Levanto la vista hacia Cal. Me está observando con detenimiento, como si intentara evaluar mi reacción, como si estuviese listo para sostenerme si empiezo a derrumbarme. La preocupación que le veo en los ojos me hincha el corazón.

Pero no tengo ganas de derrumbarme. Tengo ganas de luchar. Porque Evan no tiene derecho a controlar esta historia ni a adueñarse de esta parte de mi vida. No voy a dejar que se vaya creyendo que me ha derrotado.

—Voy a llamar al fiscal del distrito por la mañana —digo en voz alta y con más fuerza que en toda la noche—. Voy a testificar.

Cal me pasa un brazo por los hombros y me da un apretón delicado. Su contacto me da seguridad, es como si me estuviera diciendo sin palabras que está orgulloso de mí.

—¡Eh!

La voz de Amanda perfora el aire nocturno. Se acerca con un agente de policía detrás de ella. Un agente de policía muy atractivo de sonrisa fácil y con los hombros tan anchos que parecen recién sacados de un calendario de tíos de uniforme. Su placa resplandece bajo las luces de emergencia y lleva el uniforme impoluto y sin arrugas a pesar de lo tarde que es.

—Este es Chad el Policía —anuncia Amanda al mismo tiempo que hace un gesto teatral.

Me cuesta contener la risa que lucha por escapárseme de la garganta. Alzo la vista hacia Cal y veo que arquea una ceja solitaria y que los labios se le crispan un poco.

Amanda me lanza una mirada que dice: «No se te ocurra».

Me aclaro la garganta y trato de controlar la expresión, haciendo un esfuerzo por mantener los músculos de la cara en un rictus neutro.

—Chad el Policía —repito al tenderle la mano.

Él asiente y me la estrecha con firmeza.

—Señora.

Amanda sonríe, radiante, y se echa el brillante cabello hacia atrás por encima del hombro.

—Chad va a llevarme a casa. Ha sido un día muy difícil. —Se recoloca el bolso de diseño sobre hombro.

Cal murmura algo ininteligible entre dientes y noto que el pecho le retumba contra mi costado.

Amanda vuelve a echarse el pelo hacia atrás y se sube al coche patrulla de Chad el Policía con una elegancia experta. Después se aleja a toda velocidad hacia la noche, como si ella misma acabara de resolver el caso; las luces traseras desaparecen a la vuelta de la esquina.

Cal y yo nos quedamos mirándola antes de estallar en carcajadas. El sonido me brota desde lo más profundo del pecho, inesperado pero bienvenido. Porque era de esperar que Amanda hiciera algo así. Sigo sonriendo, sintiendo un dolor agradable en los músculos de las

mejillas, cuando, de pronto, Cal me levanta del suelo con un único movimiento fluido.

—¿Qué narices…? —La manta se me resbala de los hombros y aterriza en el suelo hecha un gurruño.

Callahan me lleva sin esfuerzo hacia el coche sujetándome por la espalda con un brazo y por detrás de las rodillas con el otro.

—Nos vamos a casa —murmura con firmeza.

El corazón se me acelera al oír esas palabras y una oleada de calor se me extiende por el pecho, a pesar de que el aire frío de la noche me eriza la piel.

A casa.

Me derrito entre sus brazos mientras apoyo la cara en el cuello e inhalo su aroma. Noto su pulso regular con los labios.

Sí.

Nos vamos a casa.

51

YO LA AMO; ELLA AMA A SU ACOSADOR

Cal

Izzy lo sabía.

Desde el puto principio.

Sabía que yo era Caleb y no está enfadada.

No soy capaz de entenderlo. Todas las situaciones hipotéticas que me había imaginado terminaban con ella furiosa lanzándome lámparas y libros, llamándome de todo. Y, sin embargo…, lo ha aceptado sin más.

Me ha dicho que le gustaba hablar con Caleb.

Que se lo pasaba bien.

Y eso… Eso me destroza por completo.

Porque la amo. La amo tanto que me estoy volviendo loco.

Y eso también tengo que decírselo. Debe saberlo. Sin secretos. Ya no puede haber nada que se interponga entre nosotros. Pero ahora mismo… Ahora mismo, tengo que cuidarla. Y luego, cuando esté lista, voy a tirármela sobre todas las superficies en las que me lo permita. Va a sentirme tan dentro, durante tanto tiempo, que le

resultará físicamente imposible caminar sin recordar todo lo que voy a hacerle.

Ella también lo presiente. Lo veo en cómo cambia el lenguaje corporal cuando aparcamos delante de su apartamento, en cómo se aprieta los dedos sobre el regazo y me mira de reojo, como si estuviera pensando en ello, en mí, en lo que está por venir.

Pero no la dejo entrar a pie.

La llevo en brazos, como la puñetera princesa que es. Resopla en señal de protesta, pero no la suelto; la agarro con más fuerza y le doy un beso en la sien mientras cierro la puerta a nuestras espaldas de una patada.

—Qué dramático eres —murmura, y su aliento suave me calienta el cuello.

Me río entre dientes y no la dejo en el suelo hasta que estamos en la cocina.

—Hidrátate —le digo mientras le pongo un vaso de agua en las manos.

Pone los ojos en blanco, pero bebe un sorbo.

—Más.

Me lanza una mirada.

—Y ahora me dirás que haga estiramientos, ¿no?

—Si quieres caminar mañana, sí.

Se atraganta con el agua y varias gotas salpican la encimera de granito.

Me acerco a ella, le rozo la concha de la oreja con los labios y siento cómo se estremece.

—Bebe, preciosa.

Apura el resto del agua como una buena chica. Luego la agarro de la mano y la llevo hasta el baño. La luz amarilla le confiere a su piel un brillo dorado y resalta las suaves curvas que se ocultan bajo la ropa. Ha sufrido mucho. Tiene que relajarse, dejarme cuidarla.

No se resiste.

Me lo permite.

Quizá se dé cuenta de que yo lo necesito tanto como ella. Le quito la ropa despacio, con cuidado, dándole besos suaves mientras lo hago.

Los moratones que tiene en las muñecas, las leves marcas que le han dejado las bridas allá donde se le clavaban…

Me hierve la sangre.

Pero me concentro en ella, en esto, en el presente.

La guío hasta colocarla bajo el chorro de la ducha, me subo las mangas y cojo mi jabón.

Y luego… la lavo.

Con delicadeza. A fondo. Por completo.

Le recorro la piel con las manos, le limpio hasta el último recuerdo de lo que ha pasado hoy, le masajeo los músculos con los dedos, la calmo hasta que se le ralentiza la respiración, relaja el cuerpo y me mira como si fuera lo único que la mantiene a flote.

Y así es.

Cuando salimos, está suave, calentita, laxa. Tiene gotitas de agua adheridas a las pestañas y sus curvas generosas brillan bajo las luces del baño.

Me deja secarla con la toalla, vestirla con una de mis camisas, llevarla a la cocina y sentarla en la encimera mientras le preparo la cena. El chisporroteo del ajo y la cebolla invade el aire mientras me

muevo por su cocina y corto verduras rítmicamente con el cuchillo. Ella me observa, con las rodillas pegadas al pecho y el dobladillo de mi camisa cubriéndole los muslos a duras penas.

Sirvo la pasta, sencilla pero sustanciosa, y la llevo al dormitorio. Ni siquiera protesta cuando pongo *Bridgerton*. Se limita a inclinarse hacia mí, a robarme bocados del plato y a acurrucarse cerca mientras vemos la serie sobre las sábanas frescas. Porque, antes de todo lo demás, de que la reviente como llevo no sé cuántas putas semanas deseando hacer…

Necesita relajarse.

Necesita estar bien.

Y luego…

Luego es mía.

Se toma una infusión en silencio mientras ve las últimas escenas de la segunda temporada en el televisor que tiene colgado en la pared del dormitorio.

Al final me mira como si le estuviera costando la vida contenerse. El pecho se le eleva con demasiada rapidez, algo inexpresado le tiembla en los labios.

—Por favor…

Son dos palabras.

Dos puñeteras palabras de nada.

Pero para mí lo son todo.

Se me pone dura al instante. Dejo el vaso y me vuelvo hacia ella, le rodeo la cara con una mano y se la levanto hacia mí.

—Dilo otra vez —murmuro.

Se le entrecorta la respiración. Aprieta los muslos y oigo el crujido de la tela de mi camisa.

—Por favor —susurra.

Joder.

Pierdo el control.

La agarro, la atrapo debajo de mí y giro con ella para inmovilizarla boca arriba, justo donde debe estar. Le recorro el rostro con los dedos, le rozo los labios con el pulgar y apoyo la otra mano sobre el colchón, junto a su cabeza, para sostenerme. La cama se hunde bajo nuestro peso y las sábanas se le enredan alrededor de las piernas desnudas.

—Esto —susurro con la voz teñida de puro deseo—. Esto es lo que estaba esperando.

Tiene el cabello desperdigado sobre la almohada, la respiración agitada, la boca entreabierta a causa de la expectación.

Me mira con los ojos oscuros y hambrientos, noto su cuerpo suave y maleable debajo del mío. Me lo tomo con calma. Le deslizo los dedos por la piel, le trazo las delicadas líneas de la clavícula, el valle entre los pechos, la curva de la cadera. Bajo con las manos callosas y su piel me parece de seda.

Se estremece.

Contiene el aliento.

Joder, qué guapa es.

Bajo la cabeza, le paso la nariz por la columna del cuello, la inhalo, me empapo de ella.

Huele a mi jabón. A mi camisa. A mí.

Huele a que es mía.

Le doy besos suaves y con la boca abierta por todo el cuello, despacio, provocándola, sintiendo cómo se arquea contra mí,

desesperada por más. Gime y ese sonido… Ese sonido me afecta. La vibración que siento en los labios me irradia calor por el cuerpo.

—Cal —jadea.

Ronroneo pegado a su piel, la mordisqueo, la lamo, la beso, voy bajando poco a poco y le levanto el dobladillo de la camisa para dejar más al descubierto. Le paso la lengua entre los pechos, sobre las costillas y hasta la curva del estómago. Tiene un sabor sutilmente dulce.

Es tan suave, tan perfecta, que quiero devorarla. Le agarro los muslos y se los separo, y ella ahoga un gemido y agarra las sábanas. La tela se arruga entre sus dedos.

—Eres la puta personificación de la perfección —le susurro contra la piel al mismo tiempo que deslizo la boca por la cadera, por ese punto sensible del pliegue del muslo.

Se estremece y las piernas le tiemblan. Le doy un beso ahí.

Lento. Suave.

Una exhalación temblorosa.

—Cal…

Me río en voz baja; la agarro con más fuerza y la mantengo abierta para mí. Su excitación me invade los sentidos, se me hace la boca agua.

—Estás desesperada —murmuro.

Gimotea y, joder, adoro ese puto sonido. Le paso los dedos por la parte interna del muslo, despacio, excitándola, y trazo círculos sutiles sobre la tela de las bragas. Noto el encaje húmedo al tacto.

—¿Quieres que te toque, preciosa?

Asiente con energía y arquea las caderas, buscando más.

No se lo doy.

Todavía no.

Me aparto un poco y la observo. El esternón le sube y le baja a toda velocidad, la fina tela de mi camisa se le tensa sobre los pechos.

—Dime cuánto lo deseas.

Se le sonrojan las mejillas, pero no duda.

—Más que cualquier otra cosa.

Joder.

No me hace falta más.

Le meto los dedos bajo las bragas y al notar lo empapada que está me brota un gruñido del pecho.

—Qué mojada estás por mí —murmuro.

Resuella cuando le aprieto el clítoris con el pulgar; se lo rodeo, la estimulo, la siento temblar. Levanta las caderas de golpe contra mi mano, busca más presión.

Me encanta.

Me encanta hacerla perder el control.

Me encanta saber que es mía y que puedo destrozarla.

La sujeto con más fuerza, le impido moverse.

Está la hostia de sensible.

Me agarra la muñeca.

Me detiene.

Me paralizo al instante, la estudio. No me ha hecho parar porque no quiere que siga. Me ha hecho parar porque quiere más.

—Te necesito —susurra con la voz ronca de deseo.

Joder.

Le agarro la barbilla.

—Ya me tienes —murmuro.

Traga saliva con dificultad, con los ojos muy abiertos, vulnerable y, a la vez, segura de cojones.

—No, Cal. Te necesito dentro de mí. Ya.

La polla me palpita. Exhalo poco a poco mientras intento aferrarme al último vestigio de control que me queda.

—Sabes que no voy a ser delicado, ¿verdad?

—No quiero que lo seas.

Joder.

Le devoro la boca, la poseo, la tomo, la agarro con las manos, la exploro, la reclamo. Ella me gime en la boca, me rodea con las piernas, me atrae más hacia ella, me aprieta más fuerte. Tiene los labios suaves, maleables y exigentes al mismo tiempo.

Entonces me susurra junto a los labios:

—Tomo anticonceptivos.

Guardo silencio un segundo y luego dejo escapar una risita oscura.

—Ya lo sé.

Izzy se ríe, jadeante, y se aparta para mirarme con las mejillas sonrojadas.

—Cómo no —murmura al mismo tiempo que pone los ojos en blanco.

Le recorro las caderas con las manos y la agarro con fuerza. La generosidad de sus curvas me encaja perfectamente en las palmas.

—Tengo que asegurarme de que mi chica preciosa está a salvo.

Se muerde el labio, baja la vista, aprieta los muslos. Me quito los calzoncillos y, cuando libero la polla erecta, se queda sin aliento. Me mira con los ojos oscuros y desesperados.

—Cal —susurra.

Gruño y la agarro por las caderas, la atraigo hacia mí.

Se estremece.

Entonces la penetro con fuerza y los dos nos derrumbamos. Se la meto bien adentro, sin miramientos, e Izzy jadea y me clava las uñas en la espalda, me araña mientras se arquea. El escozor que me provoca no hace sino empujarme a embestirla aún con mayor profundidad.

—Joder, Izzy.

Grita, me atrapa entre las piernas, me estruja con los muslos, me aprieta la polla al contraerse. El cabecero golpea la pared con la fuerza de mis arremetidas.

Dios, qué prieto tiene el coño.

Es perfecto.

Me retiro casi por completo y la observo: abre mucho los ojos y un gemido suave y desesperado se le escapa de entre los labios.

Vuelvo a embestirla con brusquedad y llego hasta el fondo, se la meto entera y la poseo tal como ella quiere. Suelta un gemido entrecortado, sin aliento, y echa la cabeza hacia atrás contra las almohadas. La agarro por la barbilla y la obligo a mirarme.

—Mírame mientras te follo, Izzy.

Se estremece y lo siento: siento cómo reacciona su cuerpo, cómo me la oprime, igual que si estuviera hecha para esto.

Hecha para mí.

—Cal… Dios…

Esbozo una sonrisa amenazante sin dejar de machacarla, marcando un ritmo brutal e implacable para llevarla más arriba, con más fuerza, más adentro. Resuella, se retuerce, siento sus manos en

todas partes: en la espalda, en el pelo, arañándome, agarrándome, reclamándome.

Estoy desenfrenado.

Como si pudiera perderme por completo dentro de ella.

Como si quisiera hacerlo.

La agarro por las caderas, la muevo, la levanto lo justo para conseguir el ángulo perfecto y…

—¡Uf, joder, Cal!

Su grito es desesperado, exigente, me oprime con fuerza, me araña el pecho, tiembla de pies a cabeza. Siento cómo se va formando su orgasmo, lo percibo en cómo tiembla, en la respiración entrecortada, en que gime y jadea como si no aguantara más.

—Eso es, preciosa —gruño mientras la sujeto más fuerte y la embisto para llevarla al límite.

Resuella con las piernas temblorosas y la espalda arqueada sobre el colchón.

—Córrete para mí.

Ahoga un grito y se agarrota entera, tensa los muslos, contrae el coño mientras se derrumba por completo. Grita mi nombre y me agarra los brazos, se balancea debajo de mí y es la imagen más excitante que he visto en mi puta vida: se desmorona y se deja llevar por completo, entregándose a mí con suma perfección.

Y entonces ya no puedo contenerme más.

La penetro por última vez hasta el fondo.

—Izzy, joder…

El placer me atraviesa —incandescente, cegador, una puta debacle — y lo siento…

El segundo en el que me pierdo por completo dentro de ella.

El segundo en el que la lleno, la reclamo, la marco.

El segundo en el que se convierte en mía para siempre.

Me derrumbo sobre ella, jadeando. Los dos estamos húmedos, temblorosos, enmarañados, y ella sigue estremeciéndose, rodeándome los hombros con los brazos, respirando de manera irregular. Poso la frente sobre la suya, la inhalo, con el corazón latiéndome a mil por hora y el cuerpo aún palpitándome por las réplicas. Izzy suelta una risita suave y agotada, me aparta el pelo de la cara, sigue envolviéndome con las piernas. Tenemos la piel pegada, pringosa por culpa del sudor.

—Dios, Cal.

Me río y le doy un beso en la mejilla y otro en los labios. Ahora sabe un poco salada.

—Dime, preciosa.

Echa la cabeza hacia atrás sobre las almohadas y el pelo se le extiende alrededor como un halo oscuro.

—Creo que me has roto de verdad.

Vuelvo a besarla.

—Bien.

Sigo sin aliento, dentro de ella, rodeándola con los brazos como si no pudiera soltarla.

Porque no puedo.

No quiero.

Me pasa los dedos por el pelo, acariciándome más suavemente, relajada y recuperando el aliento. Debajo de nosotros, las sábanas están húmedas de sudor y de otras pruebas de lo que hemos hecho. Y debería dejarla descansar, dormir, disfrutar de este momento.

Pero no puedo.

Porque necesito que lo sepa.

Necesito que lo oiga.

—Te quiero, Isabella Russo.

Deja de mover los dedos. Se tensa un poco, pero luego levanta la cabeza y me mira a los ojos. Durante un instante, algo descarnado le cambia la expresión, pero entonces curva los labios en esa familiar sonrisa arrogante.

—Cal —dice—, me has acosado, literalmente, y lo sabes todo sobre mí, hasta las cosas más desagradables y vergonzosas, así que tienes que saber que te quiero. No aguantaría esto de ninguna otra manera.

Siento una opresión en el pecho y el corazón me late con fuerza. La beso como si no quisiera parar nunca. Como si quisiera mantenerla en esta cama para siempre, enredada conmigo, jadeando, gimiendo, suplicando. Su sabor se mezcla con el de mi propia desesperación.

Porque es mía.

Mi chica preciosa.

Mi mundo entero.

Justo cuando estoy a punto de tirar de ella hacia mí, listo para empezar de nuevo…

Se ríe por la nariz.

Con fuerza.

Y luego empiezan las carcajadas incontrolables.

Me aparto y enarco una ceja. La risa la sacude.

—¿Qué?

Se muerde el labio, controlándose a duras penas, y me mira con un brillo de picardía en los ojos.

—¿Sabes que es lo mejor de que seas Caleb?

Entrecierro los ojos.

—¿Qué?

Esboza una sonrisa arrogante de cojones.

—Que ya no tengo que gastarme quince dólares al mes en la suscripción prémium.

Gruño y dejo caer la cabeza sobre su hombro.

—Por Dios.

Se ríe con más ganas, me abraza, se agita debajo de mí. La vibración de su risa se extiende también por mi cuerpo.

—Me quieres, acosador.

Le doy un beso en la clavícula y le aprieto la cintura.

—Sí, preciosa, con todas mis putas fuerzas.

52

CHATEANDO CON CALLAHAN

PRECIOSA
ha llegado el día 😂 😂 😂

CALLAHAN
Estás nerviosa, preciosa?

pues… claro!!! por lo que sea, me parece importante 😂

No sé… A mí me parece bastante inevitable. Hombre acosa a mujer. Hombre seduce a mujer. Hombre hace que mujer se enamore de él. Hombre se folla tan bien a mujer que esta acepta casarse con él. El clásico arco romántico

por dios calla así es justo como la gente NO describe el día de su boda 😂 😂 😂

Dime que no te encanta

vale de acuerdo me encanta 😍

Esa es mi chica buena

te odio

No, no es verdad

vale no te odio pero eso no viene al caso. deberías estar diciéndome cosas tiernas y sentimentales como «oh, Izzy, mi bella novia, me has convertido en el hombre más feliz del mundo» o algo así

Oh, Izzy, mi bella novia, me has convertido en el hombre más mojado del mundo 

BORRA ESTE CHAT AHORA MISMO

¿Por qué? Solo digo que deberías enviarme una foto de lo que me estoy perdiendo antes de que empieces a caminar hacia el altar. Por los viejos tiempos

cal llevo puesto el vestido de novia
EL VESTIDO DE NOVIA

Sí, y?

Y?!?!?!?!

Preciosa, te he hecho correrte mientras estabas en una teleconferencia de trabajo. Creo que ya no podemos seguir fingiendo que tienes moral

CALLA FUE SOLO UNA VEZ

Una vez más de las necesarias para que me tome en serio todo este numerito de «la novia inocente».
Bueno… La foto

te odio

Te lo repito: no es cierto

estoy literalmente a punto de CASARME CONTIGO
puedes dejar de intentar que me desnude durante cinco segundos?

Imposible. Además, la noche de bodas va a ser divertidísima

debería preocuparme?

Uy, preciosa. Deberías estar preocupada siempre. Por tus piernas

POR DIOS

Pronuncia los votos. Bésame en el altar. Y luego prepárate para pasar al menos tres días sin poder sentarte

joder ahora voy a ir a tu encuentro al altar con ESTO en la cabeza

Como debe ser

te odio muchísimo

No, no es verdad

NO NO TE ODIO, TE QUIERO,
ACOSADOR PERTURBADO

Ahí está mi chica perfecta y preciosa. Ahora, ve a decir
«Sí, quiero». Te estaré esperando

oye por cierto se me había olvidado decirte que he
contratado payasos para el banquete 🤡
Sorpresa!

Qué cojones dices que has hecho?

sí! una compañía entera! van a hacer animales con
globos y todo ☺

No habrás sido capaz

hasta tienen preparada una actuación especial solo
para el novio 🎪

Isabella Russo, si veo una sola nariz roja en nuestro
banquete, te cargo al hombro y nos largamos de ahí

😂 😂 😂
dios qué fácil es tomarte el pelo

…

no te preocupes, no hay payasos. te quiero
concentrado en mí, no teniendo un ataque de pánico

en el baño

Tienes suerte de que te quiera

😉

😊😊😊

nos vemos en el altar, callahan 🫶

No me lo perdería por nada del mundo

FIN DEL CHAT

Agradecimientos

A Sarah Kelleher, de Maria Campbell Associates: gracias por ser la primera en descubrirme cuando no era más que un manuscrito caótico en la jungla. Fuiste la primera en ver algo en mis palabras y te estaré eternamente agradecida por haberle dado una oportunidad a este desastre. Eres una leyenda.

A Kimberly Whalen, Nina Powers y Whalen Agency: gracias por ser unas auténticas fuerzas de la naturaleza que, de alguna manera, convirtieron mis delirios febriles en un contrato editorial de verdad. Defendéis mi caos como si fuera vuestro trabajo (y lo es, pero aun así). Sois muy buenas en vuestro trabajo y me tenéis loca.

A Emilia Rhodes y a todo el equipo de Atria: gracias por abrazar la energía de este libro y sacarlo adelante como unos maravillosos maniacos profesionales. No solo habéis publicado mis palabras, sino que las habéis dotado de atractivo, y no podrían haber encontrado un hogar mejor.

A Mara White: gracias por leer este libro cuando todavía era solo energía salvaje y un caos a medio formar. Tus primeras críticas ayudaron a transformar la locura en algo (semi)coherente, y siempre te estaré agradecida por tu brillantez, tu paciencia y tu capacidad para meter en vereda una historia antes incluso de que aprenda a portarse mal.

A mi amiga del alma, Jamie: ni siquiera sé cómo darte las gracias sin que parezca que te estoy pidiendo matrimonio. Me has acompañado en esto desde el principio, has vivido todas las crisis, reescrituras, giros argumentales y lluvias de ideas. No seguiría haciendo esto sin ti. Te quiero. Por favor, cásate conmigo.

A Sarah Ferguson: gracias por hacerme parecer una autora de verdad en internet y por gestionar todo el caos entre bastidores como una hechicera glamurosa con una hoja de cálculo. Eres eficientísima y te adoro por ello.

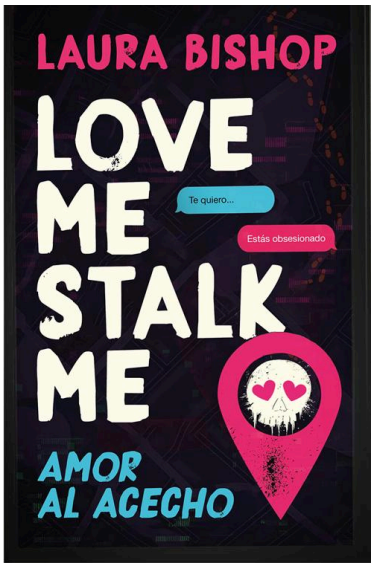
A mi asistente personal, Charity: gracias por ser una reina del diseño y, en los últimos tiempos, mi cómplice en los proyectos artísticos no aptos para el trabajo. Dices: «Puede que esto sea demasiado», y luego doblas la apuesta conmigo de todas maneras. Te quiero por abrazar la locura y ayudar a convertirla en algo estético.

A Lee, Zsuzsanna, Nicolette, Leigh, Jordan, Kira y Tal, el equipo de apoyo emocional que me impidió volverme completamente salvaje. Gracias por las charlas nocturnas, el apoyo incondicional, las dosis de realidad y por quererme incluso cuando estaba en el culmen del modo escritora puesta de cafeína. Sois todas ángeles con el halo un poquito torcido. No cambiéis nunca.

A mi marido: gracias por apoyar todos mis descabellados sueños literarios, por escucharme despotricar sobre los hombres de ficción como si fueran reales y por cargarte tu algoritmo por completo enviándome vídeos de BookTok que sabías que me encantarían. Gracias por ser mi Cal en la vida real.

Y a ti, lectora: si te sientes un poco hecha polvo, solo quiero que sepas… que ese era el objetivo.

Una mujer le confía todas sus fantasías a una IA que se hace pasar por su novio... sin saber que en realidad está hablando con su compañero de trabajo.



Cuando Izzy Russo se descarga una app en la que un chatbot la escucha como si fuera su novio para llenar el vacío que le deja el que tiene en la vida real, no tiene ni idea de que en realidad le está confesando sus fantasías más profundas y oscuras a Callahan Knight, el nuevo jefe de seguridad de la tienda en la que trabaja.

Desde el momento en que vio a Izzy, Cal supo que estaba hecha para él. Porque una mujer así merece devoción, y él está más que dispuesto a no perder detalle.

Por eso, cuando Izzy se enfrenta a un peligro inesperado, Cal tiene claro que hará lo que sea con tal de protegerla, incluso si eso significa confesarle la verdad.

Porque puede que Izzy no pretendiera crear al hombre perfecto, pero ahora Cal está ahí. Y no piensa dejarla escapar.

Laura Bishop escribe libros sobre hombres obsesivos, mujeres inteligentes y la peligrosamente delgada línea que separa el amor de la guerra. Es la esposa de un militar y también hace las veces de domadora a tiempo completo de un par de niños salvajes y llenos de energía. Vive en Florida, donde subsiste a base de cafeína, caos y algún que otro momento de tranquilidad cuando por fin todos están dormidos, es decir: la ocasión perfecta para acechar…, o sea, escribir.



Título original: *Love Me, Stalk Me*

Primera edición: mayo de 2026

© 2025, Laura Bishop
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Edición publicada previo acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y The Whalen Agency, Ltd.
© 2026, Ana Isabel Sánchez Díez, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Momir Borocki / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Adobe stock y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8417-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Love Me, Stalk Me
Lista de reproducción
1. Este hombre sirve trauma con ensalada de acompañamiento
2. Si no es asunto mío, lo hago mío
3. Si ella cae, yo soy el suelo
4. Un día más en el patriarcado
5. Cena, postre y privilegios de administrador sin restricciones
6. Vino, IA, arrepentimiento inminente
7. Protector, seguro, intenso, yo
8. Chateando con Caleb
9. Lo mío son los tatuajes en el antebrazo
10. Yo doy los buenos días, ella envía guarradas
11. El fiasco del pan que no es pan
12. La ha hecho llorar. Voy a acabar con él
13. Chateando con Caleb
14. Si lo piensas bien, es culpa de Amanda
15. Él la considera un proyecto, yo lo considero un cadáver
16. ¿Acabamos de establecer un vínculo traumático?
17. Más vale que alguien friegue el suelo
18. Ella me dice que soy cómodo y a mí se me pone dura
19. Chateando con Caleb
20. Mi vibrador, sus abdominales y mi vergüenza
21. Casi me mato aparcando en paralelo, pero moriría por ella
22. Por favor, espere mientras me actualizo
23. Tiene novio; también tiene mi boca en la suya
24. Chateando con Caleb
25. Consciente de mí mismo y sexualmente sentenciado, y aun así me da un poco la risa
26. Pasta con miedo existencial

27. Chateando con Caleb
28. He pasado el punto de no retorno y me parece estupendo
29. Tendría que haberme marchado antes
30. Él se desabrochó los pantalones, así que yo le desencajé la mandíbula
31. No tengo miedo cuando él está conmigo
32. Si hace falta poner cámaras en todas las esquinas, que así sea
33. Chateando con Caleb
34. Hazme la cena o haz que me corra
35. Ella lo lamió, yo vi a dios
36. Lo lamí, y cero remordimientos
37. Mantenerla a salvo, mantenerla cerca, mantenerla conmigo
38. Amanda tiene cero filtro
39. Chateando con Caleb
40. Su orgasmo, mi obsesión
41. Él se llevó las sobras; ellos se llevaron mi cordura
42. Todas las palabras que cree que la excitan las he dicho yo
43. Orgasmos 2, sexo 0: No me salen las cuentas
44. No existe ninguna versión en la que me deje llevar
45. Esto no aparece en el manual del empleado
46. Amanda lleva una glock en el Gucci
47. Ya no lloro por monstruos
48. Amanda lleva la cuenta de sus víctimas… supongo
49. Lo dejo hablar; luego lo hago sangrar
50. Resulta que caleb era de verdad desde el principio
51. Yo la amo; ella ama a su acosador
52. Chateando con Callahan
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Laura Bishop
Créditos